

A painting of a coastal scene. In the foreground, a wooden boat with a tall mast is docked on a stone pier. To the left, there is a small wooden structure. In the background, a large mountain rises under a sky with soft, colorful clouds. The overall style is impressionistic with visible brushstrokes.

Pío  
**Baroja**

El laberinto  
de las sirenas

En el agitado Nápoles de los años veinte, el capitán Andía conoce a la ya anciana marquesa de Roccanera, una dama napolitana cuyo pasado parece ocultar una serie de dolorosos recuerdos; Andía descubre asimismo la autobiografía manuscrita del marino vasco Juan Galardi, quien, tras sufrir una amarga decepción sentimental, empieza a trabajar como administrador de una finca de la marquesa de Roccanera, un lugar cuyos laberínticos recovecos propician tanto los amores furtivos como las historias de aparecidos y fantasmas. Pero Galardi no tardará en verse arrastrado nuevamente al torbellino de la acción: embarcado en una alborotada singladura por el Mediterráneo, deberá afrontar la más peligrosa de sus aventuras, repleta de lances amorosos y arriesgadas peripecias. En una de sus novelas fundamentales, Baroja nos introduce de lleno en la rica complejidad de su mundo literario, poblado por infinidad de tipos raros y curiosos.

**Lectulandia**

Pío Baroja

# **El laberinto de las sirenas**

**El mar - 2**

ePub r1.0

Himali 23.04.14

Título original: *El laberinto de las sirenas*

Pío Baroja, 1923

Retoque de cubierta: Himali

Ilustración de cubierta: detalle de *Sinfonia Azzurra*, de Gennaro Villani

Editor digital: Himali

ePub base r1.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---



ANIVERSARIO  
EDICIÓN CONMEMORATIVA



## La brújula del piloto Juan Galardi

*Escribir unas cuartillas sobre la novela de mi tío Pío El laberinto de las sirenas<sup>[\*]</sup>, para esta edición, es recordar una juventud, cuando habíamos tomado por bandera de nuestra acción y aventura la frase que calificaba al protagonista: «Juanito Galardi era un vasco decidido y valiente». Es también una de mis novelas preferidas, leída veinte veces, por el mundo que describe, la variedad de sus personajes, sus amores, su acción moderna y antigua a la vez y por la nostalgia y la poesía de la vieja civilización mediterránea.*

*El laberinto de las sirenas es la segunda novela de la serie «El mar». La primera fue Las inquietudes de Shanti Andía, las otras dos Los pilotos de altura y La estrella del capitán Chimista, éstas, unidas por el protagonista, las dos primeras, sólo por las proas de los bergantines y las olas del mar. De todas ellas es la menos marinera, es más la historia de un navegante por tierra, por puertos y aldeas, entre calles estrechas y palacios sombríos, en la que sólo aparece el mar al final y en un horizonte de poesía, bajo el velamen de la goleta Argonauta.*

*Está fechada en Rotterdam en septiembre de 1923, aunque su acción se desarrolla en latitudes de sol y calor, escrita por un hombre fascinado ante los pueblos del viejo mundo clásico.*

*La novela se inicia con un viaje que hace el propio don Pío a Italia y la promesa ante una exigente dama que encuentra en el tren, de escribir algo ameno y a su gusto. El escritor después aparece camuflado bajo el nombre de otro capitán de barco, el mismísimo Santiago Andía, que encarna aquí al propio Baroja. Sigue con una magnífica descripción novelesca de la vida de Nápoles, llena de observaciones y comentarios muy del gusto barojiano, con un desfile de tipos, de mujeres y ambientes hasta que surge y se estructura la novela en un flash-back, a raíz de un diálogo entre dos personajes curiosos y la búsqueda de un manuscrito perdido del protagonista. Todo con un esquema novelesco.*

*Las descripciones del puerto viejo de Marsella, de Marsella la focense, son realistas y a la vez poéticas, puerto en donde nuestro piloto, Juanito Galardi, pierde la aguja de marear a causa del amor de una argelina, Raquel, que le cambia la derrota.*

*Derrotero que cambiará varias veces siempre guiado por la rosa de los vientos y el favor de la fortuna. Será, después, un accidente fortuito del prepotente señor Murano lo que le vuelva a cambiar el rumbo, ahora hacia una vestal deslumbrante que fascina al piloto vasco, tan arisco y solitario, amor de sueño que le ofrece una*

*vida de lujo que rechaza y se limita a ser un fiel servidor sin otra aspiración que llevar una vida casi humilde. Todavía otra mujer intentará cambiar su ruta, Odilia, la Roja, hasta que la aguja de la brújula queda fija, en un amor sencillo, Santa. Esto en cuanto a la acción principal del protagonista, siempre acompañada de personajes extraños en ambientes curiosos, reales o literarios.*

*La descripción de Nápoles, la imagen y vida del pueblo de Roccanera —un Gatopardo calabrés—, y la creación del laberinto, son muestras de ese poder descriptivo y de esa fascinación que siente el autor por el Mediterráneo, que con su erudición mezcla con el mundo clásico. La retina del novelista, cargada de vida y sentimiento, observa ciudades y paisajes, calles, palacios, trabajos, sus contrastes, aristocracia y pueblo, con tal realismo que parece una vieja película italiana, uno de aquellos dramas rurales de nuestra juventud.*

*Porque la novela es un drama que al final se reduce a la acción de dos hombres completamente distintos y extrañamente reunidos por el amor de Laura Roccanera, mujer moderna en su vida social y antigua en su instinto amoroso. Personaje de la vieja aristocracia italiana sin prejuicios que enamora a dos hombres antagónicos: Juanito Galardi, el vasco decidido y valiente y Roberto O'Neil, hipersensible y delicado. ¡Qué película hubiera hecho Luchino Visconti!*

*Habría que anotar que el nombre de mujer Laura lo usa frecuentemente don Pío, y lo repite en obras de juventud como Camino de perfección o de madurez, incluso de senectud. Las Lauras de don Pío son siempre esbeltas y morenas, es indudable que hubo una Laura en su juventud que le marcó para toda su vida.*

*Con respecto a su protagonista, es un marino arrogante que la suerte y el amor le lleva por un extraño derrotero, y se asemeja en parte con el capitán Chimista, otro de los protagonistas de sus novelas marineras. Pero la personalidad de Galardi es compleja, porque junto al hombre de acción acostumbrado al mando y con un sentido práctico de navegante, tiene un fondo místico, que don Pío marca cuando dice que quiso ser cura y entre sus libros se encontraba La Guía espiritual de Miguel de Molinos traducida al italiano junto a las Odas de Horacio. Quizá por eso el autor le da un final religioso, quizá por ese misticismo no extraña su simpatía por Roberto O'Neil, el hombre delicado, figura de estirpe bayroniana, al que don Pío concederá el don de la muerte, privilegio de algunos de sus personajes.*

*La relación de estos dos hombres es una mezcla de admiración y respeto, a veces de asombro, por lo que el otro tiene y cada uno carece, y hasta de afecto, sintiéndose ligados por el viejo amor hacia una misma mujer, que marcó parte de sus vidas y por el mar, siempre el mar.*

*La contrafigura del vasco fuerte, solitario y honesto, la da Roberto O'Neil, hombre débil, contemplativo, caprichoso, romántico, que llega a un paraíso de luz, fascinado por la lectura de los viejos geógrafos y de los poetas. Paraíso que don Pío*

*construye como un sueño propio y después destruye para dar un ¡adiós final! a toda aquella exuberancia imaginativa, con aquel maravilloso poema «El Gran Pan ha muerto».*

*La construcción del laberinto, arrecifes y mar, espumas y púrpura, murmullo de ocasos, viento y cenefas de cielo o de costa, y la del extenso parque con montañas, acantilados y cascadas, diseñado y construido por Toscanelli, es un sueño del autor, un poema paisajístico inspirado en Salvatore Rosa, en El Bosco y en Patinir, en un momento de ensueño, que tiene el mismo fin que el despertar: una destrucción sin dejar rastro de aquella locura.*

*Junto a este sueño está la realidad dura y de color ocre, la historia del viejo minero y de su fortuna, otra película aparte, esta vez americana, en donde aparece la mina, El Caimanito, el sueño del oro con clara vinculación paterna. No en vano su padre, Serafín, fue ingeniero de minas y su hijo le acompañó por los montes a demarcarlas, y sabía de bocaminas, filones, hornos y escombreras. En este origen no podía faltar el médico, el padre de nuestro segundo protagonista, que queda también deslumbrado por la aparición de Laura como una vestal sobre aquel decorado del laberinto, mientras oye recitar las estancias del Tasso.*

*Roberto O'Neil no viene solo a su vida novelada, le acompaña una nave, la goleta Argonauta ¡qué bonito nombre! que navega hacia la Grecia clásica de Homero y Hesiodo. Y en una culminación poética con «El viaje de los hijos de Aitor» y el canto a «Los viejos mascarones de proa» don Pío da sonido a su imaginación y escribe sus cánticos de ondinas y tritones, de proas y constelaciones de estrellas y de «la libertad del mar». ¡Siempre la libertad!*

*El laberinto de las sirenas es una de las novelas de don Pío que encierra más poesía, semejante a La leyenda de Jaun de Alzate; en ambas el hálito poético cubre la acción, en la que muere algo más que los simples personajes.*

*El canto «El Gran Pan ha muerto» tiene una extraña semejanza con el canto final de Urzi Thor de La leyenda de Jaun de Alzate, en ambos muere lo mismo, el mundo antiguo, pagando, el culto a la Naturaleza. Muere también la juventud, como un ocaso en Las noches del Buen Retiro.*

*De aquellos marinos que pilotaron naves airosas sólo queda el recuerdo, sus arboladuras están quebradas, sus cascos sin velamen yacen escorados con las proas cubiertas de líquenes, rotos y descoloridos los viejos mascarones del romanticismo, de la fantasía, la ilusión y el ensueño. Y ya no vive el torrero Juan Bautista Pica para que componga los cuernos de la Abundancia, las Pomonas y los Neptunos. Don Pío sí, nos sigue haciendo soñar con este laberinto donde aparece Laura Roccanera como una sirena en el ocaso cárdeno sobre las olas, mientras recita los versos del Tasso.*

*¡Juanito Galardi era un vasco decidido y valiente!*

*¡Adiós a Juanito Galardi, adiós a Roberto O'Neil, adiós a Raquel la argelina, adiós a Laura, adiós a Odilia la Roja, adiós a Santa, conocidos de nuestra juventud perdida! ¡Adiós ensueño, realismo y poesía!*

*A Don Pío, al escribir la novela le salió la sangre vasca, pero por fortuna no le faltó la sangre italiana.*

Pío Caro Baroja

## Conversación preliminar

El tren marchaba por la campiña romana en dirección al Norte. Era invierno, al caer de la tarde, ya oscuro. Llovía. Después de un largo recorrido por el pasillo del tren, al entrar en el vagón restaurante quedé inmóvil y perplejo al verlo completamente lleno.

—¿El señor tiene el *ticket*? —me dijo inclinándose el camarero, hombre con un aspecto respetable y sombrío de canónigo.

—Sí. —Y le mostré un papelito de color.

—Aquí tiene usted su asiento. —Y me mostró una silla, retirando de ella un libro y un bolso de mujer.

—¿No estará ocupado este sitio? —le pregunté al camarero.

—No, no. —Y para cerciorarse lanzó una mirada a todo el ámbito del vagón y contó los viajeros.

Me senté en donde me indicaron. Enfrente de mí había una señora alta, decorativa, vestida de negro, a quien, sin duda, no hacía gracia la idea de tener un comensal delante.

Conocía yo a aquella dama de verla en Nápoles, en el hotel en donde me había hospedado, en compañía de una institutriz francesa y dos niños. Habíamos coincidido varias veces en el comedor del hotel, a poca distancia, y me había mirado siempre con tal desdén, que pensé si le recordaría a alguna persona antipática de su conocimiento.

No era la dama una mujer muy guapa, pero sí muy arrogante y muy solemne. Vestía, en el tiempo que la vi en el hotel napolitano, una capa de pieles, de esas que, según dicen los inteligentes, valen centenares de miles de francos y que llevan las señoras a los teatros y a las fiestas de caridad para consuelo de los desvalidos. En el tren usaba un abrigo negro.

Tenía sobre la mesa el libro y el bolso que había retirado el camarero de mi asiento. El libro era una novela francesa, de cubierta amarilla.

Al sentarme yo, la señora me miró con una atención desdeñosa y glacial.

Pasamos largo rato esperando la cena.

Yo pensaba: «Si yo conociera a esta dama y tuviera alguna benevolencia conmigo, el permanecer delante de ella tanto tiempo en silencio me perturbaría y me parecería encontrarme en una situación humillante; pero no la conozco, me mira desdeñosamente y no tengo obligación de mostrarme amable con ella».

Nos trajeron la cena, que comenzó con macarrones. Yo no comprendo cómo los

italianos, con su eterna preocupación estética, pueden comer macarrones ante el público.

D'Annunzio, en colaboración con Mussolini, debía dar a sus fieles una pragmática sobre la manera de comer macarrones, porque es lo cierto que no se sabe la forma de engullirlos con un poco de elegancia y de decoro; si se cortan con el tenedor o con el cuchillo, es muy difícil cogerlos; si no se cortan y se hace una maniobra envolvente con el tenedor y la cuchara, maniobra muy extendida entre los Díaz y los Cardona del *macarroni*, el procedimiento estratégico no basta, y se está siempre medio comiendo y medio sorbiendo, con los macarrones colgados de la boca, como si fueran lombrices blancas, cosa indudablemente poco ruskiniana, poco d'annunziana y poco mussoliniana.

Mi compañera de mesa no se arredró por el antiestético espectáculo, de aprehensión macarronil que tenía que dar, y fue en parte mordiendo, y en parte sorbiendo, los tubos blancos, hasta hacerlos desaparecer en su desdeñoso y aristocrático gañote.

Yo comí la mitad sólo de lo que me pusieron en el plato, un poco avergonzado de tan fea maniobra.

¡Quién habría de suponer una tan fuerte preocupación estética en un oscuro vasco!

Con el movimiento del tren, que marchaba entonces a gran velocidad, inclinándose de cuando en cuando como un buque, la lámpara eléctrica que nos alumbraba iba deslizándose hacia el centro de la mesa y nos aislaba un tanto a la señora y a mí. Me pareció muy oportuno este movimiento espontáneo de nuestra luminosa compañera, y, disimuladamente, la empujé un poco más, y quedamos así separados y sin vernos las caras la dama desdeñosa y yo.

Nos trajeron el segundo plato, y la señora, poco después, cogió la lámpara con energía y la retiró hacia el lado de la ventanilla, con lo que quedamos de nuevo frente a frente.

La lámpara, sin duda, no se hallaba del todo conforme con el sitio al que se la relegaba, porque comenzó de nuevo a agitarse y a deslizarse con el movimiento del tren hacia el centro de la mesa. Cualquiera hubiera dicho que tenía la conciencia del lugar que la correspondía.

—¡Qué pesadez! —dijo la señora, y puso el libro y el bolso delante de la lámpara para impedir que se moviera.

El bolso tenía, sin duda, billetes solamente —la crisis monetaria—; el libro era ligero —la decantada ligereza francesa—, y ni una cosa ni otra bastaron a detener la lámpara, que avanzó decidida y valientemente, a colocarse en medio. Yo entonces me reí sin querer, y la dama se rió también.

—¿Me permite usted? —la dije.

Saqué un papel del bolsillo, lo arrollé en varios dobleces y lo puse como una cuña en el pie de la lámpara. Me pareció que había resuelto el problema. Durante un momento se sostuvo bien, pero una oscilación brusca del tren echó fuera el papel doblado, y la lámpara comenzó a marchar de nuevo hacia el centro de la mesa.

—Es más fuerte que nosotros —dijo ella en italiano.

—Sí, es verdad —repliqué yo en mal francés—. ¡Qué obstinación en alumbrarnos! Ésta debe ser una lámpara pedagógica. Sólo en los pedagogos he visto una perseverancia igual en iluminar a la gente.

Al parecer se había roto el hielo y podíamos hablar ya con libertad.

—¿A qué hora se llega a Pisa? —me preguntó la señora, de pronto.

—¿A Pisa? —exclamé yo, asombrado, mientras quitaba la corteza a un pedazo de Gruyère.

—¿No llega usted hasta Pisa?

—Yo voy a la frontera francesa.

—¡Ah! ¿Va usted a París?

—No, voy a Marsella.

En esto la institutriz de mi compañera de viaje entró en el vagón restaurante y dijo a su señora que uno de los chicos había abierto un termo, lleno de café con leche, y había regado con él al hermanito.

La dama al oír la relación se incomodó, dio sus instrucciones, y cuando se alejó la institutriz, mirándola con enfado, murmuró violentamente:

—¡Qué mujer más estúpida y más bestia! Tiene una que estar en todo.

Después, volviendo con una gran agilidad de espíritu a su aire amable, me preguntó:

—¿Así que va usted a Marsella?

—Sí, señora.

—¿Es usted comerciante?

—Comerciante precisamente, no... El género de comercio que uno fabrica no tiene mucha salida.

—¿Pero es usted francés?

—¿Francés? No. Soy español.

—¡Ah!, ¿es usted español?

—Sí, señora.

—Ahora, en España, son ustedes ricos.

—Sí, pasajeraamente.

—¿Cree usted que sólo pasajeraamente?

—Me figuro que sí.

—¿Es más cara la vida en España que en Italia?

—No sé; quizá sea algo más barata en España.

—¿Entonces usted cree que con el mismo presupuesto se puede hoy vivir mejor en su país que en Italia, teniendo en cuenta, naturalmente, el cambio?

—La verdad..., no sé.

Los italianos y las italianas hablan de cuestiones de dinero con grandes conocimientos. No sé si esto es mejor o peor que la petulancia de algunos españoles que quieren dar a entender que su dinero es como un maná caído del cielo. «Bonito automóvil tiene usted», le dijeron hace poco a un bilbaíno rico, y él contestó: «Sí, lo he encontrado en mi garaje; no sé cuándo lo han traído ni lo que vale».

Mi compañera de mesa parecía sumida en graves reflexiones acerca de la carestía de las subsistencias, mientras yo iba comiendo unos higos con una almendra dentro. De cuando en cuando me hacía algunas preguntas acerca del valor de la tierra y de la propiedad en España que yo no sabía contestar más que con vaguedades.

«Ésta señora debe estar pensando que yo soy tonto», pensé, «y que mi única habilidad es comer higos».

Luego, ya categóricamente, me preguntó:

—¿Viene usted de Roma?

—No, de Nápoles.

—¿Ha estado usted allí de turista?

—Sí, a descansar un poco.

—¿Qué es usted?

—Médico —dije yo un poco sorprendido de este interrogatorio de presidente de Audiencia.

—¡Ah, médico!

—Sí; también escribo algunos libros.

—De ciencia, claro es.

—De ciencia... y de literatura.

—¿Qué clase de literatura?

—Novelas.

—¿Qué tipo de novelas?

—Así..., de observación de la vida.

—¿Realismo?

—Sí...; realismo y algo de romanticismo también. Poco más o menos, como todas las novelas.

—No me gustan esas novelas realistas.

—A mí tampoco.

—Y entonces, ¿para qué las escribe usted?

El argumento me pareció que no tenía réplica.

—Realmente no sé para qué las escribo —murmuré.

—A mí me gusta una literatura que haga olvidar un poco la vulgaridad de la vida

cotidiana —dijo ella—, una literatura de fantasía, de imaginación...

—Sí, a mí también...; pero los meridionales ¡tenemos tan poca imaginación!

—¿Cómo? ¿Cree usted que la gente del Norte tiene más imaginación que nosotros?

—Yo me inclino a pensar que sí.

—No. ¡Ca! No —replicó ella con gran energía y me miró como pensando: ¿este señor será un mixtificador o un pobre hombre?

—La verdad es —agregué yo— que no sabe uno exactamente si los hombres del Norte tienen más imaginación y fantasía que los del Mediodía, o al contrario. Verdad es que tampoco sabemos a punto fijo lo que es la imaginación.

—¿Cómo que no sabemos?

—Naturalmente que no; tenemos una idea aproximada que nos sirve para hablar; pero con exactitud, de una manera precisa, no sabemos qué es la imaginación.

—Entonces no sabemos nada de nada.

—Por lo menos no sabemos mucho de mucho; pero, en fin, yo no pretendo convencer de una cosa de la que no estoy tampoco muy convencido. Respecto a los libros, yo también prefiero la obra literaria inventada, que no la copiada de la realidad o de las obras antiguas. Todo lo que es sólo imitación tiene indudablemente poco valor.

—Otra cosa que me molesta —indicó ella— es esa tendencia al anarquismo y a la pedagogía de los libros modernos. Hoy todo el mundo quiere cambiar el orden establecido de las cosas y enseñar. ¡Qué petulancia!

—Así que a usted le gustaría una obra de literatura fascista —dije yo disimulando un poco la sorna.

—¡Oh, no, no! ¡Qué tontería! ¡Qué cosa más desagradable y antipática! Casi prefiero el anarquismo y la pedagogía al fascismo con sus cánticos, sus gritos y el aceite de ricino. A mí me gusta algo que sea como una melodía, una historia de amor con un fondo bonito, algo que distraiga, que divierta, que haga olvidar las cosas feas de la vida vulgar. ¿Usted sabe hacer algo así?

—¿Yo? No. ¡Ca!

—¿Pero lo intentará usted alguna vez?

—¡Qué quiere usted!... La imaginación de uno es tan pequeña, tan escasa; pero probaré.

—Si lo hace usted, ¿me mandará usted ese libro?

—Sí, señora, con mucho gusto.

La dama abrió su bolso y sacó una tarjeta.

—Éstas son mis señas; si hace usted ese libro mándemelo usted.

Yo me registré los bolsillos, y como no encontré tarjeta ninguna dije:

—¿Quiere usted que le ponga mi nombre en un pedazo de papel?

—No, ¿para qué? Mientras no llegue ese libro no pensaré en su autor.

—Muy bien, yo haré lo posible para enviárselo lo más pronto que pueda.

Los mozos del vagón restaurante habían cobrado a los viajeros, que iban levantándose y marchándose a sus respectivos departamentos.

La dama se levantó también de la silla y me hizo una ligera inclinación de cabeza. Yo la saludé todo lo ceremonioso que se puede saludar en un vagón que baila y ante una mesa llena de botellas y de platos que al menor movimiento se vienen al suelo.

Me fui a mi sitio y leí la tarjeta; ponía:

DEMETRIA  
DUCHESSA DE S.

Y debajo las señas.

«He aquí una dama exigente con la literatura», me dije a mí mismo. «Una señora que quiere un libro a la medida».

Por otra parte, me halagaba el poder tener una lectora como aquélla, tan arrogante y tan solemne.

Aún ahora quiero creer que la viajera se acuerda de mí y de nuestra conversación en el comedor del tren, en el intervalo entre el queso de Gruyère y los higos con una almendra dentro; y cuando acabe de imprimir mi obra pienso enviársela, con una dedicatoria a la antigua, llena de frases conceptuosas, rebuscadas y rimbombantes.

# Prólogo

## Casi una fantasía antropológica

### 1

Escribir un viaje por Italia, poniendo de cuando en cuando palabras y nombres romanos, napolitanos o florentinos, es una vulgaridad —dice el capitán Andía, autor de esta obra— que no está dentro del círculo de las habituales vulgaridades en que uno puede caer.

Aunque en mi relato el principio tenga cierto aire de libro de viajes, no lo es completamente, porque estas páginas primeras no indican más que las vueltas y los zigzags que se van trazando hasta encontrar el hilo de una historia. Este prólogo es una fantasía antropológica, más que turística o estética.

Yo no he hecho viajes importantes por el Mediterráneo. En el tiempo que fui marino y navegaba, no estaba abierto el Canal de Suez, y las rutas mediterráneas eran pequeñas y sin importancia: para capitanes de cabotaje, no para marinos de altura.

El oír contar al secretario del Ayuntamiento de Lúzaró las impresiones de su peregrinación a Roma y de su viaje a Venecia, Florencia y Nápoles, por cierto bastante chabacanas, dignas de un braquicéfalo, hubiera dicho mi amigo Recalde, me produjo a mí el sentimiento de no haber viajado por el Mediterráneo, y en una ocasión en que mi mujer se hallaba en Francia, con unos parientes irlandeses que se encontraban de paso en París, decidí dar una vuelta por Italia.

#### *Recalde, doña Rita y yo*

El doctor Recalde había prometido acompañarme a Italia sólo por diez días; no quería dejar huérfana de cuidados médicos a su numerosa clientela luzarense. Marcharíamos a Barcelona; de allí, a Génova, y de aquí, a Nápoles, embarcados.

Era en el mes de diciembre.

En Barcelona, el doctor Recalde y yo fuimos a un hotel de la Rambla, próximo al teatro del Liceo, donde solían parar muchos cantantes de ópera, y allí conocimos a una señora italiana, doña Rita Giovannini, suegra de un tenor napolitano.

Encontré a doña Rita por primera vez en el salón de lectura de la fonda. Estaba en aquel momento sola, sentada en un diván, con un periódico en las rodillas y un pasador de cocina en la mano, en donde desmenuzaba con los dedos tabaco y lo pasaba hecho polvo al papel.

Era doña Rita una mujer gruesa, pequeña, de unos cincuenta años; la cara, muy graciosa y de mucha expresión. Vestía de negro, con un traje como de tafetán.

Cuando la vi con su pasador en la mano, la miré un poco sorprendido, sin comprender qué ocupación sería la suya.

—Estoy haciendo rapé —me dijo ella.

—¡Ah, rapé! ¿Es usted aficionada?

—¡Aficionada! No. ¡Ah, *signore!* —añadió con melancolía—, no tomo el rapé por afición.

—Pues, ¿por qué?

—Por necesidad.

—¡Ah!

—Sí, tengo muchos humores en la *testa*; el médico me ha recomendado que tome rapé, y en España esto no se vende.

—No, ¿eh?

—No.

—¡Qué diablo de inferioridad industrial la nuestra!

—Yo comprendo —añadió ella— que tomar rapé es una cosa fea; pero en mí no es un vicio, y yo no tengo *vergoña* de esta costumbre.

—Naturalmente, no; si el médico le ha recomendado el rapé, usted no debe tener vergüenza de tomarlo.

Doña Rita y yo nos encontramos después varias veces en el comedor, y yo solía saludarla. Doña Rita me dijo que pensaba embarcarse uno de aquellos días para su país. Yo la indiqué que probablemente haríamos el viaje juntos. Doña Rita hablaba por los codos en su chapurreado hispanoitaliano. Era muy arbitraria; tenía una manera de razonar ingeniosa y pintoresca, siempre un poco extraña. Atribuía las cosas a los motivos más lejanos y menos probables, como si un secreto instinto la llevase a no aceptar las causas más vulgares y corrientes.

Al doctor Recalde le tomó entreojos; le pareció un señor muy poco agradable y muy seco, y que debía tener muy buena idea de sí mismo.

Por su parte, Recalde me preguntó:

—¿Quién es esa vieja ridícula que habla más que una cotorra?

Doña Rita se manifestaba arbitraria en todo: en sus amistades, en sus gustos y en sus costumbres. No podía beber vino en las comidas pero tomaba con el café sus copas de coñac y de benedictino. Aquellos dolores de la *testuz* la perturbaban. ¡La *testa!* ¡La *testa!* Era lo que a ella la volvía loca. Después de todo, en esto no se diferenciaba gran cosa de los demás mortales.

Doña Rita pensaba ir a Génova embarcada y bajar a Nápoles a ver a su hija.

### *Nos embarcamos*

Decidimos ir juntos doña Rita, Recalde y yo. Tomamos el barco una mañana clara

de diciembre y enderezamos el rumbo hacia Génova.

Yo llevaba mucho tiempo sin embarcarme y me mareé, y me duró mucho tiempo el mareo. El doctor Recalde me consoló en mi aflicción diciéndome dogmáticamente que no había ningún remedio para el mareo. Doña Rita me trajo té y una medicina blanca que llevaba en un frasco, que yo hubiese jurado que era anisete.

Cuando ya iba mejorando, como veía que Recalde me miraba con sorna, le dije:

—No irás a creer por esto que no me he embarcado nunca. Es uno viejo y, sin duda, no tengo la cabeza tan fuerte como antes.

En Génova fuimos a parar a un hotel de la plaza de la Acquaverde, adonde nos dirigió doña Rita. Allí estuvimos dos días, y luego fuimos a Roma, y después, a Nápoles, en tren.

El doctor Recalde quería llegar pronto a Nápoles. Nápoles le interesaba más que los demás pueblos italianos, no por el mar, ni por el Vesubio, ni por Pompeya, ni por los monumentos, ni siquiera por la canción de Santa Lucía. Nápoles le interesaba desde un punto de vista étnico, antropológico.

Yo había pensado, antes de la experiencia realizada entre Barcelona y Génova, el hacer algunas excursiones en barco, pero el mareo pertinaz que padecí me quitó toda clase de esperanza acerca de mis condiciones marineras.

### *Llegamos a Nápoles*

Llegamos a Nápoles, Recalde y yo, con mala suerte, un día húmedo y gris. Al salir de la estación nos sorprendió un magnífico chubasco. Tomamos un coche y fuimos, con un redoble de gotas de lluvia sobre la capota del *vetturino*, a un gran hotel de la bahía.

Al pasar por las calles y mirar a derecha e izquierda, todo nos pareció un tanto abandonado, sucio y harapiento.

El hotel estaba en la Ribera del Chiaja, y era un gran edificio cúbico, con una fachada al mar y otra a los jardines de la villa Nazionale.

Nos llevaron a Recalde y a mí a dos cuartos que daban a una callejuela trasera, y que, además, eran muy caros.

Sólo de refilón se veía desde mi ventana la bahía de Nápoles y la isla de Capri.

—Aquí nos va a parecer que estamos en Ondárroa —indiqué yo a Recalde, quien hizo un gesto de impaciencia.

En mi cuarto, en la pared había un tarjetón con un lazo azul que decía así:

PAPALINI ET FILS  
(COIFEUR POUR DAMES ET MESSIEURS.  
DANS L'HOTEL AVEC SALONS SEPARÉS)  
SHAMPOING — ONDULACION — APLICATION DE

—¿Y seremos tan bárbaros para no necesitar nada de esto? —le dije yo a Recalde—. ¿Tú no necesitas un poco de *ondulation*, antropólogo?

—No me venga usted con tonterías. La *ondulation* la puede usted emplear, si quiere.

—No hay que incomodarse —repliqué yo—. No hay que incomodarse.

Nos fuimos a nuestros respectivos cuartos, y poco después se presentó Recalde, muy limpio y escamondado, con el cuello de la camisa muy bajo y la corbata muy pequeña.

Almorzamos en el restaurante del hotel, un poco caro para nuestros pequeños medios de fortuna; salimos a la calle y fuimos por los jardines de la villa Nazionale hacia el centro del pueblo.

Había cesado de llover. El tiempo estaba aún muy oscuro; el mar, de un color de hoja de lata. En el fondo se recortaba en gris pálido la silueta de la isla de Capri.

—Pero, ¿y el Vesubio? —pregunté yo de pronto—, ¿dónde está?

—Pues no sé.

—Yo creo que desde Nápoles se ve el Vesubio.

—Yo también.

—Alguno de estos montes cubiertos por las nubes debe ser.

En nuestra desconfianza por las bellezas del país, creo que llegamos a sospechar si el Vesubio sería una mixtificación, alguna bambalina que se ponía de cuando en cuando para engañar a los turistas.

Recorrimos la Ribera del Chiaja; luego fuimos a la calle de Toledo, a la plaza de San Carlos y a la del Municipio, y volvimos al hotel con un poco de cansancio y un tanto desilusionados.

Yo estuve mirando desde la ventana de mi cuarto la bahía oscura; el mar, triste, con nubarrones de tinta; la isla de Capri, con el contorno de los acantilados y del monte Solaro, recortados en el cielo, y a lo lejos, el promontorio de Sorrento bajo el horizonte sombrío.

«Esto, con sol, debe ser muy distinto», pensé.

Me reuní de nuevo con Recalde; bajamos al comedor a cenar e hicimos la imprudencia de pedir vino de buena marca, café y copas.

—¿Sabe usted lo que nos cuesta la cena? —me dijo Recalde al terminar y mirar la nota.

—¿Cuánto?

—Ciento cincuenta liras; casi tanto como lo que me pagan a mí al año en Lúzaró por la asistencia de las familias pobres.

—Un día es un día —le dije yo—. ¡Qué diablo! Olvidemos la vida cotidiana.

## *En el salón del hotel*

Dejamos el comedor y fuimos a sentarnos a un salón próximo.

Era un salón blanco, con el suelo de mármol y con un gran ventanal que daba a la terraza. Llovía abundantemente, y en aquel momento se veían caer las gotas de agua en líneas paralelas torcidas y mojar el suelo, iluminado por los arcos voltaicos.

Cerca de una chimenea había varios sillones grandes y cómodos, y nos sentamos Recalde y yo en ellos.

En un pequeño gabinete próximo, con la puerta medio oculta por una cortina de color de tabaco claro, había una reunión de señoras y de jóvenes que jugaban a las cartas. Tenían un quinqué eléctrico, alto, dorado, que iluminaba la mesa, y varias butacas y sillas alrededor.

Hombres y mujeres fumaban.

Las señoras estaban muy vistosas; pero aún me parecieron más atildados y peripuestos aquellos jóvenes, de movimientos fáciles y elegantemente vestidos.

Recalde no los encontró tan elegantes como yo, y hasta expuso la tesis atrevida de que los italianos eran un ejemplo palmario de cursilería.

—¡Pero, hombre!

—¡Qué quiere usted que yo le haga! —me contestó con rudeza—. Me parecen perfectamente cursis.

Para Recalde no había más que Alemania que fuera científica e Inglaterra que fuera elegante. Él quizá pretendía la ciencia; pero seguramente no debía aspirar a la elegancia, a juzgar por su aspecto y su indumentaria.

El antropólogo de cuando en cuando se levantaba e iba a mirar la bahía desde la ventana, como diciendo: «¿Qué porquería de tiempo es éste?».

Era chocante lo mal que cuadraban allá los movimientos duros y esquinados de nuestro antropólogo; su traje negro, que parecía hecho de tabla de ataúd, su cuello, bajo y pequeño, y su corbata, minúscula.

«Debemos de parecer algunos comerciantes de bacalao o de anchoas que se han equivocado de hotel», pensé yo.

## *Definiciones arbitrarias*

Estaba embebido en estos pensamientos un poco cómicos, Recalde miraba llover, cuando oímos música, y fuimos los dos al salón de baile, donde tocaban un vals de tzíganos.

Me seguía preocupando el traje de nuestro antropólogo y lo comparaba con el de aquellos jóvenes elegantes del hotel. Nunca se me había ocurrido hacer tales comparaciones de sastrería.

«¿Es que nuestros fabricantes de paño mezclarán el cemento con la lana?», pensaba yo. «¿O es que harán nuestras telas con alguna sustancia pétreas?»

Fueron llegando parejas al salón de baile; primero, una yanqui, vestida un tanto fantásticamente a lo Carmen, con una gran peineta de concha y una falda de faralaes, en compañía de un americano un poco amulatado; dos italianas, una de blanco y otra de negro, con dos militares, uno de ellos tan bonito y tan retocado, que parecía que acababa de darse colorete en el cuartel; una inglesa, casi desnuda, con un vestido de grana y un tipo de loro, acompañada de un hombre alto, con dientes de caballo, y una francesa, con traje de terciopelo oscuro y una gran rosa roja en la falda, que iba con un judío petulante y ceremonioso.

Había varios grupos de distintas nacionalidades, y Recalde y yo estuvimos comentando los diferentes estilos de cada país en la vida social. Los ingleses, fríos, correctos, tendiendo a lo sencillo y a lo cómodo; los franceses, afectados y amables; los italianos, dados con preferencia a la estética, hablando a cada paso de la *bellezza*, del *ideale*; los yanquis, con una tendencia marcada a la naturalidad y a la barbarie.

Mientras bailaban las damas y los caballeros, yo le pregunté a Recalde:

—¿Qué dirían las señoras de nuestra tierra si vieran estos hoteles, dónde las viejas damas se dedican a fumar y a jugar a las cartas como si fueran soldados; las señoras jóvenes andan medio desnudas bailando bailes de negro, y las niñas, con el cigarrillo en la boca, juegan en los rincones con los muchachos?

—Esta gente no tiene sentido —contestó Recalde categóricamente.

—¿Crees tú?

—Ninguno.

—Lo que quizá les pasa a estas personas desocupadas es que sienten la vida un poco vacía, y para llenarla hacen ruido y tonterías.

Recalde no replicó, pero poco después me dijo:

—Éste es un pueblo corrompido, y el Mediterráneo es una cloaca mefítica.

—¿Eso será desde un punto de vista moral? —advertí yo.

—Desde todos los puntos de vista —me contestó él.

Después de esta declaración tan rotunda de nuestro antropólogo, salimos del salón de baile del hotel y nos fuimos a la cama.

### *Nuestros reproches al Vesubio*

Dormir en un lugar corrompido, a orillas de una cloaca mefítica, no es muy agradable, sobre todo para el que tiene buen olfato; pero había que reconocer que la corrupción y el mefitismo no se sentían en el cuarto de nuestro hotel.

Es más: podía sospecharse, con ciertos visos de verosimilitud, que el doctor Recalde, a pesar del desprecio que sentía por la metáfora, la empleaba con demasiada

frecuencia y de la peor manera que se puede emplear ésta y las demás figuras retóricas, sin saber que se emplean.

A la mañana siguiente, al levantarme, me asomé a la ventana. El mar aparecía brumoso bajo el cielo nublado, con esa luz blanquecina y difusa bastante frecuente en el Mediterráneo y que no es para mi gusto agradable. La niebla es bonita en el Norte, y el sol, hermoso en el Mediodía. Esto parece absurdo, pero así es.

Me vino a buscar Recalde y salimos. El tiempo seguía gris, brillante, sin llover. El golfo de Nápoles se presentaba con su curva completa, bordeado por el Posilipo, el castillo del Ovo, el Vesubio y el promontorio de Sorrento. En medio de la bahía brotaba la isla azulada de Capri.

Al Vesubio le encontramos Recalde y yo varias faltas: primeramente, no tenía la forma de un cono perfecto, ni acababa en punta, como era su obligación de volcán clásico; luego, no echaba el humo de una manera solemne y majestuosa como habíamos visto siempre en las estampas. En vez de subir en una columna recta y decorativa, se desparramaba por los lados, a impulsos de las corrientes de aire.

Era un humo vulgar, un humo de chimenea de fábrica o de horno de carbonero.

Otra cosa que nos pareció mal fue que el volcán no se hallara perfectamente aislado, como nosotros creíamos que debía estarlo. Cerca, se destacaba otro pico, la punta del Nasone del monte Somma, completamente impertinente, innecesaria e inoportuna.

Fuimos Recalde y yo muy severos con el Vesubio y despreciativos y desdeñosos con la punta del Nasone.

### *Nuestros entusiasmos por lo clásico*

Por otra parte, ni Recalde ni yo teníamos grandes motivos para sentir entusiasmo por el paisaje y los recuerdos clásicos. Creo que ni él ni yo llegamos en nuestra infancia más que a saludar desde lejos las primeras nociones de latín; en la historia antigua no estábamos más adelantados.

—A mí todos los recuerdos clásicos y las alusiones a la Antigüedad griega y romana me aburren —dijo Recalde.

La verdad es que a mí me pasa lo mismo. Cuando en un libro novelesco —éstos y los de viajes son los únicos que últimamente he leído— sale a relucir el Partenón, el Coliseo, el Parnaso o el Pindo, cierro el libro en seguida, porque tengo la experiencia de que todos esos recuerdos vienen envueltos en la más manoseada y trivial de las literaturas. Es posible que esto sea una monstruosidad o una enfermedad, pero todo eso me aburre desesperadamente.

—Esos recuerdos y evocaciones —dijo Recalde— no son más que lugares comunes usados, bambalinas demasiado traídas y llevadas que ya no hacen efecto.

Estuvimos Recalde y yo vacilando en si nos decidiríamos a sentir alguna admiración o no; y sin resolver este punto, seguimos adelante, y al llegar a los jardines de la villa Nazionale, vimos que en el mismo paseo sacaban el copo dos filas de desharrapados andrajosos, unos con las piernas al descubierto, otros en calzoncillos, y algunas mujeres harapientas, desgarradas y despeinadas.

—¿Cómo se consiente esto? —me preguntó Recalde severamente, como si yo tuviera la culpa del lamentable espectáculo.

—No sé. Es raro una cosa así en un pueblo de turismo.

### *Antropología de aficionados*

Fuimos por la Ribera del Chiaja a la calle de Toledo, y vagabundeando hasta salir cerca de la estación central.

Como la comida del hotel era muy cara para nosotros, decidimos ir a almorzar a un restaurante cualquiera. A Recalde se le ocurrió entrar en la fonda de la estación, cosa que a mí al principio me pareció casi bien; pero luego, pensando que una fonda ferroviaria es un lugar un poco triste que recuerda baúles, despedidas, mozos de cuerda, lágrimas y cosas desagradables, buscamos por los alrededores y encontramos un pequeño restaurante titulado la *trattoria* de la Fortuna.

Nos instalamos en una mesa y estudiamos el menú. Enfrente de nosotros había un hombre alto, de cabeza cuadrada y ojos claros, que bebía vino abundantemente.

—Éste es un extranjero —me dijo Recalde—; no hay más que verlo. Ese tipo, esa manera de beber vino, esa braquicefalia no son de un mediterráneo.

Le oímos hablar al braquicéfalo no mediterráneo y buen bebedor, y a mí me pareció que se expresaba con el mismo acento que los demás.

Cuando el hombre se levantó y salió de la fonda, preguntamos al mozo, señalando al braquicéfalo:

—¿Es un napolitano?

El mozo no comprendió bien lo que le queríamos decir.

—Si ese señor que acaba de salir es un napolitano —le repetí yo en francés.

—Sí —contestó el mozo sonriendo, y debió de pensar: «¡Qué torpes son estos extranjeros, que no comprenden que los de Nápoles son napolitanos!».

—Será hijo de algún italiano del Norte —añadió Recalde para legitimar su error.

Poco después entró una muchacha rubia, con los ojos claros, la tez sonrosada, hablando exageradamente y gesticulando a estilo napolitano.

—No le preguntes al mozo si es de aquí, porque se va a reír de nosotros —le dije al antropólogo.

—Sí, esto es el caos étnico —repuso Recalde; y como si tal idea le molestara en lo más hondo y la considerara como una ofensa hecha a la buena clasificación

etnográfica, aseguró que una mezcla así no podía conducir a nada bueno.

Indudablemente, desde un punto de vista antropológico, debía de ser aquello un abuso, una transgresión inmoral del orden científico.

Recalde seguía empleando la metáfora sin sospechar que la empleaba.

Salimos de la fonda y tomamos por la calle de los Tribunales, llena de gente.

—Es curioso —me dijo Recalde—; aquí no hay cabezas verdaderamente mediterráneas, sino cabezas de portugués o de gallego, anchas y cortas. Esto es ridículo.

—Yo encuentro también mucho tipo germánico.

—Sí, resultado de las invasiones góticas...; quizá la influencia más moderna de los normandos.

### *Recalde se incomoda*

El no ver cabezas interesantes de dollicocéfalos puros, el tropezar con la gente que bullía como en un hormiguero en la estrecha calle, la suciedad, el desorden consentido y admitido iban irritando a Recalde profundamente. Recordaba, para compararla con Nápoles, a Jena, la ciudad alemana donde había vivido algún tiempo, de estudiante, y encontraba el desorden napolitano una cosa ofensiva.

—Estos pueblos, en donde hay muchos mendigos, muchos jorobados y muchas mujeres gordas, me dan vergüenza, como si yo tuviera alguna culpa en ello —me dijo Recalde con voz siniestra.

Salimos a la calle de Toledo y bajamos hacia la Ribera del Chiaja, y llegamos al hotel. El tiempo estaba mejorando.

—¿Saldremos por la noche? —le pregunté a Recalde.

—Bueno; como usted quiera.

Cenamos y nos dispusimos a salir.

—Este Nápoles, de noche, debe ser un antro de toda clase de vicios —dije yo—; tú, antropólogo, defiéndete como puedas; yo soy viejo y no le tengo miedo a las seducciones.

Y me puse a recitar unos versos de Zorrilla:

Nápoles, rico vergel  
de amor y placer emporio.

Salimos después de cenar; fuimos por la calle de Toledo, arriba y abajo, y por las adyacentes, y entramos en un café cantante, poco concurrido.

Se nos acercó una muchacha y nos dijo en un mal francés:

—¿Están ustedes solos?

—Vale más estar solo que mal acompañado —contestó Recalde con una exquisita

finura y en un francés de la misma categoría que el de la muchacha.

A pesar de esta acogida, la chica se sentó en nuestra mesa y Recalde comenzó a someterla a un interrogatorio étnico-antropológico.

Quiso descubrir la raza de aquella pequeña hetaira por sus caracteres craneanos; pero no acertó en nada, y la chica, ¡también braquicéfala!, despreciándonos completamente, se marchó a otra mesa, huyendo del interrogatorio etnográfico.

Salimos del café y volvimos en un cochecillo al hotel. La noche estaba estrellada, y la luna, entre nubarrones oscuros y dramáticos, iluminaba el mar.

Al despedirse de mí para ir a su cuarto, Recalde dijo:

—Mañana me voy.

—¡Pero, hombre! ¿Por qué te vas tan pronto? Espera.

—¿Para qué?

—Mañana, probablemente, hará un buen tiempo. Además, nos van a cambiar de cuarto. A mí me van a llevar a una habitación que da a la bahía.

—Yo creo que esto no tiene ningún interés —me dijo él desdeñosamente.

Sus pifias antropológicas, y quizá la cantidad de braquicéfalos de Nápoles, le tenían irritado. A medida que él se había ido incomodando yo estaba más optimista.

Le traté de convencer de que los pueblos de mucho sol, con tiempo oscuro y gris, suelen aparecer feos, desastrados, harapientos y sin ninguna de sus bellezas. Estuve casi por defender la tesis de que con los tiempos lluviosos y grises había en las calles más braquicéfalos, como hay en los bosques más hongos.

—Debes quedarte otro día —concluí diciendo.

—Bueno, me quedaré otro día.

### *La fauna abisal*

Al día siguiente tampoco tuvimos suerte. Por la mañana soplaba un viento frío. El Vesubio se veía lleno de estrías de nieve; el cielo, nublado; el mar, gris; la pequeña península del castillo del Ovo, que avanza en la bahía con sus murallas viejas y sus manchones verdes de hierbas parásitas, estaba ribeteada por la espuma de las olas. Las gaviotas revoloteaban sobre la costa o jugueteaban balanceándose sobre el agua.

Comenzaba a llover.

El mar se mostraba de un color de perla y de ámbar; a lo lejos, la isla de Capri aparecía azulada. Por la vía Caracciolo pasaba una tropa de *bersaglieri*, con unos capotes grises, del mismo color del tiempo, y con las plumas de gallo de los sombreros completamente mojadas.

Recalde y yo fuimos al acuario, que se hallaba bastante cerca del hotel. Era lo más lógico que se podía hacer aquel día.

Nos entretuvimos mirando los peces, casi todos muy feos y raros. Encontramos

entre ellos muchas caras de mal humor, de impertinencia, de estupidez y de cólera. Se conoce que no es muy cordial la vida en los abismos líquidos.

Con un poco de esfuerzo se les hubiera tomado por personas; naturalmente, por braquicéfalos. A veces me parecía el acuario un paseo de capital de provincia española, de esas capitales petulantes en que el juez, el coronel y el profesor se creen de la aristocracia y miran por encima del hombro y con la boca fruncida.

En este desfile de caras antipáticas había un pez que parecía que silbaba y otro que estaba riendo.

Entre los de aire malhumorado vi uno que me recordó a un profesor catalán de matemáticas, braquicéfalo impenitente, y me pareció que me miraba con severidad, para decirme: «Señor Andía: al banco de los desaplicados». Otro pez que se presentó de pronto nos hizo reír por su cara redonda y sus ojos abultados y estúpidos.

Estuvimos también contemplando los pulpos, que, vistos de cerca, tenían algo de infernal, pues no parecían animales, sino una masa de tentáculos y de ventosas, sin color apenas, que se revolvía de una manera frenética y vergonzosa alrededor de unos ojos brillantes y siniestros.

El guardián del acuario nos contó las aventuras de uno de ellos, que era el Don Juan Tenorio de los pulpos, pues desafiaba y mataba a todo bicho que se le ponía por delante.

Como el antropólogo se eternizaba en el acuario, y a mí no me gustaba pasar tanto tiempo en aquella oscuridad, le dije que tenía que escribir unas cartas y que le esperaba en el hotel.

### *Vistas al mar*

Al llegar al hotel me dijeron que me habían cambiado de habitación. El cuarto nuevo daba sobre el mar. La vista desde el balcón era espléndida. Me senté a contemplarla. El día se mostraba inseguro; a veces llovía, a veces salía el sol; las gaviotas volaban sobre la costa y el horizonte comenzaba a aclararse.

Recalde vino poco después, y me dijo que iba a ir a la Escuela de Medicina. Como suponía que la visita no me entretendría, me dejaba en mi cuarto.

Estuve leyendo periódicos en el salón de lectura. Por la tarde me senté en mi cuarto, delante de los cristales.

El crepúsculo fue admirable. El gris perla del mar se oscureció y se convirtió en un color de mica; el horizonte más claro pasó del amarillo pálido al rosa, y en el momento de ponerse el sol brillaron un momento las olas con reflejos sangrientos, como las escamas de un dragón fabuloso. Luego, el cielo quedó verde y azul y comenzaron a aparecer las estrellas.

«Mañana vamos a tener buen tiempo», me dije.

Al volver Recalde le pregunté:

—¿Qué tal la excursión científica?

—¡Pse! No hay cráneos en ninguna parte —me contestó con sarcasmo—; no sé qué hacen.

### *El violinista, también abisal*

Salimos con la idea de cenar fuera de casa. Vimos un café restaurante próximo, en la calle de Piedrigotta, y entramos en él; nos sentamos y pedimos unas copas de Marsala.

Había un gran cuerno en el mostrador, sobre un bloque de mármol.

—¿Qué afición al cuerno tiene esta gente! —exclamó con ironía Recalde.

—Sin duda, es una afición de braquicéfalos —dije yo.

Desde el café donde estábamos se veía el salón del restaurante y se oía tocar un violín y una guitarra.

—¿Qué tocan? —preguntó Recalde—. Esto es muy conocido. ¡Ah, sí! Es la *Bohemia*, de Puccini. ¡Qué lata! ¡Qué cosa más repugnante! Me parece un pastel endulzado con sacarina.

Después de la *Bohemia* vino *Cavalleria rusticana*, *La Traviata*, *Rigoletto*, el Toreador de *Carmen* y otras cosas que a Recalde, wagnerista acérrimo, le parecían desagradables y ofensivas. Yo no quise contradecirle. ¡Qué se le va a hacer!

A mí me gusta *Rigoletto*, el Toreador de *Carmen*, *Cavalleria rusticana*, y hasta *La Traviata*, a pesar de estar un poco vieja; pero no me gustan hasta el punto de salir a su defensa.

No veíamos a los músicos. Luego, salieron del restaurante al café y los pudimos contemplar.

El violinista era alto, gordo, rubio, afeitado, con la cara redonda, completamente braquicéfalo, con unos ojos abultados como huevos, de cristal azul, y un pelo escaso, peinado con una raya que le cogía toda la cabeza, hasta la nuca.

—¿Sabes a quién se parece? —le dije yo a Recalde.

—¿A quién?

—Al pez aquel de la cara redonda y de los ojos abultados que hemos visto esta mañana.

—Es verdad.

Al guitarrista, flaco, torcido, de bigote largo y lacio, con aire de tísico y que no hacía más que escupir, le encontramos también cierto aire de pez de acuario, a pesar de su dolicocefalia.

El violinista preguntaba a los parroquianos si deseaban oír alguna cosa especial; recogía la indicación con un saludo magnífico y ceremonioso, y se ponía a tocar.

El hombre quería demostrar, con sus gestos más que con su aparato, que sabía hacer brotar de las cuerdas de su instrumento una melodía celeste. Yo le contemplaba admirado. ¡Qué abdomen! ¡Qué mirada! ¡Qué sonrisa triunfante la de aquel braquicéfalo!

Algunos parroquianos del café le felicitaban y le daban la mano al concluir sus ejercicios, y luego se burlaban de él irónicamente.

—Vámonos de aquí —me dijo Recalde—. Ese hombre, engordado con macarrones y con esa cara de c..., me irrita. No lo puedo soportar.

Llamé al mozo, un señor con aire de sabio y gran bigote, con los pantalones agujereados por la polilla y unas botas de mendigo; le pagué, y Recalde y yo salimos a la calle.

Entramos en un fonducho próximo que tenía la cocina en el mismo comedor, un sitio pintoresco y bonito.

Pedimos una fritura de peces, y nos trajeron una fuente, en la que había unos pececitos que todo eran espinas, y unos trozos de jibia o de pulpo que parecían anillos de caucho completamente incomedibles.

—Esto es muy pintoresco —dije yo—, pero poco nutritivo.

—A mí todo me parece preferible a verle a aquel hombre de la cara de c... con su violín —exclamó Recalde.

Yo, menos dogmático y menos etnográfico que mi amigo, hubiera preferido ver al violinista gordo, que me recordaba al pez rechoncho del acuario, y comer algo más blando; pero el antropólogo era intransigente.

Al volver a casa nos acercamos a la bahía. El cielo estaba lleno de estrellas, y la luna aparecía por encima del promontorio de Sorrento e iluminaba el mar.

—Mañana hará buen tiempo —dije yo,

—Me es igual —repuso Recalde—; mañana me voy.

—Yo, como tú, si hiciera buen tiempo me quedaría.

Recalde no contestó.

## 2

Al día siguiente, al despertarme, mi primera idea fue contemplar el mar. Salté de la cama, descorrí la cortina y miré por los cristales.

Aún no había amanecido; era el momento intermedio entre la noche que acaba y la aurora que comienza su iniciación.

El cielo, azul, no tenía ni una nube; el mar brillaba con pequeñas olas grises, como si fuera de nácar. Unas barcas negras se deslizaban como fantasmas y se iban

alejando por esta superficie de color de perla y desvaneciéndose en la ligera bruma. Se veía la silueta de los tripulantes a pie.

El horizonte fue tomando un tono de ópalo por encima del promontorio de Sorrento.

De pronto, el sol comenzó a subir en el cielo con una rapidez de sol de teatro. Su cuerpo luminoso iba apareciendo como un ojo de fuego por encima de las rocas del promontorio. Estos rayos dorados, que partían en haces, recordaban las espadas flamígeras de los grandes altares barrocos de las iglesias.

Un momento después, un torrente de luz de oro se derramaba por el mar y lo llenaba de resplandores y de reflejos.

«¡Qué admirable escenografía!», pensé; y me acordé de mis días, ya lejanos, de marino. Tuve que reconocer que en el océano, y sobre todo en las zonas tropicales, el cielo nunca es tan puro como en estas costas del Mediterráneo, ni el amanecer tan soberbio, ni tan magnífico.

Me volví de nuevo a la cama, y me dije:

«¡Este Recalde habrá sido tan majadero para marcharse con un tiempo así!».

A las nueve me levanté, y le pregunté al mozo si había partido Recalde. Me contestó que sí.

—«Es un hombre terco y arbitrario», pensé. «Ya se nota que es un braquicéfalo. ¡No ha salido el sol en los tres días que ha estado aquí! Pues tengo la seguridad de que para él Nápoles es un pueblo donde no habrá sol nunca».

### *Esplendores*

Salí a la calle y me quedé maravillado.

—¡Cómo se transforma un pueblo así con la luz! —exclamé—. Una ciudad sucia, sarnosa, se convierte de pronto en una urbe espléndida en donde todas las casas parecen magníficos palacios.

Esto no ocurre en los pueblos de la costa del Atlántico. Allí el sol es siempre un poco agrio y chillón.

Ver Nápoles con lluvia y tiempo gris es como ver otro pueblo que no es el Nápoles habitual. Es como ver un braquicéfalo moreno que, de pronto, se transforma en un dolicocefalo rubio.

Paseé un poco por la mañana; almorcé fuera, y al caer de la tarde me volví al hotel. Tenía la gran ventaja de poder contemplar a todas horas la bahía desde mi balcón, lo que me bastaba para encontrarme satisfecho.

Recalde no sentía este entusiasmo por el mar, que yo tengo tan acentuado desde la infancia. Era demasiado impulsivo, demasiado braquicéfalo para contentarse con la contemplación.

Todos los días que pasé solo en Nápoles, el mirar la bahía desde mi cuarto era uno de mis espectáculos favoritos.

Por la mañana tenía el sol delante, enfrente de Sorrento. Hacía destacarse a contraluz el castillo del Ovo, con su silueta medieval, e iluminaba con su resplandor de oro las villas del Posilipo.

A esta hora las barcas pescadoras marchaban despacio, a remo, por el mar, blanco y brillante como la plata, tendiendo sus redes; algunas velas latinas aparecían como fantasmas; el humo de los vapores manchaba el cielo, y la isla de Capri se recortaba como una joya de lapislázuli o de esmeralda en el horizonte azul.

Al volver al hotel, por la tarde, el sol brillaba en el otro extremo de la bahía, sobre la masa de pinos y cipreses de las villas del Posilipo, y llenaba de luz roja, crepuscular, la Ribera de la Marinella, el Vesubio y el promontorio de Sorrento.

Muchas veces el sol se hundía, rodeado de cúmulos blancos y rojos, y sus rayos salían por los agujeros de las nubes, iluminando sus diversas espesuras con distintos colores.

En el crepúsculo, el mar tomaba una entonación de metal fundido, de grana, de rosa, de violeta; el horizonte pasaba del azul intenso a las llamas de fuego, al rojo oscuro y al color de naranja; luego, ya palidecía más, y venían los tonos cenicientos, y la isla de Capri aparecía gris en el cielo de ópalo...

¡Qué aire de serenidad, de paz, de reposo! Entre la hora de brillar el sol en Sorrento y la de brillar en el Posilipo, yo hacía como que vivía en la ciudad, andaba entre la multitud y me mezclaba con la gente...

### *Las calles de Nápoles*

Salía temprano por la mañana. A esta hora por la calle pasaban vacas y rebaños de cabras. En los Gradoni di Chiaja los floristas hacían altares de rosas. De la Strada del Chiaja, estrechísima y con una circulación enorme, salía a la vía Toledo. Me fingía a mí mismo que tenía algo importante que hacer, y subía y bajaba por esta calle y por las de los alrededores, parándome en los escaparates.

Nápoles, indudablemente, es un pueblo curioso. Yo, al principio, creía que los naturales habrían dejado parte de la antigua ciudad en su abandono y su confusión para atractivo de forasteros; pero comprendí que no, que el abandono y la confusión reinan todavía con fuerza en el pueblo napolitano. Las calles de Nápoles siguen siendo algo característico y único.

La vía Toledo es una de las más ruidosas del mundo. Los coches que allí circulan parece que los han elegido a propósito los más alborotadores; los cocheros hacen restallar el látigo con un ruido de petardo; todo el mundo habla a gritos.

Esta calle de Toledo es, sin duda, una de las más animadas de Europa: coches

destartalados, coches elegantes; carros pintados, con las lanzas labradas, el caballo con una collera con adornos de metal y campanillas; gente que corre, gente que discute, mendigos insinuantes, mujeres viejas que marchan encorvadas, con la cabeza sin peinar; algunas con el pelo como una bola de estopa; pordioseras, con harapos de varios colores, que van arrastrando unas zapatillas de madera; señores que gesticulan de una manera melodramática; abates, frailes, monjas...

Uno se pregunta de dónde sale esta multitud; pero, si se mira a derecha e izquierda, se ve una de callejones y de casas con patios negros de los que brotan enjambres de personas.

### *Gesticulantes*

El pueblo napolitano es un mundo curioso y original en donde abunda la gente con carácter. La calle es muy divertida. Unos hablan con gran solemnidad; otros se insinúan, gesticulan y accionan no sólo con las manos, sino hasta con cada dedo. Al observar estas multitudes se impone la idea de que Nápoles es un pueblo un poco monstruoso, un pueblo de grandes contrastes.

Al mismo tiempo que las bellas damas y los jóvenes peripuestos, se ven unos pordioseros fantásticos y una porción de enanos y de jorobados.

Otro personaje abundante y pintoresco de las calles napolitanas es el abate. Hay una nube de ellos. ¡Qué fauna más curiosa y, en general, más derrotada y famélica!

¡Qué galería de tipos! Gordos, flacos, sucios, limpios, rojos, pálidos, con pellicas de terciopelo o con una bufanda raída, con los pantalones como madamitas. ¡Qué perfiles! Unos, redondos y de cara ancha, ¡los malditos braquicéfalos!; otros, flacos, con aire de espectros; muchos, con la nariz corva y el tipo de polichinela; pero todos interesantes a su modo y con una personalidad acusada y fuerte.

Algunos llevan todavía el hábito legendario de don Basilio: un capote, con dos o tres esclavinas, que deja al descubierto los pantalones destrozados. Se trasluce la miseria negra de este proletariado clerical que lucha ásperamente por la vida.

Los domingos, en la calle de Toledo y en las adyacentes, tocan los sacristanes las campanillas en el atrio de las iglesias para anunciar la misa, y los campanillazos contribuyen al mayor alboroto callejero.

Por todas partes, en las plazas, en las rinconadas, en los pasadizos, se ven iglesias, iglesias barrocas, tan gesticulantes como las personas; algunas, con estatuas en lo alto.

Para mí, que no entiendo nada de arqueología, estos santos en las alturas, en posturas dramáticas, es lo que más caracteriza a los pueblos romanos. Esa población aérea, destacándose en el espacio en actitud oratoria, me da una impresión extraña y, al mismo tiempo, intranquilizadora.

Al pasar en el tren por delante de Roma se ve una iglesia así, con grandes figurones teatrales en lo alto.

Esto simboliza para mí, Roma y el papado, esas estatuas de piedra, aparatosas y terribles, tronando desde los tejados.

### *Reflexiones y comparaciones*

Nápoles me ha ido produciendo curiosidad e interés, lo que yo atribuyo principalmente a que es un pueblo vivo, no una ciudad de museos y de piedras viejas, conservada para los pequeños cretinos, hijos espirituales de la mamá Estética y de Ruskin.

Me inclino a pensar que, así como Londres es la concreción de la Europa del Norte, este pueblo es la síntesis del Mediodía.

Algunos dicen que Nápoles es una ciudad española, lo que me parece resultado de una observación superficial, de una observación de escritor americano.

Hay la semejanza de las casas con balcones y poco alero, hay la luz brillante; pero en lo demás, en su moral, en sus costumbres, en sus ideas, en su braquicefalia, Nápoles no tiene nada de español.

Nuestras ciudades son todas austeras, algo secas y monótonas; figuras ásperas, de poca carne; Nápoles es una gran ciudad, un poco grasienta, un poco cochambrosa, un poco matrona, con una moral laxa que ha sido siempre cosmopolita.

Es un pueblo oriental, con grandes bellezas, con grandes miserias, con enormes contrastes y con un fondo de gracia y de confusión.

Los napolitanos encuentran a los hombres de las demás ciudades de Italia un tanto provincianos.

Los romanos mismos son menos cosmopolitas, más patriotas y quizá más mezquinos y más entonados. Estos napolitanos se sienten, quizá como ninguna otra gente de ningún otro pueblo, ciudadanos del mundo.

«Nos han invadido y nos han conquistado», dirá muchas veces el napolitano; pero lo dirá sin molestia, y hasta con cierto desprecio por el conquistador.

El napolitano es hombre que ha vivido, y vive, en medio de los más extraordinarios contrastes: entre lo más bueno y lo más malo, entre lo más respetable y lo más envilecido.

Se comprende que un hombre de un pueblo así sea más inteligente, más universal que un ciudadano de otros pueblos del Mediterráneo, y mucho más que las gentes del interior.

Tienen estos napolitanos la muerte al lado, en el Vesubio, en el posible terremoto; tienen la fertilidad de la tierra, la dulzura del clima y la suavidad del mar.

Este rincón del mundo es un muestrario de todas las razas. Ha visto las mayores

virtudes y los más ignominiosos vicios. Ha pasado por la tiranía de reyes extraños, desde el más sombrío al más sonriente; ha sido regido por el despotismo de la aristocracia más encanallada y del populacho más vil. Ha dado el cetro a reyes grotescos, verdaderos lazarones del trono, que han llegado a ser payasos, bufones y vendedores de pescado. Se ha entusiasmado al mismo tiempo con los más altos poetas y los más grandes pensadores.

El hombre de genio de Nápoles ha podido ver en el microcosmos de su ciudad todos los componentes de la vida y de la tragedia humana, ha podido pasear su mirada desde lo más alto a lo más bajo, desde lo más puro y noble a lo más miserable y a lo más abyecto.

### *Calles campamentos*

A medida que voy conociendo este pueblo siento más afición por él, y penetro en los barrios populares para contemplar su manera de vivir. Me aventuro a meterme en los callejones abiertos a un lado y a otro de las vías importantes, callejones estrechísimos llenos de trapos puestos a secar en cuerdas, con toda clase de pequeño comercio: barberos, fruteros, castañeros; músicos ambulantes, charlatanes y memorialistas. Las casas, en las angostas rendijas, son un hormiguero humano, gusaneras donde pululan viejos, mujeres y chicos.

Algunos de los oscuros callejones, como el de los Gradoni di Chiaja, que está en cuesta y tiene escaleras, parece conservado exclusivamente para contemplación de los artistas amigos de lo convencional, pintoresco; de estos artistas, en general, tan amanerados y tan poco comprensivos.

Las ropas, puestas a secar en cuerdas de balcón a balcón; los harapos de todos colores, las banderas, los puestos de los floristas y fruteros, los tiestos con plantas en los balcones, las cortinas grandes que se mueven con el viento, las cestas que suben y bajan de la calle a los últimos pisos, forman la decoración de estas callejas.

Quizá para el artista —artista no nos parece hoy la cumbre de la inteligencia y de la comprensión, sino más bien un hombre de amaneramiento y de rutina— estos rincones tienen mucho atractivo; para el que no siente grandes preocupaciones estéticas, estas grandes viviendas, con patios infectos, con tiendas siniestras, en donde vive un mundo de gente harapienta, es algo hórrido y angustioso.

En algunos barrios populares la calle es un campamento de todos y de cada uno: se guisa en ella, se come, se duerme, se juega, se peina, se matan los piojos y se ensucian los chicos.

### *El puerto*

Cuando me he cansado de pasear por la parte alta de la ciudad, he comenzado a ir al puerto.

Ya no me gustan tanto como antes los espectáculos de un gran puerto.

Me dan la impresión de algo triste y desgarrado.

Suelo pasear por los muelles. Los marineros de Nápoles, por su aspecto, no resultan decorativos. Desastrados, harapientos, sin una indumentaria típica, con bigote, con gorras o sombreros, por sus trazas podrían ser oficinistas o zapateros de viejo mejor que marinos.

Lo que sí tiene carácter en ellos es su hablar constante y burlón y su gesto expresivo.

... Hoy mientras paseaba por el muelle, veía un enorme transatlántico que se preparaba para la marcha. Tenía un armazón de tres puentes sobre la cubierta. Lo estaban limpiando y pintando.

Los pasajeros tomaban una lancha para ir al barco, y al llegar a su costado subían por la escala.

En el muelle se amontonaban cajas, baúles y maletas de los emigrantes. En los baúles, casi todos pobres, se leía en un papel pegado una dirección de Montevideo o de Buenos Aires.

En un grupo hablaban varios aldeanos calabreses; los hombres, con sombreros puntiagudos; las mujeres, con mantones de color. Se despedían los que iban de los que se quedaban, y unas viejas, flacas y tostadas por el sol, con las manos como sarmientos, lloraban amargamente.

En cambio, en otro grupo, una muchacha de aire alegre y juvenil se despedía de sus amigas, muy contenta porque iba a América a casarse, donde la esperaba su novio.

Todos los emigrantes, los alegres y los tristes, pasaron del muelle a la barca; subieron la escala y los fue tragando el transatlántico con sus enormes chimeneas. «¡Quién sabe los que volverán y los que se quedarán allí!», pensé yo. «¡Qué aire de Destino ciego tiene un gran barco de éstos que se prepara para la marcha!» Como digo, éstos espectáculos de los puertos me parecen ahora algo triste y desgarrador.

... He seguido andando por el muelle.

En un rincón, al lado de una grúa, entre varios fardos, tres marineros jugaban a las cartas, poniendo el dinero y la baraja sobre un pañuelo de colores.

Uno de ellos, un muchacho joven, con la cara tiznada por el carbón, sonriente, con los dientes muy blancos, fumaba un gran puro; el otro, un marinero con el cuerpo desnudo desde la cintura arriba, curtido, de color de corteza de pan, llevaba en el pecho un escapulario y una chaqueta sobre los hombros; el tercero mostraba sus brazos fornidos, con un tatuaje azul de varias anclas y barcos.

Jugaban los tres, billetes y monedas de plata; probablemente, lo ganado por ellos

en varios meses de penoso trabajo. ¡Qué absurdo! ¡Tanto esfuerzo, tanta fatiga, para exponerlo en unos minutos!

Los dejé, y seguí mi paseo.

Un barco francés, de Nantes, estaba descargando. Algunos marineros y el contraatastrea, echados sobre la barandilla, fumaban y contemplaban la maniobra.

Cerca del barco francés había otro japonés con sus hombres pequeños y siniestros, vestidos de blanco, de aire indiferente y desagradable. El nombre del buque aparecía en la popa con letras latinas y japonesas.

### *Los barcos de vela*

Tras del muelle de los vapores venían en fila los barcos de vela. Bergantines gruesos, con la proa levantada y el bauprés medio cubierto, por las telas de los foques; goletas blancas, con el velamen recogido y envuelto en hule verde; fragatas de tres y cuatro palos; pailebotes cargados de escobas, sacos de trigo y de maíz.

Todavía podían verse entonces algunos viejos mascarones de proa, adornados y pintados, y algunos castillos de popa ornamentados de barcos sicilianos, tunecinos y griegos, que recordaban las formas caprichosas y llenas de gracia de las embarcaciones antiguas.

Al final de mi paseo llegué a una casa pequeña, barroca y de ladrillos rojos, con unos figurones blancos en lo alto, y en medio de ellos la imagen de una virgen.

Al lado de la casa corría un muelle, donde desembarcaban los vapores de Ischia y de Capri. Acababa de llegar un barco, y los marineros se dedicaban a arrollar las maromas sobre cubierta. Había allí gran movimiento, y todo el mundo gritaba y discutía con el canto lacrimoso y burlón propio de los napolitanos.

### *Los alrededores del puerto*

Después de vagabundear por el muelle, me fui a sentar en un cafetín de la Strada del Piliero.

A mi lado, un marinero de un barco de guerra copiaba unos versos con una lacrimosa letra, y la chica del mostrador, mientras limpiaba los vasos, cantaba a media voz una canción en donde aparecía un *angelo*, el *mare* y la *bianca luna*.

Salí del cafetín. El barrio próximo del puerto me pareció también muy curioso. Había unas plazas llenas de carros, con unos caserones grandes, con los cristales sucios y rotos.

¡Qué callejuelas estrechas! ¡Qué casas! ¡Qué oscuridad!

Cada una de esas casas enormes debe ser un mundo misterioso e insondable. En

la planta baja de muchas de ellas hay cinco o seis tenduchos, un almacén, una taberna, una tienda de comestibles. Hay patios lóbregos, llenos de inmundicias, que huelen que apestan; cuartos como cuevas, en donde vive toda una familia: el padre, la madre, los viejos, los chicos y el burro. Es la confusión más extraordinaria; por todas partes se ven gallinas, conejos, gatos, perros.

Asomándose a una de estas casas: es una de voces, de ruidos, de cánticos, de fardos puestos en los rincones, de montones de trapos y de gente que duerme en un rellano de la escalera, que se queda uno atónito.

En los patios, en donde hay un olor especial a fermentación, las cestas, atadas con cuerdas, suben y bajan de la calle hasta los últimos pisos, y se entablan conversaciones desde los sótanos hasta las guardillas, a través de las colgaduras de ropas que cruzan el aire.

¡Y luego, qué posadas! El Albergo della Luna, o el Albergo della Primavera, son para amedrentar al más pintado. Quizá los huéspedes de estos mesones no sean más que desdichados emigrantes, pero parece que han de ser profesionales del bandidaje.

Desde el momento que sale el sol, toda esta pobre humanidad miserable que vive en los sucios caserones se derrama por las calles y las plazas, se sienta en las aceras o delante de los portales a calentarse como lagartijas en las tapias.

Unos duermen, otros charlan, algunos trabajan. Hay viejos de aire de garibaldinos, con sus barbas, su melena, su sombrero y su capa gris, que componen asientos de rejilla y cestas, viejas que hacen media con agujas corvas, mujeres que zurcen sus harapos o que peinan a sus niños.

Las mujeres y los viejos todavía tienen un aspecto regular; los chicos vagabundos que corretean por allí son una vergüenza humana: desnudos, tiñosos, piojosos; un verdadero horror.

De estos chicos, unos duermen al sol, y otros juegan a las chapas, a las cartas o a la morra. Una infancia así descuidada parece que no puede dar más que un fruto de granujas, de ladrones y de asesinos; sin embargo, parece que estos chicos vagabundos, miserables y abandonados, se convierten con el tiempo la mayoría en buenos trabajadores.

Toda esta gente mísera, cuando tiene algún dinero, va con los cargadores del muelle a las tabernas, donde compran unos pedazos de pan cocido en un caldo azafranado, o unas tortas amarillas, redondas o largas. En el invierno muchos se alimentan de castañas asadas.

En los figones y freidurías las multitudes haraposas comen en platos hondos, rápidamente, en la calle, sin sentarse, como perros hambrientos.

*De noche*

De noche deben tener una vida curiosa estos barrios; pero no me decido a visitarlos después de oscurecer, porque ya no soy ni muy ágil ni muy fuerte para evitar una sorpresa o una encerrona.

En las primeras horas de la noche paseo por las calles del centro de la ciudad. Me gusta mirar las tiendas, que aún están abiertas, y ver desde fuera lo que hacen en el interior.

En una tienda de bordados veo unas mujeres que trabajan con la aguja en sus bastidores; en una sastrería pequeña, el sastre cose sentado encima del mostrador, a estilo moruno, con la cabeza casi tocando el techo; en la tahona, los mozos, medio desnudos y con gorros blancos, preparan la masa; en el figón, el cocinero guisa; en una lechería, el lechero filtra la leche; en una pañería hay una tertulia; en una botica, con su bola verde, ¡qué simpáticas estas bolas verdes que van desapareciendo!, el practicante lee una receta; en una tienda de antigüedades, un viejo, de gorro negro y melenas, suele estar barnizando unos muebles.

En las esquinas de las calles veo carros con fruta iluminados con faroles grandes, lo que les da un aire de paso de procesión.

### 3

Llevaba unas semanas en Nápoles, y pensaba que ya pronto tendría que volver a España.

Un día, en la calle de Toledo, me encontré a mi amiga doña Rita Giovannini, que vino a saludarme efusivamente.

Me preguntó por Recalde, y cuando le dije que se había marchado, me dijo que se alegraba mucho, porque creía que mi amigo, el antropólogo, le daba la *jettatura*.

—No creo que se dedique a eso Recalde —le repliqué en broma.

Doña Rita se alojaba en casa de una francesa amiga suya, antigua cantante, que regentaba una pensión de viajeros. En esta pensión vivía también un español, un señor solo, de alguna edad, hombre simpático, ya retirado.

—Estará *molto* contento si usted va a verle. El *povero signore* se encuentra muy solo, un poco triste —me dijo doña Rita en su chapurreado.

Me dio las señas suyas, y fui a la pensión.

Estaba en muy buen sitio, en la vía Parténope, en una casa nueva, a orillas del mar, en un piso bajo.

Subí, y me pasaron a un salón con una gran ventana a la bahía.

El salón se hallaba atestado de trofeos artísticos de la ama de la casa. Aquí había una corona, allá, una fotografía de la dueña, vestida de Favorita, de Africana o de

Aida; en otro lado, una placa con una dedicatoria. Estaba, además, la sala plagada de barómetros en forma de columnas, termómetros con forma de puñal y otras chucherías que se acostumbra a regalar a los cómicos, y que pasan normalmente, con un movimiento uniformemente acelerado, a las prenderías y a las casas de préstamos.

Saludé a la señora de la casa, la antigua Favorita, Africana o Aida en ruinas, quien mandó avisar a don Luis Duarte.

Este señor era nacido en España y de familia española, radicada ya de hacía tiempo en Nápoles. Don Luis había vivido en su juventud en Cádiz y en Barcelona, donde tuvo negocios de barcos, y conservaba con cierto romanticismo exaltado la idea de ser español.

Duarte, descendiente de una familia rica y linajuda, se convirtió al final de su vida en un modesto empleado de una compañía de navegación, y con el sueldo y una pequeña renta vivía apaciblemente, con cierto desahogo.

Don Luis y yo charlamos mucho; él hablaba el castellano italianizado.

Presenciamos después cómo jugaban a las cartas la francesa, dueña de la pensión, doña Rita y otras dos señoras amigas suyas.

Era muy divertido verlas en el juego, porque se provocaban, se insultaban, se hacían muecas, se acusaban unas a otras de tramposas. A veces parecía que iban a reñir de veras, pero no pasaban de las bromas.

Al día siguiente don Luis vino a mi hotel y le convidé a cenar. Después presenciamos el baile, y le hablé de las inclinaciones de mi amigo Recalde.

—Sí; la aristocracia napolitana no tiene moral, ni sabe lo que es eso —me dijo Duarte.

—Quizá en todas partes, entre la gente rica, ocurra lo mismo —indiqué yo.

—Es que aquí el pueblo tampoco la tiene. La burguesía napolitana tendría quizá cierto sentido ético si tuviera dinero; pero, ¿dónde está el dinero? La moral de Nápoles es la moral de los pueblos vencidos.

Don Luis Duarte era muy severo para los napolitanos. Yo no estaba del todo conforme con él.

Los pueblos que se han dejado influir y hasta conquistar fácilmente han sido, al mismo tiempo, los que más han influido, porque han impuesto sus costumbres y sus ideas al invasor. Respecto al parecer completamente corrompidos, yo creo que no lo son tanto como se supone a primera vista.

Don Luis Duarte vivía bien, aunque modestamente; tenía amistades entre la aristocracia napolitana y solía visitar a un descendiente del virrey de Nápoles, don Pedro de Toledo, que habitaba en el último piso de una casa modesta.

Esta casa en donde vivía, por lo que me dijo Duarte, era una de las antiguas caballerizas del palacio de sus ascendientes, luego convertido en museo.

## Un óptico

El señor Duarte me convidó a comer en una fonda que él conocía, de la calle de los Tribunales; una fonda clásica, en donde se guisaba al estilo del país, sin mixtificaciones culinarias, ni influencias extranjerizantes.

Comenzamos nuestra comida por una sopa de pescado.

—Estas sopas de pescado antes me gustaban mucho —le dije yo—; ahora me parece que tienen más espinas.

—¿No seremos nosotros los que tenemos más años y menos apetito? —me replicó él—. Quizá las sopas no han variado; los que hemos variado somos nosotros.

—Es verdad; tiene usted razón.

Charlamos mucho de sobremesa; nos contamos nuestras respectivas vidas, y hablamos de las condiciones de España para un porvenir mejor.

Salimos de la fonda, y Duarte me llevó a casa de un óptico amigo suyo, del Corso Garibaldi.

Era el óptico un viejo de nariz aguileña, pelo blanco y cejas como dos pinceles, que caían sobre unos ojos grises. Este viejo hablaba el español, que había aprendido en América.

—He conocido muchos vascos allí, en la Argentina y en Chile —me dijo—. Buena gente. Aquí también tuvimos uno; ¿no recuerda usted, señor Duarte?

—De vasco; ¿cómo se llamaba?

—Galardi, Juan Galardi.

—No recuerdo.

—Pues, sí; fue administrador de una finca de la marquesa de Roccanera, en Calabria; pero hace ya muchos años. Era todavía en la época en que el tren no llegaba a Calabria.

—¿Y murió ese Galardi? —pregunté yo.

—No sé —contestó el óptico—. Desde que se marchó ya no tuve noticias de él.

Al salir a la calle me dijo Duarte:

—Si le interesa a usted ese vasco, nos enteraremos de su vida. Yo conozco a la marquesa de Roccanera, que en su tiempo era una mujer muy guapa, y a un sobrino suyo, el conde de Villarrosa. Si quiere usted, le presentaré a ellos.

—No quiero perturbarle en sus costumbres apacibles, amigo Duarte.

—No me perturba usted; al contrario. Por otra parte, hace mucho tiempo que no he visto a esas personas y tengo que hacerles una visita.

—Si es así, no digo nada.

—¿Le parece a usted bien que mañana vayamos a ver a esa gente?

—Muy bien; yo no tengo ocupación ninguna.

—Pues entonces vaya usted a mi casa a las cuatro.

## *Palacio napolitano*

Fui a buscar a Duarte, y los dos marchamos a casa del conde de Villarrosa.

Vivía éste en un antiguo palacio, enorme, un tanto destartado, que tenía en el piso principal oficinas de bancos y de empresas comerciales.

Subimos la gran escalera de piedra, y un criado nos pasó a las habitaciones del conde. Eran salas espaciosas, con los techos altísimos, ornamentados, con grandes cuadros, arañas y tapices.

El salón adonde nos hicieron pasar tenía tres balcones que daban a la bahía.

La casa se hallaba muy caldeada, a pesar de que no hacía mucho frío.

Se presentó el conde, que acogió con grandes extremos a don Luis Duarte y me dio a mí la bienvenida.

Era un señor todavía joven, rubio, muy calvo, con el aire decaído y la voz lánguida. Se sentó en un sillón, se puso una manta a los pies y una bolsa de agua caliente sobre las rodillas para calentarse las manos y nos hizo una serie de preguntas a Duarte y a mí.

Hablaba el aristócrata lánguidamente, y, de cuando en cuando, se exaltaba y se expresaba con mucho fuego. Tenía también momentos de depresión, acompañados de unos gestos de acabamiento. De pronto, se callaba y miraba con inquietud.

Vino luego la condesa, su señora; una mujer de unos treinta y cinco años, con aire de matrona; los ojos, negros y brillantes; la nariz, aguileña, y el aire, amable.

—¿No conocía usted Nápoles? —me preguntó a mí.

—No, señora.

—¿Qué le ha parecido a usted?

—Es un mundo.

—Sí, es cierto; tan ruidoso, tan inquieto, tan sucio, ¿verdad?

Vinieron más tarde de visita varias señoras y algunos muchachos jóvenes muy elegantes y finos.

Los italianos han formado un conjunto de simpatías bien organizado, cosa que nosotros, los españoles, no hemos podido constituir aún. Ellos siguen la trayectoria antigua y consideran el mundo clásico como un mundo de eterno porvenir; el Mediterráneo, Roma, la raza latina, son sus tópicos. En cambio, nosotros, los españoles, no hemos podido llegar a nada parecido, quizá porque nuestro país es más heterogéneo, o porque nuestra cultura es más deficiente. Lo cierto es que cada uno de nosotros tiene sus simpatías, la mayoría de las veces no sólo distintas a las del vecino, sino contradictorias entre sí.

Hablaron los contertulios del conde de los paisajes napolitanos, por los que manifestaron gran entusiasmo.

El referirse a la suciedad y al abandono urbano no les hacía mella, ni les importaban gran cosa; pero creo que si alguien hubiera dicho que los alrededores de

su pueblo o el golfo de Nápoles no son tan bellos como se asegura, les hubiese ofendido profundamente.

### *Conversaciones atrevidas*

En la conversación se refirieron a la isla de Capri, donde, según parece, se perpetúan los vicios nefandos y las costumbres diarias del *Satiricón* de Petronio.

Luego se sirvió el té.

Una señora joven habló de las nuevas canciones napolitanas que se habían cantado en la fiesta de la Virgen de Piedigrotta y las comparó con las de los años anteriores. Casi todos las sabían y las discutieron y las cantaron a media voz.

Otra señora dijo que cuando iba a Francia, y hasta las ciudades del norte de Italia, donde la gente es distinta, la insultaba con gusto, porque para ella el insulto era un placer.

Las demás señoras y los jóvenes reconocieron que para el napolitano el insulto es una voluptuosidad. Es, sin duda, una voluptuosidad de oriental.

Una dama vieja y esquelética, y con muchas joyas, nos contó la tragicomedia de una amiga suya, que abandonó a su marido por un amante, y después al amante por el marido, porque había comprobado que éste se hallaba mejor dotado físicamente. Este físicamente, dicho varias veces de una manera entonada y con retintín, hizo reír a todo el mundo.

—¿Nos iremos ya? —le pregunté a Duarte.

Nos preparamos para marcharnos.

—No se vayan —dijo la condesa—; la Roccanera va a venir.

—Creo que mi amigo el español está un poco escandalizado de lo que hablan ustedes —indicó Duarte en voz baja.

—¿De veras? ¡Oh, no! —replicó ella riendo.

—No, no —aseguré yo.

—A ver si en su pueblo va usted a decir que somos muy malos en Nápoles.

—Por lo menos, no aseguraré que sean ustedes poco amables.

### *La Roccanera*

La condesa me preguntó por mi vida y le hablé de mis viajes. A poco rato me dijo:

—Aquí está la Roccanera.

Nos levantamos todos. Entró una señora anciana, todavía derecha, muy pálida, con la expresión dolorosa y triste, los ojos brillantes aún y el pelo blanco. Vestía de

negro y llevaba una magnífica capa de piel. Me presentaron a ella; me dio la mano, y yo se la estreché, a pesar de que vi que los demás se la besaban respetuosamente.

—¿Es usted español? —me preguntó, en francés, la Roccanera.

—Sí, señora.

—¿Y vasco?

—Sí, señora.

—¿Y marino?

—Y marino.

—Yo tuve hace tiempo un administrador vasco y marino, como usted. Era un hombre muy fiel, muy honrado.

—Sí, me han hablado de él. ¿Y vive aún?

—No; murió en Calabria.

La Roccanera me hizo varias preguntas acerca de mi país y de la vida mía; luego, me habló de su antiguo administrador, y me dijo que, al morir, había dejado un paquete de libros y de papeles, y que me los enviaría al hotel por si acaso como vasco me interesaban.

Hablamos de otras cosas, y nos despedimos.

La marquesa me alargó las dos manos, dos manos suaves y tibias.

—¡Adiós! ¡Adiós! —me dijo—. Me parece que le conozco a usted hace tiempo.

### *Los libros de Galardi*

A los tres o cuatro días vino un criado de la Roccanera con un paquete de los libros que habían pertenecido a Juan Galardi. Estos libros eran la *Historia de Guipúzcoa*, de Iztueta, en vascuence; un diccionario en latín; otro vasco-latino-español, de Larramendi; una traducción de la *Guía Espiritual* al italiano, del padre Molinos, y un tomo bastante grueso, manuscrito y empastado.

Cogí estos libros y me puse a hojearlos.

Los tomos impresos que pertenecieron a Galardi estaban llenos de notas escritas con lápiz, con observaciones acerca de la sintaxis vasca y latina, cosa que para mí no tenía el menor interés. Luego hojeé el tomo manuscrito y encuadernado. Comenzaba con un estudio sobre los abonos que se puede emplear en la Calabria; seguía un reglamento de pesca, y luego vertían una serie de prescripciones para evitar las fiebres palúdicas.

Tras de esto se hallaba lo más interesante para mí. Era una relación en vascuence de la vida de Galardi. Este relato tenía como lema la divisa que el caballero de Bela, escritor vasco francés y protestante acérrimo, puso en su castillo:

*Lehen hala.  
Oraiñ onla.  
Guero ez daquit nola.*

(Antes, así, así; ahora, lo mismo; luego, no sé cómo será).

Esta divisa de resignación y de conformidad con las cosas, sin duda había agradado a Galardi.

Poco después de comenzada se interrumpía la relación. Había una copia en castellano de un estudio sobre los terrenos volcánicos, y, concluida ésta, seguía de nuevo el relato de la vida del vasco. Galardi escribía así, sin duda, temiendo que algún curioso se enterase de sus amores y aventuras.

En el volumen aquel no acababa la relación de la vida de Galardi, y me fijé después que en la primera página ponía en número romano un I indicando que era el primer tomo.

### *En busca de Procopio Lanzetta*

Me picó la curiosidad de ver cómo seguía la relación de la vida de mi paisano, y me lancé a casa de la Roccanera. Averigüé cómo se llamaba el criado que estuvo en mi hotel con los libros, y le pregunté si no había quedado algún otro volumen de los de Galardi, porque le dije que un tomo estaba incompleto y que me interesaba.

El criado prometió mirar en las guardillas, y dos días después me indicó que no quedaba nada.

—El resto de los papeles —añadió— se los llevó un librero de viejo.

—¿No sabe usted de dónde es, o cómo se llama?

—A punto fijo, no sé; pero tengo idea de que se llama Lanzetta, y que tiene un puesto pequeño en la Strada Foria.

Fui a la Strada Foria, y pregunté en varias librerías de viejo y adquirí noticias, y me enteré de que el tal Lanzetta, Procopio Lanzetta, era un vagabundo del gremio de libreros ambulantes, a veces trapero, a veces papelero, en ocasiones mozo de cuerda, y siempre borracho.

—Ahora suele poner un puesto pequeño, con libros y papeles, en la plaza de la Puerta Capuana —me indicó uno de los libreros—. Ahí le encontrará usted.

«Bueno; iremos allí», me dije.

### *El barullo de la Puerta Capuana*

Cuatro o cinco días seguidos fui, por las mañanas, a la Puerta Capuana, sitio muy

interesante, en el que no me había fijado hasta entonces.

Hay en la Puerta Capuana y en sus alrededores, mañana y tarde, gran mercado; barracas fijas de toda clase de género y puestos movibles de memorialistas, charlatanes, vendedores de baratijas que alternan con los cantores, los guitarristas, los organilleros, los zamponeros, y con el público, formado por compradores de todas las clases sociales: campesinos, mozos de cuerda, mujeres, soldados y, según se dice, ladrones asociados a la Camorra.

Es la plaza de la Puerta Capuana algo como un Rastro de Madrid, sin la cuesta de la Ribera de Curtidores y sin el frío que vierte del Guadarrama en invierno.

A esta plaza solía ir por las mañanas en busca de mi librero de viejo. A pesar de que me habían dicho que se instalaba allí, yo no lo encontraba.

Iba pasando revista a los puestos uno por uno.

¡Qué cosas más raras vi vender! Cartas, pergaminos de iglesia, colillas, canciones usadas y rotas que nuevas valían cinco céntimos, platos guisados de carne y de pescado y trozos de queso de segunda mano. Vi también una acera llena de cabellos de mujer, la mayoría de vieja, pequeños, canos y grises. Es extraño, me dije; ¿quién puede comprar un género de comercio tan miserable y tan averiado por la vida? Se comprende que en la antigua fábula de Esopo, el cuervo, queriendo hacerse rey de todas las aves, se adornara con plumas ajenas; pero, por mucho que sea el afán de embellecerse de un pájaro o de un animal racional, es raro que vaya a tomar un producto, como las canas, tan estropeado por los años y que indica decadencia y vetustez.

En mis paseos me detenía a escuchar a los charlatanes, porque Nápoles es, sin disputa, la ciudad de los mejores charlatanes del mundo. ¡Qué bien lo hacían! ¡Qué gesticulación más gráfica y expresiva!

### *Las mujeres gordas y las mujeres flacas*

El público que vagabundeaba por allí tenía también gran interés.

Había muchachitas, unas muy morenas y otras muy rubias, de ojos azules y de ojos negros, que corrían descalzas entre la gente, y chiquillos andrajosos que gateaban por las aceras.

Las mujeres de más de treinta años eran, muchas de ellas, elefantinas, enormes, de un cuerpo deforme. Iban algunas con un peinado muy complicado, con mantones de colores, y hasta con pieles ricas; otras aparecían despeinadas y con trajes raídos.

Encontraba yo gran diferencia entre las muchachitas y las viejas; parecían unas y otras de distinta raza. Sin duda, las mujeres del pueblo, desde los treinta años para arriba, adquieren una corpulencia terrible y luego se achican, se avellanan y toman un aire de brujas.

Las viejas andrajosas eran trágicas y casi monstruosas; llevaban muchas el pelo sin peinar, como una bola de estopa; tenían con frecuencia la nariz ganchuda, la cara amarillenta y siniestra, y una sospecha, cuando no una realidad fenomenal de bigote. Algunas se me figuraba que debían ser de la misma familia de Napoleón, a juzgar por su nariz y su color de aceituna.

Entre estas mujeres, abandonadas y monstruosas, veía muchas con los dientes orificados, lo que representaba, sin duda, un pasado mejor, con preocupaciones de cuidados y de belleza.

Toda la gusanera humana, en la que abundaban los jorobados, gritaba, discutía, charlaba, accionaba exageradamente, hablaba como si estuviera llorando o quejándose, y sincopaba los nombres, y se llamaban unos a otros Enrí, Federí, Margarí, para hacerlos más breves.

En un rincón, un grupo se calentaba al fuego ante una hoguera hecha de palos; en otro, hablaban dos frailes de mirada viva y aire inteligente; aquí, un viejo requebraba a una chiquilla, y allá, una matronaza de las del peinado alto y complicado, después de atarse la liga en la calle, a la vista de todos, echaba piropos a un muchacho joven.

Yo paseaba y paseaba por la Puerta Capuana, pero mi librero de viejo no aparecía.

### *La gente de los Tribunales*

Del Castel Capuano, donde están las Audiencias y Juzgados, siempre salía una multitud de gente: ciudadanos y campesinos, ujieres, abogados y guardias. Había en aquel gentío tipos de águila, de zorra, de cuervo, de fuina, de comadreja, de loro; caras socarronas, de una granujería maligna; caras solemnes, caras impasibles y, sobre todo, caras de polichinela.

A veces alguna mujer flaca, de aire febril, con la piel terrosa, los ojos brillantes y la nariz corva, salía desesperada del edificio de los Tribunales y se ponía a hablar de una manera elocuente contra la injusticia de los jueces o contra el gobierno.

La variedad del tipo étnico, como hubiera dicho Recalde, hacía el espectáculo más vario.

¡Cuántos braquicéfalos y dolococéfalos hubiera advertido mi amigo! Había ojos azules, verdes, castaños y negros; caras de escandinavo y de berberisco, cabellos de todos los colores. A esta multitud, de tipo tan diferente, le daba unidad la expresión, el gesto exasperado, la rapidez en la charla, el accionar con todo el cuerpo, con la cabeza, con las manos y hasta con cada dedo y el acento irónico y lacrimoso en el habla.

Otra sorpresa grande era para mí el ver la cara seria, triste, un poco estupefacta del hombre callado que, de repente, comenzaba a hablar frenéticamente y se transformaba su expresión y le brillaban los ojos como si le fueran a echar chispas.

En los alrededores de la Puerta Capuana abundaban los altares y capillas; en un esquinazo, debajo de una tejavana, había una ermita abierta al público, con muchos santos viejos, iluminados por cirios, velas y lámparas eléctricas y adornados con exvotos de cera, ramilletes de flores de papel, cromos, tarjetas postales y fotografías.

El pueblo mismo cuidaba de su capilla y de sus imágenes y las adornaba a su gusto, y no era raro, según se decía, que le pusieran una magnífica corbata a la última moda a un santo o unos pendientes modernistas a la Virgen.

### *Las máscaras griegas*

Los tipos que se encontraban en la Puerta Capuana eran algunos extraordinarios. Vi una mujer, no sé si loca o medio borracha, sentada en la parte de atrás de un carro, con las piernas al aire, cantando y riendo. Llevaba una melena blanca; tenía una cara pálida, de un color exangüe; una risa triste, y unos ojos extraños y alucinados.

Parecía un fantasma de una noche de fiebre, una máscara de una comedia antigua. Todo lo que veía allá me sugería la comparación con lo griego. Se me figuraba que la vida de estos barrios populares napolitanos debía parecerse mucho a la de las clásicas ciudades helénicas. Yo no lo pensaba esto como un elogio, o como un ditirambo, pero lo que veía, sin querer, me recordaba lo poco leído por mí acerca de los antiguos griegos.

Para la mayoría de la gente que tiene una admiración de escolares y de profesores por la Grecia antigua, recordar la vida griega es algo magnífico y lleno de brillantez.

Yo me figuro que la manera de vivir griega debía de ser poco agradable. A mí, al menos, se me representa como una vida inteligente, pero áspera y sin cordialidad, en pueblos secos, polvorientos y sin árboles. La vida que refleja Aristófanes en sus comedias no es nada amable ni cordial; da la impresión de un ambiente de gente envidiosa, malévolas y encanalladas.

Creo que debía vivirse mejor que en Grecia, quizá con menos ingenio, pero de una manera más simpática, más humana y más dulce en una ciudad centroeuropea, en plena Edad Media, con sus gremios, sus talleres y sus iglesias. Es posible también que se viviera de una manera más afectuosa en una buena caverna del período paleolítico, practicando el *sport* de la caza del búfalo o del reno...

... Cuando paseaba entre esta multitud de gentes de la Puerta Capuana, me hubiera gustado enterarme de los tratos que hacían en sus corros y en sus grupos. Debían ser curiosos y extraños.

¡Qué actividad más varia y más proteica la de esta gente! Vi en los cafés escribir versos, copiar música y hacer operaciones matemáticas.

¡Desde vender cabelleras blancas y grises, de mujeres viejas, hasta el contrapunto y el cálculo infinitesimal! ¡Qué variedad de géneros de comercio! ¡Qué escala de

conocimientos y de actividades!

Se comprende que en una población tan viva y tan despierta haya habido hombres de genio...

... El que no aparecía era mi librero.

En las proximidades de Navidad se presentaron por las callejuelas de los barrios próximos a la Puerta Capuana muchos gaiteros. Estos gaiteros me dijeron que eran de los Abruzzos e iban en parejas, de dos en dos. Llevaban capitas grises, pantalones cortos, abarcas y vendas, también grises, en las pantorrillas. Uno de la pareja soplaba en una gaita, grande y blanca; el otro, en una dulzaina.

Los estuve contemplando varios días en la calle de los

Tribunales, mientras tocaban en las rinconadas, delante de los altares y de algunas tiendas. El uno ponía el sombrero sobre la gaita; el otro, lo llevaba en la cabeza. Sus aires campesinos eran iguales, o casi iguales, al de los escoceses y gallegos, probablemente, porque todo lo que se toca en esos instrumentos toscos de braquicéfalos se parece.

A veces solían bailar los dos gaiteros en honor de la Virgen.

### *Encuentro con Procopio*

Ya estaba decidido a abandonar mi empresa de buscar al librero de viejo, cuando un día me lo encontré en su pequeño puesto.

Al verlo, me dije:

«Éste debe ser».

Efectivamente, era él.

Procopio Lanzetta era un hombre ya viejo, flaco, dollicocéfalo y rubio, con cara de borracho, la nariz roja, el labio un poco colgante y los ojos lacrimosos. Como lo cortés no quita lo valiente, sin duda, lo dollicocéfalo no quita el ser aficionado al mosto.

Le pregunté si él había comprado libros en casa de la marquesa Roccanera, y me dijo que sí. Le expliqué cómo me habían regalado un tomo, encuadernado en rojo, que tenía unas notas en vascuence que me interesaban, y me faltaba el otro volumen.

Lanzetta me dijo en seguida:

—Yo tengo el otro. ¿Lo quiere usted?

—Según lo que valga.

—Cinco liras le llevaré a usted.

—Bueno, me parece bien.

El señor Procopio llamó a un chico para que le guardara el puesto y me llevó por la Strada Carbonara a un callejón estrecho y sucio; entramos en una casa, por un pasillo negro, a un patio más negro aún; pasamos a un cuartucho en que no se veía

nada, y de debajo de un catre, el librero dollicocéfalo me sacó el tomo de Galardi; le di las cinco liras.

—Esto para los macarrones —me dijo—. Ahora, excelencia, déme usted algo de propina para beber.

Le di otras cinco liras.

—¡Gracias, príncipe! —me dijo.

Me reí un poco del título que me adjudicaba y fui al hotel con mi libro. Allí estaba la continuación de la vida del vasco.

Me despedí de mi amigo Duarte y de doña Rita, y me decidí a volver a mi pueblo, en tren, haciendo varias paradas: la primera, en Génova; la segunda, en Niza, y la tercera, en Barcelona.

No me atreví a volver embarcado.

### *De nuevo en la plaza de la Acquaverde*

Esta tarde de invierno me encuentro en un piso alto de un hotel de Génova, en la plaza de la Acquaverde. Algo escalofriado por el viaje y el mal tiempo, me hallo dispuesto a no salir de mi habitación.

Miro por el cristal de la ventana la plaza mojada por la lluvia, la estatua blanca de Cristóbal Colón, rodeada de árboles y de palmeras, y los coches en semicírculo, con los caballos cada uno con su manta roja. Desde arriba estos caballos, con su gualdrapa encarnada, me parecen vaquitas de San Antón.

El cielo gris, con nubarrones negros, se deshace en lluvia fina; a veces cae un chaparrón fuerte, y las líneas inclinadas de las gotas de agua cruzan el aire y golpean con sonoridad los cristales. Enfrente se ve el faro; a la derecha, tejados de pizarra y de zinc, que brillan por la humedad; a la izquierda, se divisa el puerto.

Sobre el mar gris, los vapores pesados flotan en fila con sus enormes chimeneas; algunas grúas mueven sus brazos negros tristemente; otras, parecen pájaros acurrucados y cansados; el humo de los vapores sube en el aire, y se oyen, a lo lejos, martillazos y gritos roncós de las sirenas. Estos ruidos, los silbidos del tren, el rumor del viento y de la lluvia, el color del cielo me hacen correr un escalofrío por la espalda. He tomado una taza de té y me he envuelto las piernas en la manta.

... Ahora, de noche, la plaza del Acquaverde tiene un aire fantástico, con los arcos de la estación del tren iluminados; las palmeras, con la luz artificial, parecen bambalinas de teatro. Lejos, alrededor del pueblo, brilla un semicírculo de luces lejanas.

No teniendo nada mejor que hacer, he cogido el libro que compré al librero dollicocéfalo, Procopio Lanzetta, y he terminado de leer la relación de la vida de Juan Galardi...

Meses después, al llegar a mi pueblo, mandé traducir este relato a un amigo vascófilo y aquí está.

**Primera parte**  
**Los caprichos del destino**

# Libro primero

## La vida de Juan Galardi

### 1

## Un poco de superstición

Realmente, es una fantasía muy gastada el hablar de predicciones de adivinos, de magos o de pitonisas; pero como el propio interesado afirma con cierta candidez que la predicción de una gitana se verificó tal como él la cuenta, le daremos paso libre, sin otorgarle demasiado valor.

Iba a embarcarse en el *brick-barca La Abundancia*, en el puerto de Barcelona, el joven piloto Juanito Galardi. Marchaba en compañía del contramaestre y del sobrecargo del *brick* cuando, al ir a bajar las escaleras del muelle para tomar el bote, se encontraron con una gitana que quiso echarles la buenaventura.

Juanito Galardi era por entonces un muchacho alto, delgado, de ojos castaños y de expresión audaz. Tenía veintiún años; llevaba patillas, para darse aire de lobo de mar, e iba vestido de azul.

La gitana, a pesar de que los tres marinos se habían negado igualmente a que les dijera la buenaventura, se dirigió principalmente a Galardi como el más joven.

—Ande usted, capitán —le dijo—. ¿Quiere usted que le diga la buenaventura?

—No, aunque me llames general. No tengo tiempo, ni curiosidad tampoco.

—Ande usted, señorito, que es usted muy guapo, y que le tengo que decir, por la gloria de Dios, cosas que le han de gustar mucho.

—Bueno, bueno. Vete —murmuró el joven piloto—; no tengo ganas de oír tonterías.

—Tonterías, no; la verdad. ¡Anda, resalao, que tienes ojos de gavilán goloso!, y que te voy a decir el nombre de las gachís que se han enamorado de ti y de las que se van a enamorar.

—Nada, nada —exclamó el marino—; no aciertas; por ahora no se ha enamorado ninguna.

—Hay una morena que está penando por tus pedazos. Vamos, cara de emperador, ¿te digo la buenaventura?

—Otro día; hoy tenemos mucha prisa.

—Bueno; pues dame una limosnita, resalao, que vas a tener mucha suerte con las mujeres.

El joven piloto le dio una moneda de cobre a la gitana antes de entrar en la barca, y dijo:

—Que conste que en eso de tener suerte con las mujeres no has acertado, porque lo que es hasta ahora no he tenido ninguna.

—Pues la tendrás; por éstas que la tendrás —replicó la gitana, besándose los dedos en cruz como si estuviera muy segura y muy convencida de ello.

Luego se arregló su mantón y se marchó por el muelle, zarandeando las caderas y moviendo con un movimiento de campana los faralaes de su vestido.

## 2

### ¡Ah, Marsella, Marsella!

¡La verdad que es bonito el Puerto Viejo de Marsella una mañana de invierno! Al pensar en esta antigua ciudad mediterránea, reflejándose en el mar, con los cerros pelados que la circundan, azul y oro, me vienen a la imaginación las palabras de nuestro amigo el poeta Roberto O'Neil, en su poema «El viaje de los hijos de Aitor».

«¡Ah, Marsella, Marsella! ¡Marsella la griega! ¡Marsella la focense! ¡Ciudad de placer y de negocios! ¡Ciudad cosmopolita, tostada por el sol de los siglos! Tú eres una de las reinas del viejo Mediterráneo; tú eres una de sus Babilonias, llenas de oro y de cieno, de vicio y de sabiduría. ¡Ah, Marsella, Marsella! ¡Marsella la griega! ¡Marsella la focense!»

¡La verdad es que es bonito el Puerto Viejo de Marsella, una mañana de invierno! Cierto que desde los muelles del Puerto Viejo, que parece un estanque interior lleno de mástiles de barcos, no se ve el mar libre; pero eso mismo da a la antigua dársena masaliota un aire más ciudadano, más civilizado...

Los puertos nuevos exteriores: la Joliette, el Lazaret, el Arene, ya no tienen gracia; son de esta época nuestra, en que reina lo *kolossal*; forman como otra ciudad lejana, sólo marítima; en cambio, el Puerto Viejo parece la gran plaza de la antigua urbe focense, llena de embarcaciones de todas clases; es el mar domado y municipalizado...

Andar por esos muelles del Puerto Viejo un día de invierno, de sol claro, es algo admirable, como un paseo después de una convalecencia.

Los cargadores, con su gorro rojo, van y vienen como hormigas; las grúas funcionan con sus grandes brazos negros, transportando de los barcos al muelle, y del muelle a los barcos, fardos, sacos, barricas, tablas, caballos y bueyes. Se ve cómo crecen y amenguan en los malecones las pilas de sacos, que huelen a azúcar o a café, y cómo pasan los carros, tirados por caballos grandes, y cómo se llenan o se vacían prontamente.

El sol de invierno tiene para esta escena animada una caricia tibia y amarillenta, y un resplandor en las aguas que no ciega.

Desembocar por la Cannebière en el Puerto Viejo, contemplar el bosque de mástiles de los barcos y sentarse en la mesa de un cafetín, bajo un toldo, a tomar un copa de vino blanco, es una voluptuosidad para un marino.

Dominando la vieja dársena, se ve a la izquierda una línea de tejados y de torres, el fuerte de San Nicolás y el castillo del Faro, negros y sombríos; y más arriba, en una colina, la iglesia de Notre Dame de la Garde.

A la derecha está la antigua Marsella y el barrio del fuerte de San Juan. Por el muelle de este barrio hay siempre un gran número de barcos, sobre todo de barcos de vela, cuyos baupreses atrevidos parece que van a chocar con los cristales de las casas.

Casi todas las embarcaciones que se ven por allí, corbetas, goletas, laúdes y pailebotes, se muestran muy limpias, como de día de fiesta, y los domingos muchas están empavesadas y con la bandera y los gallardetes al viento.

Las casas de este lado del muelle son en su mayoría pequeñas, estrechas, amarillas, llenas de cervecerías, de tabernas, de cafés, de bares, de restaurantes, de academias de billar, y sus terrazas con mesas de mármol y sillas, se suceden en las aceras en filas interminables, debajo de los toldos.

Al abandonar el puerto y al penetrar en una de las callejuelas del barrio de San Juan, me figuro encontrarme de pronto en la primera mitad del siglo XIX, en la época de los barcos de vela, de los bergantines y de las polacras; en la época en que aún había negreros y no estaba abierto el istmo de Suez; época que uno ha conocido en su infancia.

Son aquellas callejuelas, estrechas, negras, angulosas, sucias, escarpadas, pavimentadas de cantos, con aceras pequeñas y resbaladizas, y por ellas corre, cuando llueve, un arroyo fétido.

Los vicos de Génova y los de Nápoles no tienen nada que envidiar en estrechez y en tortuosidad a estas callejas. Las mismas decoraciones de harapos, las mismas banderas flotantes y desteñidas, las mismas tabernuchas, los mismos burdeles se ven aquí como en esos pueblos hermanos del Mediterráneo.

De cuando en cuando, en medio del pólipo marsellés, se abre una calle angosta y se ensancha, convirtiéndose en una plazuela.

Las casas son leprosas, negras, ahumadas, viejísimas; hay algunas góticas, de piedra; otras, más modernas, con una capa de pintura roja o amarilla, llenas de desconchados, no parecen menos decrépitas. Las tiendas, oscuras y mugrientas, tienen muchas enseñas: pipas, llaves, cabezas de caballos plateadas, estandartes rojos y estrellas doradas.

Se ven por aquellos callejones almacenes de objetos de náutica, que huelen desde la puerta a alquitrán, con su pequeño escaparate con modelos de cables, de fanales, casquerías, cocinas económicas, y en una puerta sí y en la otra también un burdel con una ventana baja desde la que se ve una sala azul o de color de rosa.

Las mujeres de vida airada de noche y de día ocupan las esquinas formando grupos, y se las ve unas muy gordas y a otras muy flacas, unas muy viejas y otras muy niñas, que entretienen su ocio fumando. A la puerta de algunos burdeles elegantes, a estilo de Tolón, se ven algunas ciudadanas casi desnudas, con camisas de color que no les llegan más que hasta media pierna. Esta suciedad y esta inmoralidad de los pueblos del Mediterráneo es algo constitucional y que no sorprende.

En Marsella, la ciudad nueva no tiene carácter; es Francia, una hija de París, una urbe grande, monumental, cuadrículada, pomposa y pesada; en cambio, la ciudad antigua es hija dilecta del Mediterráneo, un espléndido balcón a Oriente, un pueblo voluptuoso, confuso y un poco sucio, como todos los meridionales...

Hace algunos años, el Puerto Viejo de Marsella, en donde desembocaban las alcantarillas, olía siempre muy mal.

Allí mismo se hablaba en broma de la suciedad del pueblo y se hacían chistes sobre ella.

Se contaba que una vez iban el capitán y el piloto de un barco haciendo sondajes.

—Capitán —decía el piloto—, tenemos cincuenta brazas de fondo. Roca.

—Estamos lejos aún —murmuraba el capitán.

Seguían navegando. Poco después el piloto volvía a sondar, y decía:

—Capitán, veinte brazas. Arena.

—Bueno, ya estamos cerca.

Al cabo de algún tiempo, el piloto exclamaba:

—*Capitaine, quinze brasses de fond. Merde.*

—*Alors, nous sommes à Marseille* —decía el capitán con seguridad.

Pocos puertos habrá en Europa tan llenos de animación y de exotismo como éste; pocos tan pintorescos y tan vivos.

Mientras cargan y descargan los barcos, y pasan carros y camiones, algunos marineros invitan a visitar, en sus lanchas y vaporcitos, el faro y el castillo de If. Los vendedores de periódicos vocean los nombres de los diarios de París; las pescaderas ofrecen sus peces y sus mariscos; los compradores de oro y plata meten ruido para anunciarse abriendo y cerrando unas grandes tijeras.

En una plazuela próxima al Puerto Viejo se instalan los charlatanes, casi tan inquietos y tan gesticuladores como los napolitanos; unos hablan desde su coche, mostrando un cuadro con sus títulos y condecoraciones, y luego enseñan el frasco con que se expulsa la solitaria o se quita el dolor de muelas; otros, más modestos, hablan a pie y comienzan a atraer a los curiosos con un juego de manos; los limpiabotas ofrecen a los clientes su sillón de paja, resguardado del sol por una gran sombrilla de lona festoneada de rojo, y los fotógrafos callejeros retratan a los marineros en la esquina de una calle o a la puerta de un palacio en una gallarda postura.

De las callejuelas próximas al muelle salen gentes de aire sospechoso. Por aquellos rincones anda siempre lo peor de cada casa, el detritus de todos los puertos del Mediterráneo y de las escalas de Levante: italianos, griegos, judíos, catalanes, argelinos, tripolitanos y egipcios; no es raro con esta tropa que en los alborotos y escándalos salgan a relucir las navajas y los puñales.

Cada tipo toma el carácter de su país, y muchas veces lo exagera y lo acusa. Los chulos catalanes son muy cuidadosos en su traje, elegantes, afeitados, en su mayoría

morenos y de perfil muy clásico. Estos chulos hacen destacar allá su agresividad y su violencia; toman un carácter sombrío, duro y malhumorado, lo que produce en las mujeres de vida airada una cierta admiración y el que el español sea un personaje temido y deseado en los bajos fondos marseleses.

Los italianos acusan otro carácter más de banda; se ve que en ellos la «mafia» y la camorra son instintivas; obran por grupos, forman sus asociaciones, en donde entran desde gente de carrera hasta limpiabotas y organilleros, y tienen fama de roñosos. Las damas del barrio de San Juan no los estiman; los consideran capaces, sí, de dar una puñalada, pero más por una venganza personal que por una cuestión de dignidad o de celos.

Los griegos siguen su tradición de embusteros y de trapalones; andan siempre tras de la combinación próxima a la estafa y al negocio ilícito, hablando de una manera insinuante, pasando quince o veinte días en conferencias y conciliábulos para ganar unos céntimos.

Los turcos, serios, tristes, honrados, indiferentes, trabajan lo menos posible, y en las horas de asueto leen su Corán o se componen ellos mismos sus harapos en un rincón concienzudamente.

Además de los tipos europeos, hay los exóticos: negros brillantes que parecen embetunados, con los labios belfos; árabes, con su fez rojo y una sonrisa enigmática y falsa; indios altos con turbantes blancos y caras amarillas, avinagradas y famélicas; japoneses feos y sombríos, y chinos indiferentes y apáticos.

Entre todos estos hombres de lejanas tierras andan agentes que les proponen una casa de juego, un burdel o un fumadero de opio. Estos agentes, la mayoría son judíos que vienen de lejos, de África y de Oriente; tipos serpentinos de ojos vivos y cara cetrina, nariz aguileña y labio caído.

Contrastando con toda esta gente avezada al vicio, cuando no al crimen, se destacan por su juventud y su aire inocente los marinos de guerra franceses, bretones, normandos y algunos vascos; todos cándidos, petulantes y ávidos de placeres, que son las víctimas que van cayendo en las trampas preparadas en los bajos fondos marseleses.

De noche, las proximidades del Puerto Viejo tienen aún mayor sugestión que de día. Las luces de los muelles se reflejan en el agua, negra y sombría, de este estanque marino; los ventanales de los cafés y cervecerías brillan iluminados, llenos de promesas; a través de las cortinillas blancas del sinnúmero de tabernas, de la Dama Blanca o de la Gentil Anita, de la Andaluza o de la Bella Catalana, se ven grupos de hombres y salen notas de organillo o de acordeón que se trenzan en el aire, cuando no una canción de café-concierto, maliciosa, cuyo estribillo se repite a coro.

En los burdeles, con sus salas de color de rosa o de color azul, chilla y ganguea un gramófono; se ven mujeres pintadas, en camisa, como grandes peponas, en las

rodillas de los marineros, y hombres con jaiques, chilabas, turbantes, kepis y gorras rojas, y se oye un tumulto de voces en que se mezclan todos los idiomas del mundo...

Da ganas de repetir como nuestro amigo O'Neil:

«¡Ah, Marsella, Marsella! ¡Marsella la griega! ¡Marsella la focense! ¡Ciudad de placer y de negocios! ¡Ciudad cosmopolita, tostada por el sol de los siglos! Tú eres una de las reinas del viejo Mediterráneo; tú eres una de sus Babilonias, llenas de oro y de cieno, de vicio y de sabiduría. ¡Ah, Marsella, Marsella! ¡Marsella la griega! ¡Marsella la focense!».

### 3

## Donde Galardi pierde la aguja de marear

Juanito Galardi y Zarragoitia había llegado a Marsella de piloto del *brick La Abundancia*, barco de tres mil quinientas toneladas, de la matrícula de Barcelona.

Era en diciembre, poco antes de Navidad. Juanito, hombre poco comunicativo y nada amigo de francachelas, decidió no salir del barco y quedarse en su camarote leyendo; pero, el sobrecargo, un valenciano llamado Peris, le convenció para que fueran los dos a dar una vuelta por el pueblo.

Había feria en las dos avenidas, la de Meilhan y la de los Capuchinos: una serie de barracas de figuras de ceras, chucherías y juguetes de Navidad. La diversión no podía ser más inocente, dijo Peris.

Salieron el valenciano y el vasco a primera hora de la tarde, subieron por la Cannebière y llegaron a una plaza en la que se reunían las dos avenidas en las cuales estaba instalada la feria. En el kiosco de la plaza tocaba la música municipal.

Pasearon por las avenidas, contemplando los puestos y las barracas. En una de éstas leyeron un letrero que decía: GRANDES BAILES POR EL GRUPO ORIENTAL ESPAÑOL.

—Vamos a entrar aquí —dijo Peris.

—Esto debe ser una tontería.

—Bueno; de todas maneras, yo entro.

—Entonces, iré yo también.

Pasaron adelante. Dentro de la barraca había cuatro mujeres, entre ellas, una negra. Bailaban al sonido estridente de un cornetín de pistón, de unos platillos y de un bombo.

El espectáculo era un poco monótono. Entre el público, Galardi y Peris vieron dos muchachas, una pequeña y viva; la otra, alta, rubia, bien hecha, con una risa burlona y una manera de hablar marsellesa clásica, un poco ceceante.

Peris se puso a bromear con las dos en su mal francés mezclado de valenciano. La pequeña le sonreía a él, pero la rubia guapa le miraba con curiosidad a Galardi.

—Vengan ustedes con nosotros a ver las otras barracas —les dijo Peris.

—Ahora no puede ser —replicó la pequeña.

—Pues, ¿cuándo?

—Por la noche volveremos a la feria.

Las dos muchachas salieron de la barraca y se escabulleron entre la multitud. El valenciano y el vasco las vieron alejarse. Galardi había quedado entusiasmado con la muchacha rubia.

—Yo no tengo ninguna gana de volver al barco —dijo Peris—; me voy a quedar a cenar por aquí; tú, ¿qué vas a hacer?

Galardi hubiera querido volver a bordo; comprendía que esto era lo mejor para él,

pero tenía un ardiente deseo de volver a ver a la muchacha rubia.

Había oscurecido; bajaron los dos marinos por la Cannebière hacia el puerto.

—Tú, ¿qué has decidido? —preguntó Peris—. ¿Te quedas o no?

—Bueno; me quedaré.

—Por aquí hay cafés más baratos y mejores que los del centro; luego, veremos si encontramos a esas muchachas.

Entraron en una fonda del puerto y encargaron una cena suculenta, con este menú: *bouillabaisse*, costillas de cerdo, pollo, langosta, pasteles y variedad de vinos. Después, café y coñac.

Había en una mesa próxima un patrón, un contraamaestre y tres marineros franceses, del *Colibrí*, un barco anclado en la Joliette, y trincaron con ellos repetidas veces, y al terminar la cena salieron todos juntos y fueron hacia la feria cantando. Después, se agarraron del brazo y entonaron, llevando el compás, una canción por entonces muy en boga:

*Les matelots, les matelots  
De la Belle Eugenie  
Ont pavoisé, ont pavoisé  
Des plus riches couleurs  
Le beau vaisseau, le beau vaisseau  
Qui part pour l'Italie.  
C'est le pays, c'est le pays  
Des belles et des fleurs.*

Al final de la canción hacían todos largos calderones.

Juanito Galardi se encontraba fuera de sí; nunca se había sentido tan contento, tan animado y tan alegre.

Al llegar a la feria, la cadena de marinos alborotadores se fraccionó ante el gentío, y Peris y Galardi perdieron de vista a sus compañeros del *Colibrí*.

## El Hombre Sapo y otros fenómenos

Juanito no pensaba más que en la muchacha rubia que había visto en la barraca por la tarde, y pasaba revista a todas las mujeres del paseo. Al poco rato, a su lado, encontraron a la alta y rubia y a la morena y pequeña.

Sin vacilación, la pequeña se puso al lado de Peris, y la rubia alta al lado de Galardi.

Juanito hablaba por entonces muy poco el francés, pero las libaciones de la fonda le hicieron perder su cortedad y comenzó a explicarse fácilmente. Peris dijo que debían entrar en todas las barracas. A Galardi le pareció muy bien la idea.

Vieron primero el Hombre Sapo, fenómeno vivo único en el mundo, y expuesto por primera vez en Francia, al decir del cartel.

El Hombre Sapo, según el voceador de la barraca, era un genio, una lumbrera, un hombre de un cerebro extraordinario que podía competir con Sócrates, Salomón y con Pitágoras, y que se distinguía por su frase ática y chispeante.

A primera vista, el Hombre Sapo parecía un pobre cretino, casi enano, con la cabeza grande, la cara inexpresiva, la frente abombada, la nariz atrofiada y las manos como dos muñones.

—A ver, señor Martín, hable usted a los espectadores. Écheles usted un discurso —dijo el hombre de la barraca.

—¡Un discurso! —refunfuñó el Hombre Sapo, de mal humor, paseando en los dos o tres metros que tenía de espacio y mirando al suelo—. *C'est emmerdant ça! Voyons!* —exclamó, y repitió el adjetivo varias veces con energía, como si le pareciera el más exacto para expresar su estado.

Las dos muchachas rieron a carcajadas al ver la cólera del cretino.

—Ahora no hay que hacer caso del fenómeno —dijo el dueño de la barraca—; está en un momento de mal humor; pero el enfado se pasará, y entonces su genio irradiará como una luminaria.

Salieron de la barraca del *Homme Crapaud* y fueron a ver a la Mujer Foca, la reina de los fenómenos, según el cartel, y uno de los mayores motivos de preocupación de los sabios del mundo entero.

La Mujer Foca era una madama con la nariz puntiaguda y los ojos claros, de aire avinagrado, tendida en un diván, que no tenía de notable más que la atrofia de las manos.

El capitán Bilycks, con sus focas amaestradas, que decían papá y mamá, y sus perros miniaturas de Méjico, llamó poco la atención de las dos parejas. Las focas no se sintieron bastante filiales para llamar a los autores de sus días, y no demostraron más sino que olían muy mal.

El Demonio del Mar o la Medusa, servida por ocho serpientes, era una figura de cartón dorado que representaba una especie de pulpo con una abertura, por donde sacaba la cabeza una muchacha bastante bonita.

El Palacio Oriental, dirigido por monsieur Riquier (alias Martínez), bailarín español, era más divertido por sus despropósitos. Monsieur Riquier se paseaba orgullosamente a la puerta de su barraca, vestido de torero y con un sombrero blanco, ancho, de picador.

—Tú eres español como yo chino —le dijo Peris.

Otra barraca tenía figuras de cera y escenas de las mujeres que van a la prisión de San Lázaro, en París. Las dos muchachas hicieron algunos comentarios.

## De los príncipes de Salakoff a la sirena Nereis

Después de ver otras barracas, el valenciano propuso ir a tomar algo a cualquier parte y charlar un rato descansadamente.

Fueron a un café de la Cour Belsunce, y hablaron. De las dos muchachas, la pequeña, Herminia, trabajaba en un taller de modista; la rubia alta estaba empleada en un almacén de modas. Su nombre era Raquel Paparrigopoulos, y su segundo apellido, Cohen.

—¡Es una broma! —dijo Galardi.

—No, no. Son mis apellidos.

—Éste cree que es más extravagante llamarse Paparrigopoulos que Zarragoitia, como se llama él —repuso Peris con sorna.

El padre de la Raquel, según contó ella, era griego, y su madre, judía, hija de un rabino. Ella había nacido en Bona. La Raquel tenía los ojos claros, la boca fresca, una mata de pelo rubio magnífica.

Salieron las dos parejas del café y fueron de nuevo a las avenidas de la feria. La Raquel coqueteaba con Galardi, que estaba trastornado. La argelina tenía una risa burlona, una risa de bacante; se reía sin saber por qué.

Galardi hablaba y hablaba, como si le hubieran despertado todas las palabras dormidas en su interior desde la infancia.

La multitud compacta se apretaba en el paseo y había que penetrar en ella como una cuña.

Algunos cantantes callejeros reunían grandes corros de gente que escuchaba sus canciones, quietos, sin miedo a la temperatura de la noche de invierno, húmeda y tibia.

Peris y Galardi compraron para las muchachas esos caramelos largos, cilíndricos, que los franceses llaman *sucre d'orge*.

—Esto, en castellano, se llama alfeñique —dijo Peris, que se las daba de hombre culto.

—Nosotros, en vascuence, los llamamos *matashas* —indicó Galardi.

—¡*Matasha!* Parece una palabra griega —exclamó la Raquel—. Venga otra «*matasha*».

Las *matashas* las compraron en una barraca con un gran rótulo, LA CHIQUE MARSELLAISE, en donde tres o cuatro dependientes vendían dulces vestidos de cocineros.

Siguieron luego las dos parejas entrando en las barracas que aún no habían visto.

Les llamó la atención una de las figuras de cera con unos cuantos retratos de criminales y un gorila de movimiento que se llevaba a una niña rubia y movía los

ojos y la lengua como relamiéndose. El comentario de Peris no podía faltar, y lo hizo.

La señorita Leticia, joven española, de Barcelona, con tres piernas y que encanta con su conversación, venía después.

—¡Hombre, de Barcelona! —exclamó Peris—. Vamos a ver si la conocemos.

Entraron en la barraca; se abrió una cortina roja en el fondo y apareció una muchacha con tres piernas, de las cuales una, naturalmente, era falsa. La muchacha comenzó una relación, que, sin duda, sabía de memoria, de las molestias que le producía su tercera pierna, y luego hizo mover los dedos del pie falso, que era de goma, al mismo tiempo que los suyos.

—¿De qué calle de Barcelona eres tú? —le preguntó Peris—. ¿En qué burdel estabas?

Ella no contestó ni debió entender la pregunta, y siguió su retahíla en francés, y sacando luego un plato de estaño, pidió para su *petit bénéfice*.

Peris volvió a hacerle más preguntas en castellano, y la joven Leticia, escamada, corrió la cortina rápidamente. La otra barraca era de los príncipes de Salakoff, ambos enanos: el príncipe Mickael y la princesa Olga, de ochenta y cinco y ochenta centímetros, respectivamente.

Voceaba delante de la barraca una mujer alta, rubia, guapetona.

—El príncipe Mickael —decía— es un gran señor..., un gran señor de ochenta y cinco centímetros de altura; la princesa Olga es encantadora, pero como todavía no ha entrado en el mundo, yo suplico a los señores del público que no le hagan cosquillas. La princesa Olga no puede soportar las cosquillas... por el momento. Ahora, para convencerlos del tamaño de los dos enanos, aquí tenéis sus camisas, que parecen de muñecas. ¡Adelante, señores! ¡Adelante! ¡A contemplar los príncipes enanos!

Y la voceadora agitó las dos camisitas en el aire.

Entraron los marinos y las muchachas en la barraca y vieron a los dos enanos, vestidos de etiqueta: él, con frac y corbata blanca; ella, con miriñaque y crinolina. Tenían los dos aires de viejos y el pelo gris, lo que entre los enanos de feria es siempre recomendable, porque así nadie puede sospechar que sean niños. Él parecía un perrillo malhumorado y displicente.

Peris interrogó al enano con mucho interés y como un hombre de ciencia que satisface una curiosidad. Se enteró de si eran marido y mujer, y luego le hizo dos o tres preguntas brutalmente indecentes.

El enano se indignó, y en una actitud de caballero francés, con una mano en el sitio del bigote y con la otra en la cintura, y hablando con acento nasal de abajo arriba, exclamó:

—*C'est honteux, monsieur! C'est a... bo... mi... na... ble!... Vous êtes dé... gou... tant!*

La Raquel y la Herminia se volvieron, sin poder tener la risa, mientras que Peris

se quedaba serio e impasible. Era su especialidad.

Cruzaron las dos parejas por entre la multitud, ya cansados de ver las barracas, porque, en general, en todas ellas lo único interesante era el anuncio; pero la argelina quiso todavía entrar en una que se anunciaba así:

#### VENID A VER LA SIRENA NEREIS

—Este curioso fenómeno, de edad de cinco años —gritaba el voceador—, capturado en una gruta del mar Egeo por el capitán Herakles, del navío griego *Nausikaa*, posee, ¡cosa increíble y, sin embargo, bien cierta!, la mitad del cuerpo de mujer y la otra mitad de pez. La Sirena Nereis desafía a todos los fenómenos del mundo.

Dicho esto el hombre se paseó de un lado a otro de la barraca.

—¡Adelante, señores! ¡Adelante! —siguió diciendo el voceador—. Entrad a ver este maravilloso fenómeno para que podáis convenceros con vuestros propios ojos de que la estructura y la conformación anatómica de este curioso animal marino son en todo conformes a las sabias disposiciones de la Madre Naturaleza. Este monstruo acuático, en efecto, señores, reproduce exactamente la figura de las sirenas descritas en los poemas antiguos, que la miopía de los sabios consideraban mitológicas, y que son, sin embargo, una realidad.

La Raquel dijo que tenía que ver aquella sirena algo paisana suya.

El más interesante de los fenómenos era un tanto ridículo. Consistía en una cola de pescado, probablemente de atún, a la que estaba unida una muñeca de cera con unos pelos de mujer.

La Sirena Nereis se hallaba dentro de una urna de cristal, y encima de ésta había un dibujo iluminado que representaba una costa rocosa y unas sirenas que danzaban sobre las olas.

A la Raquel le desilusionó bastante el pequeño monstruo.

Peris se burló de las sirenas.

—No estaría mal —dijo— que de cuando en cuando nos encontráramos sirenas en medio del mar para pasar el rato.

—¿Por qué no ha de haber sirenas? —exclamó Raquel—. Yo soy una sirena. ¿No le parece a usted? —le preguntó al piloto. A Galardi le parecía verdad en aquel momento todo cuanto ella dijera.

Raquel contó que cuando chica anduvo muchas veces correteando por la orilla del mar, en Bona, y soñó que veía sirenas.

Al salir de la barraca, Peris hizo una grave proposición. Según él, debían terminar la noche tomando el *train de plaisir*. La pequeña, la Herminia, tenía que trabajar al día siguiente temprano.

Raquel no dijo nada.

Las dos muchachas, por último, se dejaron convencer.

Peris sabía de un hotel elegante del bulevar de Atenas, donde los recibirían amablemente y allí fueron los cuatro, del brazo, en amorosa conversación.

## 6

### Las seducciones de la argelina

Al día siguiente, Juanito Galardi se encontró extrañado y maravillado al verse en un cuarto de hotel en compañía de la argelina. Jamás hubiera imaginado tener una aventura así; había conocido mujeres en los puertos, pero de un modo pasajero.

¿Qué iba a hacer? No lo sabía; el barco suyo zarparía a los dos o tres días.

Él estaba dispuesto a todo, menos a dejar a la muchacha. Pensó en ir a ver a Peris y en consultar con aquel valenciano listo, pero ella le disuadió. El sobrecargo le parecía a Raquel un *sale type*; comprendía que tenía influencia con Galardi y que podría darle un consejo prudente.

El piloto accedió a lo que ella dijo; la Raquel decidió tomar un cuarto barato y que fueran a vivir allí los dos juntos. Ella trabajaría en el almacén de modas y él buscaría una colocación.

Estos preliminares del idilio encantaron a Galardi. El vasco contó su vida a la argelina. Era hijo de un piloto de la costa cantábrica; desde la infancia estaba acostumbrado a creer que iba a ser cura.

Había aprendido únicamente el latín; luego la geografía y las matemáticas elementales en la escuela de náutica y un poco de música.

Tenía algún dinero, aunque no mucho.

Guardaba, además de sus pagas, unos miles de pesetas; pero debía entregárselas al armador de *La Abundancia*, pues la suma procedía de ciertas combinaciones de contrabando.

La Raquel comprendió que al vasco, como a hombre cándido y sin malicia, podría manejarlo fácilmente.

A pesar de que el programa de la pareja era ir a vivir a una fonda más barata que aquella en que se alojaban, un día, por una cosa, y otro día, por otra, los amantes no se mudaban. Tampoco llegó, mientras estuvieron en aquel hotel, el momento, para ella, de volver a la tienda de modas donde estaba empleada; ni para el marino, el de buscar trabajo.

Galardi, cada día más entusiasmado con la argelina, dejó partir a *La Abundancia* y se dispuso a gastar su dinero y el del armador.

—¿Por qué no te has de quedar tú con ese dinero? —le había dicho la muchacha—. Después de todo, es un dinero sucio y no te han de pedir cuentas de él.

Galardi, aunque en principio no estaba conforme, reconoció que en parte era verdad, y siguieron la buena vida.

Ella necesitaba todos los días algo para ponerse elegante; hoy, unos zapatos; mañana, un sombrero o una alhaja. Él pagaba las cuentas sin quejarse. Si alguna vez se extrañaba del mucho dinero que iban gastando, ella le daba cuatro explicaciones

falsas, añadía unas mentiras y él quedaba en seguida convencido. Galardi no tenía malicia para comprender la realidad.

Llevaban los amantes una vida alegre y animada; iban a los merenderos de los alrededores de Marsella y hacían excursiones en barca al castillo de If y a la isla de Rattonneau.

Conocían parejas como ellos, marinos desertores, aventureros, ladrones, gente dispuesta a toda clase de canalladas, que se gastaba el dinero robado con una perfecta inconsciencia con alguna muchacha en juergas y francachelas.

Aquella gente le repugnaba a Galardi y le recordaba su deber.

La Raquel adormecía la conciencia del vasco con sus arrumacos y zalamerías.

Era la muchacha alegre y cantarina. Cantaba las canciones, por entonces en boga, que había popularizado Teresa la del Alcázar de París, *Rien n'est sacré pour un Sapeur*, *L'Espagnole de cartón* y *La Andaluza*, de Alfredo Musset:

Avez vous vu dans Barcelone  
Une Andalouse au teint bruni?

Galardi quedaba extasiado, como un chico, en babilonia.

La cartera del marino disminuía progresivamente; pero él apenas se daba cuenta, tan entusiasmado estaba.

Un día se encontró con que no le quedaban más que dos billetes de cincuenta francos, y se lo dijo riendo a la Raquel.

—No hay que apurarse —replicó ella—. Vamos a jugarlos.

—¡A jugarlos!

—Sí; jugaremos y ganaremos.

La Raquel le llevó al piloto a una casa de juego de la Plaza Real, y le aconsejó que jugara a la dobla, y le explicó lo que era esto.

Galardi fue al garito; jugó, y ganó más de mil francos.

## Los apuros de Galardi

El vasco y la argelina se mudaron a un cuarto de un hotel de la calle del Pabellón, calle estrecha, oscura y céntrica, con pequeños hoteles y agencias de negocios, de colocaciones y casas de comercio.

Volvieron de nuevo a gastar alegremente el dinero ganado en el juego, y cuando no le quedó al marino más que un billete de cien francos, fue a jugarlo al mismo garito de la plaza Real, con la candidez de suponer que le iba a pasar lo mismo que la vez anterior; pero, en lugar de ganar, se quedó sin un cuarto.

Al principio, Galardi notó, naturalmente, la falta de dinero, aunque no de una manera viva; tenía crédito en el hotel y en el restaurante, pero el crédito desapareció pronto.

Marsella es un pueblo en donde el culto al vellocino de oro es grande; hay mucho *agiotista*, mucho judío, mucho aventurero, empresarios de negocios sucios, empleados que desfalcan y se juegan el dinero que les pasa por las manos. En un pueblo así, donde se siente la fiebre del oro y del placer, el crédito y la confianza en las personas son poco amplios; hay que tener moneda contante y sonante para ser respetado.

A medida que Galardi y la Raquel iban a la miseria, ella se mostraba displicente, malhumorada y desdeñosa. No era la argelina una mujer de mal carácter, pero quería vivir alegremente y sin cuidados.

—Yo necesito dinero —decía ella—. Si tú no me lo das, tendré que ir, como las busconas, al Castillo de Flores a ver si lo encuentro.

Esto mortificaba profundamente a Juan, quien aseguró que pronto tendría trabajo, pero los empleos que encontró apenas daban para que pudiese vivir él solo.

La argelina dijo que ella buscaría, por su parte, y una noche le llevó a Galardi a ver a un comerciante sirio de la misma calle del Pabellón. Este sirio, hombre alto, cobrizo, con la barba negra y los ojos claros, que había hecho quiebra varias veces, tenía todo el tipo de un bandolero.

El sirio propuso a Galardi mandar un barco lleno de sacos de arena, asegurado como si fuera un cargamento de azúcar, y hundirlo en medio del mar. El comerciante le daría tres mil francos en el acto de embarcarse y diez mil después de hecha la faena. Galardi rechazó la proposición.

Al volver al hotel, el vasco y la argelina comenzaron a discutir y riñeron agriamente.

—Si no me sirves para nada, déjame, me estorbas —le dijo ella, furiosa.

Juanito estaba aturdido, perplejo; no sabía qué hacer; tuvo momentos de furor y de desesperación en que se le ocurrieron ideas feroces, violentas, de sangre; pero las

llegó a dominar. Mientras él buscaba trabajo, ella abandonó la casa, y él quedó solo en el hotel.

Unos días después le presentaron la cuenta, y como no la pagó, le despacharon.

Desde entonces empezó a conocer la miseria negra. De cuando en cuando empeñaba alguna cosa, y tenía para comer y acostarse. Se refugió en los cuartos de los hoteles miserables de las callejuelas estrechas del barrio de San Juan, entre talleres negros, almacenes de pescado, carnicerías, pescaderías malolientes y arroyos de agua de color de las tintorerías.

A veces Galardi sentía un paroxismo de rabia que hacía fruncir sus espesas cejas, pero el paroxismo pasaba. La necesidad de buscarse la comida le iba amansando.

Unos días después, andaba el vasco por el muelle buscando trabajo, cuando vio pasar a la Raquel con otra muchacha y dos jóvenes elegantes que embarcaban en una balandra. Ella no le vio. La argelina iba cantando. Era una verdadera sirena.

Galardi la contempló con menos cólera de lo que hubiera pensado.

Todos los animales violentos y feroces se domestican con la pedagogía del hambre y del palo.

Esta pedagogía había amansado al piloto.

En la miseria, Galardi encontró a un español, de quien se hizo amigo, un viejo carlista, todo un soldado del Ejército de la Fe, que había peleado con Zumalacárregui, que repartía un prospecto de una cervecería que al mismo tiempo era un burdel.

El viejo, comandante en las filas carlistas, no había encontrado en Marsella un trabajo más digno y más decente que aquel a que se dedicaba. Galardi le contó con franqueza sus calaveradas y sus tonterías.

—No hay que apurarse —le dijo el viejo—; una equivocación en la vida, ¿quién no la tiene? Usted es joven; si sabe usted su oficio, se colocará usted pronto.

El viejo español conocía a uno de los cargadores del muelle, hombre muy influyente en la asociación que forman los de este oficio en Marsella, y el cargador encontró pronto para Galardi una plaza de marinero en el barco francés *El Provenzal*. Galardi quiso romper todo rasgo de unión con su vida anterior, y se afeitó las patillas y se vistió como requería su nueva posición. La vida para él de marinero no fue muy agradable; tuvo que hacerse respetar con frecuencia a puñetazos. De *El Provenzal* pasó de segundo piloto a *La Estrella*.

Galardi tenía la cabeza sólida, mucha fuerza y mucha agilidad; y, sobre todo, mucho nervio; en su primera juventud había sido un buen jugador de pelota. Era, además, muy diestro en el boxeo y un gran nadador, que podía pasarse dos o tres horas en el agua sin cansarse. Su filosofía era el fatalismo, pero creía que a veces el Destino adverso se deja vencer por la audacia.

Galardi era un vasco decidido y valiente.

## El señor Murano

Juan Galardi viajó en vapores franceses de piloto; fue a la Cochinchina y al Japón. La vida triste, monótona y soñolienta del marino le dio un carácter oscuro y misántropo. Su aventura de Marsella, a la que otorgó demasiada importancia, le hizo enemigo de las mujeres.

Su naturaleza, nada comunicativa, y el vivir entre extranjeros le hacían reservado y poco simpático. En general, los jefes le consideraban, pero los compañeros no le querían.

Galardi deseaba volver a viajar en barcos españoles, y fue ahorrando dinero para devolvérselo al armador de *La Abundancia*; pero cuando lo reunió y escribió a Barcelona preguntando por el armador, resultó que éste había muerto.

Después de algunos años de viajar en barcos franceses, Galardi entró de teniente en uno italiano, que iba de Génova a Buenos Aires. Por entonces cambió también de aspecto; comenzó a vestir bien y se dejó el bigote.

Parecía que de nuevo comenzaba a enderezarse en su carrera, cuando un acontecimiento inesperado desvió la dirección de su vida. Era el Destino, que le llevaba por otra ruta.

Un día de verano, en Génova, estaba en su barco de guardia. Le sustituía a otro oficial que había marchado a hacer compras a la ciudad.

Galardi contemplaba con disgusto los remolcadores y las barcas que iban y venían en las aguas sombrías y revueltas de la dársena.

En esto vio que se acercaba a su barco una lancha, con dos remeros, en la que iban un señor y dos o tres damas elegantes.

—¡Hombre, ésas son unas cómicas! —dijo el sobrecargo—. Las he visto en el teatro Cario Felice.

El señor venía en pie, a popa, y hablaba y peroraba. Galardi le miraba con disgusto, pensando quién sería aquel tipo, con aire de payaso y de color de caoba.

En esto, en uno de los movimientos del bote, el hombre se inclinó y cayó al agua. Fue una cosa tan rápida y tan brusca, que los que iban en el bote no se dieron cuenta de la desaparición hasta unos momentos después. Las mujeres empezaron a gritar, los dos remeros quedaron vacilantes y sin saber adónde dirigirse.

«Este tipo se ahoga», se dijo Galardi, y quitándose la poca ropa que tenía puesta se tiró al agua. Galardi era un vasco decidido y valiente. El marino fue nadando hacia donde había caído el hombre. Pronto dio con él y lo sacó a flote agarrándolo de los pelos.

Los marineros de la lancha se acercaron y recogieron al señor de color de caoba, medio desmayado, y a Galardi.

Las damas, que, efectivamente, eran unas cómicas, celebraron el acto de Galardi con frases muy floridas, y el marino volvió en seguida a su barco a vestirse.

Aquel señor, que había caído al agua desde el bote, era uno de los socios de la compañía de navegación propietaria del barco en donde navegaba Galardi, y al pasársele el susto y al echar el agua que había tragado, adquirió por el piloto vasco un cariño extraordinario.

El señor Murano, así se llamaba el hombre del chapuzón, era un judío de pequeña estatura, afeitado, con una cara gruesa, abultada, entre cetrina y cárdena; el pelo, muy negro y rizado; el labio belfo; la expresión, muy viva, y los pies, planos. Hombre rico, muy hábil para los negocios, muy sensual, muy vicioso y muy charlatán, tenía que ver con todas las bailarinas cómicas y cantantes, y como no se distinguía por lo agradable de su físico, gastaba el dinero a manos llenas.

El señor Murano habló con Galardi, quiso hacer algo por él, supo la vida que llevaba, y le dijo:

—Hombre, no. Ésa es una vida triste y aperreada. Tiene usted que descansar un poco. Voy a pedir una licencia de un mes para usted y vamos a irnos los dos a Nápoles, al mejor hotel, a descansar y a divertirnos. Yo le convido.

Galardi dijo que a él no le gustaban las diversiones; pero el judío insistió tanto, y con tan buena voluntad que no tuvo más remedio que aceptar.

## 9

### En Nápoles

Unos días después, el señor Murano y Galardi iban a un gran hotel de Nápoles, a orillas del mar.

Juan Galardi tenía entonces veintisiete años, un gran vigor físico y un aire dominador. Era alto, ágil, esbelto, tostado por el sol, con el pelo que comenzaba prematuramente a blanquear, que contrastaba con su aire de juventud, el brillo de sus ojos y su bigote negro. Su aspecto era de hombre serio y grave.

Al día siguiente de estar en el hotel ya se sabía quiénes eran Galardi y el señor Murano, y el acto del piloto, echándose al agua para salvar al judío, se había divulgado y Galardi se vio sonreído por las damas.

—¡Qué guapo! ¡Qué gentil! —decían algunas señoras, mirándole a la cara.

Galardi desviaba la vista con cólera.

—Es un salvaje —añadían las señoras—, pero es un salvaje simpático.

Pocas noches después, en el comedor del hotel, Galardi vio por primera vez a la marquesa Roccanera. El señor Murano se la mostró. Era alta, morena, de un perfil clásico; el óvalo de la cara, alargado; los ojos, negros, grandes, quizá algo sombreados artificialmente; la boca, fresca; el talle, muy esbelto. Era una mujer hermosa, elegante, con unas posturas un poco teatrales y el aire fascinador.

Él la contempló con cierto asombro, y ella, sin duda, harta de admiraciones, hizo con la boca una mohín de desdén.

Esto le pareció mejor a Galardi que no que le dirigieran cumplimientos como a una señorita.

Por la noche había baile en el hotel. El señor Murano, con su cara cárdena, sus pelos negros, rizados, y un enorme puro en la boca, se paseaba por el salón, vestido de etiqueta, hablando frenéticamente a sus conocidos, con un aire entre llorón e inspirado, bailando con las señoras, presentando a todos a su amigo Galardi, su salvador, un marino español, arisco como un gato montés.

Galardi fue presentado a la Roccanera por Murano.

—Doña Laura, marquesa Roccanera..., el marino español Juan Galardi.

La marquesa le acogió con una amabilidad extraordinaria.

Estaba la Roccanera en compañía de una amiga suya, María Santa Croce. La Santa Croce era una mujer joven, delgada, con una cara de galgo; los ojos, grandes y azules, claros; la cara, muy estrecha; la nariz, larga y algo torcida; el pelo, rubio, y la boca, grande. Era un tipo que a primera vista parecía de un taller de Montmartre; pero había algo en ella más fino, algo de raza aristocrática, que no es frecuente en una modelo de pintor.

La Santa Croce tenía fama de ser graciosa y alegre y fácil para los caprichos

amorosos.

Iba con frecuencia acompañada de una vieja dama, cubierta de colorete y de afeites y llena de joyas.

La Santa Croce pareció tomar una afición inmediata por Galardi, y manifestó un deseo ostensible de conquistarle, que estorbó la Roccanera con sus sonrisas. Galardi quedó entusiasmado con la espléndida belleza de la marquesa. Ésta bailó con algunos jóvenes napolitanos, airosos y elegantes; ahora, con uno; luego, con otro; coqueteando con todos, y mirando con frecuencia y sonriendo a Galardi.

El vasco no se encontraba completamente a gusto. Aquellas damas, que le miraban con curiosidad; el tener que levantarse a cada paso para ser presentado; los jóvenes elegantes y finos, de hombros anchos y rígidos y de caderas estrechas, como los antiguos egipcios, que sonreían, saludaban e interrumpían su seriedad habitual con gracias histriónicas y movimientos de bufón, le molestaban. Echaba de menos el camarote de su barco.

«No sé para qué habré salvado yo a este mamarracho de judío», pensó Galardi varias veces con cólera; «debí haber dejado que se ahogara».

Pero el judío, que no era ingrato con su salvador, como el monsieur Perrichon, de Labiche, con el suyo, le había tomado afecto y se acercaba a cada paso, siempre con el puro en la boca, a llamarle *mio caro* y a hacer observaciones.

—Estas italianas del Sur —le decía, tendido en un diván— tienen una belleza pomposa, pero no sonríen amablemente. La francesa, y yo creo que la española, sonríen más. La española, con gracia natural; la francesa, con un espíritu satírico y burlón. El repertorio literario de las italianas no es muy propio para sonreír. Estamos siempre a vueltas con la fatalidad, con la *jettatura*, con la blanca luna; nada de esto se presta a la sonrisa. Los italianos somos así, *mio caro*; mucha apariencia y poca consistencia. Nos gusta la pompa, el alto coturno, el saludarnos todavía a la antigua romana, levantando la mano solemnemente por encima de la cabeza. Somos comediantes.

«Sobre todo, los judíos», pensó Galardi, que los había conocido y tenía por ellos muy poca simpatía.

El señor Murano tiró el puro que acababa de encender y pidió unas copas al camarero. Al mismo tiempo se levantó para saludar a un señor grueso, abrazándole y llamándole repetidas veces *egregio commendatore*.

La inquietud de aquel hombre ponía malhumorado a Galardi.

«Este judío es una lagartija», pensaba.

Al poco rato el señor Murano, echándose en el diván, le decía:

—¿Usted se ha fijado en este sondaje tan profundo que tienen las italianas en la mirada? El hombre joven, el viejo, el torpe, el vanidoso, el extranjero; nada se les escapa. Estas condiciones son de pueblos muy visitados y tiranizados, que han

aguzado el instinto de comprender a los demás, para estar, según su conveniencia, amables o secos, obsequiosos o altivos. Esta mirada, que sabe tasar tan bien, no la encontrará usted en una española, que se ocupa principalmente de sí misma; ni en una alemana, ni en una inglesa. En cambio, aquí yo tengo la seguridad que cada una de estas señoras sabe ya cómo es usted, y cada una le conoce como si fuera su madre.

Dicho esto, el señor Murano se marchó a moverse, y a hablar, y a bailar, con una señora gorda.

Galardi comenzaba a aburrirse, y se disponía a marcharse a su cuarto. La Santa Croce le detuvo.

—¿Cómo?, ¿se va usted? —le dijo.

—Salgo un momento.

Después la Roccanera se unió a él:

—¿Qué le ha dicho a usted el señor Murano de mí?

—Nada; por ahora, nada.

—No le haga usted caso si le dice algo en contra de mí.

—No, no señora.

—Adiós, veo que se quiere usted marchar.

La Roccanera le tendió la mano, y le dijo:

—Aquí se estila besar la mano a las señoras. ¿Sabe usted? ¿O es que le parece a usted una exigencia intolerable y odiosa?

—No, no, señora.

Galardi le besó la mano.

—Gracias, y hasta mañana —dijo ella.

Galardi salió del salón.

«¿Qué clase de gente es ésta?», se preguntó.

No los comprendía. No podía suponer que él, de por sí arisco y que había pasado muchos años en la soledad y el aislamiento, era el hombre raro.

## Se pasa de la amistad al amor

—Amigo Galardi —le dijo el señor Murano unos días después—. Ha hecho usted mucho efecto en María Santa Croce y en la marquesa Roccanera.

—¡Bah!

—Le digo a usted que sí. Todo el mundo lo nota.

—Habladurías.

—Yo conozco a las mujeres, *mio caro*; las conozco muy bien. Creo que si me hubieran querido, no las hubiera conocido tan a fondo; pero no me han querido, y bien sabe Dios que han sido mi única debilidad. La Santa Croce tiene un capricho por usted; pero la Santa Croce es una mujer que tiene muchos caprichos. Respecto a la marquesa Roccanera, ésta, amigo mío, vale la pena, y la marquesa siente inclinación por usted. Ahora usted, mi querido Galardi, haga usted lo que le parezca o échese usted de cabeza al mar, como hizo usted para salvarme a mí, o escápese usted, váyase usted y métase en su camarote.

—Usted, ¿qué haría, señor Murano?

—¡Yo, por la Roccanera! Me echaría al mar de cabeza. Sí; ¡por el patriarca Abraham!; ¡ya lo creo! Respecto a la Santa Croce, no tendría inconveniente en gastarme con ella unos cuantos miles de liras; pero, ¡por la Roccanera!, al mar; sí, querido; otra vez al mar.

Galardi se encontraba atraído por la marquesa. ¡Era una mujer tan graciosa, tan simpática, tan culta! El pobre marino oscuro quedó admirado ante ella como ante una diosa.

Supo que la marquesa estaba separada del marido, un americano del Norte, hacía ya dos años.

El tal americano era, según se decía, un poco loco. Ella le había querido mucho y le seguía queriendo aún.

La intimidad entre la marquesa y el marino se fue estableciendo tras largas conversaciones. Él habló de su vida, de sus estudios para hacerse cura, de sus viajes por el Extremo Oriente y de su mal paso en Marsella con la argelina. Aseguró que desde entonces tenía mala idea de las mujeres.

La marquesa se rió mucho y le preguntó mil detalles acerca de la Raquel.

La Roccanera le miraba a Juan como a un inocente; le parecía un hombre infantil y poco comprensivo, un hombre seguro, en quien se podía depositar una confianza absoluta.

Ella le contó también su vida, achacando los motivos de separación del matrimonio a culpas del marido.

Pasearon juntos la Roccanera y el vasco y fueron a Ischia, a Capri y Castellamare.

Los primeros días, las largas conversaciones les bastaron; pero, cuando Galardi dijo que al cabo de una semana tendría que volver a embarcarse, la Roccanera se quedó en una gran perplejidad.

No estaba en sus planes el sacrificar la dicha, si ésta pasaba por su lado, y era, además, muy enamorada y muy sensual.

—Yo no quiero que se vaya usted —dijo a Galardi.

—Yo tampoco quisiera irme —replicó él—, pero, ¡qué voy a hacer! No tengo dinero para vivir; necesito trabajar.

—Yo tengo, por lo menos, bastante para los dos.

—Pero usted no tiene ninguna obligación conmigo.

Una combinación así: dejarse alimentar por una mujer, era algo muy indigno para Galardi. Él tenía sus dogmas categóricos en estas cuestiones.

—Yo no sé si mi amor por usted será eterno o no —le dijo ella una vez—. ¿Quién cree en la palabra eterno? Además, le quiero aún a mi marido; a veces me parece que le odio solamente, y otras que todavía le tengo amor.

—¿Y ha decidido usted algo? —le preguntó Galardi.

—Sí: vamos a cualquier rincón de Suiza, donde no nos conozca nadie; viviremos allí, juntos; si nos entendemos bien, para siempre; si no, hasta que no nos entendamos.

## 11

# Ensayo de amor

La decisión de la Roccanera sorprendió al marino, que la aceptó con gusto. Le chocaba que ella hubiera sido la que propusiera un plan de vida, después de todo, razonable y lógico.

Galardi se despidió del señor Murano, quien, al comprender de qué se trataba, se rió mucho y aseguró a su salvador que cuando necesitara de él le escribiera inmediatamente.

La Roccanera y Galardi fueron a pasar el verano a Lausana, pueblo suizo, de una vida mediocre e insignificante.

Vivieron los dos en el mismo hotel: Galardi, en el piso alto, y ella, en una de las mejores habitaciones. Galardi pagaba su pensión y comían juntos. Pronto ella se relacionó con ingleses y americanos ricos, que estaban allá de *villegiatura*, y la invitaban en sus paseos en coche y en sus viajes por el lago Lemán.

Galardi, en cambio, no hizo más conocimiento en Lausana que con un gendarme del puerto y con el patrón de una barca.

La Roccanera no sentía gran interés en presentar a sus relaciones al marino; quería tenerle como a un amante oculto y, mientras tanto, lucir ella en sociedad.

La marquesa y el vasco no se entendían muy bien, y en la mayor parte de las cosas opinables estaban en desacuerdo.

—Sé orgulloso —le decía ella algunas veces.

—Orgulloso, ¿por qué?

—Porque eres mi amante.

Galardi pensaba que si era su amante, era un amante morganático, a quien, sin duda, no se podía lucir en sociedad. Él tenía un alma fiel, leal, de escudero; ella, todas las veleidades y caprichos de una gran dama. Ella manifestaba muchas veces sus entusiasmos por el arte, por la historia de su patria y de su familia. Sentía el orgullo del título, de la tradición y de la raza. A la Roccanera le entusiasmaba todo lo que significara brillo y esplendor: el político célebre, el militar atrevido, el poeta, el cantante y hasta el bailarín; lo que atrajera las miradas del público y tuviera carácter de divo le encantaba. Muchas veces quería conquistarle al marino, llevarle a su campo, recitando poesías; pero él quedaba frío e indiferente, como un hombre a quien quieren seducir con baratijas.

Galardi, pequeño hidalgo, acostumbrado a un medio social adusto, y luego a la soledad y al aislamiento del barco, no comprendía aquellas cosas que entusiasmaban a la Roccanera. Del arte no tenía la menor idea; la historia le dejaba indiferente, y hasta le producía repugnancia; los prestigios de las familias ilustres no le conmovían; los hombres todos le parecían de la misma pasta, con los mismos derechos y los

mismos deberes.

Respecto a los divos y a las gentes de teatro, tenía por ellos una antipatía y un desprecio profundos.

Consideraba todos esos oficios dependientes del público como algo bajo, indigno y prostituido.

Al acabarse el verano, la incomprensión mutua se acentuó de tal modo, que ella y él pensaron que debían poner punto final a su aventura amorosa.

Ella seguía pensando que Juan Galardi era un hombre noble, un hombre leal; pero demasiado corto de alcances para vivir con ella.

Él tenía a la marquesa por una mujer de buenos sentimientos, corrompida por una educación falsa y por unas ideas ridículas y amaneradas sobre la mayoría de las cosas, que le habían hecho perder su sencillez nativa.

La Roccanera sentía afecto por Galardi; pero no lo bastante para pensar en vivir con él constantemente como marido y mujer.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó ella.

—Me embarcaré otra vez. El señor Murano me ha prometido reservarme el empleo en la compañía de navegación.

—Es triste vivir así siempre, lejos de la sociedad y de los hombres.

—¡Pse! ¡Para lo que hay que ver! —exclamó Galardi, con ironía misantrópica—. Es igual.

—¿Te gustaría ir a una finca mía de administrador? —le preguntó la Roccanera—. Así nos podríamos ver de cuando en cuando.

—¿Dónde está la finca?

—En Calabria, en mi pueblo. Es un sitio un poco salvaje, en donde todavía no hay tren. El administrador que tengo allí me roba; estoy segura de ello. Tú podrías ir allá a sustituirle.

—Bueno. Muy bien.

—Ahora, que es un país peligroso; por allí se anda con frecuencia a tiros.

—¡Bah! ¡Qué importa! Esa gente no será peor que los marinos.

—Pues si quieres, vete.

—Probaré.

La marquesa habló a Galardi del pueblo, que se llamaba, como su familia, Roccanera, y que antes había sido íntegramente de sus antecesores; de su palacio, de las fincas que le pertenecían y de la casa del Laberinto, una posesión de recreo de su marido, próxima, que era un lugar muy extraño.

Galardi se animó y se decidió a ser el administrador de la marquesa en el pueblo calabrés.

—Puesto que te decides, vete —le dijo ella—. Yo daré órdenes para que te reciban y te obedezcan. Si te gusta, vives en mi palacio, en el pueblo; te arreglarán

allí las habitaciones; si no, le hablas al hombre que cuida de la granja, que hay próxima a esa casa del Laberinto que te he indicado, y él creo no tendrá inconveniente en cederte algún cuarto.

—Bueno; muy bien.

Galardi quiso poner en claro sus atribuciones, su sueldo y lo demás. Ella accedió a cuanto él fue indicando y acabó diciéndole irónicamente:

—Allí lo mejor que puedes hacer es casarte. En Roccanera no te será difícil conocer a una mujer oscura y fiel, como las que a ti te gustan, que no sepa nada de cuadros ni de estatuas, que desprecie a los cómicos y a los cantantes y que no se haya ocupado jamás de averiguar quiénes eran sus abuelos.

—Si la encuentro de ese tipo, me casaré con ella —contestó Galardi, sin hacer mucho caso de las intenciones irónicas de la marquesa.

## **Libro segundo**

### **Roccanera**

#### **1**

### **Vieja ciudad**

Un novelista inglés, Tomás Hardy, ha hecho con gran cuidado el mapa de los lugares de acción inventados para sus novelas con el designio, sin duda, de aclarar la inteligencia de sus lectores respecto a la fantástica topografía imaginada por él.

Hardy ha supuesto mucha curiosidad y mucha memoria en sus lectores; quizá en Inglaterra existan esta clase de tipos que se interesan y toman como asunto grave las novelas; en España no creo que los haya. Aquí, en general, no tomamos en serio las cosas importantes; mucho menos las que no lo son. Sería, indudablemente, difícil encontrar a un español que agradeciera a un novelista de su país que le diera un curso de geografía fantástica de los lugares, también fantásticos, de acción de sus historias.

Yo no pienso tomarme este trabajo; me parece demasiada ciencia al servicio de una invención novelesca, y supongo que no tendría éxito. Mi geografía será superficial, menos estudiada y menos perfilada que la del excelente autor inglés.

El golfo de Roccanera era un golfo del Mediterráneo italiano, bastante grande para no verse desde su centro más que muy vagamente los dos extremos.

Estaba en la Calabria, hacia el Sur, en la parte de Italia, que perteneció a la Magna Grecia y a la Lucania; en una gran ensenada del mar Tirreno, entre el cabo Palinuro, en donde, según la tradición, fue muerto y despedazado el piloto de Eneas, y el cabo Vaticano.

La Calabria, según los geólogos, no es más que la parte ósea de la antigua Tirrénida, país antiguamente más ancho, cuyo cuerpo ha ido desapareciendo por los embates del mar.

Esta Tirrénida tenía y tiene como columna vertebral la cordillera del Apenino, columna vertebral de la que no faltaba antes la vértebra correspondiente al estrecho de Messina, como hoy. La Tirrénida tenía en épocas prehistóricas una extensión mucho mayor que la actual, extensión que fue hundiéndose, en parte, por derrumbamientos sucesivos y sumergiéndose en las aguas del Mediterráneo, no quedando de ella más que la parte dura, el esqueleto.

Estos hundimientos dieron lugar a las fosas profundas que están contorneadas por los volcanes del Lacio, por los de la campiña napolitana y por los de las islas de Lípari.

Toda la costa calabresa es una costa roída, desmoronada por el mar, con una guirnalda de islas, de islotes, de escollos, de volcanes, que son los restos de la antigua Tirrénida.

Este viejo mar Tirreno, que extiende su manto azul recamado de plata entre ruinas, es uno de los mares más admirables de la vieja Europa, un mar con misterios, con tradiciones, con antiguas leyendas. Aquí están las islas de Eolo y de las Sirenas; allá, Escila y Caribdis; cerca, el país de los Cíclopes. Por todas partes, monstruos. Esa costa alta del Apenino es la tierra legendaria de los silvanos, de los faunos, de los sátiros, de los hijos del dios Pan. Esta tierra también es el país clásico de la brujería y de los misterios... ¡Bah! Palabrería, bambalinas demasiado usadas, dirían nuestro amigo Recalde y sus discípulos; pero hay que reconocer que aun no teniendo interés ni curiosidad por los viejos mitos, ya muertos, destripados y con las cenizas aventadas; aun así, estas orillas del mar Tirreno dan una impresión de un país encantador, con su vegetación exuberante, sus auroras magníficas, sus puestas de sol espléndidas y sus noches tranquilas y estrelladas...

La ensenada de Roccanera estaba formada por una de las guirnaldas de hundimientos de la costa mediterránea y regularizado su contorno probablemente por los aportes de los pequeños ríos que bajan de los Apeninos.

Roccanera se hallaba en una parte en que la costa deja de ser baja, comienza a elevarse rápidamente y a convertirse en un acantilado de roca, a trechos cortado a pico, de aire salvaje y majestuoso.

Roccanera se encontraba entre dos puntas que tenían de distancia entre sí más de diez millas; una de estas puntas, la del Norte, se llamaba la del Castillo y era de arena y baja; la otra, la del Sur, de nombre la Punta Rosa, era más alta y terminaba en un arrecife constituido por islotes y peñas volcánicas que formaban como una espuela hincada en el mar.

Después de este arrecife venía una playa desierta y luego seguía la costa en un acantilado, cada vez más alto, más salvaje, más escarpado y más lleno de cavernas, de grandes concavidades, de contrafuertes salientes que parecían enormes y derruidas fortalezas.

A lo lejos, vagamente se veía otra punta, la Punta del Caballo o Peña Horadada, promontorio que entraba en el mar y estaba atravesado en su extremo por un gran arco.

Roccanera, desde lejos, aparecía entre los cerros dorados que la rodeaban con un aire audaz y dominador. De cerca, el pueblo tenía color de pan tostado, con sus murallas y torreones, que circundaban la iglesia antigua, sombría, de la que se divisaban unos arbotantes negros.

Encima de la vieja ciudad se erguía una fortaleza ruinoso, amarillenta: el Castillo, y abajo, a los pies, extramuros, un barrio de casas blancas: La Marina.

Acercándose más al pueblo se comenzaban a ver las galerías de las solanas de los viejos palacios, las azoteas de las casas, las torrecillas; se advertía que la muralla, desde lejos imponente, era una ruina desmoronada en varios puntos y horadada en

otros por balcones y ventanas. Hacia el mar, entre pedregales rocosos, se veían unas antiguas arcadas y murallas de viejas construcciones etruscas cubiertas de matorrales.

Roccanera era un pueblo agrupado sobre un cerro volcánico, una pequeña ciudad edificada en anfiteatro con muchas calles, callejuelas y plazas.

Tenía una catedral, cuatro o cinco iglesias, blancas, aparatosas y barrocas; grandes palacios, algunos conventos, y abajo el barrio de La Marina, barrio de pescadores constituido por casas pequeñas, cuadradas, como dados, con sus azoteas.

El castillo, que se destacaba en lo alto del pueblo, era una fortaleza del tiempo de los normandos, grande, pesada, imponente. Apenas le quedaban restos de sus barbicanas, de sus traveses y de sus arcos rotos. Presentaba, de lejos, el aspecto romántico de los castillos medio derruidos, que empiezan a tomar el aire de riscos naturales, aunque por mil detalles se nota que no lo son.

Aquella inmensa fortaleza se hallaba como deshuesada, porque le habían arrancado sus grandes piedras para construir muchas casas de la parte alta del pueblo, y dominada por matorrales y hierbas parásitas.

Desde el castillo, Roccanera se veía como en un plano. La ciudad vieja, rodeada por la antigua cintura de murallas, flanqueadas por sus torreones, oscuros y negruzcos: unos, cuadrados; otros, redondos; algunos ya casi completamente derruidos, aparecía como un pólipo.

En la parte alta del pueblo las casas se sustentaban en las mismas peñas y tenían escaleras labradas en las rocas.

Estas casas, por dentro, eran chiquitas, con recovecos, vueltas y pasillos; algunas con azoteas almenadas, y otras, con un balcón o una ventana a la muralla.

De trecho en trecho, en el laberinto de callejuelas de Roccanera alguna se ensanchaba, formando una plaza, y allí se veía un palacio viejo, medio arruinado, con su gran portalón y sus balcones salientes, o un convento de muchas ventanas tapadas por celosías verdes.

Entre estos callejones había corrales y huertos, por encima de cuyas tapias salían las ramas de las higueras y las de los naranjos de frutas rojas y pequeñas.

El palacio del obispo estaba cerca de la catedral, en una callejuela silenciosa y desierta y tenía un jardín sombrío, del que se destacaban un gran magnolio y un enorme y afilado ciprés.

Por encima de los tejados, roñosos, leprosos, reverdecidos de la ciudad, se levantaban varias estatuas: una, grande, de un Cristo con una cruz, y otra, de un obispo, con su mitra, como arengando al espacio.

Roccanera, en el interior, se mostraba como un pueblo hermético e inaccesible. Todo lo que se hallaba intramuros era estrecho y húmedo. Las murallas se abrían por varias puertas: la de la Pescadería, la de San Juan, la de Tierra y la del Castillo.

Desde lo alto de las torres del pueblo las vistas eran espléndidas. Al Norte se

cortaban los pedregales desnudos, que caían hacia el mar; abajo aparecía el barrio de La Marina, con sus casas de pescadores, sin tejado, blancas y azules, entre enormes chumberas. Al sur de la campiña se divisaba una alfombra de todos los colores, formada por los campos labrados y por los huertos, con sus almendros, naranjos y limoneros, los olivares grises y los bancales, siempre verdes.

Por el lado contrario al mar se erguían las cumbres de los Apeninos, con sus rocas, sus bosques y sus laderas infértiles, pobladas de brezos y retamas; en un cerro próximo se veían dos filas de cipreses, que parecían marchar como frailes en procesión al camposanto, y un acueducto larguísimo que salvaba un vallecito profundo. Cruzando una vega ancha, pedregosa, sembrada de retamares, pasaba el cauce de un río, con orillas arenosas, que fertilizaba las huertas.

El arroyo venía del monte y se abría paso por una hoz de grandes rocas negras que había corroído con sus aguas.

En verano, este río se achicaba mucho, y en invierno, al meterse por el barranco, se convertía en un torrente, y muchas veces inundaba la llanura.

Desde el mar, Roccanera hacía un efecto de un pueblo sonriente y pintoresco. Sus varios anfiteatros, el de los montes, el de la costa y el de la ciudad le rodeaban. El de los montes era una muralla azul, con las cimas en invierno blancas por la nieve; el de la costa, un cinturón de arena dorada, y el de la ciudad, una gradería con sus cubos y sus torres, que se reflejaban en el mar tranquilo.

Esta gradería, que iba desde la playa hasta el castillo, estaba formada por el caserío de casas blancas, rojas y azules del barrio de La Marina, y por las negras y oscuras del interior del pueblo, agrupadas alrededor de la catedral y de los varios palacios y ceñidas por la muralla.

Desde el mar, por encima de los cerros pedregosos de Roccanera, se veían los encinares y los castaños de la falda de los montes; y más arriba aún, en las cumbres de los Apeninos, brillaba la nieve durante los meses de invierno.

En toda la costa, en las proximidades de Roccanera, había antiguas atalayas, la mayoría hechas para defenderse de los corsarios berberiscos de épocas antiguas y las acometidas de los bajeles turquescos del tiempo de Barbarroja y de Dragut, porque este viejo mar Tirreno ha sido durante siglos y siglos mar frecuentado por los piratas.

En toda aquella tierra intermedia entre el Apenino y el Mediterráneo se advertían grandes contrastes: aquí se mostraba la Naturaleza atormentada, entregada a las convulsiones volcánicas; los barrancos recién abiertos con sus rocas sangrientas y negras, sus manchas de ocre, de amarillo y de carmín; allá, a poca distancia, aparecían los campos de sembradura, fértiles, con un verdor incomparable.

El clima era frío en la cumbre de la montaña, templado en las faldas y caliente a orillas del mar; tanto, que se cultivaban plantas tropicales.

En verano, en las tierras bajas hacía un calor terrible, y en los días de siroco no se

podía vivir.

En la primavera se desencadenaban grandes tormentas, y los rayos caían con frecuencia en los árboles próximos a la ciudad.

En la comarca había todos los climas, desde el tórrido de algunos valles bajos, hundidos y resguardados, hasta el frío de los picachos altos del monte.

En las cercanías se cosechaba vino, frutos varios, cereales, algodón; se criaba el gusano de seda y se obtenía un caolín para la fabricación de la porcelana. De los montes se sacaba mucha leña y plantas aromáticas.

## 2

### La vida del pueblo

Roccanera no tenía un barrio aristocrático separado; las casas ricas y las pobres estaban próximas, lo que había producido siempre en el pueblo cierta fraternidad ciudadana y popular.

La aristocracia allí, como en casi toda Italia, era asequible y no se desdeñaba de practicar el comercio, siguiendo en esto la tradición ilustrada por los Médicis. La mayoría de la gente rica de Roccanera no vivía en la ciudad más que por temporadas. Iban en la época de la cosecha a cobrar las rentas. La gente pobre tenía mal aspecto, aire de sucios y desharrapados; muchos parecían por su color enfermos de tercianas; los burgueses se mostraban un tanto suspicaces y desconfiados. Los pescadores eran los más alegres del pueblo, y en su barrio era donde se oían con más frecuencia cantos y guitarreo. Constantemente tocaban por allí los organillos.

Pocas novedades había en la pequeña ciudad. Todos los días, por la mañana y por la tarde, pasaba la diligencia, se detenía en un gran parador, dejaba algunos viajeros y un montón de papeles y cartas, en unos sacos de lona y en unas carteras de cuero, y después de vaciar su cargamento, seguía adelante entre nubes de polvo.

A veces fuera de las murallas, en un sitio encharcado y malsano, ponían su campamento, con sus carros con chimeneas y ventanas, algunos húngaros, y se oía el resoplido de los osos amordazados y se veían entre los caballos, escuálidos y llenos de mataduras, chiquillos descalzos, negruzcos y con greñas; hombres barbudos, de mirada viva, y viejas morenas, cubiertas de harapos.

Durante el invierno, muy corto, el pueblo estaba triste y sucio; en las calles altas, formadas por cuevas pedregosas, el agua corría en arroyos; en cambio, en las bajas se enfangaba en charcos malolientes.

En verano la vida, sobre todo por la tarde, era lánguida. En las horas en que el sol brillaba y el aire ardía, el movimiento se paralizaba; las calles estaban desiertas, el mar casi sin velas; sólo algunos carros pasaban por la carretera polvorienta.

El cielo azul no tenía una nube; el aire vibraba seco, caliente; en las calles abandonadas se sentía uno sorprendido por la mezcla de olores, buenos y malos; por el aroma de los jardines y el vaho de los estercoleros.

En la fonda, grande y espaciosa, a la entrada de un enorme zaguán, esperaba un coche destartado, con unos caballos escuálidos.

Las puertas cocheras, pintadas de azul, estaban cerradas.

A las horas de sol, los vagos dormían en los barcos o en el escalón de un portal, con el sombrero destrozado encima de los ojos; un ambiente de silencio y de sopor reinaba en el pueblo; las campanas iban desgranando las horas una a una en esta pesada calma.

En la sombra de una calle el carrero sacaba sus ruedas al arroyo, el guarnicionero llenaba sus colleras, de lana sin lavar, el vendedor de granos se paseaba entre sus sacos y sus capachos, con las manos a la espalda.

En la espartería hacían espuertas y serones, el zapatero claveteaba sus suelas, en el escaparate de la confitería se oían zumban las moscas en los papeles de dulces y de las tortas de miel.

Al anoecer, después de la impresión pasajera de reflujo de vida que se siente al retirarse el sol, cuando su luz deja de dorar una torre o el esquino de una calle, despertaba el pueblo de su letargo y comenzaba la animación.

Salían de los portales enjambres de chiquillos y mujeres desgreadas y sudorosas, se entablaban conversaciones, sonaban, sobre todo en La Marina, guitarras y organillos; comenzaban a brillar las luces en las casas y las estrellas en lo alto, y las calles se llenaban de gente y de una vida alegre, tumultuosa y bullanguera.

Llegaban los carros del campo con hierba fresca, y mujeres y hombres venían con fardos de ramaje para quemar, que traían del monte.

Cuando en julio o agosto soplaban el viento de África, el pueblo entero parecía muerto. El sol caía de plano, dando al paisaje un color gris, casi de ceniza; los olivos y las viñas se cubrían de arena fina; no se veía un alma por las calles de Roccanera, y las ventanas y las persianas estaban cerradas; las basuras fermentaban en medio del arroyo; nubes de mosquitos y de moscas pardas revoloteaban sobre ellas. Dentro de las casas entraba el polvo, crujían las maderas y se agrietaban los muebles.

Se sentía una gran laxitud, un desmadejamiento completo; sólo las cigarras y los grillos parecían guardar energía para chirriar con el calor agobiante; y los locos encerrados en el hospital, excitados por el viento del Sur, lanzaban gritos furiosos, que se oían a gran distancia.

### 3

## El barrio de La Marina

El barrio de La Marina era otro pueblo. Roccanera, como las antiguas ciudades griegas, tenía la villa alta y la baja, la Acrópolis y el puerto.

El barrio de La Marina, respaldado por la vieja muralla, lo formaban dos calles y unos cuantos callejones. Las casas de este barrio, blancas, rojas, azules, manchadas con los chafarrinones negros del agua de las lluvias, se destacaban entre pitas y chumberas verdes y grises.

Al pie de este barrio se extendía una ribera pedregosa, que servía de puerto, en donde solían verse encalladas y sujetas treinta o cuarenta lanchas pescadoras, laúdes y pailebotes de cabotaje amarrados a grandes postes.

A esta playa se le llamaba la Ribera de La Marina, y se decía la Playa de la Arena o la Playa Grande a otra, desierta, que estaba más allá de la Punta Rosa.

La Ribera de La Marina se hallaba a un metro de alto sobre el nivel del mar y tenía varios embarcaderos hechos de tablas.

La Ribera de La Marina era un bancal de arena, con piedras gruesas, en donde se amontonaban las algas. Servía de basurero al pueblo, así que, al lado de las conchas y de las estrellas de mar, se veían gatos muertos, cestas podridas, calabrotos, alambres y manojos de cañas que devolvía el mar envueltos en barro.

No olía siempre bien por allí, ni mucho menos.

A todo lo largo de la Ribera había barracas abiertas, pequeños astilleros, y se veían lanchones en esqueleto, que estaban construyendo, con las cuadernas al aire, y se oía el ruido de los martillos y de la sierra.

En la misma Ribera se extendían las redes para secar y componer, y se veía a las mujeres acurrucadas, con un pañuelo blanco en la cabeza, sobre los ojos para defenderse del sol, con la aguja y la lanzadera componiendo las mallas rotas.

En medio de la Ribera había una plaza, con un enlosado grande de piedra, en donde se hacía la subasta del pescado.

Las barcas de Roccanera tenían dos clases de nombres: o de divinidades paganas o de santos cristianos; había así *Plutón*, *Proserpina*, *Ceres*, *Neptuno* y, al mismo tiempo, la *Ave María*, la *Stella Maris*, la *Purísima Concepción*, *San José*, *Santa Ana*, etcétera.

La mayoría de estas lanchas de pesca solían llevar a popa un reflector de hoja de lata para meter dentro una luz y proyectarla en el mar y atraer a los peces, cosa prohibida, pero cuya prohibición nadie tenía en cuenta.

Llevaban también, como las antiguas embarcaciones griegas y romanas, una imagen de la divinidad, de algún santo o de la Virgen, la clásica tutela; casi siempre a popa. Todavía se veían muchas barcas pintadas, no sólo el casco, sino la vela, con

figuras y letreros humorísticos.

En la Ribera había filas de postes clavados en el suelo para amarrar las barcas, poleas y cuerdas para subir las embarcaciones por la arena. Cuando éstas eran muy grandes, los pescadores hacían un caño o pequeño estero en la arena y empujaban entre varios.

Los barcos solían estar atados en fila con sus cadenas y sus cuerdas, con las velas puestas a secar.

Al amanecer, y también al anochecer, marchaban a la pesca, con las redes preparadas y con una serie de cestas, mangas, sepieras para los pulpos y otros aperos que empleaban para coger diversa clase de peces y moluscos.

La calle del barrio de La Marina que daba a la Ribera era muy animada; por todas partes había tinglados y almacenes para guardar redes, cestas y velas; sitios vastos y oscuros, de donde salía un olor a pescado y alquitrán. Había también algunas tabernas y fruterías y casas de comidas.

En el extremo del barrio se levantaba una ermita, la del Carmen, con una torre barroca, pintada de blanco, y un atrio desde donde se veía una imagen de la Virgen, que todos los años se sacaba en procesión.

De las casas de los marinos, enjalbegadas por dentro y por fuera, con las aristas de las esquinas abombadas a fuerza de cal, salía un enjambre de chiquillos y de mujeres morenas y atrevidas.

Había también en la Ribera, hacia los extremos, chozas de cañas y de paja, armadas con palos. En el mismo arenal, muy cerca del mar, se veían dos o tres huertas con su noria, y en ellas el riego abundante producía una vegetación verde y frondosa; en la playa, en algunas otras huertas, se sacaba el agua de pozos con un procedimiento tan primitivo como un palo largo que en un extremo tenía una piedra y en el otro un cubo.

La mayoría de las casas de los pescadores eran pequeñas; algunas tenían un corral con higueras y cañaverales, muy verdes, entre los que brillaban los altos girasoles.

La vida del barrio de La Marina era una vida comunista. Los habitantes de la barriada tenían en común, no sólo el trabajo sino las alegrías y las penas.

En esos pueblos o barrios de pescadores nadie se aísla; todos están acostumbrados a verse a cada paso. El puerto es la casa de todos; el mar, el campo de todos, y el enemigo, también de todos. Por la mañana y por la tarde, en Roccanera se les veía a los hombres de una barca reunidos alrededor de ella, hablando o contándose historias.

El marino no puede estar solo, como el labrador contemplando la Naturaleza; es locuaz, necesita un interlocutor; no tiene el egoísmo del hombre solitario, ni su inteligencia; no sabe ahorrar ni su dinero ni sus palabras. El marino es como el hombre del desierto, orgulloso y rectilíneo. El marino, más generoso que el hombre de tierra, más pródigo, menos comprensivo, a pesar de su aparente cosmopolitismo,

es mucho más limitado de pensamiento. El mar esparce la semilla de la cultura; pero ésta germina en los valles, al pie de las montañas.

La Ribera de La Marina era el taller de toda la población pescadora; los carpinteros trabajaban al aire libre; unos, serraban y clavaban clavos con el mallo; otros, introducían con los formones tiras de estopa en las rendijas y en los agujeros del casco de un barco, metían tornillos y cubrían luego las composturas con una brocha untada en un cazo hirviente de alquitrán.

En la misma calle de La Marina trabajaban los que fabricaban cestas y canastas con mimbres, cuerdas y varas delgadas, y en unos corredores, formados con paredes de cañas, solían retorcer la cuerda los cordeleros, mientras un chico daba vueltas al carretel.

Al lado de los pescadores, carpinteros, calafateadores y cordeleros fraternizaban las mujeres, los chicos, los gatos, los perros, las gallinas y los gansos.

Por la mañana solía pasar por en medio de la Ribera un pastor, con sus ovejas y sus cabras, tan indiferente a los trabajos de los pescadores como si éstos fueran niños dedicados a los juegos sin importancia.

En la primavera, los días de pesca había gran animación en La Marina. A veces, en el invierno, cuando reinaban los grandes temporales, el barrio solía estar todo alborotado si faltaba alguna barca. En cambio, en el verano, en las horas de terrible calor, no se veía un alma por la Ribera, y los pescadores dormían aletargados dentro de las barcas a la sombra de las grandes velas, y llegaba del campo el chirrido agudo de los grillos y de las cigarras.

Por entonces todavía casi todos los marinos y pescadores de estos pueblos del Mediterráneo italiano usaban el gorro rojo. Las mujeres llevaban traje negro, mantones de color y pañuelos en la cabeza, claros.

## 4

### La llegada

Galardi desembarcó en un puerto en donde hacía escala el vapor que salía de Nápoles, y en el carricoche de un carnicero llegó a Roccanera.

El carnicero, el señor Nettuno, hombre listo, a la media hora de conversación con el marino, sabía quién era éste y a qué iba al pueblo.

Podría haberle dado algún buen consejo; pero el señor Nettuno no daba nada sin su cuenta y razón.

A las dos horas o dos horas y media, al caer de la tarde, llegaron los dos delante de un parador, a la entrada de la ciudad, y el carnicero dijo a Galardi que sería mejor bajar en la puerta, pues el pavimento de Roccanera era bastante malo, y el coche iba dando tumbos.

Galardi dejó su maleta en el parador.

Cuando atravesó la puerta de San Juan y entró por una de las calles principales, que se llamaba, como en los pueblos vascos, calle del Medio, pensó encontrarse en una villa de su país; pero el sol ardiente, que aún doraba la parte alta de las casas; la suciedad, los grandes palacios, le convencieron de que se hallaba en otra parte. Los altares en las esquinas, con luces y flores, se lo indicaban también claramente.

Atravesó el forastero por la calle estrecha, con callejones trasversales a derecha e izquierda.

Las casas, oscuras y negras, algunas con torreones y miradores, parecían tocarse por los aleros, y el cielo se veía como una cinta azul, estrecha e irregular.

En varias rinconadas brillaba un farol, y su luz mortecina iluminaba un pequeño altar, o un nicho con una imagen y con algunos ramos de flores secas.

A un lado y a otro se abrían calles en cuesta, con escaleras, sotechados y pasadizos; algunas casas antiguas, medio arruinadas, con galerías y azoteas, avanzaban o retrocedían en la línea de la manzana, y al final de un callejón por un lado, se veía el cerro árido y seco del Castillo; por el otro, a través de una puerta, el barrio de La Marina, con sus casas sin alero, sus barcos y sus grandes redes, puestas a secar en los arenales. En las callejuelas altas, alguna vieja hacía media, sentada en un banco; en La Marina, los chiquillos, desnudos y negruzcos, jugaban en las barcas.

De las chimeneas de estas casas de los pescadores salían columnas de humo y venía un olor fuerte a pescado y a aceite frito.

El viajero estuvo contemplando aquellas casas antiguas, altas, decrepitas, torcidas, con ventanucos y balcones medio caídos y portales oscuros como cuevas y comparándolas con las de La Marina. Eran como dos clases de existencias frente a frente.

Al cabo de media hora Galardi llegaba a la plaza triste, empedrada con anchas

losas de piedra volcánica entre cuyos intersticios crecían las hierbas y preguntaba a una vieja por el palacio de los Roccanera. La vieja le indicó otra plaza más extraviada. Allí estaba el palacio de la familia de la marquesa. Era grande, sombrío, imponente, con la fachada suntuosa llena de desconchaduras.

La puerta tenía un postigo abierto, Galardi pasó al zaguán, después a un gran patio con galerías en derredor.

Una muchacha le salió al encuentro y el marino le explicó quién era y a lo que iba. Entonces la muchacha le dijo que le siguiera y le condujo a la habitación del administrador de la marquesa, don Filiberto Venosa.

Pasaron primero una ancha escalera y después una galería, ocupada por estatuas magníficas de mármol.

Don Filiberto, hombre de cincuenta o sesenta años muy pálido, vestido de negro con el bigote pintado, se le apareció a Galardi como un espectro.

Don Filiberto le hizo pasar a un salón grande lleno de estatuas y le invitó a sentarse. Le dijo que se alegraba que viniera a sustituirle, pues quería ya retirarse del trabajo. Él le daría los datos y los libros de cuentas y tendría mucho gusto en servirle en cuanto necesitara.

Después el señor Venosa llamó a una vieja guardiana, la Marietta, y le encargó que preparara unas habitaciones para el nuevo administrador y le hiciera la comida.

El primer día, Galardi durmió en un salón colgado de cortinas de damasco y comió en un comedor muy grande con tres arañas de cristal en el techo, un aparador barroco con columnas salomónicas y racimos de uva tallados y varios cuadros oscuros. Galardi no tenía afición a las solemnidades y le pidió a la vieja guardiana que le llevara a algún cuarto alto donde no hubiera aquellas colgaduras polvorientas y aquellos cuadros negros que le molestaban.

En el palacio grande y solemne nada era cómodo ni agradable ni bonito. La comida, como la decoración, era más pomposa y complicada que succulenta. Galardi no era un gastrónomo ni mucho menos, pero estas complicaciones culinarias calabresas de mezclar la carne con el chocolate y el dulce con la ensalada no le gustaban.

—Yo prefiero una comida lo más sencilla posible —dijo a la vieja guardiana.

La Marietta prometió seguir sus indicaciones y Galardi, si no bien, se encontró viviendo pasablemente.

## 5

### Don Filiberto

La casa aquella, el enorme palacio de los Roccanera, era una cosa extraña. En su parte baja se hallaba ocupada por almacenes y oficinas, por un banco y una sociedad de seguros que dirigía un judío. En el piso principal vivía el antiguo administrador don Filiberto Venosa que tenía una magnífica instalación y una gran cantidad de salones para sus estatuas y antigüedades.

Don Filiberto se dedicaba con igual fervor a la usura y a la arqueología. Como usurero no tenía corazón y era capaz de cobrarse el capital o los réditos en carne de persona o en manteca de chiquillo, pero en cambio como arqueólogo era un romántico, un sentimental.

Gastaba la mayor parte de su fortuna y los ingresos usurarios en hacer excavaciones y tenía un museo admirable de esculturas en varios salones y en una de las galerías del palacio. El trozo de mármol o de bronce clásico enternecía a don Filiberto y le hacía temblar las manos de emoción.

Don Filiberto sintió un profundo desprecio por Galardi al ver que a éste no se le ocurrió jamás entrar en la galería en donde tenía sus mejores estatuas y ponerse a contemplar alguna de ellas.

Era un zafio, un torpe, un marino inculto y bárbaro y don Filiberto le miró desde entonces con soberano desdén.

Galardi fue a visitar las propiedades de la marquesa. La gente del campo vivía mal, trabajando mucho, comiendo casi exclusivamente pan duro y negro con un poco de aceite y durmiendo en el suelo.

En las granjas, los capataces explotaban a los jornaleros, y a la sordidez del amo, se tenía que añadir la avaricia del capataz, pero ¡qué se le iba a hacer! Galardi creía que todo se repite y que nada varía de padres a hijos y de hijos a nietos. Probablemente creía también que nada debe variar.

Más agradable que visitar las granjas era para él ir a la Ribera y hablar con los pescadores. Con éstos fraternizaba por razón de oficio; ellos le preguntaban de dónde era, de qué mar y él explicaba lo que había visto en sus viajes por América y el Extremo Oriente.

Galardi se enteraba de la manera de funcionar de estas asociaciones curiosas de los pescadores para repartirse las ganancias y sortearse el sitio donde cada lancha tiene que pescar. Esta vida tan comunista le chocaba, pues él se sentía individualista rabioso.

No eran grandes marinos en Roccanera aunque a veces hacían viajes bastantes largos; no había pilotos ni marinos de altura. Tenían además una prudencia excesiva y al menor indicio de temporal ya no salían. Esto le parecía a Galardi una indignidad,

una ofensa hecha a la profesión.

—¿Para qué vamos a salir? —le contestó un viejo pescador—. ¿Es que vamos a creer que somos más fuertes que el mar?

Los contrabandistas eran más osados y éstos sí eran capaces de afrontar las tempestades y los huracanes para hacer un alijo en la costa.

Galardi se sentaba con frecuencia en un viejo cañón que había en la Ribera, que el mar había echado en un temporal a la playa, y contemplaba al anochecer las lanchas que volvían con sus grandes cestas y nasas a popa hasta parar en los atracaderos.

Galardi conocía a los patronos y a los aduaneros, veía los chiquillos harapientos y desnudos que jugaban sobre las barcas y a veces iba de curioso a los bailes que daban los pescadores en las azoteas.

Hablaba muy mal el italiano pero como la gente empleaba más el dialecto que el idioma nacional, no se notaban mucho sus incorrecciones de pronunciación.

También le gustaba vagar por las callejuelas desiertas y ruinosas de Roccanera. A otro que no hubiese sido él, el sentirse solo en un pueblo desconocido le hubiera dado una impresión de melancolía, a Galardi no, ni el anochecer triste ni el amanecer alegre lo impresionaban.

En el mediodía y al lado del mar el crepúsculo de la tarde es tan rápido, el contraste tan brusco que la llegada de la noche sobrecoge y conturba el ánimo. La impresión es mayor cuando hay que dejar la campiña riente y entrar por una callejuela negra, sombría, mal iluminada.

El marino no tomaba en cuenta estas impresiones; le parecían miserias insignificantes. No le preocupaba tampoco el saber que al entrar en la callejuela de la ciudad ni a un lado ni a otro tenía una persona amiga.

Galardi era un vasco decidido y valiente.

El hombre veía a las viejas tostadas por el sol que componían sus harapos o hacían media delante de los portales; a los chiquillos, descalzos y negros, que se perseguían a pedradas desde las esquinas, y escuchaba el murmullo suave del mar en el fondo de una calleja...

Otro hubiera sentido el vacío que le hacían alrededor; pero Galardi, acostumbrado a la soledad del mar, no lo notaba, y si lo notaba, rechazaba la impresión como baja e insignificante.

La gente sonreía al mirarle; en todas partes le llamaban Excelencia; pero, cuando volvía las espaldas, le dirigían una mirada irónica y murmuraban:

—Es el amante de la *padrona*.

Galardi, sin darse cuenta de lo que se murmuraba de él, vivía tranquilo; paseaba por el muelle y por la playa; volvía al anochecer a su casa y a la luz de un quinqué leía unas páginas de las *Odas* de Horacio o la *Guida Spirituale*, del padre Molinos, donde aprendía un poco de italiano.

A veces se dedicaba a tocar la flauta, y tocaba siempre las mismas cosas, con lo que aburría probablemente a sus vecinos.

# Libro tercero

## El Laberinto

### 1

## Historia de la casa del Inglés

A una legua de Roccanera, hacia la punta del Sur, que se llamaba la Punta Rosa o Punta Rosamarina, estaba el Laberinto, una posesión que tenía fama por todos aquellos contornos.

Desde hacía mucho tiempo, desde la época de los árabes o de los normandos, había habido en esta Punta Rosa un baluarte hacia el lado del mar y una ermita antigua hacia el lado de tierra, la ermita del Salvatore.

En la Punta Rosa, y antes de que Garibaldi pasara triunfante por la Calabria, a un señor nacido en Roccanera enriquecido en América, se le ocurrió construir allí, en aquel apartamiento, una villa de recreo.

A este indiano le molestaba el prestigio y el aire feudal y latifundioso que conservaban aún los marqueses de Roccanera en el pueblo.

El indiano empezó a construir una villa, a la que llamó Bella Vista.

El hombre llegado de América se cansó pronto de su Bella Vista. Los obreros de Roccanera no querían ir a trabajar tan lejos; los materiales resultaban caros por los transportes, y, para mayor escarnio, de cuando en cuando, se presentaba en Bella Vista, aún no concluida, un emisario de algún capitán de bandidos, imitador de Fra Diavolo o de Gasparoni, y exigía dinero para continuar las obras.

El comerciante enriquecido en América se hartó, dejó su Bella Vista sin amueblar y se marchó a vivir a Palermo.

Unos años después, ocho o diez, se presentó en Roccanera un señor viejo, con un sombrero de paja y unos dientes de oro, y al enterarse de que había en la Punta Rosa una villa en venta, fue a verla, y al retornar al pueblo preguntó su precio.

El carnicero, el señor Nettuno padre, encargado de la venta por el propietario, le dijo que el dueño pedía por Bella Vista sesenta mil liras, pero que la daría mucho más barata.

El hombre del sombrero de paja y los dientes de oro contestó que volvería y daría la contestación. El señor Nettuno padre, a medida que vio que el hombre del sombrero de paja y los dientes de oro decidía marcharse, fue rebajando el precio de la casa, hasta ofrecerla en veinte mil liras, pero el viajero no se decidió a comprarla.

Unos meses después se presentó el mismo señor, acompañado de otro de barba blanca y melenas que hablaba correctamente el italiano.

La noticia de que había venido el viejo del sombrero de paja y de los dientes de oro corrió por todo el pueblo. Aunque aquel señor venía de América, en donde estaba

naturalizado, todo el mundo le llamó el Inglés.

Un tabernero del pueblo, que había pasado varios años en Méjico, dijo que a los tipos como el hombre del sombrero de paja y los dientes de oro, se les llamaba en América los *gringos*. Algunos le dijeron así, pero el pueblo entero optó por llamarle el Inglés.

El Inglés era un hombre pequeño, rojo, chato, de bigote corto, con la cabeza grande. Debía haber sido rubio en su juventud, pero ya estaba cano. Tenía un aire de *bulldog*, frecuente entre los ingleses.

No se sabía quién era aquel hombre; probablemente alguna cosa mala, pensaron en su fuero interno la mayoría de los habitantes de Roccanera.

El que acompañaba al Inglés era italiano; se llamaba Pedro Toscanelli, y había sido jardinero de fama en Nueva York.

El Inglés y el señor Toscanelli fueron a ver Bella Vista. Esta villa era una construcción un poco petulante y aparatosa, que el tiempo y el aire del mar habían dejado harapienta y sucia. Alrededor tenía una tapia roja con unos jarrones, y una entrada, con una escalinata de mampostería, adornada con piedras redondas de la playa.

Un capataz de una finca próxima, propiedad de los marqueses de Roccanera, tenía la llave de Bella Vista, y les mostró a los dos señores la casa por dentro y el terreno que le pertenecía, que era pequeño y estaba sobre una cantera.

—Esto no vale nada —dijo Toscanelli—; la construcción es pobre y el terreno pequeño. Aquí no se podría hacer un jardín mediano.

—¿Por qué?

—Porque no hay espacio. Por otra parte, el viento atacará esto de una manera terrible; el sitio, además, es sombrío y solitario.

—Pues a mí el sitio me gusta —dijo el Inglés—; me encanta la soledad, el mirar el mar, el no tener vecinos indiscretos.

—Sí, eso gusta un momento.

—A mí me gusta siempre.

—Sin embargo, la soledad es aburrida a la larga.

—Para mí, no.

—Es posible que usted sea una excepción.

—Luego el clima, por lo que me han dicho, es delicioso.

—Sí; tiene fama de ser un clima dulce.

—Me gustaría mucho tener una casa en esta costa, entre la playa y el monte. Comprando más terreno, ¿no se podría hacer aquí una finca de recreo?

Toscanelli contempló con atención aquellos lugares, extendidos entre la montaña y la costa.

—Gastando mucho dinero —dijo— se podría hacer aquí algo hermoso, no cabe

duda; pero habría que tomar una gran extensión de terreno. Esto, en pequeño, no creo que valga la pena; en grande le costaría a usted una fortuna.

—¿Cómo cuánto cree usted?

—No sé; pero, de todas maneras, mucho. Necesitaría usted abarcar lo menos dos o tres kilómetros de costa para hacer algo completo.

—¿Tanto cree usted?

—Sí, y otros dos o tres kilómetros de profundidad.

—Y entonces, ¿se podría hacer algo bien?

—Sí; tomando este promontorio entero; luego, el barranco que está detrás, y gran parte del llano, se podría hacer una posesión magnífica.

—Ahí se podría usted lucir haciendo grandes jardines.

—Ahí, claro, se podría hacer lo que se quisiera; pero no hay que soñar.

—¿Por qué ha de ser soñar?

—Estos terrenos no están para vender. Como ve usted, hay ahí una alquería y varias casas pequeñas de labradores.

—Pregunte usted a este hombre de quién son todos esos terrenos.

Toscanelli hizo la pregunta al guardián de la finca.

—Todo esto es del marqués de Roccanera —contestó el guardián.

—¿Ese señor vive en el pueblo?

—Sí; tiene en él un palacio.

Toscanelli tradujo la contestación, y el Inglés dijo:

—Sí, sí, lo he entendido, ahora, amigo Toscanelli, dígame usted qué límites debería tener la posesión para ser algo acabado y completo.

—Es difícil decirlo así, a primera vista —replicó el italiano—; habría que verlo bien.

Los dos viejos y el guardián recorrieron los alrededores de la Punta Rosa, y Toscanelli fijó aproximadamente los límites, todavía imaginarios, que debía tener la finca.

Cerca de la Punta Rosa había un gran barranco, por cuyo fondo pasaba un arroyo.

Era aquél un lugar salvaje, romántico, de una naturaleza atormentada, con las entrañas abiertas por las convulsiones volcánicas. En algunas partes casi se cerraba y se tenía la impresión de estar metido en una caldera.

Este barranco, roído por el agua del arroyo, parecía por un lado un enorme castillo cóncavo y desde lejos se creían ver en él columnas, aspilleras y ventanas. Las torrenteras dejaban al descubierto las rocas vivas, grises, rojas y blancas, con una delgada capa vegetal. Algunos árboles, al borde del abismo mostraban el entrecruzamiento de las raíces, como serpientes enroscadas y en las paredes brillaban las vetas de las rocas y los líquenes de todos colores.

Encima, en un terreno ya menos quebrado, aparecían los bosques de castaños y de

pinos.

A poca distancia de este barranco, retorcido y de aire convulso, se abría un vallecito idílico y en él un convento arruinado, del que no quedaban más que unas paredes con hiedras, una torre con su campana y un pequeño claustro románico. Este claustro era un cementerio antiguo, en el que todavía quedaban algunas tumbas, varias lápidas sepulcrales, una cruz de piedra en el centro y los tradicionales asfodelos del culto de los muertos.

—Antiguamente —dijo el guardián— a este convento, llamado el Desierto de los Cipreses, se hallaban agregadas varias ermitas, donde los solitarios y los frailes se dedicaban a hacer vida contemplativa. Se cuenta por aquí que el último fraile que vivió en este convento fue un hermano menor que se llamaba Elías, y era un entusiasta de San Francisco. Este fray Elías vivía solo, como un anacoreta, y cuando tenía pan se lo daba a los pájaros. Era ya muy viejo y estaba siempre abandonado y sucio y solía venir a rezar al cementerio. Dicen que una mañana lo encontraron muerto sobre la hierba, vestido con una túnica blanca, limpia, rodeado de flores; que las golondrinas revoloteaban sobre él como velando su cadáver, y que la campana tocaba sola; por eso se aseguró que había muerto en olor de santidad.

Al oír esto el Inglés gruñó, sin decir nada, y Toscanelli le miró sonriente.

Delante del pequeño camposanto había un bosque oscuro, tupido, con calles de mirtos espesos y un grupo de cipreses centenarios, altísimos. Este bosquecillo tenía un aire misterioso y, para darle más misterio, cerca se formaba una laguna pantanosa, a la que alimentaba un arroyo llegado del monte. En el invierno la laguna se extendía e inundaba con sus aguas las proximidades del claustro; en verano, la parte pantanosa se llenaba de espadañas y de grandes hierbas.

Aquel bosquecillo, próximo al cementerio, según algunos arqueólogos, había sido bosque sagrado durante la época romana, y diversos indicios permitían creer que lo había sido también en tiempos más remotos de tribus etruscas o itálicas, poco conocidas.

Sin duda, hay un instinto extraño en los pueblos para elegir los mismos sitios misteriosos y románticos y dedicarlos al culto de las divinidades tutelares.

—Este bosquecillo habría que tomarlo también —dijo el Inglés.

—Si lo venden... —replicó Toscanelli.

—Lo venderán.

—Y, naturalmente, con él el cementerio.

—Claro, con el cementerio.

—Nada; comprándolo todo, puede usted tener aquí algo como un pequeño estado de un príncipe o de un pirata de la Edad Media —dijo Toscanelli sonriendo.

—¿Cuánto cree usted que valdría una posesión así como la que hemos proyectado?

—Yo me figuro que comprar estas tierras, hacer un palacio y arreglarlo todo de manera conveniente, costaría probablemente más de un millón de liras, quizá dos.

—No es mucho —dijo el Inglés—; yo estaría dispuesto a gastar hasta un millón de dólares.

—¡Demonio! ¡Qué barbaridad! ¿Así, que va usted a intentar el comprar estos terrenos?

—Sí; pero será a condición de que me lo vendan todo; si no, no.

—Aquí la tierra debe ser muy cara.

—No me importa.

—Si es así... no hay objeción que hacer.

—Y las rocas de la costa, ¿se podrán comprar? —preguntó el Inglés.

—Creo que en propiedad, no; pero esto no le debe preocupar a usted. Nadie se acercará a las rocas a molestarle.

—Si compro todo esto, ¿usted vendrá a dirigirme el parque y los jardines, Toscanelli?

—Sí, sí, cuente usted conmigo.

—Pero yo quisiera que usted echara el resto. Yo no repararé en gastos.

—Muy bien; yo haré todo lo que pueda.

—La cuestión es que usted encuentre aquí condiciones para formar una posesión espléndida.

—Por lo que hemos visto, me parece que las hay; pero veámoslo todo.

Toscanelli y el Inglés avanzaron por la Punta Rosa, acompañados por el guardián.

Tenía la Punta Rosa en lo alto una meseta que parecía trazada artificialmente, defendida por trincheras naturales y en ella un Belvedere rústico.

Desde este Belvedere se dominaba todo el panorama cercano. Hacia el mar, en el extremo de la Punta Rosa, se divisaba el antiguo baluarte, con su torreón en ruinas; hacia el lado de tierra, el barranco atormentado y el bosque de cipreses con su cementerio.

—Vamos a ver el torreón de la Punta Rosa —dijo el Inglés.

Bajaron del Belvedere por un camino hasta aquella vieja hatería que, según dijo el guardián, se llamaba la Batería de las Damas. Tenía ésta una terraza cuadrada, de grandes losas rojas, y un pretil con almenas. Para entrar en ella se pasaba por una puerta gótica y por un estrecho pasadizo subterráneo.

—¡Admirable sitio! —exclamó Toscanelli al aparecer en la terraza.

—¡Maravilloso! —contestó el Inglés.

—Antes aquí, en este hoyo —dijo el guardián—, había una fuente, que se llamaba la Fuente del Amor, pero ahora está cegada.

—La haremos correr de nuevo —murmuró el Inglés.

Cuando Toscanelli se asomó al pretil de la Batería de las Damas quedó

estupefacto.

—¡Qué extraño! —exclamó—. Mire usted.

El Inglés se asomó.

Se veía el mar azul espléndido, el cielo también azul, y abajo una guirnalda de escollos, unos grandes, otros pequeños, formando círculos; un hormiguero de peñascos, oscuros y rojos, como una nube de delfines desparramados en el mar, que se bañaran entre los meandros blancos de espuma.

—Es todo un laberinto —dijo Toscanelli—, ¡qué cosa más curiosa! Si hace usted aquí su posesión, este laberinto será una de sus grandes atracciones.

—Sí, esto es muy raro —afirmó el guardián—; pero a la gente no le gusta.

—¿Por qué?

—¡Qué sé yo! Lo tienen por un sitio peligroso, de mala fama.

El Inglés, enmudecido, miraba con admiración estas piedras negras y blancas, de forma fantástica, agrupadas en círculos como las cuentas de un rosario, y se juraba que todo aquello tenía que ser suyo.

A lo lejos, el promontorio lejano, la Punta del Caballo avanzaba en el mar con su gran ojiva negruzca por encima de las olas.

—Es indudable —dijo Toscanelli—; aquí se podría hacer una posesión maravillosa, magnífica.

—No acepto el «se podría hacer» —replicó el Inglés.

—No, ¿por qué?

—Porque yo digo: se hará, o, si le parece a usted mejor: la haremos.

—Muy bien; la haremos.

## 2

### Los trabajos de Toscanelli

Un par de semanas más tarde, comenzó a hablarse en el pueblo de las gestiones que se hacían con la familia de Roccanera, para comprar todos los terrenos próximos a la Punta Rosa.

Se dijo que estos terrenos le costaban al Inglés cerca de un millón de liras, y que iba a dividirlos en dos partes: una, para granja de labor, y la otra, para finca de recreo.

En el lote entraban todas las granjas de los Roccaneras de por aquellos contornos, el antiguo convento abandonado con su claustro románico y su bosque de cipreses, el pinar, la Punta Rosa, y la casa Bella Vista, del comerciante enriquecido en América.

Se verificó la compra, y unas semanas después se presentó Toscanelli, llamado por el nuevo propietario.

—Todo está adquirido —le dijo éste—; puede usted empezar sus proyectos.

—¿El barranco?...

—Está comprado.

—¿La Batería de las Damas?

—Comprada.

—¿El claustro y el bosque de cipreses?

—Comprados también.

—¿Y las rocas?

—Ésas parece que no se pueden adquirir, porque pertenecen a La Marina; pero, para los efectos de disponer de ellas, como si fueran nuestras. Están hechas todas las gestiones.

—Así, que yo puedo empezar mis trabajos para planear los jardines...

—Cuando usted quiera.

—Quedamos en dividir la finca en dos partes: la que está en la parte llana la dejaremos como tierra de labor, y la zona accidentada y pintoresca, el antiguo convento con su bosque de cipreses, el pinar, el barranco y la Punta Rosa, la reservaremos para la finca de recreo.

—Me parece muy bien.

—Haremos un parque romántico y varios jardines geométricos.

—Lo que a usted le parezca más propio, amigo Toscanelli; tengo completa confianza en usted.

—Creo que hay lugar para todo. Ahora, un jardín clásico como los de las grandes villas italianas, un Pincio de Roma, o una villa Adriana, un Boboli como el de Florencia, no se pueden hacer.

—¿Por qué?

—Porque son jardines museos; y no hay estatuas de Miguel Ángel a la vuelta de

una esquina; así, que nos decidiremos por una solución mixta: parque romántico, donde la Naturaleza es accidentada y pintoresca; jardines geométricos, cerca de la casa.

Toscanelli paseó varios días por los terrenos comprados por el Inglés; hizo muchos apuntes a la acuarela, y dijo al propietario que, transcurridas algunas semanas, volvería con los planos definitivos de los parques y jardines. El Inglés, en tanto, pidió a Nueva York, por telégrafo, un proyecto para un palacio e inmediatamente se lo mandaron.

Cuando, a las cuatro o cinco semanas, apareció Toscanelli con la cartera llena de dibujos, el Inglés le dijo triunfante:

—Ahí tiene usted los planos del palacio que voy a construir.

El jardinero italiano miró los planos, uno por uno, y no pareció entusiasmarse gran cosa.

—¿Qué le parece a usted? —le preguntó el Inglés, impaciente, al ver su frialdad.

—Vaya usted despacio —le dijo Toscanelli—. En este proyecto, por lo que veo a primera vista, hay cosas que están bien para aquí, otras que no lo están tanto y hay algunos verdaderos disparates.

—¡Hombre, disparates! ¡Los mejores arquitectos de Nueva York! Eso me parece difícil.

—Yo creo que el ideal de la arquitectura —replicó fríamente el italiano— es construir con arreglo a la naturaleza de cada país. Antes de empezar, hay que saber bien lo que se hace. Así, por ejemplo, estas dos torres que pone el arquitecto americano a su casa son excesivas. Yo creo que sería mejor reducir las y darles las proporciones que tienen las que hay en el país.

El Inglés comenzó por negarse, y habló de la rutina y de la incompreensión de la vieja Europa.

—Tiene usted que tener en cuenta, para juzgar bien de la cuestión —repuso Toscanelli— que ésta es una tierra volcánica, propensa a terremotos.

—Eso ya lo sé.

—Un geólogo de Viena ha demostrado que la mayoría de los temblores de tierra de Calabria tienen sus epicentros en un vasto arco de círculo, cuya parte central son las islas de Lípari, y que la acción del Etna y del Vesubio llega hasta aquí; así que, al primer movimiento de tierra un poco fuerte, esas gallardas torrecillas de su arquitecto americano es posible que se cuartearan, si es que no se venían abajo.

—¡Diablo!; tiene usted razón —exclamó el Inglés—; no había pensado en esto; ¿pero cómo no se les había ocurrido esta idea a aquellos asnos?

—¡Qué quiere usted! No conocen el terreno. Así se hace la arquitectura hoy. Una arquitectura industrial. Un proyecto ideado en París, en Berlín o en Nueva York se quiere que sirva lo mismo para la Groenlandia que para el Senegal. Así va ello.

El Inglés reflexionó largamente; pensó que quizá había hecho una pifia, y encargó de todo ello a Toscanelli.

—¿Esto lo quiere usted hacer de prisa, y a todo gasto, o despacio y más económicamente? —preguntó el italiano.

—De prisa y a todo gasto. Es uno viejo ya para esperar.

—Bueno; entonces yo haré que modifiquen estos planos y empezaremos en seguida.

Toscanelli trajo un maestro de obras de Nápoles; reunió a doscientos obreros, que unos fueron a vivir a la antigua granja y otros hicieron unas barracas para ellos.

Cuando Toscanelli mostró los planos del parque y los jardines y varias acuarelas de conjunto de la propiedad, el Inglés se entusiasmó.

Toscanelli había aprovechado con gran habilidad todos los elementos decorativos que daba el terreno para sus jardines románticos.

—Quiero darles un carácter mixto —dijo el italiano—; algo que recuerde a Salvador Rosa, con detalles a lo Bosco y a lo Patinir.

A los tres o cuatro meses de comenzar los trabajos, Toscanelli indicó al Inglés:

—Ahora, lo que podría usted hacer sería encargarse por los pueblos que le comprasen balcones de hierro forjado, veletas, rejas, puertas antiguas y traerlas aquí.

—¡Encargar! No; lo haré yo mismo —dijo el Inglés—; mi padre compraba y vendía hierro viejo, y yo de chico no he hecho otra cosa.

—¿De verdad?

—Sí, sí.

Fue aquélla una época magnífica para el Inglés. Anduvo por los pueblos de la Italia del Sur comprando antigüedades, hierros y muebles viejos, y mandando sus adquisiciones en carros o en lanchones a Roccanera.

Al mismo tiempo, Toscanelli se agenció una porción de estatuas por intermedio de un marmolista del pueblo, Segismundo Venosa, padre de don Filiberto. Venosa sabía dónde se guardaban esculturas de valor, aunque no de arte clásico, y él las proporcionó, ganándose una comisión. Muchas obras de los discípulos del Bernini, de Algardi, y de Borromini, que habían pertenecido a villas destruidas de la Calabria, fueron a parar al Laberinto.

El maestro de obras comenzó los trabajos; tiró la granja antigua y varias casuchas pequeñas y con el pretexto de restaurar la ermita del Salvatore, entonces abandonada, la reconstruyó quinientos metros distante del sitio de donde estaba, fuera del perímetro de la finca. La ermita la hizo con las proporciones de la antigua; se le puso un atrio cubierto, sostenido por columnas, y en el fondo, un arco con una reja, a través de la cual se veía la capilla.

El Inglés, por si alguien protestaba del traslado de la ermita, obtuvo el permiso del obispo y regaló además para ella algunas imágenes antiguas, que había comprado

y no le gustaban.

Al principiar las obras, los alrededores de Punta Rosa tomaron un aire cómico y grotesco. Parecía aquello las proximidades de alguna mina con sus escombreras.

La gente del pueblo comenzó a reírse del Inglés, de Toscanelli y de sus proyectos.

El viejo millonario dirigía él mismo los trabajos, sobre todo cuando faltaba el maestro de obras.

Solía estar entre los obreros, en mangas de camisa, con su sombrero de paja, alpargatas y la pipa en la boca. A él no le engañaban. Al obrero que no cumplía, le daba el portante y *all right*. El viejo era duro para todo el mundo.

Tenía muy poca estimación por los italianos y los trataba con aspereza; le parecían gentes bufonescas, muy inclinadas a la sorna, y aseguraba que de él no se habían de reír.

Al guardián de la antigua granja, Tonio, a quien pidió que siguiera en el mismo empleo, y a algunos otros hombres serios, los trataba con consideración.

Le gustaba al viejo ver cómo construían su casa. La iban haciendo muy grande, de piedra y con varias terrazas.

Al ver que el Inglés, por consejo de Toscanelli, levantaba una casa nueva que parecía vieja, toda la gente del pueblo lo tomó a broma y se echó a reír.

Las adquisiciones del Inglés, de hierros y de otros materiales de construcción; las compras de Toscanelli, de estatuas, de adornos de piedras y jarrones fueron ocupando su sitio. Aquí aparecía un leoncito, con cara de persona y melenas de perro de aguas; allá, una esfinge, un tritón o un hermes. Algunos leones de bronce, con una bola de mármol blanco en la garra, se veían sobre pedestales a la entrada de los futuros jardines.

Todas las compras de Toscanelli eran obras de arte barroco. No tenía la pretensión de llevar estatuas clásicas; por otra parte, estas estatuas barrocas eran las preferidas por Toscanelli, que tenía por el Bernini y sus discípulos una gran admiración.

El pueblo aseguró que todo aquello era una locura, que no podía acabar bien. Durante mucho tiempo el terreno próximo a la Punta Rosa tuvo un aire tan destartado, tan feo, con sus agujeros, sus enormes trincheras, sus zanjas, sus montones de tierra y de escombros, sus estacas, sus árboles sostenidos por palos, cuerdas y alambres, que parecía imposible que pudiera arreglarse nunca. La gente de Roccanera llegó a creer que el Inglés y Toscanelli estaban locos.

Los carros iban y venían; de vez en cuando se hacían saltar rocas con pólvora y los agujeros hechos se llenaban de tierra y de arena y se ponían en ellos árboles o arbustos.

Toscanelli proyectó varios jardines y un gran parque al socaire de la Punta Rosa. El claustro románico, con su pequeño bosque de cipreses, y el pinar quedaron intactos.

Delante de la casa había una gran terraza, con una logia, con sus arcos y columnas, y dos escalinatas que bajaban a un jardín de flores con macizos geométricos y un estanque poligonal en medio.

Era el jardín geométrico un jardín clásico, con un aire más de salón que de otra cosa; un jardín para calificarlo como Plinio el Joven califica elogiosamente otro visto por él, al que llama *Opus urbanissimum*, obra muy urbana.

En este jardín, los pinos en las alturas próximas limita rían y cerrarían las perspectivas, los boscajes de mirtos y laureles formarían espesos muros; las avenidas, bordeadas de encinas, quedarían cubiertas por bóvedas de verdura; las calles, de setos vivos, dejarían rincones misteriosos, y entre ellos se destacaría la blancura de un mármol: un hermes, una sirena o una columna rota.

Cerca del mar, Toscanelli trazó jardines bordeados con mirtos, que tenían grupos de lilas, de adelfas o de lagerstroemias de flores rosas, y varios otros con macizos de hierba, redondos o cuadrados, y un jarrón en medio.

En las plazoletas, sembradas de hierba y rodeadas de árboles, había entre tronco y tronco guirnaldas, tejidas con enredaderas y rosales, que se llenaban en el buen tiempo de rosas de todos colores.

—Lo que quiero es que no se vea mi casa desde los alrededores —había dicho el Inglés.

—No se verá —afirmó el jardinero.

El Inglés iba tomando odio a los de Roccanera desde que sabía que el pueblo entero se burlaba de sus proyectos.

### 3

## El Laberinto

Al año o año y medio de comenzar las obras, el palacio se terminó, y se comenzó a construir una tapia alta para aislar el parque.

Alguno del pueblo preguntó, al verla, si iba a ser una nueva muralla de la China.

La tapia, almenada, subía a los cerros, bajaba al fondo de los barrancos e iba cerrando la gran extensión de la finca de recreo.

La granja de labor quedaba sin cercar, con una casa moderna y varias dependencias, instaladas con todos los adelantos de la época. En el invierno siguiente, cuando todavía quedaban brechas en la tapia sin cerrar el señor Toscanelli se presentó, compró en los montes grandes árboles y fue llevándolos al nuevo parque y plantándolos.

Eran hermosos ejemplares, de treinta y cuarenta años; álamos negros, pinos, encinas, cedros y castaños de Indias. Muchos se morían al ser trasplantados, otros llegaban a vivir, pero quedaban con las ramas podadas y presentaban mal aspecto y no llegaban a tener sus copas la figura natural del follaje de los árboles.

Al mismo tiempo, Toscanelli plantaba toda clase de coníferas de rápido crecimiento, muy espaciadas; hacía boscajes espesos de enebros y sabinas, y ponía tejos, para luego recortarlos y darles formas caprichosas, cónicas, esféricas y piramidales.

La gente de Roccanera iba con frecuencia a contemplar, de lejos, las extravagancias del Inglés y a reírse. Le tenían por un loco, por un hombre absurdo, que no sabía lo que se hacía.

Al tercer año aquello cambió. El palacio, con sus dos torrecillas, sus veletas y sus balcones antiguos y sus enredaderas, no parecía ostentoso, ni tenía el aire antipático de los edificios recién construidos.

El barranco próximo a la Punta Rosa se llenó de árboles; apareció un camino al borde del acantilado, con una escalera tallada en piedra, para subir a la Batería de las Damas.

Al cuarto año, el Inglés y Toscanelli quisieron arreglar a su gusto las guirnaldas de piedras que aparecían en el mar formando los arrecifes de la Punta Rosa.

Era aquél como un pequeño archipiélago de islotes volcánicos esparcidos por el mar. Había rocas negras, rojas, amarillentas, blancas, esponjosas, con agujeros, secas como la piedra pómez. Muchas tenían figuras de hongos; otras, estrechas y afiladas, parecían hojas de cuchillo; algunas, extrañas y dentelladas, recordaban vagamente animales fantásticos.

Alejado de estos rosarios de piedra, había un peñón amarillento, más grande, con la silueta de un león en reposo.

Podía encontrarse con un poco de imaginación en aquellas piedras toda clase de monstruos y de quimeras; desde los pterodáctilos prehistóricos hasta los dragones, los centauros y las sirenas.

—Pondremos en medio de este Laberinto unas piedras blancas —dijo Toscanelli—, porque en algunas partes abunda demasiado la roca negra, y esto da al conjunto un carácter un poco siniestro.

Toscanelli indicó que muchas rocas pequeñas sobaban y distraían la vista, y mandó hacerlas volar con pólvora. En otras partes parecían faltar y las echaron sobre el fondo del mar aplacerado y de poca profundidad. En algunos sitios rompieron las peñas e hicieron canales de dos o tres metros de ancho, para dar a todo el conjunto del Laberinto un aire más regular.

En el centro de estos rosarios de pedriscos había una roca con cierto aspecto de un altar o de un torreón. Decidieron agrandarla y abrirle huecos que, llenos de tierra, sirvieron para plantar cipreses, laureles y mirtos.

En medio del islote central se construyó un templete de mármol blanco y alrededor se labró una escalera tallada en la roca.

Cuando llegaron a agarrar los cipreses y los mirtos en aquel pequeño islote, producía un efecto fantástico entre las rocas y el azul del mar, el mármol brillante del templete y el verde siniestro de los cipreses.

En algunos puntos, cerca de la roca del León, había una hoya profunda en el mar, y a ciertas horas del día, cuando no se movían las olas y daba el sol oblicuamente, se veía el agua a una enorme profundidad, lo que hacía la impresión de que se estaba suspendido sobre un gran abismo y de que se podía caer al fondo.

—Ahora aquí nos falta una cueva —dijo Toscanelli.

—La haremos —contestó el Inglés—. Diga usted dónde.

Enfrente del Laberinto, en el acantilado de la Punta Rosa, había una gran muralla, cortada a pico, que parecía una ruina. Toscanelli vio que tenía una grieta y mandó ensancharla hasta convertirla en una gruta de diez o doce metros de profundidad.

En medio de la gruta, sobre un pedestal, puso un tritón de piedra, con sus largas barbas, tocando una caracola, inspirado indudablemente en una fuente de Roma esculpida por el Bernini.

Toscanelli hizo también que un obrero de Carrara tallase toscamente algunas rocas a martillazos, dándoles a las esquinas formas vagas de figuras monstruosas, de águilas, de cocodrilos y de quimeras.

En las oquedades de estas piedras, el Inglés mandaba echar tierra y ponía plantas de flores; consiguió también que arraigaran algas de color vario; sobre todo de actineas rojas, que daban a algunas peñas y a la gruta un aire maravilloso.

Las rocas, con sus fantásticas figuras de animales; el islote central, con sus cipreses; la pared del acantilado, con su gruta; los colores de las algas, allí

extraordinarios; todo daba a este sitio un aire de magia y de misterio. Al anochecer, y desde el mar, al que se acercaba en alguna lancha, le imponía y llegaba a producir miedo.

Desde entonces a la casa del Inglés se le llamó la casa del Laberinto, considerando el Laberinto como lo más saliente y característico de la finca.

El parque tenía rincones admirables. El arroyo ancho, que venía desde el monte cruzando una rambla de piedras blancas y redondas, y que llevaba un agua verde como el agua que viene de las montañas, entraba en la finca por un canal abovedado. Atravesaba luego el barranco por una hoz de rocas caóticas, recorría praderas formando meandros, alimentaba el estanque próximo al bosque del Desierto de Cipreses, caía luego en la cascada, donde se multiplicaban los saltos de agua por medio de graderías, volvía a formar otro estanque y salía después a regar las tierras de labor.

Cerca de la casa, al Mediodía, la terraza magnífica, con su logia con estatuas y sus enormes jarrones de piedra, dominaba el jardín, al cual se bajaba por dos escalinatas.

En esta logia, Toscanelli había puesto una celosía de enredaderas, y de trecho en trecho esta celosía presentaba una abertura oval, para contemplar como dentro de un marco, de una manera aislada, una parte del paisaje.

Había en el jardín petunias, peonías, begonias, heliotropos y hortensias de flor azul consteladas de blanco en grandes macizos. Por todas partes avanzaban reptando la viña virgen, las clemátides, la ampelosis, la bignonia grandiflora y el poligonum.

Hacia el mar se alargaba una tapia baja, protegida en algunas partes por tamarindos y laureles y una verja de hierro de gusto clásico, con una puerta con escalones y un desembarcadero.

En la Batería de las Damas había brotado de nuevo la Fuente del Amor. Toscanelli trazó allí un jardín de salvias rojas, puso un banco y sembró varias glicinas para cubrir de verde las paredes.

Desde el jardín se subía a la Batería de las Damas por un camino en cuesta labrado en la roca, con varias escaleras de piedra; luego, se pasaba por un túnel en cuya puerta ojival podía leerse en letras góticas: AVE MARÍA. Dentro, en la oscuridad del corredor, una lámpara de aceite iluminaba un crucifijo. Al salir de las tinieblas del paso subterráneo a la terraza llena de sol, se quedaba uno deslumbrado.

El Inglés había colocado en las esquinas de este mirador cuatro cañones viejos, de bronce verde, y cuatro pirámides de bombas redondas.

Desde la Batería de las Damas bajaba una escalera con su barandilla de hierro a un camino, que, serpenteando, llegaba hasta la playa del otro lado de la Punta Rosa, llamada la Playa de la Arena.

La Batería de las Damas, sobre el alto acantilado de roca, con los intersticios y

oquedades llenos de maleza y sus cuatro cañones, tenía, sobre todo desde el mar, un aire romántico, de fortaleza de la Edad Media.

La gente de Roccanera quedó sorprendida al notar, de pronto, que había un plan en las obras del Inglés, y al comprobarlo, la mayoría se incomodó y se indignó.

Se habló de la imprudencia de los marqueses al vender a un extranjero una propiedad tan grande; se añadió que los cañones de la Batería de las Damas podían disparar sobre el pueblo y se recordó que el Inglés había cambiado el sitio de la ermita del Salvatore, para lo cual no tenía derecho.

Todo el mundo se colocó en una actitud de protesta contra el advenedizo.

A los siete u ocho años se pudo notar que el parque del Laberinto iba adquiriendo proporciones admirables. Ya los árboles que habían tomado el terreno no parecían recortados, sino que, llenos de hojas y de ramas, tenían sus formas naturales. Los puntos de vista estaban estudiados y realizados como en un teatro.

Toscanelli había sacado todo el partido posible de los vallecitos, de las rinconadas, de las peñas; había agrupado los árboles, teniendo en cuenta su forma y su color, pensando, sin duda, en su silueta y en el tono de su follaje; había conservado todos los puntos de vista mejores, dándoles más valor.

Alrededor de la larga tapia de la finca iban creciendo los tamarindos, los pinos, los eucaliptos y los castaños de Indias.

No se podía ver desde fuera del palacio; únicamente se divisaba desde el mar. El parque tenía perspectivas completamente distintas y varias.

Desde el Belvedere de la Punta Rosa se dominaban todos sus aspectos.

Cerca del antiguo claustro del Desierto el paisaje era melancólico y fantástico. La laguna brillaba como una pupila triste y lánguida, reflejando los cipreses negros, sombríos y perfilados, y las masas de follaje claro de los álamos.

En el barranco de la Punta Rosa, con sus peñascos rojos, sus almendros y sus grandes adelfas y chumberas, la Naturaleza tenía un aire de violencia y de vigor meridional.

La Batería de las Damas se bañaba en la tranquilidad y en la serenidad del aire y del mar; en el jardín próximo a la escalinata descansaba la mirada ante algo civilizado, culto y tranquilo; y hundiendo la vista en el Laberinto, se imponía en el espíritu la fantasía extraña y pintoresca de aquellos escollos, presididos por la peña del Altar y vigilados por la roca del León en reposo.

La acumulación de tantos detalles; el aspecto, vario y diverso, de cada parte, daban a todo el paisaje, formado por trozos tan distintos, un aire de cuadro antiguo.

Toscanelli, siempre que iba, estudiaba su parque con atención y pensaba en lo que se podría añadir y quitar en él.

El Inglés marchaba todos los años a los Estados Unidos y volvía por la primavera, cada vez más entusiasmado con su finca.

Toscanelli le dio instrucciones de cómo debía distribuir la casa y de los muebles que debía comprar.

El Inglés adquirió muebles magníficos, cuadros antiguos y una biblioteca de treinta mil volúmenes, en la que abundaban los libros de geografía, de historia y de viajes. La biblioteca se instalaría en una sala del piso bajo, con una galería circular y una escalera interior para salir al primer piso, y tendría en el techo pintado el cielo que se veía desde Roccanera, con las constelaciones y las estrellas doradas, copiado y adaptado de un atlas antiguo.

Sobre los armarios habría estatuas, esferas y globos armilares, y en las paredes, entre armario y armario, mapas pintados en relieve, con el mar azul lleno de delfines, surcado por carabelas y galeones. Se compró también un magnífico órgano, que se colocó en un salón. El Inglés recibía constantemente cajas y fardos y los metía, sin desembalarlos, en el piso bajo de su casa. Mientras tanto, él vivía en la granja, modestamente, y esperaba tener todo el mobiliario completo para instalarlo.

A veces pasaba una semana o dos fuera, y volvía con sus compras.

Por entonces mucha gente de Roccanera comenzó a tomar la costumbre de visitar la finca y de llevar a ella a los forasteros.

Hacían observaciones al dueño, que a él le parecían tan absurdas, que contestaba encogiéndose de hombros.

Una de las cosas que más le gustaba enseñar al Inglés era el Laberinto. Invitaba a sus huéspedes a entrar en una canoa, negra y estrecha, y los paseaba por los canales y les mostraba las siluetas extrañas de las rocas y les hacía subir al islote central, con sus cipreses y su templete de mármol, y a la gruta misteriosa, en donde el tritón de piedra inflaba sus carrillos tocando la caracola.

El Inglés aseguraba que aquello lo había encontrado, poco más o menos, así como estaba al llegar él a la finca.

Toscanelli había dado nombres a las rocas: el León en reposo, la Quimera, el Águila, el Guerrero, la roca del Altar... A la pared de la Punta Rosa le había llamado el Muro de las Gorgonas. Todos los visitantes quedaban maravillados.

El noveno año de estancia allí el Inglés decidió marchar a América, liquidar su fortuna y quedarse a vivir definitivamente en la casa del Laberinto.

—Por si acaso me muriera —dijo a Toscanelli en broma; él pensaba que era inmortal—, dejaré una cantidad en un banco, para que, con los réditos, se siga arreglando mi parque.

El Inglés no volvió. Durante muchos años apareció el señor Toscanelli a dar un vistazo al parque del Laberinto, y luego le sustituyó en la visita un yerno suyo.

Se dijo que el jardinero, ya muy anciano, al contemplar el parque por última vez, exclamó con lágrimas en los ojos:

—¡Qué cosa más bella! ¡Es mi obra maestra!

Al parecer, el Inglés murió en América. Su sueño había sido descansar en aquella magnífica finca, respirando el aire embalsamado de su parque y el olor acre de las brisas marinas.

Probablemente fue más feliz, porque se murió; con seguridad, en su palacio y en su parque, a pesar de las rocas, de los paisajes y de las brisas marinas, se hubiera aburrido, hubiera notado su vacío interior, que es privativo de todos los hombres; hubiera tenido, como comerciante, la nostalgia de sus negocios, de sus minas, de las barracas sucias, de las luchas por el ansia áspera de ganar.

Los momentos más felices de su vida fueron aquellos en que soñó ver acabado su hermoso palacio, mientras vigilaba las obras, paseándose, con la pipa en la boca; los mejores instantes, aquellos en que vivió en plena ilusión.

## 4

### El parque abandonado

... Y pasaron más de veinte años. El parque del Laberinto adquirió un aire de abandono y de misterio. El palacio parecía ya viejo, con sus enredaderas, sus persianas verdes, sus torres, sus veletas y el tejado musgoso. El follaje de los árboles se hizo impenetrable; las coníferas traídas por Toscanelli, con el agua y el sol, tomaron proporciones inusitadas; los rododendros, llenos de grandes flores, alcanzaban enormes alturas. Las palomas revoloteaban alrededor del palacio.

Desde los caminos próximos se veía únicamente una masa compacta de árboles, limitada por el almenado muro.

Al lado de las tapias, por dentro, las acacias, los eucaliptos, los laureles, las encinas de follaje oscuro como el bronce, formaban una muralla espesa; por fuera, las zarzas, los escaramujos y los jazmines silvestres dejaban en la primavera constelaciones de flores...

Los débiles tamarindos, de tallos encanijados, se convirtieron en gruesos troncos, negros y nudosos. Los pinos se hicieron gigantes, con sus grandes copas en forma de sombrilla. Los olmos verdes y los tilos plateados alternaban con los magnolios, de hojas carnosas y de flores blancas, como de porcelana.

A ciertos árboles del interior del parque, sobre todo a los tejos, el yerno de Toscanelli los había cortado en formas redondas y cónicas; a otros les dio el dibujo de una copa, de una botella, o de un alfil de ajedrez.

Una glicina que subía por la terraza como un emparrado tenía un tronco tan grande como el cuerpo de un hombre. La tapia, una verdadera cintura rebosante de verde, subía y bajaba desde las altas rocas al fondo de los valles, y el follaje se extendía por encima de ella, oscuro y frondoso.

El jardín trazado por Toscanelli en el barranco se pobló de una vegetación lujuriente. En la primavera, las rosas, los lirios, las margaritas, los geranios resplandecían con sus flores. Las pitas monstruosas y las chumberas gigantes lanzaban al aire sus paletas y sus puñales verdes. Las adelfas parecían canastillas de fuego; todo era allí rojo, amarillo, blanco; de colores calientes y fuertes.

El arroyo ancho, después de atravesar la hoz de rocas de colores, regaba filas de altísimos chopos y unas praderas, salpicadas de acianos, de anémonas y de botones de oro, sobre cuya verdura caía el follaje, triste y lánguido del sauce llorón como una elegía.

La Punta Rosa dejaba al socaire este sitio, adonde no llegaba la violencia del viento del mar y se reconcentraba el calor del sol. Con la humedad del arroyo crecían naranjos, membrillos, granados y limoneros y montones de amapolas de un rojo de sangre.

En invierno, los días de sol, con la atmósfera diáfana y sutil, aquel huerto, con sus manzanas de oro, daba una impresión de pompa y esplendor.

Desde la terraza soleada, con su logia con arcos y columnas y sus dos escalinatas, se dominaba este jardín y sus macizos geométricos y su estanque poligonal en el centro. Los laureles, los mirtos, los bojés dejaban estrechas avenidas, en cuyo fondo se destacaban los mármoles, la columna rota o el hermes solitario. En medio, en el macizo central, las salvias, las fuschias y los geranios crecían lozanos. En algunos sitios las malvas reales echaban sus tallos, llenos de flores de diverso color.

En el bosque del Desierto, frente al claustro románico, los arrayanes formaban túneles espesos, llenos de misterioso silencio, y algunos cipreses se unían, formando arcos. En el pequeño cementerio las golondrinas revoloteaban alrededor de la cruz, como antes lo habían hecho alrededor del cadáver del hermano Elías, el frailecito muerto en olor de santidad.

En medio del pequeño lago brotaban ramilletes de hierbajos y masas espesas de ninfeas, de nenúfares y de juncos.

Los cerros secos mostraban sus retamas y sus jaras, que perfumaban el aire.

Los días de siroco, estos perfumes eran más fuertes que de ordinario, y la exhalación de las plantas y la humedad del mar dejaban un ambiente de invernadero, tibio, perfumado, a veces turbador como un vino generoso.

En la primavera eran las rosas de todas clases las que aromatizaban el ambiente, en verano los claveles, los jazmines y la flor de azahar; en invierno, los musgos y los líquenes.

Durante el otoño, había un vaho de humedad que se mezclaba con el olor acre de los arrayanes y el perfume exquisito de los cipreses, que era, sobre todo de noche, embriagador.

En la primavera la vida agitaba el parque; bandadas de gorriones y de jilgueros levantaban el vuelo entre las ramas; se oían mil ruidos confusos; aleteos de pájaros, zumbido de moscones y de insectos. Las mariposas palpitaban en el aire transparente; los lagartos se deslizaban entre las piedras; cruzaban al sol los cardenales y las tórtolas; el cuco cantaba de día, y el ruiseñor encantaba la noche.

El otoño era también muy hermoso; el aire venía fresco de los montes por las mañanas, cuando el valle y el mar estaban envueltos con la gasa blanca de la niebla, y se templaba con el sol al mediodía; los árboles tomaban mil matices, del rojo, del amarillo y del carmín. Las hojas secas se despegaban de las ramas y corrían como pájaros en el viento, se amontonaban en los caminos, crujían mientras estaban secas y, al humedecerse, despedían un olor amargo y azufrado.

Los petirrojos, con su pecho colorado, cantaban en los setos y en las zarzas.

Los días de mistral el aire murmuraba y gemía por entre los árboles desnudos, con mil entonaciones diversas, y entre los pinares, sonaba como un órgano. En los

cipreses del antiguo cementerio cantaban los mochuelos y los búhos, y a veces la campana sonaba con el viento como había sonado a la muerte del hermano Elías.

De noche, las lechuzas pasaban por delante de la casa chirriando.

Al principio del otoño cruzaban por el cielo bandadas de pájaros de otros climas, graznando tristemente.

El parque estaba abandonado; se había acabado la subvención que daba el Inglés para arreglarlo, y nadie se ocupaba de podar los árboles. En otoño, el guardián llevaba cinco o seis hombres de la granja, hacían montones de hojas secas y los quemaban. En la Batería de las Damas, las enredaderas y las hiedras invadían los caminos.

Tonio administraba la granja; y el dinero que sobraba, después de pagar los gastos, lo enviaba a América.

El viejo Tonio se hallaba a sus anchas en aquel gran parque, oculto a todas las miradas; recorría sus dominios con la escopeta al hombro, cazaba las cercetas y los patos silvestres. Cuando se ponía a hablar del Inglés, no paraba. El conocimiento con el americano era la aventura más extraordinaria de su vida, la parte de imaginación y de fantasía.

Tonio, muchas veces, con su hijo Alfio, salía a pescar en lancha y ponía redes en aquel Laberinto tan extraño, famoso en muchas leguas a la redonda.

Cuando no tenía quien le acompañara en la lancha, colocaba botrinos en las rocas o pescaba con el palangre, desde la Batería de las Damas.

En tantos años que llevaba la casa abandonada, los líquenes, las enredaderas y las hierbas parásitas se habían apoderado de sus muros. Tonio, muchas veces quería arrancar y cortar aquella vegetación parasitaria; pero era imposible, no podía luchar con ella.

El Laberinto estaba más extraño y más pintoresco que nunca; las algas y las plantas nacían en los agujeros de las piedras; en el islote del centro, la roca del Altar, los cipreses, los laureles y los mirtos ocultaban el templete de mármol; el León de piedra, en actitud de reposo, seguía vigilando las aguas entre los meandros blancos de espuma.

La gruta del Laberinto, excavada en el acantilado de la Punta Rosa, se había llenado de estalactitas; las algas cultivadas por el Inglés se habían propagado de tal modo, que el tritón de piedra, con su caracola, tenía los cabellos verdes como los verdaderos tritones y descansaba sobre un pedestal policromado y maravilloso.

El agua murmuraba sobre las rocas, y sus sonidos tenían, según la intensidad de las olas, las más diversas entonaciones.

Cuando el mar estaba tranquilo se oía cantar el río en la cascada del parque.

El devoto de la mitología clásica podía reconocer en aquellos sonidos la flauta del dios Pan, o la lira de Orfeo, la caracola del Tritón, o el caramillo del silvano, el canto

suave de las sirenas burladas por Ulises o el aullido ronco de las arpías.

Asomándose a la Batería de las Damas podía contemplar con la imaginación el galope frenético de los hipocampos y de los ictiocentauros sobre las praderas líquidas de espuma.

## Se sospecha la existencia de las sirenas

Mateo Barbutto, un marinero de Roccanera que tenía fama de inocente y de cándido, solía decir muchas veces:

—¡Santa Madonna, qué mala suerte tengo! Todo el día lo paso de miedo de beber y por la noche estoy borracho.

—¿Pero cómo puede ser eso? —le preguntaban.

—Ahí está el *quid* —contestaba él—. Aquí bebe uno un poco, allá otro poco, y como no tiene uno fuerza, pues se emborracha.

Mateo era de la pequeña cuadrilla de pescadores de Roccanera. Desde hacía años la mayoría de los pescadores del pueblo iba emigrando a la capital del distrito, en donde tocaba el barco que llegaba de Nápoles y donde se hallaban establecidas varias almadrabas y se podía hacer algún negocio de venta de pescado.

Mateo era un tanto simple. Había viajado en su juventud de marinero en grandes barcos, pero estaba viejo y tenía la vista mala para seguir navegando. Los hijos mayores se le marcharon a distintos puntos y no le quedaba más que el pequeño.

Con el chico y su mujer, vieja y negra como una urraca, vivía en el pueblo, en una casucha mísera de un callejón del barrio de La Marina, que no pagaba muy puntualmente.

Mateo contaba unas cosas tan extraordinarias que podía sospecharse que su cabeza no regía bien. Una vez fue en su barca arrastrado por una corriente marina misteriosa, y gracias a una oración especial que él sabía, se detuvo.

En el mar pasaba de una zona a otras, zonas que él solo notaba. En unas sentía frío y tiritaba; en otras, en cambio, se ahogaba de calor y respiraba un aire de fuego, como en un día de siroco. Algunos, y probablemente el mismo Barbutto, pensaban que todo esto podían ser bromas del diablo.

Mateo tenía unos ojos claros, cándidos y confiados; la piel, atezada, tostada y arrugada por el sol y el aire del mar; la expresión, de sorpresa y de asombro. Nadie hubiera sospechado en él una intención de ironía o de burla.

Mateo fue el primero que receló que el Laberinto estaba frecuentado por sirenas. A Mateo, según él contaba, le llamó desde el principio la atención el Laberinto de rocas de la casa del Inglés y, sobre todo, la gruta del fondo.

Encontró que la espuma de las olas que se levantaba entre aquellas rocas fosforecía de noche de una manera extraña. Notó también que unas veces salía de ellas un rumor como el del coro de niños de la iglesia de Roccanera, y que otras se oía como el ladrido de una jauría de perros feroces; acompañado de lamentos.

Dedujo de todo esto que el Laberinto estaba encantado, y que en aquella gruta del acantilado había algunas sirenas que iban a hacer compañía al tritón con su caracola;

sin duda, estas sirenas eran las que cantaban. Respecto a los bramidos coléricos, acompañados de quejas, pensó que quizá eran arpías que mortificaban a los infelices que llevaban allí engañados.

Mateo estaba seguro de que rondaban por allí los monstruos maléficos. Mateo comunicó su descubrimiento a los compañeros y expuso la sospecha de si el tritón de la cueva sería un antiguo marino de Roccanera, un tal Fabricio, que desapareció y que se le creyó ahogado, porque más de un caso de hombre convertido en tritón se había dado por aquellos mares.

Los compañeros de Barbutto, unos se rieron, pero otros creyeron que la cosa no era tan disparatada.

—Y tú, ¿por qué no vas a ver al tritón de la cueva a ver si conoces si es de verdad Fabricio? —le preguntó un pescador joven.

Mateo no contestó a tan absurda proposición; por el contrario, hizo con la mano por debajo de la mesa el signo para quitar la *jettatura* y tocó hierro frío.

En esto un pescador napolitano llamado Buccafusca, y que se hallaba en Roccanera huido por alguna fechoría hecha en su país, dijo que al volver en una lancha al pueblo, había visto sentada en una de las rocas del Laberinto a una mujer rubia, vestida de blanco, mirando al mar.

Ciertamente él no le había visto que tuviera cola de pescado, pero tampoco le había visto las piernas; así que lo mismo podía ser sirena que mujer.

Esta mujer rubia debía de ser la cuñada de Alfio, que por entonces estaba pasando una temporada en la granja; pero nadie recordó esta circunstancia, y se supuso que la mujer rubia era una de las sirenas del Laberinto.

Buccafusca no era un hombre a quien se le pudiera tener por un pobre de espíritu, ni por un supersticioso.

Muchas veces, ante los chicos del pueblo, hacía esta maniobra:

Cogía un gorro de marinero, roto, con la mano izquierda y decía, mirando al espacio:

«¡San Antonio de Padua, ven aquí!», y con la mano derecha hacía el ademán de poner algo como un huevo en el gorro; luego decía: «¡San Jenaro, ven aquí!», y hacía la misma operación: «¡San Francisco de Asís, ven aquí!».

Después de llamar a los santos más reverenciados del calendario y colocarlos, al parecer, en el gorro, cerraba éste con cuidado, sin duda para que no se le escaparan; luego lo cogía con la mano, daba con él un golpe fuerte en la borda de la barca, y decía:

—¡Ahora, idos al diablo! —y tiraba el gorro viejo al mar.

Buccafusca, el herético Buccafusca, reconocía la existencia de una mujer rubia, más o menos sireniforme, en las rocas del Laberinto.

Algunos decían que el marinero napolitano sonreía al hablar de ello, otros

opinaban que no, y que, a pesar de ser algo escéptico, creía en las sirenas y en los tritones y en otros monstruos legendarios del mar latino. La gente comenzó a llamar a la grieta de la Punta Rosa el antro del Maleficio.

La fama aviesa de aquel lugar aumentó con la desgracia de dos niñas curiosas que fueron con su familia a la gruta, y una de ellas resbaló en una piedra, cayó al mar y se ahogó, y la otra quedó enferma del susto.

Desde entonces todo el mundo consideró, de común acuerdo, que el sitio aquel era de mal agüero. El maleficio, según la gente de Roccanera, se extendía a la Punta Rosa y a la casa del Laberinto.

Al parecer, el Inglés y Toscanelli, que probablemente habrían vendido su alma al diablo, habían despertado los malos espíritus que dormían por allí cerca, convirtiendo los arrecifes en unas islas sirenas. Entre los dos hombres habían creado una tradición alrededor de aquellos lugares.

Varias personas del pueblo preguntaron cándidamente al viejo Tonio si era verdad que en los arrecifes del Laberinto había sirenas y Tonio dijo socarronamente que sí. Pensaba que con este temor nadie se acercaría a la finca, ni a pescar, ni a robar.

# Libro cuarto

## Historia de John Stuart, el Inglés

### 1

#### Un aventurero, hombre serio

Las primeras noticias que se tuvieron acerca de John Stuart, el amo de la casa del Laberinto, las trajo un individuo venido de California, fondista en la ciudad de Tropea.

John Stuart era hijo de James Stuart, un aventurero en sus buenos tiempos, después negociante y comprador de hierro viejo. James Stuart, en su juventud, hizo la pesca del bacalao, la trata de negros y ensayó toda clase de empleos y profesiones.

Stuart padre era un hombre pródigo e imprevisor; gastaba el dinero alegremente, y aunque dos o tres veces llegó a reunir algún capital, lo derrochó y se quedó sin un céntimo.

Su última profesión en Londres fue la de comprador de hierro viejo y metales. Poseía entonces una barraca próxima al Támesis, hacia el Wapping, que le servía de almacén.

Era un tinglado con dos casetas, alargado con planchas y maderas de barco; alrededor se veían calderas, tubos, anclas, poleas, bombas y otros aparatos de hierro y de cobre. Estaba cerca de un pequeño muelle pantanoso, siempre lleno de ratas, en el cual el viejo tenía una lancha para hacer sus correrías por el río.

Stuart hijo acompañaba a Stuart padre a regañadientes; pero como éste era alegre y ocurrente y le quedaban siempre costumbres rumbosas, John, a pesar de su carácter serio y formal y amigo del ahorro, respetaba al viejo James en sus fantasías y sus caprichos.

Cuando Stuart padre murió, Stuart hijo se metió en el primer barco en los Docks de Londres y se fue a América.

Estuvo de pastor en California, y luego de minero en Alaska; pasó allí un par de años, y al volver a San Francisco, entró de sobrecargo en un buque de la travesía del Pacífico.

Llevaba dos años en el barco, cuando conoció a un marinero joven, llamado Enrique Russell, hijo de un irlandés nacido en la Baja California, lanzado a la vida aventure<sup>TM</sup> después de algunas calaveradas.

Enrique Russell había sido un perdido y un vagabundo, había hecho su aprendizaje en las tabernas de San Francisco y de Nueva York, y en Europa conocía los tugurios de la Beeperbann y de la Thal Strasse, del barrio de Saint Pauli, de Hamburgo; las tabernas próximas al Wapping, de Liverpool, y los burdeles, los bares y las cervecerías llenas de luces y de enseñas, de Schiedamsche Dik, de Rotterdam.

Cuando el joven Russell se cansó de su vida de calavera, quiso trabajar.

El padre del muchacho, hombre rico, dueño de minas, era al parecer de genio severo, poco dispuesto a transigir con las tonterías de su hijo.

Enrique Russell, después de varios ensayos infructuosos en la colonia del Cabo, en nueva Zelanda y en Filipinas, en los que no encontró ocasión de hacer fortuna, pensó en reunir algún dinero y volver a la Baja California y seguir el negocio de minas de su padre, trabajando con energía.

Stuart, unido con relaciones de amistad con Russell, decidió seguir a éste, y uno y otro al llegar a San Francisco fueron al poblado de la Baja California, donde visitaron al padre de Russell. Éste, aunque un poco seco y áspero, era interiormente cordial y de buena pasta.

Russell padre recibió a su hijo y al amigo de su hijo con cierta benevolencia irónica.

—Ayudaros, sí lo haré —les dijo—; daros dinero, ni un cuarto. ¿Tenéis dinero?

—Mi amigo Stuart tiene cinco mil dólares —respondió Enrique Russell—; yo tengo doscientos.

—Poco podréis hacer con eso.

—¡Bah! Usted ya encontrará algún medio, padre —dijo Enrique.

—Hum... ya veremos.

—Usted conoce muy bien esto y sabe todos los recursos.

—Sí, pero no podéis descansar en esa confianza.

—Estamos dispuestos a trabajar hasta echar el bofe —añadió Stuart—; al menos, yo por mi parte.

—A mí me pasa otro tanto.

—Muy bien. Ése es el camino —replicó Russell padre.

—¿Qué nos aconseja usted? —preguntó el hijo.

—Por ahora, paciencia; hay que esperar.

—¿Y más tarde?

—Más tarde será otra cosa. Otro día os hablaré de las varias combinaciones que aquí se pueden hacer.

Stuart tomó, por el momento, una contrata de transportes minerales y Russell hijo entró de obrero en una fábrica de una sociedad metalúrgica de San Francisco, que producía cientos de toneladas de mineral diario.

Stuart comenzó a ganar mucho con su contrata. Russell hijo siguió algún tiempo de obrero en la fábrica y los dos esperaron la ocasión oportuna de lanzarse sobre algo que valiera la pena.

## 2

### Emboscada de mineros

Dos meses después de llegar, Russell padre llamó a su hijo Enrique y a Stuart, y les dijo:

—Hay por aquí cerca una mina de plata buena, de la que quizá, procediendo con astucia, os podáis apoderar. No habléis de ello una palabra y estad en guardia. Esta mina, la Fortuna, se halla hipotecada por un español en treinta mil dólares, y tiene una segunda hipoteca, hecha por un alemán, de otros diez mil. Por no ponerse de acuerdo el propietario, el español y el alemán, la mina no se explota y sale todos los años a pública subasta, y el alemán está siempre en guardia para impedir que nadie se le adelante.

—¿Y es buena mina? —preguntó Stuart.

—Magnífica.

—¿Y cómo podríamos quedarnos con ella?

—Yo os iré poniendo en antecedentes.

Russell padre tenía motivos de odio contra el alemán que había hipotecado por segunda vez la Fortuna y quería reventarle.

Como todos los años, al subastarse la mina no se presentó nadie más que el alemán de la hipoteca y su empleado, dispuestos los dos a permanecer allá hasta que terminara el acto.

Stuart, aleccionado por Russell padre y vestido de obrero, estaba delante de la barraca, donde se celebraba la subasta, picando piedra.

El alemán recibió en plena subasta un telegrama de San Francisco en que le hacían un gran pedido de mineral. El hombre se puso inquieto y a cada paso consultaba el reloj.

Cuando no faltaban más que cinco minutos para terminar la subasta, el alemán salió de la barraca, miró a derecha y a izquierda, vio que no había nadie en las proximidades y montó a caballo con su empleado.

Stuart les vio desaparecer por el camino y esperó; cuando faltaban dos minutos solamente para que acabara la subasta, Stuart entró en la sala, con el reloj en una mano y en la otra un papel con su proposición de arrendar la mina Fortuna en cuarenta y un mil quinientos dólares.

—Aquí está el dinero y aquí está el pliego de condiciones —dijo.

Stuart acreditó que no había dado aún la hora en que expiraba el plazo, y dejó la proposición y el dinero sobre la mesa y exigió un recibo.

Fueron a llamar precipitadamente al alemán, mientras Stuart miraba con tranquilidad el reloj; cuando lo encontraron y volvió, había expirado el plazo y estaban cerrando la barraca.

Stuart y Russell se quedaron con la mina Fortuna y se entendieron con el primitivo propietario. La mayoría de la gente del pueblo comprendió que la preparación de la emboscada venía del viejo Russell.

El padre de Russell prestó a su hijo la cantidad que necesitaba para entrar como socio con Stuart para explotar la mina.

Cuando éste murió, el hijo fue a Irlanda, se casó y volvió a California, y como ya se encontraba rico, abandonó las minas para ir a vivir a su país. Stuart se quedó con todos los negocios de la antigua sociedad. Aspiraba a ser en California el rey de la plata; tenía una industria en la que trabajaban miles de obreros, tres aldeas suyas y un bosque de chimeneas de hornos que fundían para él.

Unos años más tarde se presentó en las minas de Stuart un sobrino de Russell, llamado Roberto O'Neil, médico también irlandés.

El joven O'Neil había practicado su profesión en una aldea de su país; luego, había viajado y ejercido durante algunos años en varias líneas de vapores, y pensaba poner con el dinero reunido una pequeña clínica quirúrgica en San Francisco. Russell le escribió desde Irlanda a su antiguo socio Stuart, diciéndole que recomendara a su sobrino a sus amistades de San Francisco.

Stuart temió primeramente que el médico joven fuera un vago y le pidiera dinero, y comenzó por desconfiar y por no querer relacionarse con él; luego, viendo que no le pedía nada y que el irlandés era muy activo y trabajador, le ayudó en lo que pudo.

O'Neil puso su clínica operatoria y se casó más tarde con una americana, hija de un escocés y de una francesa. Stuart supo, más tarde, que el irlandés ganaba dinero, y esto hizo que considerara a O'Neil con gran estimación y respeto.

Cuando Stuart pasaba por San Francisco, solía ir a verle al médico, y una vez que el rico minero padeció un flemón en una mano a consecuencia de una herida, estuvo en la clínica del irlandés. O'Neil no le quiso cobrar nada, y Stuart tomó entonces la costumbre de hacerle regalos en algunos días señalados del año.

Stuart tenía mucho entusiasmo por el doctor y le invitaba con frecuencia a ir a su casa.

Una vez O'Neil fue con su mujer y sus dos hijos, un niño y una niña, al pueblo minero de Stuart y estuvo muy obsequiado.

### 3

## Shuh-Shuh-Gah

Por el tiempo en que O'Neil pasó con su familia una temporada en el pueblo, Stuart tenía una gran preocupación.

En las aldeas del coto minero de Stuart se hablaba vagamente de unas minas ruinosas que estaban en la sierra. Se creía que había por allí un Eldorado, un reino parecido al de Cipango, y esto era motivo de fantasía para las imaginaciones volcánicas.

Algunos consideraban estas minas como una cosa mitológica. Sin embargo, se hablaba de una de ellas con detalles, se especificaba su tamaño y sus galerías y se le daba nombre: El Caimanito. Se decía que los españoles habían comenzado a explotar El Caimanito en tiempo de la conquista.

Se añadía que tenía galerías larguísimas, pozos y chimeneas de ventilación en una extensísima zona.

Se aseguraba que un indio viejo Shuh-Shuh-Gah, la Cigüeña Azul, había trabajado en esta mina o, por lo menos, la había visitado durante su niñez.

Stuart hizo que le buscasen a la Cigüeña Azul, Shuh-Shuh-Gah, y le dio un empleo de vigilante; luego, cuando ya adquirió alguna confianza con el piel roja, le hizo varias preguntas.

—Oye —le dijo—, ¿es verdad que tú has estado en la mina del Caimanito?

—Sí, señor; he estado en la mina del Caimanito —contestó con voz lánguida Shuh-Shuh-Gah (la Cigüeña Azul).

—¿Pero existe esa mina?

—Sí, señor, existe; si no, no hubiera estado en ella.

—¿Hace mucho tiempo que estuviste allí?

—Sí, señor, hace mucho tiempo que estuve allí.

—¿Y sabrías volver a esa mina?

—No, señor; no sabría volver a la mina

—¿Y por qué no sabrías volver a la mina?

—Porque no recuerdo el camino, señor —dijo Shuh-Shuh-Gah (la Cigüeña Azul).

—¿Y por qué no recuerdas el camino?

—Porque lo han cambiado, señor.

—Pero podías ir recordando.

—No, señor; no podía ir recordando.

—Si lo vieras, ¿lo recordarías?

—Sí, señor; creo que si lo viera, lo recordaría.

—¿Tú crees que la boca estará cerrada?

—Sí, señor; creo que la boca estará cerrada.

—¿Era la mina muy profunda?

—Sí, señor; era muy profunda.

—¿Cómo cuánto sería de profunda?

—Pues se gastaba una vela entera para llegar al fin de la galería principal.

—¿Una vela? ¿De qué tamaño?

—Pues una vela ordinaria, señor.

Stuart hizo que acompañara a Shuh-Shuh-Gah (la Cigüeña Azul) el hijo de un capataz, un muchacho listo y fiel, y después de muchas tentativas fracasadas, se encontró, por fin, la entrada del Caimanito y su principal galería, arruinada.

Se tomaron muestras del interior de varios puntos de la mina y se llevaron al laboratorio de Stuart. En este laboratorio se hacía el análisis de los minerales de plata de una manera rápida y práctica, y casi automática, a la americana.

A Stuart no le importaban los perfiles de química sabia

El mineral del Caimanito resultó pobre de plata y muy mezclado con sales de azufre, arsénico y otras impurezas.

Stuart quedó chasqueado; había tenido grandes ilusiones con su mina.

En vista de que no daba resultado, y de que estaba lejos, decidió venderla. Vino un ingeniero de una sociedad metalúrgica de San Francisco y tomó muestras de El Caimanito en varios puntos. De los mismos sitios mandó tomarlas Stuart y las analizó de nuevo. Seguía el mineral pobre en plata.

Unas semanas después volvió el ingeniero de San Francisco; aceptaba la mina, y Stuart, como era costumbre, le dio una opción para comprarla en ciento cincuenta mil dólares.

Al principio, el viejo minero quedó muy satisfecho de dejar aquel mal negocio; pero luego pensó que el ingeniero de San Francisco no era un tonto ni un ignorante, y esto le llegó a soliviantar.

«Acepta la opción cara y, sin embargo, la mina está lejos y tiene un mineral pobre. Es extraño. ¿Qué habrá visto este hombre aquí?», se preguntó.

Stuart hizo una porción de cábalas: fue al terreno, pensó si sería bueno para alguna otra industria, pero no dio en el *quid*.

Encontrándose sumido en estas dudas, llegó a su casa el doctor O'Neil.

Stuart, que tenía muy buena idea de la inteligencia del médico, le explicó su gestión con la mina El Caimanito: cómo la había encontrado y analizado sus muestras, y cómo el ingeniero de San Francisco aceptaba la opción.

—Hay muchas cosas que no comprendo en este asunto —le dijo—. Primero, por qué los españoles explotaban un mineral de plata tan pobre y por qué hicieron tan enormes trabajos. Después, por qué acepta este ingeniero una mina al parecer tan mala.

—¿Da la impresión de que el filón se ha agotado? —preguntó O'Neil.

—No; el filón sigue, pero mediano, de pobre calidad.

—¿Y, sin embargo, la tradición es de que la mina ha sido riquísima?

Stuart mostró al joven médico las muestras que había analizado y los distintos botones de plata que había obtenido en la mufla.

—Yo mismo los he analizado —dijo Stuart.

—Ahora, yo volveré a hacerlo —replicó O’Neil—. ¿Quién sabe? A veces el profano es el que ve mejor en una cosa así.

El médico se puso a ello. El laboratorio de Stuart estaba en la casa de la mina, cerca de su despacho.

El primer día, al anochecer, entró Stuart en el laboratorio y preguntó a O’Neil.

—¿Qué tal va eso?

—Por ahora, no hay nada positivo; pero creo que voy en el camino.

Al caer de la tarde del segundo día, Stuart entró de nuevo en el laboratorio y se encontró a O’Neil, que examinaba atentamente un botón dorado.

—¿Qué, ha encontrado usted algo? —preguntó Stuart.

—Era de presumir —contestó O’Neil, como hablándose a sí mismo.

—¿Qué era de presumir? —preguntó con ansia Stuart.

—No comprendo cómo no ha caído usted en ello.

—Pues, ¿qué pasa?

—Esos grandes trabajos, esas grandes galerías, la tradición de un Eldorado lo indicaban con claridad.

—Pero, ¿qué quiere usted decir con eso?

—Pues, nada: que la mina del Caimanito es de oro.

—¿Es una broma?

—Qué broma; no sea usted tonto. Esto es oro.

—Si no digo que no. Pero, ¿en qué proporción?

—En proporción explotable. Oro para hacerse millonario.

—Baje usted la voz —murmuró Stuart, palideciendo profundamente—. Ahora hablaremos.

Stuart despidió a los dependientes de la oficina, volvió al laboratorio y cerró la puerta.

—¿Cómo ha hecho usted el ensayo? —preguntó—. ¿No se habrá usted equivocado?

—De ninguna manera. ¿Ve usted este precipitado negro que he obtenido tratando cien gramos de mineral por varios reactivos?

—Sí.

—Pues esto es oro.

—¿Pero cree usted de veras que habrá en cantidad explotable?

—Sí. Supongo que es un mineral muy rico.

O'Neil sacó el precipitado negro del tubo de ensayo, lo colocó en una lámina de tierra refractaria y metió ésta en una mufla que estaba al rojo blanco, cerró, esperó y, al poco rato, sacó un botoncito brillante y dorado. Después lo pesó en una balanza de precisión.

Stuart no dijo nada, y al quedarse solo exclamó:

—Estoy perdido.

Indudablemente, el ingeniero de la sociedad metalúrgica de San Francisco, que aceptaba la opción para comprar la mina en ciento cincuenta mil dólares, sabía muy bien que en ella había oro; si no, ¿para qué la iba a comprar?

«¡Qué bruto! ¡Qué torpe he sido!», pensó Stuart. «Es la cerrazón que produce el especializarse. Cualquiera lo hubiera sospechado, y a mí no se me ha pasado por la imaginación esta idea. No veía más que la posibilidad de la plata».

Stuart pidió a O'Neil como gran favor que no dijera nada de lo ocurrido, ni hablara del resultado del análisis, y el médico le prometió callar. Stuart hizo un viaje rápido a Nueva York y mandó hacer un análisis cuantitativo de las muestras sacadas de la mina.

Seguía el oro en la misma proporción señalada por O'Neil.

## 4

### Las angustias de Stuart

Stuart pasó muchas horas en vela, hasta elaborar un plan de campaña.

La opción terminaba el último día del mes de abril, a las doce de la noche. Se encontraban a fines de marzo. El ingeniero de San Francisco tenía más de un mes de término para entregar la suma que le iba a costar El Caimanito.

Stuart echó a volar por el pueblo la noticia de que los negocios iban mal; se dejó protestar varias letras, y quince días después se presentó al ingeniero de San Francisco, que por entonces estaba de viaje en Los Ángeles, pidiéndole que le dijera si la sociedad metalúrgica iba a comprar El Caimanito o no, porque estaba un poco apurado de dinero por unos pagos que tenía que hacer.

El ingeniero yanqui contestó que ésa era cuestión del gerente de la sociedad y que sobraba tiempo aún.

Stuart fue a ver al gerente e insinuó la idea de que podía hacer alguna rebaja; el gerente, tomando la idea al vuelo, le dijo que indudablemente la mina tenía un mineral muy pobre y que era indispensable que bajara de precio, porque si no la sociedad abandonaría la opción. Stuart se quejó y quedaron los dos en que se discutiría la cuantía de la rebaja.

Se cruzaron varias cartas entre ellos debatiendo el asunto.

Los días siguientes, si alguien le hubiera observado, hubiera visto a Stuart que adelantaba por la mañana un minuto o medio minuto los relojes de las oficinas y de los talleres. Estuvo también el minero en San Francisco. Luego se supo que había ido al observatorio astronómico y encargado que a las doce en punto de la noche del último día de abril le telegrafiaran a su casa diciendo que acababa de dar la hora en que concluía el mes.

El último día de abril, Stuart citó al ingeniero, al gerente de la sociedad metalúrgica, al notario del pueblo y a dos empleados de las oficinas en su despacho, a las once de la noche, para fijar la cuantía de la rebaja y pagar la opción.

Stuart se las arregló con diferentes pretextos para no comenzar la reunión hasta las once y cuarto.

Al ingeniero y al gerente les agradaba la idea de sacar la mina veinte o treinta mil dólares más barata, y como le creían apurado a Stuart, al menos por el momento, manejaban como un arma la posibilidad de abandonar la opción. Charlaron de muchas cosas.

Eran las doce menos cuarto en el reloj de la oficina, cuando el gerente de la sociedad dijo:

—Se pasa el tiempo, y esto hay que decidirlo para antes de las doce.

—¿Ustedes no quieren dar los ciento cincuenta mil dólares que yo les he pedido?

—preguntó Stuart, muy pálido, con un aire desconcertado que los demás no sabían explicarse.

—Usted ha ofrecido rebajarnos algo —dijo el gerente.

—Sí, pero ahora comprendo que esto no me conviene.

—Bueno, pues usted dirá cuál es el último precio, porque nosotros tenemos que resolver definitivamente este asunto.

—Mi último precio son los ciento cincuenta mil dólares.

—No, eso no.

—Pongámonos en razón —dijo el ingeniero—. Usted ha ofrecido rebajar la opción.

—Ciento cincuenta mil dólares.

—No.

En esto el telégrafo de la oficina comenzó a sonar.

—Vea usted lo que es —dijo Stuart a su empleado.

El empleado vino con una cinta azul en la mano.

—No comprendo —murmuró— para qué nos telegrafían la hora.

—Lea usted —gritó Stuart, descompuesto.

El empleado leyó:

—Acaban de dar las doce. Observatorio de San Francisco.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntaron al mismo tiempo el gerente y el ingeniero.

—Esto quiere decir —replicó Stuart— que han dado las doce de la noche del último día de abril; que ustedes no han depositado los ciento cincuenta mil dólares, y que han perdido la opción a la mina el Caimanito.

El ingeniero y el gerente se levantaron de sus asientos, quizá con intenciones de agredir a Stuart, pero éste estaba preparado con el revólver en la mano.

—Nos ha reventado —exclamó el gerente.

—¡Esto es una falsedad! ¡Es un engaño! —gritó el ingeniero.

El notario miró el telegrama y luego sacó su reloj. Efectivamente, acababan de dar las doce.

—Indudablemente, han perdido ustedes su derecho —dijo el notario—; yo tengo que testificar que se ha pasado el plazo y que ustedes no han entregado el dinero. ¿Pero, qué les importa a ustedes, si la mina no vale nada?

—¿Usted qué sabe si vale o no vale? —exclamó el ingeniero.

El notario comenzó a escribir un acta, que firmaron su pasante y los dos empleados de la casa.

—Otra vez tendrán ustedes el desquite —dijo Stuart riendo al gerente y al ingeniero.

—¡Y yo que le tenía a usted por un hombre honrado! —exclamó el ingeniero.

—Soy un hombre de negocios. Ustedes me querían engañar, y yo les he engañado a ustedes.

Al día siguiente todos los relojes de las oficinas de Stuart marchaban con el meridiano.

Cuando se supo lo ocurrido, se habló mucho de ello. En aquel mundo de aventureros rapaces a nadie le parecía mal estos procedimientos. Al revés, se celebró la picardía del patrón, que había sabido salir de un mal paso con astucia y con energía.

## 5

### Oro

Se comenzó a explotar la mina de oro El Caimanito con unas ganancias fabulosas. Durante algún tiempo, los hornos funcionaron con gran actividad y entró el dinero en las cajas de Stuart a espuestas.

Al parecer, el filón se empobreció pronto. El viejo Stuart tenía ya una gran fortuna: era multimillonario; realizó parte de ella, y fue a Inglaterra con la idea de buscar un sitio agradable a orillas del mar, donde retirarse y pasar la vejez.

No le gustaron las costas de Inglaterra, ni las de Francia. Le parecieron demasiado frías, tristes y brumosas, y se decidió por Italia, y en Italia por la Calabria.

Stuart no contó con la huésped, que llega siempre a cobrar con la factura preparada, y murió en el pueblo minero, dejando toda su fortuna al doctor O'Neil.

## **Segunda parte**

### **El remanso**

# Libro primero

## Los amores

### 1

## La familia O'Neil

Unos años después de la muerte de Stuart se presentó en Roccanera un señor acompañado por un muchacho joven.

Era el doctor O'Neil, el heredero de Stuart, que venía con su hijo a ver la granja y la casa del Laberinto. Pronto cundió la noticia por el pueblo, y padre e hijo despertaron gran curiosidad en todas partes.

Al día siguiente llegó un arquitecto de Nápoles, y, en compañía del doctor y de su hijo, fueron los tres hacia la Punta Rosa.

Llamaron en la granja, se dieron a conocer a Alfio, el guardián —el viejo Tonio había muerto ya—; entraron en la finca; recorrieron el parque, la casa y los alrededores y quedaron admirados.

—Su amigo de usted, el que le legó esto —dijo el arquitecto—, era todo un artista.

—¡Ca, hombre; si era un minero tosco y bárbaro! —replicó el doctor.

—Lo sería exteriormente, pero no por dentro; todo esto es exquisito, no sólo rico, sino de muy buen gusto.

—Nadie más asombrado que yo, créalo usted —repuso el doctor—. No lo comprendo. Yo no le oí hablar nunca al viejo Stuart de arte, ni de que sintiera amor por la Naturaleza.

—Pues, indudablemente, fingía.

—Sí, parece que sí. Yo no sospechaba una cosa así, ni mucho menos; me figuraba que tendría una finca a la americana, muy estrepitosa, muy petulante, y nada más.

—Y es todo lo contrario.

—Cierto. Y aquí, ¿qué habría de hacer?

—Aquí, poca cosa o nada —contestó el arquitecto—. Mande usted, si quiere, limpiar el estanque y aligerar de follaje y de ramas algunas partes del jardín, aunque yo las dejaría tal como están. Luego, tendrá usted que amueblar la casa. En estos cajones debe haber muebles.

Efectivamente; los había, y muebles magníficos, que al cabo de los años valían mucho más que lo que podían haber costado.

Los papeles de las habitaciones eran casi todos muy bonitos; viejos, por su gusto amanerado y su color un poco marchito; nuevos, porque estaban intactos. Quitando el salón principal, pintado y dorado, y la biblioteca, los demás cuartos estaban empapelados. En esta salita, el papel blanco se hallaba lleno de guirnalda de rosas;

en el gabinete tenía fragatas, que navegaban a toda vela; en la alcoba, un pastorcito y una pastorcita, elegantes y amadamados, se repetían hasta la exageración.

En algunos cuartos pequeños, el papel tenía composiciones enteras: la preparación del té en China, la catarata del Niágara y el puerto de Nápoles. Había magníficas chimeneas talladas de mármol, imitadas de modelos conocidos y célebres; una de ellas, de una sala de los Borgias, del Vaticano; otra, del Palacio Piccolomini, en Pienza.

Unos días después, el doctor trajo varios obreros; desclavaron las cajas cerradas y comenzaron a aparecer grandes espejos, estatuas, sillones dorados, sillas y sofás ingleses, de estilo Chippendale; cornucopias barrocas, consolas, libros y atlas.

Hubo grandes sorpresas: se encontraron tablas de Brueghel, de Van Hemesen y de Cranach; lienzos con batallas de Van der Meulen, Wouwerman y Aniello Falcone; esculturas y libros raros.

El muchacho, el hijo del doctor O'Neil, llamado Roberto, puso un gran empeño en arreglarlo todo.

Alfio, el guardián, sabía dónde estaban los planos de la casa, que había hecho Toscanelli, con la distribución y el mueblaje, y se los mostró al hijo del doctor. Roberto decidió seguir aquellas indicaciones.

Una semana después, el doctor O'Neil se presentaba con una señora de aire severo y una jovencita. La señora era un ama de llaves; la jovencita, la hermana de Roberto.

Luego vinieron varios criados y criadas, y la familia de O'Neil comenzó a vivir en la casa del Laberinto.

El doctor O'Neil compró una goleta, a la que llamó el *Argonauta*. Era una goleta de ciento cincuenta toneladas, airosa, pintada de blanco; por dentro lujosamente amueblada y decorada.

Fue un acontecimiento en Roccanera la estancia de los americanos en la antigua casa del Inglés. La gente del pueblo, llena de curiosidad, interrogó a los criados, a Alfio y a su familia, y con un retazo de conversación de aquí y otro de allá, añadido a deducciones más o menos lógicas, averiguaron con detalles la vida de los americanos y el carácter de cada uno. El doctor era brusco, caprichoso, arbitrario; la hija Susana, protestante, muy devota y muy fanática; el chico Roberto, alegre, simpático y de gustos un poco locos.

Las familias de la aristocracia del pueblo vacilaron en si debían o no debían tratar a los americanos. Los Roccaneras y los Malaspinas, que pasaban parte del año en Nápoles y eran gente de vida mundana, acogieron al doctor O'Neil y a sus hijos con gran simpatía y amabilidad. En cambio, las familias de los Sangros y de los Andreas, que no salían del pueblo, manifestaron marcada hostilidad por aquellos extranjeros.

La riqueza de los advenedizos les parecía que les ofendía y les humillaba. Tanto

los Sangros como los Andreas vivían en una gran miseria, y su orgullo se hallaba exasperado por las mil dificultades que les producía su extremada pobreza para sostener su rango.

Se contaba de las dos familias un detalle un poco cruel, que, verdadero o falso, tenía gracia. La casa torre de los Andreas y la casa torre de los Sangros se comunicaban por sus respectivos patios.

Según se decía, las dos familias poseían a medias un coche, y para demostrar que cada una tenía su vehículo propio, en los respectivos palacios se guardaban dos portezuelas blasonadas.

Así, cuando salían los Andreas, ponían sus portezuelas al coche común, con sus escudos correspondientes, y cuando salían los Sangros lucían las portezuelas las armas de esta familia.

Algunos llegaron a decir que, para que no se notara que los caballos eran los mismos, a uno de ellos, blanco, le solían pintar unas cuantas motas negras en la cabeza y le teñían las crines de la cola.

La pequeña burguesía del pueblo esperó a ver la actitud de los marqueses de Roccanera respecto al doctor O'Neil. Cuando vieron que esta familia, la más importante de la ciudad, trataba al doctor, se decidieron ellos a hacer lo mismo.

El doctor O'Neil no se preocupó gran cosa del pueblo. Le pareció a primera vista que, en general, debía ser muy pobre, y que la gente debía llevar una vida miserable y precaria. Acostumbrado a un país nuevo, en donde el abandono y la falta de pulcritud significan siempre una extrema miseria, O'Neil llegó a creer que Roccanera era un pueblo abandonado y casi derruido.

Esta incomprensión del hombre de un país por la gente de otro es eterna, y quizá lo sea siempre, por mucho que avance el cosmopolitismo.

El doctor era un hombre alto, fuerte, entrecano, rojo, de unos cuarenta y cinco a cincuenta años, con la barba ya blanca, los ojos verdes claros y las cejas salientes. Tenía un carácter decidido y dominador, terco y caprichoso y un gran espíritu de contradicción; había luchado duramente en su juventud para imponerse y acusado su fondo enérgico y autoritario.

De él se contaban grandes extravagancias. Una vez, en San Francisco, le habían llamado para reconocer a un multimillonario enfermo, a quien los médicos de cabecera consideraban indispensable hacer una operación.

—Sí, sí —dijo O'Neil—; parece evidente.

—Entonces, ¿le va usted a operar? —le preguntaron.

—No, yo no. Este enfermo me es muy antipático y yo soy un impulsivo. Si lo tuviera tendido en la mesa de operaciones y estuviese yo con el cuchillo en la mano, creo que lo mataría.

Pocos días después, otro cirujano operó al multimillonario, quien murió en la

operación. O'Neil vio, sin duda, en el caso de aquel enfermo, algo que hacía peligrosa la intervención, y en vez de indicarlo así, se excusó dando un pretexto caprichoso y absurdo.

Otra vez, en su clínica, después de una serie de consultas largas y pesadas, estaba acabando su tarea, cuando entró un enfermo hipocondríaco que le mareó a fuerza de preguntas nimias.

Al salir el enfermo pesado, O'Neil se levantó del sillón, se desabrochó la blusa blanca y con un estetoscopio en la mano se puso a bailar una danza de indios, loco de contento.

En esto, el enfermo hipocondríaco volvió a abrir la puerta.

—Me he olvidado indicarle una cosa —comenzó a decir, y al ver al médico saltando se detuvo asombrado.

—¿Todavía tiene usted algo que decir? Bueno, hombre, bueno; pues siga usted, yo seguiré haciendo gimnasia.

Otra vez, un americano le dijo que él había oído decir que los irlandeses vivían tan miserablemente, que eran medio salvajes.

—Es verdad —replicó O'Neil—; yo también lo soy. Ahora, que no llevamos plumas como ustedes. Somos salvajes sin plumas.

O'Neil, como hombre despreocupado, no se cuidaba de su indumentaria; así, se le veía unas veces con la corbata torcida o con el sombrero manchado de yeso. El doctor era viudo; había estado casado con una americana, hija de un escocés y de una francesa, mujer muy hacendosa, muy trabajadora y llena de voluntad.

Sus dos hijos, Roberto y Susana, tenían los rasgos físicos y morales mezclados del padre y de la madre.

Roberto había sacado los ojos verdes del padre y el pelo oscuro de la madre; Susana, en cambio, el pelo rojo del padre y los ojos negros de la madre.

Los dos muchachos habían sido educados de manera muy distinta. Roberto, separado de la familia, en un colegio de Boston. Susana, en cambio, al lado de la madre.

Al llegar a la juventud, Susana se manifestó fanática protestante; en cambio, Roberto apenas creía en ninguna religión y sentía más simpatía por el catolicismo que por el protestantismo.

Roberto tenía la tendencia fantástica del padre unida al carácter soñador de la madre. Susana había heredado del padre la energía de carácter, y de la madre, la religión fanática, estrecha y formalista.

Ante la belleza de la casa del Laberinto y ante la esplendidez del paisaje de los jardines y del parque, los dos hermanos reaccionaron de distinta manera. Roberto quedó entusiasmado. El mar azul, los acantilados cortados a pico, las rocas de colores, la silueta del pueblo, le encantaron. Susana dijo que todo aquello era bonito;

pero le encontró muchas faltas: no había sociedad, el pueblo estaba sucio y abandonado, y por último, como americana, prefería América a Europa.

Los dos hermanos, a pesar de que se querían, estaban en casi todo en perfecto desacuerdo.

Ella, instigada por su señora de compañía, la señora Houston, manifestaba una gran aversión por el catolicismo. Las madonnas y los santos que veía en los altares y hornacinas de las calles de Roccanera, le parecían manifestaciones de horrible idolatría. Roberto sentía la influencia de sus antepasados irlandeses y franceses, y no sólo no le repugnaban las imágenes, sino que las admiraba por su belleza y por su gracia. En cambio, le fastidiaba leer la Biblia y sus historias desagradables y ruines.

Al principio, el doctor O'Neil y su hijo tomaron como tarea el completar la obra del viejo Stuart.

En una gran sala del piso bajo, con claraboyas, el Inglés pensó, sin duda, instalar algo como un museo de marina y compró para ello modelos de barcos, esferas antiguas y varios parasemas y mascarones de proa; un león de una carabela turca, una cabeza de Medusa, de una polacra italiana, armas y cuernos de la abundancia de buques franceses, centauros tocando la lira y dioses mitológicos de saicas griegas y levantinas.

Muchas veces el joven O'Neil quedaba absorto contemplando aquellos mascarones de proa, y escribió una poesía para cantarlos, que decía así:

## 2

### Los mascarones de proa

¡Mascarones! ¡Viejos mascarones de proa!

Cuando os contemplo, mascarones de proa, carcomidos por el viento y la humedad, pienso en vuestras aventuras atrevidas, en los abismos vislumbrados por vosotros en el fondo del mar, en las nubes de espuma atravesadas, en los escollos sorteados, en los arrecifes peligrosos, en las tempestades y en las tormentas...

¡Mascarones! ¡Viejos mascarones de proa!

Vosotros erais el remate de algo divino, como el barco de vela; vosotros erais su enseña, la ornamentación del bello y gallardo casco, con su erguido bauprés: leones, cabezas de Medusa, sirenas, cuernos de la Abundancia, centauros tañedores de liras, Ceres, Pomonas, Neptunos, guerreros, dragones, santos, toros, virtudes, Victorias; antiguos y nuevos parasemas ornamentales...

¡Mascarones! ¡Viejos mascarones de proa!

Vosotros habéis cruzado el mundo de un extremo a otro en los dos hemisferios, bajo la Estrella Polar; bajo la Cruz del Sur; habéis visto mares cuando éstos eran vírgenes y en cantados; las islas misteriosas, las Hespérides y las Trapobanas, la isla del Fuego y la lejana Thulé; habéis llevado los complicados cachivaches de la civilización y la guardarropía de las religiones por los extremos del mundo, por encima y por debajo de la línea ecuatorial; habéis traído y llevado el Oriente al Occidente y el Occidente al Oriente, la canela y la batata y los géneros de algodón; habéis transportado todas las ideas, todos los mitos, todas las locuras de los hombres...

¡Mascarones! ¡Viejos mascarones de proa!

Cuando antes os acercabais al puerto, hendiendo el agua azul, vuestra figura en la proa y la bandera en la popa; cuando vuestra nave empavesada llenaba el aire con sus velas blancas y remataba su silueta con sus gallardetes y sus oriflamas, el hombre de tierra os miraba con admiración, y vosotros, Ceres, Pomonas y Neptunos, guerreros, dragones y santos parecíais genios marinos, misteriosos y tutelares, que observaran de cerca las aguas.

¡Mascarones! ¡Viejos mascarones de proa!

Ahora, al veros con los colores marchitos, Ceres, Pomonas y Victorias; al contemplaros con vuestra nariz carcomida, vuestras mejillas sin color y las pupilas muertas; al veros arrumbados, ruinosos, viejos parasemas ornamentales; al comprobar que no sois más que troncos de madera podridos siento la tristeza de la vida pasada; de la muerte de todo lo extraordinario y fabuloso...

¡Mascarones! ¡Viejos mascarones de proa!

### 3

## Adquisiciones

Aparecieron también en los cajones destinados al salón museo una gran esfera armilar de Tycho Brahe, un anteojo astronómico, un globo mapamundi, imitación del globo de Nancy; brújulas antiguas de marino, que al mismo tiempo servían de relojes de sol; un astrolabio de cobre, una ballestilla y un nocturlabio, instrumento que servía para saber la hora durante la noche por la altura de la Estrella Polar; sextantes, octantes, fanales y relojes de arena. Se encontraron también varios modelos de barcos de los que todavía hace años surcaban las aguas del Mediterráneo.

El doctor y Roberto preguntaron en varias partes dónde se podían seguir comprando algunos mascarones de proa, aparatos antiguos de náutica y modelos de barco. Los mascarones antiguos les dijeron todos que ya no se encontraban; quizá los aparatos de náutica viejos se hallarían en las tiendas de antigüedades y los modelos podrían hacerlos.

El joven O'Neil encontró en Palermo un carpintero de la Cala que exponía modelos de barcos en su tienda.

Entró Roberto a hablarle, y el carpintero le dijo que él no hacía más que los cascos; el que los arreglaba y les ponía las arboladuras era un torrero de un faro de la Punta del Hombre Muerto, no muy lejos de allí.

Roberto fue al faro de la Punta del Hombre Muerto y se encontró al torrero trabajando en una sala ancha, iluminada por un gran ventanal, sentado ante una mesa que tenía varios instrumentos y un tornillo de presión. Roberto le explicó lo que quería.

El torrero era un viejecito sonriente y amable. Sacó un álbum grande y fue mostrando a O'Neil los modelos que él hacía, con todos sus detalles. Estos modelos eran reproducciones de los barcos que navegaban en el Mediterráneo, tanto de los antiguos, ya casi desaparecidos, como de los modernos.

Había galeras, galeotas, carracas, galeones, carabelas, bergantines, polacras, místicos, y luego los barcos pequeños: el sándalo tunecino, la chitiha de los árabes, el jabeque, pintado de blanco, negro y azul; los cárabos, los laúdes, los faluchos, las tartanas, el schifazo siciliano; el speronara, la drahisa, la farella y el canotto malteses; la tarida, la sacoleva griega, pintada de amarillo; la paranzella italiana, con sus colores como la jáquima de un caballo, con figuras grotescas y con letras; el lento sardo, el filugone napolitano y el trabaccolo triestino, amén de otros barcos, como polacras, felucas y bombardas.

O'Neil eligió de estas embarcaciones las más típicas.

Además, Roberto quiso tener modelos de los barcos célebres, y encargó al torrero que le construyese en un tamaño de un metro el navío *Argos*, con los adornos que

tenía, según la descripción de Valerio Flaco; el *Bucentauro* veneciano, las carabelas de Colón, de Doria y de don Juan de Austria; los bajeles berberiscos de Barbarroja y de Dragut; la nave con que Elcano dio la vuelta al mundo, y el *Sovereign of The Sea*, maravilla en su tiempo del arte naval.

—No tengo tiempo de hacer todo esto —dijo el torrero.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque tardo bastante. Cada modelo de éstos tiene mucho detalle, y yo lo hago todo solo. Además, que pronto me van a retirar de torrero.

—¿Y eso qué importa para que trabaje usted?

—Es que quizá no tenga sitio, ni encargos tampoco.

—Hay una manera de resolver esa cuestión —dijo Roberto—, y es que vaya usted a vivir a mi casa cuando le retiren a usted, y allí sigue usted trabajando en esto mismo.

El torrero aceptó la proposición. Cuando le retiraran iría a vivir a la casa del Laberinto.

Varias veces Roberto fue al faro y vio trabajar al torrero.

Este torrero era un hombre que vivía solo. Una mujer de las cercanías le hacía la comida. Su gran diversión era hacer sus modelos. En unas cajitas guardaba sus poleas, sus ganchos, sus cabrestantes, sus gallardetes y sus banderas; todo en miniatura.

Tenía sus planchas de cobre para forrar los cascos, sus velas, sus mascarones de proa y sus mástiles.

En aquella soledad el torrero trabajaba. Roberto le dedicó una de sus poesías.

## 4

### Es el torrero del faro

Es el torrero del faro que construye sus modelos.

En su mesa ancha, con el barquito sujeto en el tornillo de presión, el torrero, este viejecito solitario, va clavando clavos pequeños aquí y allí. Al lado tiene sus instrumentos y sus útiles: un formón, una lima, un tas de hierro, donde endereza o curva sus alambres. Con el martillo de platero va dando golpes isócronos largo tiempo:

Tac..., tac..., tac... Afuera, con el silencio, desde lejos se oye el sonido.

«¿Será alguien que llama?», se pregunta uno.

No; es el torrero del faro, que construye sus modelos.

La sala es grande; desde el ventanal se ve el mar espléndido, las velas blancas que pasan. En la pared hay un cuadro con las banderas y matrículas, en colores, de todos los países del mundo. Del techo cuelgan los barcos ya construidos por el torrero, y la pequeña flota parece navegar por el aire. En el gran silencio, no interrumpido más que por algún suspiro del mar, se oye persistente el golpe isócrono del martillo del torrero:

Tac..., tac..., tac...

El de fuera quizá pensará:

«¿Es algún reloj de la casa?».

No; es el torrero del faro, que construye sus modelos.

El faro es alto y plantado sobre una roca; tiene un basamento de piedra y de *portland*, un aljibe, ventanales, una torre y, a pesar de su aire artificial, llega a parecer en ocasiones un inmenso crustáceo, con su caparazón lustroso y sus ojos brillantes, agazapado entre las peñas.

Dentro, el torrero cose una vela muy chica; a veces da una pincelada a un gallardete, o pega un adorno con cola, o sujeta un cabrestante; a veces se levanta y sale, recorre el basamento del faro y se acerca a la pequeña huerta, puesta al socaire, con unas cuantas coles, mira sonriendo; pero pronto vuelve, el jardín no le interesa, y se oye de nuevo el golpe isócrono del martillo:

Tac..., tac..., tac...

El curioso es posible que se diga a sí mismo:

¿Será el pájaro carpintero que golpea sobre un tronco viejo?

No; es el torrero del faro, que construye sus modelos.

El torrero, nuestro amigo Juan Bautista Pica, es un solitario, un místico. Por la mañana limpia su linterna, da cuerda a su aparato, apunta sus observaciones meteorológicas en un libro, habla un momento con la mujer que le hace la comida y con el aduanero, que pasa, y vuelve a su sala, se sienta en la mesa ancha y comienza

su trabajo, alegre y satisfecho. El torrero es un artista que quiere llegar a la perfección de su obra. La contempla, la estudia y al poco rato se oye el golpe isócrono del martillo:

Tac..., tac..., tac...

El que oye desde lejos ha pensado y se ha dicho:

¿Quizá es el latido de un corazón?

No; es el torrero del faro, que construye sus modelos.

¡Torrero! ¡Torrero! Tus barcos serán más afortunados que los gigantes navales de miles de toneladas, que surcan el mar; tus barcos no tendrán que esquivar los escollos, ni luchar con las tempestades y con las tormentas, y algunos de ellos, salidos de tus manos, se balancearán en la paz de las naves de las iglesias de los pueblos marinos, entre nubes de incienso, sobre los esplendores dorados del altar mayor.

¡Torrero! ¡Torrero! Un día también llegará en que en este faro solitario, o en otro rincón del mundo, se oirán, sobre cuatro tablas de madera unos golpes isócronos:

Tac..., tac..., tac...

Y alguno preguntará:

¿Qué están haciendo?

Y ya no se dirá:

Es el torrero del faro, que construyó sus modelos...

\* \* \*

Un día, el viejo torrero de la Punta del Hombre Muerto apareció en el Laberinto. Roberto le mostró el salón de la casa convertido en museo de marina, y el torrero se encargó de él. Roberto le preguntó si quería quedarse en la casa; pero el viejo había pasado tanto tiempo solo que prefería vivir en el pueblo. El ex torrero se llamaba Juan Bautista Pica, y era hombre muy serio y muy puntual.

## 5

# Dispersión

Al cabo de seis meses de estancia allá, un día que se hacían grandes elogios de la casa del Laberinto el doctor O'Neil dijo:

—Todo esto, como juego, está muy bien; pero hay que pensar en volver a San Francisco.

—¿Ya? —exclamó Roberto.

—¿Te parece pronto?

—A mí sí.

—Así, que tú no quieres volver. Muy bien. Puedes elegir entre dos cosas: o venir a América o ir a concluir tus estudios a Alemania.

—En esa alternativa, prefiero ir a Alemania.

—Bueno. ¿Y tú, Susana?

Susana era partidaria de volver a América y de comenzar allí su vida ordinaria, con sus ocupaciones y sus amistades.

Roberto sentía cariño por la casa del Laberinto, y le dijo a su padre que si le dejaba allí, se quedaría con mucho gusto hasta que empezaran los cursos en Alemania.

—Bueno, pues ya sabes. Al comenzar el otoño, desfile general —dijo el doctor—; nosotros nos iremos a América, y tú, a Alemania.

O'Neil padre se comenzaba a aburrir en la soledad del Laberinto. Le había entrado, además, la pasión quirúrgica, y fue a París y a Berlín a ver operar en los hospitales.

Roberto se quedó solo en la casa durante varios meses. Se había hecho muy amigo de Alfio, el guardián, y pasaba largo tiempo con él en la granja. Hablaba con Simonetta, la mujer de Alfio, y jugaba con su hija, Santa, que tendría entonces siete u ocho años.

Visitaba los alrededores; subía a los Apeninos, y solía hacer en el *Argonauta* excursiones, a veces hasta Sicilia y las costas de África.

Roberto era un muchacho tímido, melancólico, con gustos de poeta, aficionado a la contemplación y a la soledad.

Leía mucho a Shelley, a Carlyle y a Poe.

El parque del Laberinto le encantaba, y muchas veces se pasaba horas enteras en el claustro románico contemplando el bosque de cipreses, sobre la piedra sepulcral donde el hermano Elías, el frailecito muerto en olor de santidad, rezaba en otro tiempo.

También le gustaba abismarse, mirando las olas desde la Batería de las Damas.

Como no tenía orgullo, la gente que se le acercaba llegaba a sentir afecto por él.

—El *padroncino* de la casa del Laberinto es muy simpático —se decía por los alrededores.

## 6

# Encuentro

Roberto había estado varias veces en el pueblo y visitado la catedral, los palacios y la galería de estatuas de don Filiberto Venosa.

Había saludado también en su palacio a los marqueses de Roccanera, que le invitaron con insistencia a ir a su casa. El marqués era un viejo pálido, de aire enfermo y nervioso, que padecía de dolores en las articulaciones; la marquesa, una dama imponente, de ojos negros, que todavía se empolvaba y se retocaba los ojos y los labios.

El marqués llevaba su amabilidad hasta dar la razón siempre a sus interlocutores, identificándose con la opinión de aquel con quien hablaba. Era monárquico con el monárquico, republicano con el republicano, y hubiera sido negrófilo, o chinófilo, con un negro o con un chino.

Roberto se encontró muy bien acogido por los aristócratas de la ciudad. En casa de los marqueses trató a una muchacha, Rosa Malaspina, de las mejores familias del pueblo, y a quien se consideraba como una de las bellezas de Roccanera.

Rosa solía pasar temporadas cuidando a un tío suyo, señor muy viejo, de quien era heredera.

Roberto y su hermana habían sido presentados a Rosa Malaspina antes de la marcha del doctor, pero simpatizaron poco; tenían gustos muy diferentes y contrarios.

Rosa sentía el amor por lo rico, por lo brillante, por el gran mundo, y hablaba con entusiasmo de teatros, de fiestas y de reuniones.

A Susana, en cambio, le gustaba la vida activa, americana, los trabajos de casa. Roberto soñaba con viajes por mar, con playas abandonadas y sitios desiertos y desolados.

Simpatizaron tan poco, que, después de verse tres o cuatro veces, no hicieron nada para volverse a encontrar.

—¿Qué le parecen a usted los americanos? —le preguntaron algunas personas del pueblo a la señorita Malaspina.

—Ella es una niña tonta. Él es un chiflado. ¡Lástima de riqueza mal empleada!

¿No era una cosa ridícula, con una cantidad de dinero extraordinaria y una casa magnífica, vivir oscuramente, sin dar fiestas y sin recibir a nadie?

De ser ella la poseedora de una fortuna así, colosal, ¡qué fiestas!, ¡qué iluminaciones!, ¡qué fausto!, ¡qué reuniones más brillantes no hubiera dado en aquella casa del Laberinto!

A pesar de su desdén por Roberto, cuando habló con él varias veces se hizo muy amiga suya y pensó en cambiarle y en elegantizarle.

—¿Pero está bien que un joven guapo como usted vaya hecho un zarrapastroso?

—le decía.

Roberto se echaba a reír.

—Usted, que es una belleza clásica, es la que debe lucir y brillar en el mundo —replicaba él.

Un día de julio, en que Roberto, el hijo de Alfio el guardián y dos marineros salieron en el *Argonauta*, muy de mañana, a dar un paseo por el mar, al volver a la Punta Rosa, vieron de lejos pasar por delante de las peñas del Laberinto la canoa negra de la casa.

—Debe haber visita —dijo Roberto—; ¿quiénes serán?

Se acercaron en la goleta hasta las primeras rocas y se detuvieron a cien metros delante de ellas.

En el islote central, al que Toscanelli llamaba la roca del

Altar, sobre la mancha oscura de los cipreses, se destacaban dos figuras blancas de mujer, inmóviles. Parecían dos vestales, dos sacerdotisas.

Roberto y el hijo de Alfio las contemplaron con asombro.

—¿No serán las sirenas? —dijo Roberto.

—Una es la señorita Rosa Malaspina —repuso el hijo de Alfio.

—¿Y la otra?

—A la otra no la veo bien. ¡Ah, sí! Es la hija del marqués de Roccanera.

Estaban los tripulantes del *Argonauta* contemplándolas desde lejos, cuando apareció una barca con cuatro remeros y dos muchachos que iban a popa, muy elegantes y enguantados. La barca se fue acercando a la goleta.

—¡Buenos días! —dijo uno de los muchachos saludando a Roberto—. Usted es O'Neil. Yo soy hermano de Rosa Malaspina. Éste es mi amigo Pepe Roccanera.

Los dos jóvenes, Malaspina y Roccanera, se acercaron en la barca a la goleta, subieron a ella y dieron la mano a Roberto.

Malaspina, un muchacho moreno, ancho, de ojos negros y pelo también negro y ensortijado, vestía como un dandy.

Pepe Roccanera era un joven de nariz ganchuda y bigote pequeño, con aire un tanto impertinente e insignificante.

—Amigo O'Neil —dijo Pepe Roccanera, que tenía una manera de hablar un poco nasal—, hemos estado en su casa, ¡qué belleza!, ¡qué admirable! Hemos sentido mucho no encontrarle a usted allí.

—Yo también siento...

—Nos hubiera usted explicado algunas de las preciosidades que guardan ustedes en la casa.

—Sí; hay alguna cosa curiosa, pero nada de un mérito extraordinario.

—¡Oh, no! No sea usted modesto. La casa del Laberinto es algo maravilloso...

—¡Y luego el parque! Ese cementerio antiguo, ¡qué delicia! —exclamó

Malaspina.

—Vamos a ver a esas muchachas —dijo Roccanera—. Venga usted en nuestro bote, O'Neil, porque supongo que su goleta no podrá pasar entre las rocas.

A Roberto le asombraba esta familiaridad insólita de los dos aristócratas, que le hablaban desde el primer momento con una gran confianza, como si le hubieran conocido toda la vida. Entró la lancha por los canales del Laberinto, hasta acercarse al islote central.

—¡Qué belleza! —exclamaba a cada paso Malaspina.

—¡Querido Roberto, esto es maravilloso! —decía Pepe Roccanera.

En una de las vueltas del Laberinto, el joven Roccanera dirigiéndose a los remeros, les dijo:

—Un momento. ¡Deteneos! No seáis animales. ¡Deteneos!

Rosa, desde el templete de la roca del Altar, estaba recitando versos.

—Es la Jerusalén Libertada —dijo Malaspina, y Roberto vio con sorpresa que al decir esto tenía la cara inyectada y los ojos llenos de lágrimas.

Cuando la Malaspina terminó las estancias del Tasso, los dos muchachos y los remeros aplaudieron con entusiasmo.

Roberto quedó asombrado. Así, seguramente, ocurría también en la antigua Grecia, en la época en que los poemas de Homero y de Hesíodo eran comprendidos, no sólo por las personas cultas, sino por todo el pueblo.

Al acercarse la barca al islote, Roberto saludó a Rosa Malaspina y a la señorita de Roccanera.

Laura Roccanera tendría la misma edad que Roberto; probablemente algunos años menos; pero morena, fuerte, ya muy desarrollada, parecía mayor.

Rosa Malaspina contempló con cierta ironía afectuosa a Roberto, y señalando, dijo a Laura:

—Aquí tienes a Roberto O'Neil, que, como ves, parece un marinero o un grumete, con esa chaqueta vieja y esos zapatones; pues, no; es hijo de un multimillonario y el dueño de esta magnífica casa.

—Es que hemos hecho una excursión por el mar —dijo Roberto sonriendo.

—No sabe estar a la altura de las circunstancias; por más que le predico, no me hace caso.

Laura Roccanera elogió la casa y el parque del Laberinto; sobre todo, aquel conjunto de rocas tan extraño, tan ideal.

—Me siento aquí una ondina o una sirena.

—Podrías ser la Calipso de esta isla —dijo Malaspina.

—Si no era la Circe —replicó Roccanera.

—¿Por qué la Circe? No soy una hechicera que emplee artes malignas; tengo buen corazón. ¿No le parece a usted? —le preguntó Laura a Roberto.

—Yo creo que sí —contestó Roberto en francés.

—¿No habla usted el italiano? —le dijo ella.

—Mal, muy mal.

—Pero mejor que yo el francés. Hable usted el italiano.

Las dos muchachas entraron en la canoa y fueron saliendo de entre las rocas del Laberinto. La lancha con Malaspina y Roccanera iba detrás.

—¿Éste es el barco de usted? —preguntó Laura, señalando el *Argonauta*.

—Sí.

—Tiene usted que llevarnos a dar un paseo —dijo Laura.

—Sí, sí —añadió Rosa.

Subieron las dos muchachas a la cubierta del barco.

—Yo no voy a subir —dijo Roccanera—. En seguida que me separo de la costa me mareo. Ven tú conmigo, Malaspina.

—Yo, no; yo voy con ellas.

—Bueno —os esperaré.

El hijo de Alfio y los marineros cambiaron las velas y Roberto se puso a la rueda del timón.

Hacía un poco de viento; el *Argonauta* se torció en la arrancada y comenzó a navegar; marchaba como un cisne, y fue trazando en el mar un ancho círculo.

Laura Roccanera y Rosa Malaspina quisieron que Roberto les enseñara a manejar el timón.

—Es muy fácil —dijo O'Neil— no habiendo temporal, un chico lo maneja.

Las dos muchachas ensayaron; luego se tendieron en unas sillas de lona, porque Rosa sentía un ligero mareo.

Dieron una gran vuelta por el mar y volvieron al mismo sitio de donde habían partido.

—Me hubiera gustado no llegar nunca —dijo Laura.

—Y a mí también —replicó Malaspina.

Al acercarse al fondeadero del Laberinto, Laura dijo a Roberto:

—¿Cuándo va usted a venir a nuestra casa?

—Iré un día de éstos.

—Sí, vaya usted por allá —saltó Pepe Roccanera—. ¡El pueblo es ya de por sí tan aburrido! A ver si conseguimos divertirnos un poco.

A Roberto le molestaba la familiaridad tan excesiva de Pepe.

Al tomar el coche que les esperaba para ir al pueblo, Rosa Malaspina preguntó a Laura:

—¿Qué te ha parecido Roberto?

—¡Qué muchacho más tímido!, ¡más extraño!

—¿Pero te ha gustado?

- ¡Sí, me ha gustado! Es un muchacho encantador.
- ¿Te casarías con él?
- ¡Qué pregunta más rara!
- Rara y todo, ¿qué contestarías? ¿Sí o no?
- Creo que contestaría que sí.

## 7

### Amores

Fue, indudablemente, Laura Roccanera la que tomó la iniciativa en aquellos amores.

Ella le fue atrayendo a Roberto, conquistándolo, haciendo que abandonara la vida solitaria y un tanto salvaje a la que el joven O'Neil era muy aficionado.

Roberto comenzó a acudir al palacio Roccanera, y con frecuencia iban los amigos y amigas de Laura a la casa del Laberinto.

Rosa Malaspina seguía reprochando siempre a Roberto el que no se acicalara como era debido.

Hicieron varias personas una excursión por mar, en el *Argonauta*, hasta Escila; otra vez subieron a los Apeninos y llegaron a las cumbres más altas, desde donde se divisaban los barrancos oscuros, llenos de árboles, y a lo lejos, por un lado, el Adriático, y por el otro, el mar Tirreno.

Estuvieron también de excursión en el antiguo castillo de los Roccaneras, que se hallaba a cuatro o cinco horas del pueblo. Era un castillo roquero, arruinado, de un aspecto misterioso, amenazador y sombrío. Estaba colocado en un paraje desierto y selvático, sobre una peña oscura, alta, casi cuadrada, cortada a pico por tres lados, y por el cuarto con una rampa con murallas y traveses. Tenía una torre a medias derruida y un cuerpo de edificio grande, amarillento, con el tejado caído y una larga fila de ventanas.

La roca oscura en que se asentaba la antigua fortaleza estaba llena de matorrales, que salían entre las grietas de los peñascos.

Por lo que dijo Laura, sólo en primavera el castillo tenía cierta alegría, cuando la flor de las retamas brillaba entre las oquedades de las piedras y las palomas revoloteaban en bandadas por encima de la torre derruida.

Laura, Roberto, Rosa Malaspina y otros jóvenes recorrieron este nido de águilas, pasaron por estrechas celdas con rejas, vieron la capilla, ya desnuda; el patio, con lápidas, que servía de cementerio a los antiguos Roccaneras, enterrados al lado de sus capitanes y de sus vasallos. ¡Qué idilios! ¡Qué crueldades! ¡Qué dramas se habrían desarrollado entre aquellos muros!

Rosa y Laura tuvieron el capricho de visitar el castillo una noche de luna, acompañadas de Roberto, de Pepe Roccanera y de Malaspina.

Las dos muchachas decían que les hubiera gustado vivir allí de castellanitas; Pepe Roccanera encontraba preferible el Nápoles actual, con una buena renta; Roberto decía que mejor que vivir en un sitio como aquél, encerrado, hubiera preferido ser pescador.

—¡Qué gustos más absurdos tiene usted! —le dijo Rosa Malaspina.

—Sí, quizá para otro sean absurdos.

—Es usted un romántico.

—Y el querer ser castellana de un castillo antiguo, ¿no es romanticismo?

—Es deseo de figurar, de ser la primera.

—¡Bah! Es otro romanticismo.

Cuando volvieron el doctor y Susana de sus viajes por el centro de Europa, al ver a Roberto mezclado con las gentes de la aristocracia del pueblo, no se manifestaron muy entusiasmados.

Había en su disgusto un fondo de amor propio picado, porque notaban que la aristocracia de Roccanera miraba a

Roberto como a un joven simpático y atractivo y, en cambio, a ellos les consideraban como tipos de poco interés.

Susana se manifestó muy fría y un poco tonta con Rosa Malaspina y Laura Roccanera, y ellas se burlaron de la americana y la caricaturizaron diferentes veces en sus conversaciones.

El hermano de Laura, Pepe, tuvo la imprudencia de escribir una carta de amor a Susana a los dos o tres días de verla, y la yanqui rompió la carta con desdén.

—¿Qué se figuran estas gentes? —se preguntó la americana—. ¿Qué somos todos como ellos, personas frívolas y sin pudor?

—Esta hermana de tu novio —decía Pepe a Laura— es una mujer salvaje, pero me gusta.

—Pues, chico, tú no le gustas a ella —le contestó Laura.

—Ya lo sé. A ella le parecerá bien un hombre ancho y cuadrado, con unas barbas negras y una levita de pastor protestante.

Al comienzo del otoño se decidió la dispersión de la colonia veraniega de Roccanera. El doctor O'Neil y su hija irían a Liverpool y de allí a San Francisco; Roberto, a Heidelberg; los Malaspinas y los Roccaneras, a Nápoles.

Laura y Roberto se despidieron con gran efusión y prometieron escribirse todos los días.

Efectivamente así lo hicieron. A veces Roberto se retrasaba en sus cartas por diversos motivos; ella, nunca.

Los estudiantes amigos de Roberto, de la Universidad de Heidelberg, sabían que su camarada irlandés tenía una novia, marquesa y napolitana, lo que les producía una admiración extraordinaria.

Esta admiración se traducía por unos ¡oj! y unos ¡aj! entusiastas.

Muchas veces los jóvenes teutones, en el café de Wachter, en el Mercado, dejaron de intercalar, entre trago y trago de cerveza, la palabra clásica *Prosit*, para brindar por la novia de Roberto, la alta dama napolitana de los ojos negros, que le esperaba en el país del sol, en el país ideal, donde florece el naranjo y el limonero.

Roberto, como estudiante, fue un estudiante caprichoso y versátil.

En la decana Universidad de Heidelberg quedaba todavía el rastro de las místicas oscuridades de Hegel, que había explicado en aquellas clases con un éxito creciente y había publicado en la ciudad la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, que le hizo célebre en toda Alemania. Esta obra, profunda y complicada, era el evangelio de los estudiantes de Heidelberg. Las grandes construcciones hegelianas: el sistema ternario de tesis, antítesis y síntesis; la idea, el ser y el devenir; todo esto se prestaba a una constante discusión y una constante elucubración. El sistema del maestro impulsaba, además, al enciclopedismo.

Roberto curioseó en todo; tenía muchas condiciones, mucha facilidad para aprender; pero se cansaba en seguida de las cosas.

—Si su hijo de usted fuera pobre —le escribía un profesor de la Universidad al doctor O’Neil—, haría algo de provecho; pero rico, y sabiendo que no le faltará dinero, no pasará de ser un *dilettante*, un curioso de todo.

Al año siguiente Roberto estuvo un mes en la casa del Laberinto; luego, marchó a América, y volvió el otoño a seguir sus cursos en la vieja Universidad de Heidelberg.

Los amores de Laura y de Roberto no parecían ser tomados muy en serio, ni por los Roccaneras ni por los O’Neil; Roberto era también olvidadizo; pero Laura, no, y lo que se proponía lo realizaba.

Los padres de Laura quisieron hacerla un matrimonio ventajoso con un aristócrata napolitano, de buena posición; pero ella se opuso.

Roberto, en San Francisco, había consultado con su padre la idea de casarse con la Roccanera después de concluidos sus cursos.

—Lo que tú quieras —dijo el doctor—. Ya sabes mi propósito: el dinero del viejo Stuart lo dividiremos en tres partes: una, para tu hermana; otra, para ti, y otra, para mí.

—¿Así que piensas darme todo ese dinero? —preguntó Roberto.

—En seguida que seas mayor de edad.

## 8

# Boda

Roberto terminó sus estudios en Heidelberg y fue a Roccanera a casarse. Su padre y su hermana le acompañaron. La boda tuvo caracteres de acontecimiento público, cosa que a Roberto no le hizo mucha gracia.

El matrimonio viajó mucho. Vivieron Laura y Roberto en Nápoles, en Alemania y en París, y estuvieron en San Francisco de California.

Laura Roccanera no se entendía con su cuñada. En cambio, hacía muy buenas amistades con el doctor O'Neil, quien le era muy simpático, por su energía, su decisión y su audacia.

Para tener cierto paralelismo en las simpatías, Roberto en Nápoles era muy amigo de su suegro, y, en cambio, le molestaba su cuñado Pepe.

Éste era muy distinto de su hermana: superficial, un poco bufón, y se pasaba la vida lamentándose de la falta de dinero.

Roberto y Laura no tuvieron hijos, y de aquí comenzó su frialdad, y a lo último, su separación. Mientras duró el amor parecieron entenderse; pero al primer desgarrón en sus amores comenzó la enemistad; primero oscura y sorda, luego, más tarde, clara y manifiesta.

Pepe Roccanera sentía que Laura y Roberto no se entendieran bien, siendo los dos buenos, principalmente porque con esta mala inteligencia del matrimonio él no podía pedir dinero a su cuñado.

—Es el inconveniente de ser original —decía repetidas veces con su aire bufonesco, y añadía—: Yo soy perfectamente vulgar; por eso me entiendo tan bien con todo el mundo.

En Laura y en Roberto eran dos conceptos de la vida en pugna. Él sentía un amor efusivo por las cosas, un cierto misticismo que le hacía mirar con desprecio todo lo teatral y lo petulante. Era un hombre que no tenía en cuenta las preeminencias sociales, que juzgaba o quería juzgar a los hombres más por su espíritu que por sus trajes o por sus condecoraciones.

Cansado prematuramente de la vida amorosa ardiente, sentía que para él las investigaciones científicas y los viajes tenían ya el máximo de atractivo.

Ella, por el contrario, consideraba como el fondo de la vida el amor, la sensualidad, y después las preeminencias y el trato social.

La Roccanera era una mujer buena, caprichosa, que no podía hacer nada en un término medio, tranquilo y discreto. En ella todo se convertía en exagerado y amplificado: la prodigalidad, el orgullo, el desdén. Cuando quería, quería con todas sus fuerzas; cuando odiaba, le pasaba lo mismo.

Tenía un gran amor por el lujo y por la pompa; un gran entusiasmo por su familia,

por el papel que ésta había representado en la historia y una efusión extraordinaria por el arte y la literatura.

Roberto le había visto algunas veces en Florencia, en el museo de los Uffizzi, ante un cuadro de Fray Angélico, Botticelli, o de Fra Filippo Lippi, completamente en éxtasis. Lo mismo le conmovían las bellas estatuas del Donatello, de Mino de Fiesole, o de Desiderio de Settignano, que las estancias del Ariosto o del Tasso y las poesías de Leopardi. En cambio, O'Neil se manifestaba un tanto frío e irónico ante las obras de literatura y el arte consagradas; huía de todo lo sensual y se iba acusando en él con los años un fondo de humorismo.

Varias veces, al pasar por una callejuela y ver algún hombre que comía ávidamente un pedazo de pan, había dicho Roberto con sinceridad:

—¡Y pensar que yo me cambiaría por él!

Este misticismo anárquico, esto de no dar valor a la posición social, ni al dinero, ni a los títulos, a Laura Roccanera le entristecía y le irritaba.

Para la marquesa, la ceremonia, el espectáculo en la vida era algo muy grato y muy importante; en cambio, a O'Neil todo lo espectacular le repugnaba y le parecía una manifestación de comiquería, indigna y baja.

Cuando un hombre y una mujer que viven juntos tienen los dos personalidad y una gran divergencia de sentimientos y de opiniones, llegan a odiarse.

Roberto y Laura se odiaron y se separaron a los cinco años de casados. No pensaron en el divorcio legal; ni él tenía ganas de volver a casarse, ni ella tampoco.

Pactaron que él le pasaría una pensión y que cada uno llevaría una vida independiente.

Laura quiso que su marido siguiera empleando el título; pero él se negó a esto, y siguió llamándose el señor O'Neil. Ella pensaba que el error principal de su vida estribaba en haberse unido a un hombre de otro país, de otras ideas y de otros sentimientos.

Cierto que sus amigos y allegados no tenían resuelta bien la vida sentimental y les quedaba la desilusión y tristeza. De Rosa Malaspina se decía que engañaba a su marido, un señor ya viejo y enfermo; Pepe Roccanera, su hermano, andaba de aventura con las coristas y las bailarinas del teatro de San Carlos, de Nápoles.

## La vida vista en fantasía y la amistad con Hugo Werner

Roberto se dedicó a despilfarrar la vida en viajes largos y en caprichos raros.

En una de sus estancias en el Asia Menor estuvo herido y volvió a Roccanera casi moribundo.

Todos los años, generalmente en invierno, cuando no estaba su mujer en el pueblo, pasaba una temporada en la casa del Laberinto; traía libros, se metía en su biblioteca y allí leía y trabajaba, generalmente en algo que dejaba sin terminar.

Su padre le había dado en propiedad la casa del Laberinto; en cambio a Susana, que se había casado con un médico, le dio la clínica de San Francisco.

Roberto en su casa recibía a poca gente del pueblo. Un día se le presentó Rosa Malaspina, y hablaron los dos largo tiempo como antiguos amigos.

—¡Mi pobre Roberto, cómo malgasta usted la vida! —le dijo ella.

—¿Cree usted?

—Sí. Laura no le ha comprendido a usted. Yo creo que le hubiera comprendido mejor; usted tenía sus tonterías y yo las mías.

—La elegancia...

—Y otras muchas más. Cuando sea del todo sabia vendré a llamar a esta casa, y usted me abrirá, ¿verdad?

—Sí, y será usted, si quiere, la dueña.

Roberto y Rosa se separaron muy buenos amigos.

Roberto llevó mucha gente a pasar temporadas a la casa del Laberinto: marquesas y duquesas arruinadas, príncipes y bohemios. No exigía nada a sus huéspedes; podían estar el tiempo que quisieran y hacer lo que les apeteciese.

Uno de los amigos de O'Neil, que pasaba a veces todo el invierno en la casa del Laberinto, era un astrónomo de Heidelberg, Hugo Werner. Werner era hombre de unos conocimientos vastísimos, que había dado lecciones a Roberto, cuando era estudiante de alemán y de astronomía.

Hugo Werner había estado durante mucho tiempo empleado en el Observatorio de Heidelberg, pero como era oscuro, puntilloso y soberbio, no quiso seguir en el observatorio; ensayó el dar varios cursos como *Privatdozent*, sin éxito, y se dedicó a estudios de astronomía matemática y a hacer horóscopos por entretenimiento y por sacar algún dinero.

Roberto era vecino del doctor Werner, que tenía un cuarto en una pensión de estudiantes, y que no se trataba con nadie. Roberto sintió curiosidad, y hasta simpatía, por aquel misántropo, y lo abordó y se hizo amigo suyo.

Mientras Roberto estuvo en Heidelberg, el doctor Hugo y él habían hablado y discutido mucho de todos los problemas divinos y humanos en el cuartucho del

astrónomo, en la Hauptstrasse, y en sus paseos por el Philosophenweg (el camino de los filósofos), a orillas del Neckar.

El doctor Werner era hombre alto, flaco, desgarbado; con anteojos, los pelos grises aplastados sobre la cabeza, la cara de expresión humana, reconcentrada y orgullosa. Era hombre sin necesidades y sin nervios; para él no había apenas diferencia entre la vida y los libros. No notaba el gusto de las comidas, ni el olor de las flores. Para él la sensualidad tenía los caracteres de una cosa cómica y grotesca.

Al astrónomo le era muy difícil ser afectuoso, porque no comprendía más que los valores intelectuales; lo demás, lo instintivo, lo pasional, no tenía valor para él.

Sin formulárselo, quizá, era un berkeleyano, porque para él la realidad era más problemática que para el autor de los diálogos de Hylas y de Philonous.

Le era muy difícil ser afectuoso y, sin embargo, tenía cierto afecto oscuro por O'Neil. El doctor Hugo era un hombre de conocimientos enciclopédicos; había leído todo lo legible y lo ilegible. En su cuartucho tenía cientos de cuadernos llenos de notas y miles de papeletas.

El doctor Werner había escrito varios libros. El primero, *El nuevo sistema del Cosmos*, era un libro genial. En los libros siguientes había defendido la tesis de que lo indispensable era fijar bien los hechos, sin teorizar. Roberto, que había leído su primera obra, tenía por ella gran entusiasmo; en cambio, las demás no le gustaban. Creía que el doctor Werner, por orgullo y por sistema, había matado su genialidad espontánea.

Al encontrarle Roberto al doctor, muy amargado, muy misántropo y muy triste, en uno de sus viajes a Heidelberg, le invitó a ir a Roccanera. Le dejaría una terraza para sus observaciones astronómicas y le compraría los aparatos que necesitara.

El doctor Werner aceptó, y casi todos los años iba a pasar una temporada a la casa del Laberinto. Cuando estaba allí apenas se le veía; todo su tiempo lo empleaba metido en la biblioteca leyendo o en la azotea mirando las estrellas

Algunas veces bajaba a ver cómo trabajaba el torrero y los dos solían pasear juntos.

Werner había hecho el horóscopo de Roberto O'Neil y de la casa del Laberinto, y era fatal. El suyo también era ad verso.

—Claro que es igual que sea bueno o malo —decía luego riendo con su risa fría e insípida—; pero el hecho es que son malos, tanto el suyo como el mío.

## Libro segundo

### Santa

#### 1

### Las dificultades de Galardi

Los primeros meses que pasó en Roccanera fueron difíciles para Juan Galardi. Aunque él no se daba cuenta clara, todos los allegados a la marquesa, desde el antiguo administrador, don Filiberto, hasta el último de los criados, eran enemigos suyos.

Don Filiberto le despreciaba; el nuevo administrador le parecía un bárbaro, un beocio, incapaz de comprender nada artístico.

—¿Qué habitaciones arreglaremos para su excelencia? —le preguntaron al vasco días después de llegar, mostrándole grandes salones decorativos.

—No me gustan estos lujos —había dicho Galardi—. Cualquier cuarto con una cama me basta.

Galardi quiso ir a habitar un guardillón, que le parecía un sitio muy bueno para él, quizá porque le recordaba su barco; pero la mujer de la casa, la Marietta, y su marido, Pascual, le convencieron de que no le correspondía un sitio tan malo, y quedaron de acuerdo en que se alojaría en una alcoba grande del segundo piso.

—¿Y comer? ¿Dónde va usted a comer?

—Comeré en la cocina con ustedes.

Efectivamente, comenzó a comer en la cocina, en compañía del viejo Pascual, lo que producía en las gentes de la casa cierta sorpresa y desdén. De día se sentaban cerca de una ventana con los cristales rotos, y de noche a la luz de un candil.

La cocina era grande, negra por el humo, con el techo derrumbado en muchas partes, que mostraba un cañizo me dio podrido.

La vieja guardiana del palacio, la Marietta, y su hija Gracia, servían la comida. Galardi aprendía con ellas el dialecto del país.

No se entendían bien. A él le faltaba el sentido histórico, el del fausto y el de la ostentación; la vieja, su marido y su hija lo tenían a su manera.

—¿Por qué no arreglan ustedes esta cocina? —les preguntaba él.

—¿Y usted por qué no va a comer al comedor? —le decían ellos.

La sencillez del vasco, su austeridad espontánea, que en él no era una virtud, sino una manifestación de su manera de ser, producía en aquella gente un sentimiento de desprecio. A pesar de que le llamaban Excelencia a todas horas, en el fondo se burlaban de un hombre así, que aunque tenía cierto orgullo, no sabía lo que era el sentimiento de las distancias.

El primero que se puso claramente contra Galardi fue un tal Pietro Guerra,

capataz de algunas propiedades de la marquesa, que se consideró perjudicado, porque el nuevo administrador había hecho una investigación, de la cual resultó que los jornaleros aparecían cobrando en las nóminas una cantidad mayor de la que en realidad cobraban.

Pietro Guerra creía que los diez o veinte céntimos que se beneficiaba por obrero le correspondían a él legítima mente. Galardi aseguró que no.

Discutieron los dos hombres una tarde, al anochecer, en el patio del palacio, y Galardi, creyendo que no tenía más que decir, volvió la espalda al capataz. Estaba acostumbrado a la obediencia del barco. Pietro Guerra, ofendido, en un súbito movimiento de furia, sacó un cuchillo y echó a correr tras el nuevo administrador, con tanta rabia y tan ciegamente, que se dio en la cara con una de las columnas.

Atontado por el golpe, se llevó la mano a la cara, porque sangraba de las narices, y luego, mareado sin duda, apoyó la mano en la columna y dejó allí una huella sangrienta con la marca de los dedos.

Cuando la Marietta, al día siguiente, quiso lavarla, Galardi le dijo que no la quitara y que serviría de saludable advertencia a los demás.

Galardi vivía en un salón del último piso del palacio, que le servía de despacho y de alcoba.

Tenía la sala dos grandes balcones con magníficas vistas al mar. Allí el marino se dedicaba a esclarecer las antiguas cuentas de don Filiberto y de los administradores que lo habían precedido en el cargo, cosa larga y difícil, porque ni con el hilo de Ariadna se podía orientar nadie en aquel laberinto de números.

Comenzó también el vasco a hacer el inventario de lo que había en el palacio, con una constancia y una energía que produjeron gran sorpresa.

Don Filiberto, sin dar la cara, le puso una serie de dificultades que él fue venciendo a fuerza de constancia.

Galardi pretendía que se aclararan todos los asuntos y se pusiera la administración al día. Le gustaba la idea de llevar un método en aquella confusión.

En sus gestiones con los capataces y los obreros quería que hubiese orden y poco escándalo.

Tenía la pretensión de que aquellas masas indisciplinadas de campesinos obedecieran como los marineros de un barco.

Lo que más le molestaba a Galardi eran las expansiones, los chismes, los gritos y las palabras exuberantes. No quería más que cumplir con su deber y que lo cumplieran los demás. Estaba así dispuesto a vivir modestamente. No intentó tener amistades con nadie.

Por otra parte, era difícil que un extranjero en un pueblo de la Calabria llegara a tener una amistad verdadera.

Al extranjero se le tenía allí por bárbaro y por estúpido, y si pretendía ganarse la

vida en el país, por un competidor odioso.

Un cierto sentimiento de misantropía le impulsaba a Galardi a hablar poco. Prefería montar a caballo y pescar. Esto era lo que más le gustaba.

Por las noches, después de su trabajo, leía las *Odas* de Horacio; luego, la *Historia de Guipúzcoa*, de Iztueta, en vascuence, y después dos o tres capítulos de la *Guía Espiritual*, de Molinos, y cuando estaba alegre tocaba la flauta.

Galardi era un vasco decidido y valiente.

## 2

### Le preparan trampas

Un día, poco después de acostarse, Galardi oyó cerca de su cuarto el raspar de una cerilla y una línea de luz por debajo de la puerta. Extrañado, saltó de la cama inmediatamente.

—¿Quién es? —gritó.

—Abra usted.

—¿Quién es? —volvió a preguntar Galardi.

—Abra usted, le digo.

La voz era de un mozo del pueblo a quien Galardi hacía una semana había despedido por holgazán. El mozo debía estar borracho.

Galardi se vistió rápidamente.

—¿Qué quiere usted? —preguntó, acercándose a la puerta.

—Quiero hablar con usted.

—Ésta no es hora de hablar con nadie —replicó el vasco, siempre ordenancista.

—Pues yo tengo que hablar con usted.

—Venga usted mañana.

—No; tiene que ser ahora mismo.

Galardi encendió la luz y arrió una cómoda pesada delante de la puerta, pues ésta no tenía llave.

El mozo campesino empujó la puerta con la espalda y la llegó a entreabrir. Galardi arrancó un barrote grueso de la cama, que era de madera, y esperó.

—No entre usted o le costará caro —gritó.

El mozo dio un nuevo empujón, y empujando la puerta sacó la cabeza por la abertura y el brazo armado de una navaja.

Al verle, Galardi le descargó tal golpe, que el mozo cayó al suelo desmayado, y el barrote de la cama al choque quedó hecho pedazos.

Desde aquel día el marino se mudó a un cuarto con unas puertas fortísimas, que se cerraban con grandes barras de hierro, y se agenció una escopeta, que la colgó cargada a la cabecera de la cama.

Las gentes que le rodeaban, al ver que Galardi era hombre valiente y sereno, dejaron de pretender asustarle e intentaron el soborno. Primero, le ofrecieron dinero para que no insistiera demasiado en aclarar las cuentas. Él lo rechazó sin aspavientos. Luego, una vieja del pueblo fue a hablarle de unas muchachas; pero él no quiso oír nada de esto.

Acostumbrado a vivir en el barco, sin ver mujeres, no quería nada con ellas. Tenía cerca de treinta años; el pelo, que comenzaba a blanquear prematuramente, y se consideraba viejo.

En vista del poco éxito de las maniobras, se dedicaron a desacreditarle y a mandarle anónimos, acusándole de ladrón, de intrigante y de agente de los jesuitas, que quería apoderarse de todo.

Galardi pensaba que en el pueblo nadie tenía buena intención para él más que la vieja Marietta, que le hacía la comida, y su marido Pascual, a pesar de que éste era muy marrullero y maquiavélico.

Pronto tuvo que perder tal ilusión.

Galardi, para terminar el inventario de la casa, había recorrido todas las dependencias de aquel palacio enorme y destartado, desde los pisos bajos, convertidos en almacenes, hasta las guardillas, en donde anidaban las lechuzas y los búhos.

La contemplación de tantos salones, estrados, alcobas, galerías, patios y azoteas le dejaba perplejo.

Un afán así por lo grande no lo comprendía. Una casa la cuarta parte de aquélla, pensaba Galardi, era suficiente para una familia rica y en plena opulencia.

El instinto de grandeza, mezclado a la suciedad y al abandono, patrimonio de las razas latinas, le sorprendía y le maravillaba.

Galardi, con su espíritu absolutista, no dejó una rinconada, ni un corredor, ni un agujero sin visitar.

Había una galería que pasaba por encima de una cornisa y que estaba cerrada. El vasco creyó que debía verla, por si en ella encontraba algo que catalogar.

—¿No se puede pasar por esa galería? —preguntó Galardi un día a Pascual, el marido de la guardiana.

—Sí, creo que sí. El suelo no debe estar muy bueno en algunas partes; pero yo he pasado por ahí no hace mucho tiempo.

Galardi abrió la puerta de la galería, que estaba cerrada con un clavo, y entró y tuvo la suerte de tropezar a los pocos pasos y de caerse.

Fue una gran suerte para él, porque un poco más lejos, a una distancia de un metro de donde había caído, faltaba el piso por completo y no quedaba de él más que unas tablas delgadas y podridas. En la galería no se veía, y de haber puesto el pie allí, hubiera desaparecido como por escotillón. El salto hubiese sido de veinte metros hasta el fondo de un patio.

Galardi pensó en obligarle a Pascual a acompañarle y a ir delante de él por la galería; pero esto hubiera sido lo mismo que darse por enterado de las intenciones del viejo y disimuló y no dijo nada.

Galardi era un vasco decidido y valiente.

### 3

## Los campesinos

La vida en Roccanera no podía decirse que fuese ni muy suave ni muy amable.

Aunque en este tiempo la Calabria no tenía los caracteres de ferocidad y de barbarie con que antiguamente la pintaran, la existencia era allí dura, acre y apasionada.

La gente se manifestaba recelosa y poco inclinada a la sociedad. La desconfianza era general. Los odios entre las familias enemigas se perpetuaban con saña durante generaciones y las vendettas se hacían eternas como en Córcega.

En Roccanera no había justicia. Ciertamente que para los descontentos no hay justicia en ninguna parte y quizá sea verdad; pero, en fin, en algunos sitios hay una apariencia de justicia, y esto tranquiliza a las buenas almas, un poco pusilánimes.

Allí nadie respetaba a los magistrados; cosa que, como es natural, se consideraba de una inmoralidad subversiva. Para los hombres de un espíritu cínico y anárquico el magistrado casi siempre no es más que el perro de presa de la sociedad conservadora, un producto de barbarie y de agresividad, que merece el desprecio más que la estimación. Realmente, para ser juez o magistrado hay que tener o una gran petulancia o una gran estupidez.

Allí, en Roccanera, los asuntos más difíciles se arreglaban con dinero. Los perseguidos por la justicia, si tenían medios, los empleaban en comprar a los jueces, procuradores y abogados, que eran perfectamente venales; si no los tenían, se echaban al campo, vivían como salteadores, y cuando no podían más, emigraban.

El país había sufrido mucho desde la invasión francesa, y los aldeanos estaban acostumbrados al bandidaje. El echarse al campo era entre ellos una manifestación de la hombría, una protesta de la gente de corazón y de coraje contra la aplicación de la ley, casi siempre injusta. Los grandes ricos, dueños de extensos latifundios, eran todavía feudales, y los que decaían y se arruinaban dejaban sus tierras en manos de usureros y de comerciantes, no más generosos que los antiguos dueños.

Los curas tenían mucha influencia en el país, a pesar de que los campesinos, gente la mayoría lista, sutil y de gran agudeza y escepticismo, los despreciaban profundamente.

En el campo la gente vivía mal. Los grandes terratenientes querían ganar mucho y explotaban a los campesinos, sin freno, haciéndoles dormir en sitios malsanos, dándoles una comida deficiente, sin sal, harinas podridas y agua mala. Los ricos eran omnipotentes, hacían lo que querían, todos los resortes del Estado se hallaban en sus manos. Ellos ponían y quitaban a los empleados de Hacienda, lo que les permitía ocultar la riqueza al fisco; ellos tenían a sus órdenes a los jueces, a la policía y a los carabineros, y ellos influían en la Iglesia, aunque luego, a su vez, la Iglesia influyera

en ellos.

## 4

### El monte y el mar

El término municipal de Roccanera abarcaba una gran extensión de costas, de llanuras y de montes, hasta casi la cima de los Apeninos.

Las tierras de los contornos, muy fértiles, apenas tenían necesidad de abonos. Las lluvias eran abundantes. En las llanuras próximas al mar, algunas muy bien regadas, la vegetación era espléndida y se recogían varias cosechas al año.

En aquellos lugares, en los cuales llovía mucho en primavera y en los que durante el verano calentaba el sol de una manera terrible, se formaban charcas y extensiones pantanosas y había en otoño fiebres palúdicas.

En invierno, la temperatura en los altos era fría y la nieve brillaba en las cumbres y en los montes próximos.

Dentro de la comarca de Roccanera había varios pueblos y se notaba un gran contraste entre la ciudad marina y las aldeas de la montaña.

La forma de las casas y de las calles, la clase de vida, el tipo de los habitantes, la constitución de la propiedad; todo presentaba distinto carácter en el monte y en el llano. Las mujeres eran también de otro tipo: morenas, vivas, expresivas, en la llanura y en la costa; rubias, más blancas y más fuertes, en la montaña. En la costa, sobre todo en La Marina, se veían muchachas de una belleza clásica; en cambio, en el monte aparecía un tipo céltico o germánico.

Galardi subió a la cúspide de los Apeninos, coronados por una vasta meseta, llamada la Sila, cuya superficie se hallaba cubierta de prados, de haciendas y de aldeas.

De las cimas de aquellas montañas, en donde aparecían los crestones de las rocas plutónicas, escapaban una multitud de arroyos y de arroyuelos, convertidos el invierno en torrentes.

Una cintura de espesos bosques, de robles, hayas, abetos y castaños rodeaba las pedregosas alturas de pórvido y de granito.

Más abajo comenzaban las encinas, los pinos y los cipreses, y luego los matorrales de mirtos, adelfas, retamas, cornicabras, jaras, romeros y cantuesos.

Galardi recorrió las altas cimas y contempló los valles, tenebrosos e inhabitados; las gargantas anchas entre picachos, donde el aire, transparente e inmóvil, parecía una masa de cristal de roca y donde el silencio profundo se turbaba por la caída de las aguas espumosas.

En la estación de las grandes lluvias el agua corría viva, verde, por entre los despeñaderos y torrenteras, de enormes piedras negras y gigantescas, obstruidas por troncos de árboles podridos y cubiertos de musgo; pasaba por hoces de rocas, confusas y caóticas; se remansaba, saltaba en chorros espumosos, se metía en los

canales de las serrerías pequeñas, con sus tejados de pizarra gris o de teja roja; desaparecía por las cañadas y las gargantas tenebrosas, y aparecía de pronto, brillando como el azogue, a precipitarse estruendosamente desde una gran altura, deshaciéndose en neblina en el aire y llenando de perlas de rocío las hierbas.

En la primavera era un espectáculo admirable contemplar los montes; en los valles bajos, con los prados húmedos, de esmeralda, llenos de florecillas, pacían los corderos; en las faldas se extendían los bosques de castaños y de encinas; y en las cumbres se amontonaban oscuros los bloques graníticos, asentados con majestuosa gravedad y unidos en acumulaciones ciclópeas.

Cuando las cimas aparecían cubiertas de nieve, presentaban una claridad y una transparencia como si no tuvieran espesor ni materia, en el azul profundo e intenso.

Cuando había nubes en el cielo, las montañas blancas, de una blancura inmaculada, adquirían aún más prestigio; las nubes, al interponerse entre el sol y las montañas, dejaban en éstas encajes de sombras con caprichosos perfiles.

Aquellos mares azules del cielo, con sus nubes blancas, y los bloques, más blancos aún, de los picos nevados, tan pronto plata, tan pronto mármol sonrosado, producían una embriaguez de aire y de espacio.

Desde el monte la llanura era admirable en primavera. Gran parte de ella se inundaba y se llenaba de lagunas.

En medio del espejo de las lagunas se veían islotes de árboles y de matorrales. En los bordes brillaban los follajes, jóvenes y tiernos, de los chopos, con una suavidad y una timidez de adolescencia.

A un lado y a otro, entre las tierras rojas y amarillas, entre los manchones de pizarras y los cerrillos de yeso, comenzaba a lucir el verde profundo de los bancales de trigo y de cebada. Alrededor de Roccanera se escalonaban los cerros pedregosos, las trincheras de piedras áridas, donde sólo crecían matas de hierbas.

Extendiendo la vista a la costa se veía el caserío de Roccanera, negro y oscuro, y la concha del golfo entre sus dos puntas, con el mar azul en lo lejano, turbio y como aceitoso en algunos puntos y bordeado de espuma cerca de las rocas.

## La Roccanera y Galardi

Cuando la marquesa Roccanera se presentó en el pueblo, como todos los años, Galardi le envió recado, preguntándole cuándo podría ir a verla, y se presentó a ella con sus libros de comercio bajo el brazo y una cartera llena de billetes.

Doña Laura estaba en el gran salón del palacio, vestida de negro, muy decorativa, en compañía de Rosa Malaspina.

Galardi la saludó ceremoniosamente, le explicó sus trabajos y le quiso mostrar sus cuentas.

—Pero, mi querido amigo —saltó ella—, ¿quiere usted que yo vea todo eso?

—Me parece indispensable, si quiere usted darse cuenta de la marcha de sus haciendas —le contestó don Juan.

—No, no. Es demasiado trabajo para mí.

—Lo que usted mande. Si le parece mejor, puede usted nombrar una persona que vaya comprobando mis cuentas.

—¡Qué locura! ¿Para qué? Tengo mucha confianza en usted.

—Sin embargo, me parece que estaría muy bien la comprobación. Yo he podido equivocarme.

—Usted no se equivoca, mi querido amigo, o si se equivoca, no es en las cuentas.

—Quizá sea en el conjunto general.

—No, no.

La Malaspina tomó un periódico y se puso a leerlo, para permitir que Laura y don Juan hablaran con más confianza.

—No creí que tomara usted tan en serio el cargo de ser administrador —dijo la Roccanera con ironía.

—Yo no comprendo cómo un cargo así se puede tomar en broma —replicó él.

—Pero es que usted, mi querido amigo, ha venido a Roccanera a ser el Bayardo o el Orlando furioso de los administradores. Quiere usted moralizar a trancazos a mi gente.

—Yo no tengo la culpa de que la gente que vive sobre sus propiedades sean unos granujas y unos ladrones.

—Sí, sí, quizá; pero tienen su lado bueno, que usted no lo nota ni lo comprende. Además, ¿por qué esta vida miserable que usted ha llevado aquí? ¿Es que quiere usted desacreditarme? Yo no le he dicho a usted nunca que viva así, durmiendo en una guardilla y comiendo en la cocina.

—Eso ha sido cosa mía.

—Sí, cosa de usted; pero que a mí me desacredita.

Galardi no daba importancia a estos reparos, que le parecían advertencias

insignificantes y sin valor. Luego, para demostrar cómo era cierta la mala intención de la gente de Roccanera, contó la escena con el campesino que había intentado penetrar en su cuarto de noche; la riña con el capataz Pietro Guerra y lo ocurrido en la galería alta, cuando quiso pasar por ella, siguiendo las indicaciones de Pascual, el marido de Marietta.

—¿Y usted cree que el pobre viejecito le habrá dado ese consejo para que usted se cayera desde allá arriba? —le preguntó doña Laura.

—Lo creo firmemente, señora.

—¡Ah, no! ¡Qué horror! Lo que pasa es que usted no comprende a mis gentes; no entiende los motivos que tienen para obrar.

—Creo que los comprendo demasiado bien.

—No, no. ¿Oyes, Rosa, lo que dice? ¿A ti te parece posible eso?

—No. ¡Ca! Es, seguramente, una ilusión del señor Galardi.

Al decir esto, la Malaspina sonreía, como pensando que aquello y mucho más no le hubiera chocado nada.

—Ese pobre viejecito —dijo donjuán— no quería más sino que yo me estrellara desde una altura de veintitantos metros.

La Malaspina sonrió de nuevo.

—Lo que va usted a hacer —dijo la Roccanera— es ir a vivir a la granja próxima a la casa del Laberinto. Esta granja es de mi marido. El hombre que vive allí, Alfio, es de una familia que de padres a hijos han sido capataces de las fincas nuestras. Con él se entenderá usted bien; ¿quiere usted ir?

—Sí, señora; lo que usted me mande.

—Le escribiré una esquela.

Mientras Laura escribía, pensaba que era bien triste el que este hombre, a quien ella quería, no como a un primer galán, pero sí como a un galán joven, y que podía tener derechos para ser su amante, se considerara más a su gusto en su humilde papel de administrador.

Era Laura Roccanera una mujer joven aún, llena de atractivos, que había tenido la extraña suerte de querer a dos hombres absurdos, distintos a ella, con los cuales no podía entenderse.

Cuando la Roccanera tendió la esquela a don Juan, éste la tomó, saludó respetuosamente y se marchó.

—¿Has visto? —preguntó Laura a Rosa.

—Sí. ¡Qué tipo de hombre más absurdo! ¡Y tiene un aire cada vez más interesante!

—Los ojos los tiene muy expresivos, muy profundos.

—Sí; unos ojos de una gravedad de hombre primitivo.

Laura confesó a su amiga que estaba entristecida y humillada. Había pensado que

él la esperaba anhelante y muerto de amor, y le encontraba con sus libros de comercio y sus cuentas.

—Ya ves tú qué dos hombres he querido yo: Roberto, que es un loco, y éste, que es tan absurdo.

—¡Ah, no! Roberto es encantador.

—¿Tú le admiras?

—Le admiro y le quiero. ¡Es tan poeta, tan delicado!

—Y éste, ¿qué te parece?

—¿Don Juan? Muy bien. Es un español, caballero, quizá no muy comprensivo...

Laura Roccanera y Rosa Malaspina no veían en el mundo más que el amor; todo lo demás les parecía insignificante y ridículo.

Tras de esta afirmación de la primacía de Eros no estaban en todo conformes. Para la Roccanera el amor tenía que ir unido siempre a la admiración, al fausto; la Malaspina pensaba que podía ir unido a cierta compasión.

¿Quién era más mujer? No es fácil saberlo.

Al marcharse Rosa, doña Laura contó el dinero que le entregó Galardi, y vio que por la buena administración del vasco su renta había subido mucho. Esto sirvió de lenitivo a sus penas, porque la Roccanera necesitaba dinero siempre.

## 6

### La casa de Alfio

Cuando don Juan Galardi se presentó en la granja que en parte rodeaba a la casa del Laberinto, el encargado, Alfio Santorio, le recibió muy bien. Sabía Alfio lo ocurrido a don Juan en el palacio de Roccanera, y la actitud decidida y valiente del antiguo marino le había granjeado su simpatía.

—La *padrona* está rodeada de granujas —le dijo Alfio.

Alfio era un hombre de unos cuarenta y cinco a cincuenta años, grueso, de cara redonda, afeitada; muy limpio y muy bien cuidado. Tenía aire de hombre sano y fuerte y cierta rigidez en sus ademanes de militar. Vestía traje de paño tosco, pantalón corto y una camisa burda, pero siempre limpia, de lienzo grueso.

Alfio mostró a don Juan, por fuera, la casa de la granja, que el Inglés había mandado construir.

La casa de la granja era muy hermosa. Se levantaba sobre una colina suave, a poca distancia del mar. Era una casona ancha, blanca, de un piso, asentada sobre un basamento de piedra con contrafuertes para que estuviera preservada de la humedad y con una gran terraza. Tenía una azotea, una torre cuadrada, con su mirador, y en ella un reloj de sol.

Cerca de la casa de la granja pasaba el arroyo que cruzaba el Laberinto.

A ambas orillas había árboles frutales, naranjos, limoneros y granados, que en la primavera, llenos de flor, formaban un zócalo a la granja.

A todo lo largo del arroyo que venía del parque, en las orillas, la vegetación era de un verde intenso que parecía negro; las cañas alcanzaban una altura extraordinaria, y los juncos, las ninfeas y los nenúfares brotaban en el agua corriente.

Alrededor de la casa de la granja se veían las tierras de sembradura, rojas y negruzcas, cuando no estaban verdes por la cebada o el trigo naciente.

Alfio tenía maíz, lino, cereales, prados para las vacas y algodoneros. Después de los campos, vieron la casa por dentro, muy cómoda, con cuartos espaciosos y con muebles sencillos.

El comedor era grande, cuadrado y bajo de techo, con trofeos de caza, águilas disecadas y cabezas de ciervo. En medio había una mesa pesada y en la pared varias estampas y un paisaje de relieve, un juguete mecánico, con una iglesia, un molino y una fragua. La torre de la iglesia de este juguete tenía un reloj de verdad, que andaba; por el canal del molino pasaba una cinta plateada que imitaba el agua, y en la fragua, el herrero hacía moverse el martillo, que marcaba los minutos.

Alfio, después de mostrar satisfecho su casa, le dijo a don Juan que podía elegir el cuarto que le pareciera mejor. Galardi escogió una alcoba pequeña que daba hacia el mar.

Galardi y Alfio se hicieron pronto amigos.

Alfio había sido sargento de gendarmes y era un hombre rudo, honrado y autoritario. Creía que faltaba disciplina y respeto en el mundo, con lo cual se sentía identificado con Galardi, a quien le parecía lo mismo.

Decía que su mejor amigo era el fusil de repetición, que tenía cargado con bala a la cabecera de la cama.

Alfio y don Juan coincidían en muchas cosas

El vasco llevó a su nuevo cuarto todo su ajuar, que era bien pequeño, y siguió su vida ordinaria, lejos de aquel nido de víboras, como llamaba él a Roccanera.

Por la mañana, cuando la luz turbia del amanecer aparecía en el cristal de la ventana, Galardi se levantaba y salía a pasear por el monte o por la playa. Luego trabajaba, escribiendo y haciendo cuentas, o iba a visitar las tierras que administraba.

Al caer de la tarde, don Juan y Alfio se sentaban los dos delante del pórtico de la casa y charlaban largamente.

En la fachada de la granja había varias parras que daban sombra, y en sus balcones, unas trenzas hechas con mazorcas de maíz.

Alfio no tenía ningún amor por el mar; después de la milicia, sus entusiasmos eran la agricultura y la ganadería. Por las noches, Alfio y Galardi se reunían al lado del fuego, mientras Simonetta, la mujer de Alfio, les preparaba la cena.

Alfio tenía un hijo y una hija. El hijo, que acababa de ser licenciado del ejército, estaba entonces de capataz en una finca de un pueblo de Sicilia, y la hija pasando una temporada con una prima suya que vivía en la montaña.

Alfio contaba de noche las historias del país, las aventuras de la gente que se había echado al monte y él había perseguido. En estos relatos luchaban sus simpatías de calabrés, su entusiasmo por el hombre de coraje, valiente y audaz, con su respeto por la disciplina y por la ley. Galardi hablaba de sus viajes.

## Santa y Odilia

Unas semanas después de vivir en la granja, Galardi se levantó y fue con intención de bañarse a la playa que estaba al otro lado de la Punta Rosa.

Tomó por una carretera polvorienta, entre viñedos, pitas y grandes chumberas, que daba vuelta a la tapia de la finca del Laberinto, y salió a la playa de la Arena, que también llamaban la playa Grande.

Al llegar frente al mar, vio que hacia las rocas de la Punta Rosa había dos muchachas que marchaban por el arenal con un perro grande, negro.

De las dos muchachas una era alta, rubia y fuerte; la otra, morena, más pequeña y más bonita. La rubia tiraba piedras planas horizontalmente, que iban saltando varias veces al chocar en la superficie del agua.

Galardi se sentó y esperó a que se alejaran las dos muchachas, pero no se alejaron.

La playa Grande era un arenal pedregoso, lleno de matorrales, de juncos, de lentiscos y de euforbios, parecidos a la lechetrezna que al cogerlos echaban una savia blanca, espesa y lechosa. Todo el acervo de la playa estaba lleno de barreduras del mar.

A lo lejos, hacia la Punta del Caballo, se veían los cantiles al sol, con las sombras oscuras en los sitios derrumbados. El mar tenía aquella mañana, cerca del arenal, un color de barro amarillo, rojizo y más lejos era de un azul intenso.

Galardi se metió entre las rocas con la intención de desnudarse; pero el perro negro de las muchachas que le vio se puso a ladrarle furiosamente. Las muchachas se acercaron.

—¡Ven aquí, *Plutón!* —gritó la rubia varias veces.

—*Plutón* protesta de mi presencia —dijo Galardi riendo.

—Tendrá usted que marcharse —indicó la rubia.

—Que ladre —replicó don Juan—; no me pienso ir, porque he venido con la idea de bañarme.

—No se bañe usted aquí, por Dios —dijo acercándose la muchacha morena.

—¿Por qué?

—Porque hay mucha resaca, y al que se descuida se lo lleva el mar.

—¡Bah! Yo soy buen nadador.

—También hay pulpos y algas, que se enredan en los pies.

—Bueno; como en todas partes.

—Y hasta hay sirenas —añadió la rubia.

—Pero todo eso es una broma.

—¡Quién sabe!

—Es mejor que no se bañe usted aquí —volvió a decir la muchacha morena—; en el pueblo es mucho más segura la playa.

—Sí; pero es que yo vivo muy lejos del pueblo.

—Pues ¿dónde vive usted?

—Al final del camino, en esta granja, que es de un señor que se llama Alfio Santorio.

—¿En casa de mi padre?

—¡Ah! ¿Entonces usted es la hija de Alfio? ¿Santa?

—La misma.

—He oído hablar mucho de usted. Ayer no le esperaban a usted sus padres.

—No; hemos llegado de improviso. Ésta es mi prima Odilia, que viene conmigo a pasar unos días en casa.

Galardi dio la mano a las dos muchachas y acarició a *Plutón*, el perro, que hizo con él buenas amistades.

Luego estuvieron contemplando el mar. El cielo azul tenía grandes nubes que parecían de mármol, las olas venían a morir hirviendo en la playa, reventaban en las primeras rocas de la Punta Rosa y levantaban nubes de espuma que se deshacían al sol.

Charlaron los tres. Santa era una muchacha muy bonita y muy simpática, con el óvalo de la cara perfecto, los ojos grandes y melancólicos, el pelo de color de caoba, dividido en dos bandas, y un aire de madonna.

Odilia era fuerte, corpulenta y atlética; tenía la cara ancha y un poco juanetuda; los ojos verdes y una magnífica cabellera rubia, casi roja. Su apellido era Guiscardo, apellido de uno de los conquistadores normandos, y ella, por lo que dijo, estaba enterada de lo ilustre de su genealogía.

Cuando se cansaron de la playa, volvieron a la granja, y Santa le contó a su padre cómo habían encontrado a Galardi, al otro lado de la Punta Rosa, decidido a bañarse en la playa de la Arena.

—Es mal sitio ése —le dijo Alfio—. En la finca tenemos un lugar magnífico para bañarse.

Galardi no había preguntado a Alfio nada del Laberinto, ni pretendido entrar en él. Alfio le quiso enseñar la finca una tarde. Recorrieron toda la casa y vieron el museo de marina, donde estaba trabajando el antiguo torrero Juan Bautista Pica.

A Galardi, que era hombre de poca imaginación, le sorprendió todo aquello como una extravagancia.

A Odilia Guiscardo, a pesar de haber estado allí varias veces, le producía la casa del Laberinto, con su parque y sus jardines y sus rocas del mar, un gran entusiasmo, que se traducían en largas tiradas de versos de la *Jerusalén Libertada* y de *Orlando Furioso*.

Santa y Odilia eran completamente distintas de carácter.

Santa, humilde, suave, muy dulce, aunque un tanto burlona; Odilia, orgullosa, ambiciosa, sensual y llena de ideas aventureras.

Santa era muy devota y también un poco supersticiosa; Odilia se manifestaba incrédula y pagana y despreciadora de la moral corriente.

En los días posteriores, Galardi se sorprendió de los contrastes del carácter de las dos muchachas.

Santa se contentaba con trabajar delante de su ventana, cosiendo y bordando.

Odilia se paseaba por los caminos del monte con su escopeta y su perro *Plutón*. Había cazado águilas y buitres en la cumbre de los Apeninos, y durante el invierno había salido alguna vez a dar batidas a los lobos. Allá, como no tenía animales feroces, cazaba pájaros.

—¿No te da pena matar a un pájaro? —le preguntaba Santa.

—A mí, no. Al revés. Me gusta ver su sangre y sentir su cuerpo aún caliente en la mano.

—Qué mal me parece eso. ¡Qué crueldad!

Odilia, mientras estaba en casa de Alfio, solía andar por el sendero del acantilado que marchaba cerca del mar. A muchos, el pasar por allí les producía el vértigo, hasta tal punto que tenían que echarse al suelo; pero Odilia tenía la cabeza fuerte.

A Odilia le gustaba el peligro. Muchas veces, con el pie puesto sobre algún matorral, miraba hacia abajo y quedaba encantada viendo el caos de las olas y de las espumas entre los peñascos negros, en el mar agitado por la resaca. Cuando el viento silbaba en las alturas, las piedras del abismo se derrumbaban y caían al mar y parecía que todo el monte iba a deshacerse.

Galardi y Odilia, mientras estuvieron juntos en casa de Alfio, riñeron repetidas veces.

Galardi encontraba un poco absurdas las ideas de Odilia, quien afirmaba sus caprichos con una gran soberbia y tesón. Se marchó Odilia al pueblo alto de la montaña, de donde era, y quedó Santa sin su prima.

Se acercaba el invierno y por las noches, al amor de la lumbre, Galardi charlaba con Alfio, con su mujer y su hija Santa hacía lo posible por encontrarse a todas horas con don Juan y hablar con él. A él le gustaba mucho también charlar con ella. Ella se iba enamorando de él por momentos; él sentía por ella una ternura de padre.

La actitud un poco fría del extranjero, su vida de marino llena de aventuras, influía con la imaginación de la muchacha, que veía a don Juan como a un héroe. Luego aquel con traste de la cabeza ya casi blanca con el bigote negro y los ojos de hombre joven le cautivaban a Santa.

La Simonetta miraba a su hija con tristeza y Alfio a veces comenzaba a fruncir el ceño y a pensar si habría hecho mal en tener en su casa a un extranjero.

## 8

### La procesión en el mar

La amistad de la muchacha y del marino fue haciéndose cada vez más acendrada y viva. Santa tenía un carácter ardiente y dulce; sentía una gran simpatía por todo y un gran optimismo. Nada le parecía mal.

Galardi y Santa salían a pasear juntos por los jardines del Laberinto. Alfio y la Simonetta les espiaban con la mirada.

En pleno verano, en julio, el día de la Virgen, que era gran fiesta en Roccanera, fueron Santa y su madre, acompañadas de Galardi, al pueblo, en un carricoche muy vistoso. Era un calesín o *corricolo* a la antigua, con arcos muy brillantes y un cucurucho de campanillas en la collera de los caballos.

La Virgen del Carmen era la patrona de los marinos de Roccanera. Se tenía la costumbre en la ciudad de hacer una procesión en el mar. El día anterior se llevaba a la Virgen de la capilla del barrio de La Marina a la catedral.

Santa y su madre, con Galardi, estuvieron contemplando la fiesta desde una altura de la carretera, próxima a la puerta de San Juan.

Al caer de la tarde apareció la comitiva, los estandartes, las mangas parroquiales, los marineros con sus cirios, y luego las hijas de María vestidas de blanco, con trajes de gasa, coronas y velos.

Las primeras muchachas marchaban con un estandarte bordado en oro, y las últimas llevaban en andas una imagen pequeña de la Virgen, llena de flores.

Parecían estas muchachas, sobre todo de lejos, vestales, algo muy misterioso y poético. Iban de dos en dos, y muchas tenían la cara tapada. Detrás marchaban los carabineros y la música.

La comitiva salió del pueblo por la puerta de la Pescadería y bajó a la Ribera. Se embarcó a la Virgen, como era costumbre, en una barca, vestida con alfombras, terciopelos y tapices; adornada con flores e iluminada con faroles. Entraron en la primera y en las otras barcas las muchachas de blanco y los curas con la cruz alzada y los estandartes.

Los últimos rayos del sol iluminaban el oro y las pedrerías de las imágenes y de las casullas...

Alrededor de las barcas principales se iba acumulando una multitud de lanchas, botes y balandros, adornados con alfombras y faroles. Luego vino el saludo: los estandartes se fueron inclinando ante la Virgen; los marineros levantaron los remos; después comenzaron los cantos y empezaron las barcas a marchar despacio...

Entonces tocó la banda de música, que iba también en una lancha y la gente del cortejo tiró cohetes o se puso a disparar las escopetas.

Ya oscurecido, volvieron las barcas a atracar en el otro extremo de la Ribera y se

llevó la Virgen en procesión a la capilla del barrio de La Marina.

El espectáculo tenía momentos maravillosos; el efecto, en el mar, sobre todo cuando ya oscurecía, con los faroles y los estandartes y las campanas de las iglesias del pueblo, que comenzaban a tocar a vuelo con un timbre muy suave y armonioso, era extraordinario. Santa y su madre, con Galardi, fueron de un lado a otro para ver de cerca la procesión.

—¡Qué belleza! —decía Santa a cada paso, conmovida.

Al concluir la fiesta, el público reflujo en la plaza del pueblo y comenzaron las músicas, con violines, guitarras, flautas y platillos; los paseos y los bailes.

Los pescadores, ya entrada la noche, como fin de fiesta, tenían la costumbre de coger una barca vieja y roñosa, empaparla en alquitrán y quemarla en la playa entre el estrépito de los cohetes.

Estaban Santa, con su madre y Galardi, contemplando la quema de la barca, otra vez desde cerca de la puerta de San Juan, cuando un hombre del pueblo agarró de la cintura a la muchacha y la besó en el cuello. Ella dio un grito de terror. Galardi se lanzó sobre el hombre, lo cogió, lo empujó y lo tiró al suelo.

El hombre era un tipo grueso, fuerte, rechoncho, de cara redonda y pelo rojizo; al levantarse del suelo sacó un cuchillo para atacar a Galardi, pero al ver a éste que le esperaba sereno, se contuvo. Galardi era un vasco, decidido y valiente.

El hombre, según se dijo, era un vendedor de aceite, y en aquel momento estaba borracho.

El público convenció al vendedor de aceite de que había hecho mal, y éste se acercó a Galardi a darle sus excusas.

Santa estaba asustada y quería volver cuanto antes a casa; así, que en cuanto encontraron el carricoche retornaron. La noche estaba estrellada, tibia, suave; las constelaciones refulgían con una brillantez extraordinaria. Alfio esperaba a los expedicionarios y tomó el caballo para llevarlo a la cuadra. La Simonetta entró en la casa, y Santa, al verse sola en la terraza con Galardi, se echó en sus brazos con pasión.

En los días siguientes el ceño de Alfio se fue acentuando. El hombre estaba sombrío, triste y malhumorado.

Santa le dijo a don Juan que debía decir a su madre que había entre ellos relaciones amorosas. Galardi no tuvo inconveniente en ello y se lo manifestó a los padres. Alfio, al saberlo, estrechó la mano efusivamente a Galardi y le dijo sonriendo:

—Me ha quitado usted un gran peso de encima.

—¿Por qué?

—Porque la chica está enamorada de usted. Yo ya sé que usted no es capaz de una mala acción; pero podía usted no quererla, y para esta pobre chica, tan buena como es, hubiera sido una desdicha, quizá la muerte.

Se fijó la época de la boda. Santa era feliz. En su cuarto, cosiendo y bordando las ropas para su ajuar, no se hubiera cambiado por una princesa.

## Roberto en el Laberinto

Por entonces, en el otoño, se presentó Roberto O'Neil en la casa del Laberinto.

Venía acompañado de un misionero católico irlandés.

Al poco tiempo apareció el astrónomo alemán, el doctor Werner.

Roberto llegaba de Esmirna. Había visitado el Cáucaso y recorrido los puertos del mar Negro, el Asia Menor y el archipiélago griego. O'Neil estaba flaco, abandonado; traía anteojos azules. Tenía los ojos hundidos, y la cara con arrugas profundas.

Padecía desde hacía tiempo fiebres palúdicas. Como no tenía servidumbre, Roberto iba a comer a la granja.

Con Roberto iban también el misionero y el astrónomo Werner.

Galardi no se unía a ellos; pensaba que no le podía hacer mucha gracia a Roberto el saber que él había tenido relaciones con su mujer.

El misionero irlandés, Mac Donald, había viajado por medio mundo, sobre todo por el Extremo Oriente.

Mac Donald era hombre alto, que había sido rubio, de barba y pelo canosos, ojos azules profundos y color sano. Su cristianismo era un poco vago y nada dogmático, pero en la práctica seguía una porción de hábitos a los cuales no daba mucha importancia.

Este misionero, mientras estuvo alojado en la casa del Laberinto, visitaba con frecuencia un convento de capuchinos, pequeño, que había a una legua de Roccanera.

Cuando se marchó el misionero, O'Neil quedó solo. El astrónomo Werner se encerraba en su observatorio y no aparecía. Roberto contrató a una tripulación para su barco, pero no podía salir porque estaba enfermo.

Un día Roberto llamó a Galardi. Estaba en la cama, en una alcoba pequeña próxima a la biblioteca, temblando de frío y envuelto en mantas.

—¿Me quería usted algo? —le preguntó Galardi.

—Sí. ¿Usted es el administrador de la marquesa Roccanera?

—Sí, señor.

—¿Marino?

—Sí.

—¿Quiere usted hacerme un favor?

—Si está en mí, con mucho gusto.

—Tome usted el barco mío y vaya usted a Nápoles y tráigame usted cien gramos de quinina de esta farmacia que está indicada aquí.

—Muy bien.

—No confío mucho en la quinina del farmacéutico del pueblo; la tomo y no me quita la fiebre.

Fue Galardi a Nápoles y volvió al día siguiente con la quinina.

Durante su tratamiento, O'Neil se pasaba casi todo el día en la Batería de las Damas, tendido en una butaca.

Santa, Alfio y Galardi solían hacerle compañía. Iba también con frecuencia el torrero Pica y algunas veces el astrónomo Werner.

Roberto relataba muy bien sus aventuras y describía con detalles lo visto por él en su último viaje.

Contaba mil cosas pintorescas de la vida de los francos, como se llama entre los musulmanes a los europeos; retrataba a los tártaros, y a los kurdos, y a los palikaros orgullosos que bajaban de sus montañas armados hasta los dientes.

Describía también Sidón, en su pequeño promontorio; Esmirna, grande con sus bazares, que desde lejos, con sus minaretes blancos, parece un altar lleno de velas; Samos, desparramada en un barranco; Éfeso, con sus acueductos; Corfú, con sus románticos paisajes, y las islas secas y atormentadas del archipiélago griego. Habló también de cómo había ido a la pesca de las esponjas con los pescadores griegos y sirios, que llegaban de Esmirna, de Beyruth, de Trípoli, de Rodas y de Kalymnos.

Cuando O'Neil se encontró mejor no se resignó a quedarse en la terraza de la Batería, y salía siempre que podía en el *Argonauta*.

O'Neil invitaba constantemente a Galardi.

Éste tenía un gran placer en embarcarse y en dirigir la goleta.

Muchas veces solían ir también en el barco Alfio, su mujer y Santa, y llegaron a hacer travesías bastante largas.

Roberto era gran conversador, y contaba mil cosas de sus viajes y de sus lecturas. Había estudiado el budismo, por cuyas doctrinas sentía gran curiosidad, y viajado por Asia, al parecer con fines de investigación histórica y etnográfica.

O'Neil era de los hombres curiosos y versátiles que ponen gran empeño en una cosa hasta que la abandonan y pasan a otra. Tenía una inquietud un poco patológica. Las menores dificultades le intranquilizaban y le perturbaban. Cualquier pequeño accidente le dejaba preocupado y sombrío; en cambio, un acontecimiento grave que exigiera de él una decisión extrema, le encontraba sereno. Era un hombre valiente para los peligros y pusilánime para las molestias.

Cuando Roberto se puso completamente bien, quiso ir a Roccanera; pero Alfio le dijo, medio en serio, medio en broma, que si tenía que ir a la ciudad debía quitarse las barbas y los anteojos, porque entre la gente del pueblo se suponía que un hombre barbudo y con anteojos negros daba necesariamente la *jettatura*.

Cuando O'Neil se quitó las barbas y los anteojos, pareció rejuvenecer, y se le hubiera tomado por un muchacho pálido y melancólico. Tenía una risa infantil, de hombre niño.

La gente de Roccanera había notado las trazas de Roberto, y se dijo que era raro

que un hombre joven todavía como O'Neil tuviera tan mal aspecto.

Era la influencia fatal de la casa del Laberinto, la proximidad del antro maléfico, la que daba a los que vivían allí el aire triste y apesadumbrado.

O'Neil se hizo pronto amigo de Galardi; le consultaba y quería que le acompañara en sus viajes. Le llamaba siempre don Juan.

—No se ocupe usted de dinero. Deje usted eso de la administración a otro —le decía.

Roberto, como hombre generoso, consideraba que, puesto que él era rico, los que estaban a su lado no debían tener dificultades económicas de ninguna clase. Galardi no aceptaba estos ofrecimientos, porque le parecía que el pobre debe trabajar, pero los agradecía. Tenía gran admiración por la generosidad de O'Neil y, sobre todo, por sus conocimientos.

«¡Lo que sabe este hombre!», pensaba Galardi.

O'Neil tenía también mucha estimación por el vasco, al verle tan firme, tan leal y tan de buena fe.

O'Neil le leyó a Galardi algunas de sus poesías, que luego le tuvo que traducir, porque Galardi no sabía más que un poco de inglés de marino.

Las poesías de O'Neil le sorprendieron al vasco, porque revelaban un espíritu descontento y melancólico, que no parecía el habitual en Roberto.

Una de las poesías que le leyó se titulaba: «El Gran Pan ha muerto». Decía así:

## El Gran Pan ha muerto

Cuenta Plutarco en su discurso sobre la desaparición de los oráculos de su tiempo, que en el reinado de Tiberio, encontrándose un navío, de noche, cerca de Paxis, una de las pequeñas islas Echinades, del golfo de Patrás, no muy lejos de la desembocadura del río sagrado Aquelous, río toro y fecundo, en un momento de calma, cuando los tripulantes y los viajeros del barco estaban dormidos, el capitán Thamus oyó una voz sonora, llegada de tierra, que pronunciaba su nombre varias veces.

Thamus no contestó a las primeras llamadas, pero al último preguntó:

—¿Qué se me quiere?

—Anuncia en Palodes —contestó la voz— esta noticia: «El Gran Pan ha muerto».

Los marineros y viajeros, despertados, quedaron temblando, y preguntaron a Thamus:

—¿Qué quiere decir esto? ¿Qué haremos?

El capitán replicó:

—Nos entregaremos al Destino. Si al llegar a Palodes tenemos viento favorable, seguiremos nuestra marcha; si hay calma y el barco se detiene, daremos el aviso.

Comenzaron a navegar. Llegaron al sitio indicado, y cesó inmediatamente el viento. Entonces el capitán Thamus avanzó en la proa de su barco, y dirigiéndose a la costa incierta, envuelta en las sombras, gritó con voz tonante:

—¡El Gran Pan ha muerto!

No había acabado de decirlo cuando se estremeció la tierra y el mar y se oyeron de todas partes gritos, voces extrañas, lamentos y gemidos.

El capitán Thamus repitió:

—¡El Gran Pan ha muerto!

Y volvieron los lamentos y las quejas.

¿Quién era este Gran Pan cuya muerte se anunciaba? ¿Era sólo el dios de los pastores y de los rebaños? ¿Era Osiris? ¿Era Mendes? ¿Era Plianes? ¿Era el Dios Universo, el Gran Todo, el Éter Puro, la Sustancia única de los estoicos y de los órficos, o solamente un silvano, un demonio ínter medio entre los hombres y entre los dioses?

Nadie lo sabía; pero el mundo tembló cuando la voz tonante del capitán anunció de nuevo la noticia:

—¡El Gran Pan ha muerto!

¡El Gran Pan ha muerto! Sí; se acabó la alegría de la vida antigua, fuerte e inconsciente; se acabó la confianza en la naturaleza y en los instintos; se acabó la creencia en los mitos vitales; se acabó el correr coronados de hiedra por los bosques.

¡El Gran Pan ha muerto!

Los hijos de Sem han vencido para siempre a los hombres de las demás razas; el desierto, a la selva y al bosque; el arenal, a la fuente pura; el practicismo estrecho, al fervor ideal; la unidad, a la variedad; la esclavitud, a la libertad; el rencor, al ánimo sereno y ecuánime; el monoteísmo áspero y universalista, a los cultos sonrientes y locales.

¡El Gran Pan ha muerto!

Ya los frutos nos parecerán frutos secos y exprimidos, ya la conciencia nos paralizará la voluntad, ya no nos inspirarán confianza nuestras inclinaciones, dudaremos de lo consciente y de lo inconsciente. Sospecharemos si estaremos engañados en todo: si la naturaleza nos será siempre hostil, si por nuestros sentidos no nos llegarán más que apariencias, si todo no será apariencia en el mundo de los fenómenos, desde nuestro cuerpo hasta nuestra alma, y tendremos como la única verdad los dogmas esquemáticos, secos y autoritarios.

¡El Gran Pan ha muerto!

En vez de la alegría nos quedará el resentimiento; en vez del ímpetu vital, la teocracia y la ley; en vez de la realidad, la entelequia; en vez de la satisfacción, el desprecio; en vez de los frutos de la vida, el dinero. Miraremos con desdén nuestro cuerpo, miraremos con desdén nuestras pasiones. Comprobaremos el vacío de la naturaleza y pasaremos con tristeza y con horror nuestra mirada por toda la oquedad del mundo, entristecido por los hierofantes alucinados de las tierras del Sur...

¡El Gran Pan ha muerto!

Capitán Thamus: tú no sabías todo lo terrible, todo lo importante de tu grito, cuando desde la proa de tu barco anunciaste al mundo, en Palodes, con voz tonante:

—¡El Gran Pan ha muerto!

\* \* \*

Roberto, al terminar de leer su poesía y después de traducirla, vio en Galardi una expresión tan marcada de asombro y de estupefacción, que se echó a reír.

—¿No le parece a usted bien? —le preguntó.

—No; la verdad —contestó Galardi.

Roberto volvió a reírse, y dijo:

—Sí; es posible que sea una tontería.

## 11

### El ermitaño del Salvatore

Entre los contertulios de la casa del Laberinto, uno que llegó a ser muy asiduo fue el ermitaño de la ermita del Salvatore.

La ermita del Salvatore era la que había restaurado Toscanelli en los tiempos del viejo Stuart, llevándola a medio kilómetro del sitio donde antiguamente estaba.

En la capilla del Salvatore había un Cristo y varias otras imágenes negruzcas, con corona de plata, que el Inglés compró en alguna tienda de antigüedades, y que, por consejo de Toscanelli y no tener valor artístico, regaló a la ermita.

Los campesinos, sobre todo las mujeres, quisieron vestir repetidas veces estas imágenes como caballeros y señoras de la época; pero el ermitaño, el hermano Bartolomé, les había convencido de que no lo hicieran.

El ermitaño brotó cerca de la ermita como por generación espontánea.

Unos años después de restaurada la ermita, y adosada a ella, apareció, entre las grandes pitas y chumberas, una choza construida con piedras.

Poco después, en un terreno próximo, el ermitaño improvisado labró con grandes esfuerzos una pequeña huerta, que regaba sacando agua de un pozo, y puso unas colmenas.

Un día el ermitaño, a quien se conocía por el hermano

Bartolomé, se presentó a Alfio y le pidió permiso para extender su huerta por un yermo que pertenecía al Laberinto. De esta manera podría sembrar algunas patatas y legumbres.

Alfio le dijo que no veía inconveniente en ello.

La choza del ermitaño se ensanchó un poco y tomó un aspecto sonriente, con su fachada decorada con guirnaldas de mazorcas de maíz, racimos de uvas, ristras de ajos, sandías y melones.

El hermano Bartolomé era un hombre guapo, de aire sereno y noble, con cierto aire de dios Término. Llevaba el pelo largo, la barba rubia, medio canosa, hasta el pecho; una sotana muy raída, y en invierno, un capote.

El hermano Bartolomé no tenía al principio buena fama. Por lo que se contaba, había recorrido media Italia con un fraile capuchino pidiendo limosna, y al parecer, el capuchino resultó un ladrón y un granuja; pero Bartolomé era inocente e incapaz de estas fechorías, y poco a poco en el pueblo lo fueron notando.

Se supo también que era de Roccanera. La gente no lo sabía, hasta que él mismo contó su historia.

Hacía ya mucho tiempo, en un molino abandonado, próximo a la granja de la Punta Rosa, vivían una mujer y un niño. Esta mujer, pobre, trabajaba en las huertas y hacía cestas. El chico correteaba, medio desnudo. Cuando el chico se hizo un

muchacho, lo metieron en una carpintería de la ciudad y se convirtió en un buen obrero. De Roccanera, madre e hijo fueron a Nápoles y vivieron varios años juntos. El muchacho quería mucho a su madre y estaba siempre enfermo y triste.

Cuando la madre murió, el futuro ermitaño, no pudiendo resistir la vida en la casa solitaria, se echó a trotar caminos, y desde que inauguró esta existencia ambulante y aventurera comenzó a robustecerse y a fortalecerse. Entonces pensó que su vocación estaba en soñar, en contemplar la naturaleza; comprendió que la soledad y la oración le satisfacían más que el trabajo y el afán de bienestar y de lucro.

El hermano Bartolomé era un hombre de espíritu beatífico, un místico, un soñador. Leía *La vida de los Santos*, de Jacobo de Vorágine; las *Floreillas* de San Francisco, y los *Cánticos Espirituales* de fray Jacopone de Todi. Tenía el sentido panteísta de adorar las cosas, y hubiera hablado de la hermana ceniza y de la hermana nube con efusión sentimental.

«No hay vida más beata que la solitaria», dice el padre Molinos en su *Guía Espiritual*; «porque en esta feliz vida se da Dios todo a la criatura, y la criatura toda a Dios, por una íntima y suave visión de amor».

Así pensaba también el hermano Bartolomé, y cuando rezaba arrodillado, al salir el sol, al contemplar el mar y el paisaje, su alma se llenaba de efusión por el Gran Todo.

Como sus maestros, el ermitaño aspiraba a la santidad. Sentía simpatía por los animales y por las cosas, y le gustaba hacer el bien. Era un poco médico y un poco taumaturgo.

Los campesinos y los pastores, medio salvajes, comenzaron a tener gran entusiasmo por él; decían que daba muy buenos consejos para el cuerpo y para el alma, y hasta que curaba a los atacados de epilepsia y de hidrofobia.

Todavía en los Apeninos quedaban muchas supersticiones, desde la creencia en silvanos y egipanes, disfrazados con otros nombres, hasta la fe en los brujos y en saludadores.

Los pastores y las pastoras bajaban del monte a rezar en la ermita del Salvatore y regalaban al ermitaño leche, cabritos y miel de sus colmenas. Los campesinos le llevaban vino, frutas y gallinas, y el hermano Bartolomé repartía estos dones entre la gente pobre de las proximidades. Se le llamaba también mucho al ermitaño para hacer conjuros. Se decía que tenía muy buena mano para todo, principalmente para las abejas y para el ganado.

El hermano Bartolomé apenas tenía categoría en la Iglesia; estaba por debajo de los legos; sin embargo, pertenecía al clero, y era llamado con frecuencia por el obispo de la diócesis, monseñor Portaluppi, que le recibía muy cariñosamente y hablaba con él y hasta le convidaba a comer.

Un día, el ermitaño se presentó a O'Neil a darle las gracias por haberle permitido labrar su huerta en el trozo de terreno que pertenecía a la casa del Laberinto. Roberto no lo sabía siquiera. Le hizo algunas preguntas al hermano Bartolomé y le dijo que volviera.

La fe de aquel hombre inocente, que se unía con cierta picardía cándida de hombre trotacaminos, le interesaba. El hermano Bartolomé creía en muchas cosas fantásticas y mágicas, en mil supersticiones, llegadas a él en sus viajes y en sus conversaciones con la gente humilde que había conocido.

Tenía como reales los países misteriosos y encantados, con una fauna monstruosa, las sirenas, dragones y cinocéfalos, la fuente de Juvencio, las lluvias de fuego, los árboles que dan oráculos, los pájaros de oro y de rubí; creía también en los sátiros y ninfas, pero pensaba que debían ser más amigos del diablo que de Dios.

O'Neil quiso enterarse de las prácticas médicas del hermano Bartolomé. Averiguó que a algunos, indudablemente histéricos, les había curado con exorcismos y echándoles puñados de harina sobre el cuerpo. Según el antiguo administrador de la marquesa de Roccanera, don Filiberto Venosa, que tenía una gran cultura antigua, esta práctica era un resto de ofrenda de los paganos al Cancerbero.

Otras veces el hermano Bartolomé, en vez de utilizar la harina, daba un trozo de sal o pronunciaba el nombre de los Reyes Magos.

Solía también recomendar los piñones y las granadas para los dolores de muelas; la pulmonaria, para los catarros; los limones, para los débiles de corazón, y el comer capullos de rosas en gran cantidad, a las muchachas anémicas y opiladas.

—Esto no puede hacer daño —decía él— y con la fe puede curar.

Lo que, indudablemente, en muchos casos era cierto. El antiguo torrero, Juan Bautista Pica, tenía gran confianza en los remedios del ermitaño.

O'Neil le consideraba como un buen hombre; Santa y don Juan simpatizaban con él; pero Odilia, no; afirmaba que el hermano Bartolomé no era más que un gandul que había encontrado un sistema para vivir sin trabajar.

Werner, el astrónomo, era hostil a todo cuanto se relacionara con la religión, y más con el catolicismo. Repetía con frecuencia la frase de Lucrecio: *Tantum Religio potuit suadere malorum*.

Como el mar empuja restos de todas partes de la superficie y del abismo a la playa, así la casualidad había llevado de distintos puntos de la vida social a aquellas personas que se reunían en la casa del Laberinto.

## **Libro tercero**

### **Magia y *Jettatura***

#### **1**

### **La boda**

—¿Sabe usted que me voy a casar con Santa, con la hija de Alfio? —le dijo un día Galardi a O'Neil.

—¡Ah! ¿Sí? Es una chica angelical. Le envidio a usted. ¿Dónde van ustedes a vivir después de casados?

—Viviremos en casa de Alfio.

—¿Por qué no aquí, en la casa del Laberinto? Tendrán ustedes más libertad. Escojan ustedes los cuartos que quieran.

Santa y don Juan aceptaron el ofrecimiento y escogieron unas habitaciones altas de la casa. Ninguno de los dos tenía el gusto del lujo.

Se celebró la boda de Galardi y Santa, y poco después O'Neil emprendió un nuevo viaje.

La vida del matrimonio fue muy feliz. Al año, Santa tuvo una niña, Roberta.

El padre y la madre estaban muy contentos, y lo mismo Alfio y Simonetta. A la casa de Santa solía ir a pasar largas temporadas Odilia. Odilia discutía mucho con Galardi; le acusaba de rancio, de incomprensivo, de reaccionario.

Ella quería afirmar su libertad, su independencia, su derecho a la pasión libre por encima de todas las conveniencias sociales.

Galardi rebatía sus afirmaciones con su buen sentido y con su idea de que todo el mundo debía someterse a la disciplina y a la suerte.

Santa se reía, tomando las frases de su prima como extravagancias, pero a veces le tenía miedo.

Odilia era de un terrible salvajismo. Parecía que la sangre escandinava de sus ascendientes se revelaba en ella una avasalladora pujanza. Era belicosa, atrevida, y no sólo no le tenía miedo al peligro, sino que le atraía.

## 2

### La tía Eufemia

Santa y don Juan tenían gustos muy sencillos y comenzaron a vivir modestamente; una muchacha les hacía la comida y Santa cuidaba de la niña y de las cosas de la casa.

Al marcharse Odilia, Galardi pensó que Santa trabajaba demasiado, y que debían llevar una mujer de confianza; la abuela, la Simonetta, tenía que ocuparse de la comida de los gañanes de la granja y no podía ir a la casa del Laberinto.

Habló don Juan con su suegro, y Alfio decidió avisar a una prima suya, viuda de un carabinero real, que vivía en Nicotera.

Esta mujer, la tía Eufemia, era una mujer de pequeña estatura, morena, sombría, de una cara terrosa, amarillenta, con los ojos brillantes como azabaches, muy trabajadora y muy activa.

Vestía siempre de negro y llevaba como prenda de lujo un mantón bordado y unas joyas de cobre.

Al principio, Galardi y su mujer estaban muy contentos con ella. Él podía trabajar tranquilamente y llevar sus cuentas al día. Ella andaba en la casa como una abeja, cuidando y vigilándolo todo.

A los tres o cuatro meses de llegar la tía Eufemia, la niña Roberta enfermó, estuvo algunos días grave y tardó mucho en reponerse.

Al mismo tiempo, Santa se iba poniendo pálida y desmejorada.

—¿Qué te pasa? —le preguntaba el marido.

—Nada, no tengo nada —contestaba ella.

Santa iba con su niña, convaleciente, a la Batería de las Damas, y pasaba el tiempo en compañía de la tía Eufemia. A veces cantaba con melancolía las canciones de cuna con que le habían mecido en su niñez; miraba a la pequeña y se le saltaban las lágrimas.

Como la niña no se curaba del todo, la madre estaba cada vez más inquieta y más triste. Galardi le sorprendió varias veces llorando.

Llevaron la niña al médico, quien aseguró que se curaría, pero la madre parecía dudar.

En vista de su melancolía y de su desesperanza, Galardi escribió a Odilia para que viniera, si podía, a la casa del Laberinto para acompañar a Santa.

Sin tener nada claro en qué apoyarse, don Juan desconfiaba de la tía Eufemia; temía que influyera de mala manera en su mujer, asustándola y quitándole ánimos. Le había chocado el ver que en el cuarto de la niña, Santa tenía siempre velas encendidas, ramas de romero y a veces granos de sal.

Llegó Odilia, y Galardi le contó lo que pasaba: cómo Santa estaba siempre triste y

preocupada, y cómo sospechaba de la tía Eufemia.

Odilia averiguó en seguida lo que ocurría en la casa. La tía Eufemia tenía manía religiosa; estaba medio loca, y había contagiado sus preocupaciones a Santa.

Muchas veces la tía Eufemia se encerraba en una guardilla estrecha, aunque hiciera un calor bochornoso; cerraba las ventanas, encendía dos o tres velas, sembraba de estampas de santos el suelo y se pasaba así horas y horas, de rodillas, rezando, hasta que se desmayaba por el calor y la excitación, y después del desmayo, al parecer volvía a la cordura.

Odilia interrogó con habilidad a la tía Eufemia. Según ésta, era evidente que la *jettatura* hacía estragos en la casa del Laberinto.

Durante el tiempo que la niña estuvo grave, la tía Eufemia recomendó a Santa que fuera tres días, al amanecer, a un mojón de los que limitaban la propiedad de la granja, llevando a la enfermita, y allí, después de adornar la piedra del límite, arrodillada, pidiera a Dios que pusiera término a la dolencia de su hija. Como esto no dio resultado, la tía Eufemia aseguró a Santa que una vieja vagabunda, que apareció por entonces en las proximidades de la Punta Rosa, era la que hacía más intenso el mal de ojo de la niña. La tía Eufemia estaba dispuesta, si no se marchaba la vieja de los alrededores, a tirarla al mar.

Santa y su tía llamaron a una curandera, medio bruja, del pueblo, y esta Hécate campesina dijo que todo hacía creer que a la niña le habían hecho mal de ojo, y que, probablemente, sería la vieja vagabunda; pero como ésta había desaparecido, la curandera recomendó que vieran si aparecía por los alrededores de la casa alguna gata despeluznada y de mal aspecto, porque estas viejas *jettaturas* tenían predilección por presentarse en forma de gato.

Santa, en su desesperación, llegó a creer todo aquello. Por fortuna, la vieja vagabunda no volvió a presentarse en los alrededores de la Punta Rosa; si no, quizá lo hubiera pasado mal.

Galardi, un día que Santa estaba fuera, llamó a la tía Eufemia.

—Ahora mismo —la dijo— tiene usted que marcharse de aquí.

—¡Yo! ¿Por qué?

—Porque le está usted volviendo loca a mi mujer con sus tonterías de *jettaturas*...

—No son tonterías —replicó ella con suavidad, pero al mismo tiempo con firmeza.

Don Juan comprendió rápidamente que discutir era perder terreno, y cambiando de tono, preguntó:

—¿Usted sabe quién le da la *jettatura* a esta casa y a la niña?

—¿Quién?

—Usted.

—Yo. ¡Por Dios, no!... ¡Por Dios!...

—Sí, usted. A usted hay que echarle al mar. Váyase usted; váyase usted cuanto antes de esta casa.

La tía Eufemia salió del cuarto de Galardi; marchó a su guardilla, en donde anduvo de un lado a otro más de una hora, llorando, hablando sola, y de pronto irrumpió en el cuarto de don Juan y se echó a sus pies.

—Máteme usted —le dijo—. Es verdad. Máteme usted. Yo soy la que he traído la *jettatura* a esta casa.

—Váyase usted; váyase usted.

De pronto, la tía Eufemia comenzó a hablar de una manera elocuente e inspirada, achacándose a sí misma la culpa de todo, llamando sobre su cabeza la cólera celeste y los castigos del infierno.

La cara de aquella mujer, desencajada y lívida, era de una poseída.

Ella misma no se daba cuenta de sus palabras; estaba en un arrebató profético.

En aquel momento se presentó Santa, y quedó asombrada al ver a su tía en el suelo lanzando imprecaciones contra sí misma.

—¿Qué pasa? —preguntó Santa.

—Sed dichosos —gritó la vieja con aire inspirado—; que toda vuestra casa sea dichosa y que os acompañen las bendiciones de los buenos. Yo moriré, desapareceré. Soy una miserable, que no puede llevar más que la desgracia allí por donde pasa.

A los pocos días la niña de Santa había curado y Santa comenzaba a tener alegría y buen color.

—Aquel mochuelo te amargaba la vida —le dijo don Juan a su mujer.

—¡Pobre! Y, sin embargo, es bien buena.

Para evitar un nuevo ataque de *jettatura*, Santa puso a la entrada de la casa un cuerno y unas ramas de coral.

### 3

## Fantasías de O'Neil

En la primavera apareció Roberto, como siempre, desastrado, cansado y febril. Venía de la India y le acompañaba un faquir, pero no un faquir harapiento y sucio, sino un faquir elegante y bien vestido, con chaqué y cuello planchado, que era, al mismo tiempo, masajista.

Roberto, con las fatigas de los viajes, empeoraba. La antigua herida le producía grandes neuralgias dolorosas, y para calmarlas, tomaba opio, casi siempre en cantidades excesivas.

El faquir era hombre que tenía aspecto, quizá era lo único que tenía; solía tomar un aire doctoral e inspirado cuando hablaba. Se llamaba, o decía al menos que se llamaba, Sakiadasamy, y que era de una familia de príncipes, de maharajaes. Sakiadasamy era alto, flaco, cetrino, con una larga barba negra; llevaba melena, vestía en la calle un chaqué y en la casa una túnica blanca. Además del masaje practicaba la cábala y la teosofía. Tenía unas manos largas y afiladas, que cuidaba con mucho esmero.

Sabía inglés, y era de los que repetían la frase de Hamlet, tan grata a los farsantes, de que «el cielo y la tierra ocultan más cosas que las que ha podido inventar nuestra filosofía».

A Galardi le molestó la presencia del faquir masajista. Veía que O'Neil le escuchaba con atención; no era fácil saber si porque creía en sus palabras, o porque le divertía su cinismo, su desvergüenza y sus grandes actitudes de hierofante. Sakiadasamy sabía emplear unas cuantas frases confusas a tiempo y tomar un aire de superioridad y de misterio.

Cuando se ponía a discutir cualquier punto, sonreía con una sonrisa de suficiencia, y decía:

—¡Ah, si ustedes conocieran la teosofía, verían otros horizontes... más amplios..., más grandes!... Sí; otros horizontes.

Al faquir no le gustaba mucho la soledad de la casa del Laberinto, y marchaba con frecuencia al pueblo, al café y a jugar al billar, con su chaqué y su cuello planchado, a buscar, sin duda, otros horizontes...

Roberto se pasaba el tiempo en la terraza de la Batería do las Damas, tendido en un sofá de mimbre, contemplando el cabrilleo de las olas, que a veces hervían en espumas blancas, y el rielar del sol en el mar.

¡Qué de colores! ¡Qué de irisaciones no había allí!

Roberto recogía con amor y con entusiasmo los más pequeños matices de colores, de olores y de sonidos que llegaban del elemento salino.

Roberto quería que Galardi y Santa fueran a hacerle compañía, y hablaba de mil

cosas fantásticas; unas, que había visto; otras que, sin duda, había imaginado.

Volvía a tener accesos de paludismo.

—¿Por qué no se cuida usted bien y se cura? —le preguntaba Galardi bruscamente.

—¡Bah! Un poco de fiebre, ¿qué importa?

—No ha de importar. Se va usted debilitando.

A una observación de esta clase, lógica, Roberto contestaba con algo que no tenía nada que ver.

—¿Usted ha podado las enredaderas de esta terraza, don Juan?

—Sí; ¿no están bien?

—Sí; muy bien. ¡Qué absolutista es usted, donjuán! Todo lo quiere usted agotar y llevar a la perfección.

Roberto, Galardi y Santa solían estar en la Batería de las Damas hasta muy tarde. Galardi no tenía nada de hombre contemplativo, y le era indispensable hacer algo, podar, o barrer, o arreglar las enredaderas.

El anochecer, desde la Batería de las Damas solía ser magnífico; pero aún más hermoso era desde lo alto del Belvedere. Las tierras mostraban sus entrañas, rojas y negras; los prados aparecían como rectángulos verdes, y algunos bancales de plantas forrajeras, dejadas, sin duda, para simiente, se destacaban como cuadros dorados.

Los árboles frutales eran masas blancas o violáceas; los álamos, las encinas y los castaños extendían sus follajes pomposos en el espacio.

Los chopos jóvenes tenían un aire virginal y fresco, y los adultos parecían llamas largas de cobre que brotaran de la tierra.

En los montes se agrupaban los pinos de cabeza redonda como rebaños oscuros, y más atrás y más arriba se erguían los picos gigantes en el cielo, surcado por nubes rojas.

En los días de viento Sur, el aire enrarecido daba al paisaje un aspecto de inmovilidad, de alucinación, y acercaba de tal manera los objetos, que en las cumbres de los montes se dibujaban los árboles y las piedras, como si se les pudiera tocar con la mano; en cambio, en los días de bruma todo se alejaba y parecían nadar en un mar insondable y remoto.

Al anochecer el sol desaparecía rápidamente en un crepúsculo súbito, y las sombras de las montañas y las vagas nieblas marinas se arrojaban sobre la llanura, dejándola hundida y envuelta en la penumbra. Entonces comenzaban los colores vivos en las cumbres y fingían inflamarse e incendiarse las piedras y las copas de los árboles.

El sol brillaba en los pueblecillos blancos colocados en las faldas lejanas de los Apeninos. Aquellos colores de rosa pálido, desfallecientes, del crepúsculo, entre las nubes azules y verdes, tenían una magia sugestionadora y melancólica.

A veces, a esta hora, se elevaba en el aire sutil alguna llama roja, como si fuera el ardiente corazón de la montaña.

Roberto prefería la monotonía del mar a las varias entonaciones de los montes, y aunque iba algunas veces al Belvedere, quedaba con más frecuencia sentado en la Batería de las Damas.

En aquellos días de primavera, ya próximos al verano, el mar dormía inmóvil, casi negro, como si el agua salina estuviera espesa; a lo lejos, las alas mágicas y blancas de las grandes velas latinas aparecían como fantasmas. A ciertas horas del día el mar brillaba como una esmeralda bajo la irradiación del sol en el aire inflamado de luz.

Al anochecer, el cielo se llenaba de llamas y las olas aparecían rojas y violáceas con el sol poniente.

Roberto tenía una mirada para todos los detalles del paisaje, y los apreciaba con un gran fervor.

Hablaba de la diferencia de los colores del mar; de sus zonas oscuras, reveladoras de abismos, de sus manchas de verde claro en los sitios menos profundos, de sus sitios de un tono gelatinoso y aceitoso, de sus zonas blancas como la leche y de sus cabrilleos de la espuma, transformados por la imaginación en los hipocampos y en los caballos marinos.

A lo lejos se destacaba el promontorio lejano, con sus farallones y su arco atrevido de la peña Horadada, ribeteado por la espuma de las olas en una tremenda calma. A veces, cuando reinaba el viento de tierra, llegaban hasta la Batería de las Damas acres olores del campo, tostado por el calor. En el crepúsculo, el globo rojo del sol iba bajando y hundiéndose en los cristales marinos; la magia de los colores era infinita, y cuando la bruma caía sobre el agua se veían venir algunas barcas negras, deslizándose sobre la superficie gris del mar.

Esta noche rápida, el brusco cambio de temperatura y de luz producía en Roberto una sensación de frío y se echaba a los hombros un abrigo y volvía a casa.

Luego, cuando la brisa del mar refrescaba el ardor de la tierra, la temperatura se normalizaba, cesaban las alternativas de frío y de calor, la noche quedaba tranquila, serena, y las estrellas comenzaban a brillar magníficas en el firmamento.

Entrada más la noche, cantaban los ruiseñores; en el bosque de cipreses del antiguo convento del Desierto resonaba el alarido triste de los búhos y el rechinar siniestro y agorero de las lechuzas.

Por las mañanas, después de horas de insomnio, O'Neil marchaba de nuevo a la Batería de las Damas y contemplaba el amanecer.

La luz se iba filtrando por el cielo, corría por la superficie del mar; las estrellas palidecían y el lucero de la mañana se disolvía en el aire, como un corpúsculo de oro en una copa de mercurio.

Muchas veces Roberto decía burlonamente:

—Aquel Stuart, aquel viejo pecador que construyó el Laberinto, tenía, sin duda, la superstición del arte.

Roberto se manifestaba enemigo de la tradición académica.

—Afortunadamente —decía—, no se ve desde aquí nada clásico, ni estatua antigua, ni templo griego. Si se viera creo que me marcharía. ¿Usted tiene entusiasmo por el arte clásico y por la escultura griega, don Juan?

—No sé; creo que no —contestaba Galardi.

—Sin embargo, usted es un buen católico, don Juan.

—Sí, me parece que hay que tener disciplina en la vida y en las ideas.

Éste era el gran argumento de Galardi.

—Sí, tiene usted razón —replicaba O'Neil—; en el catolicismo lo menos malo es la disciplina; lo peor es el sedimento judaico que trae: ese barro sucio de una raza sensual y fanática.

O'Neil defendía la tesis de que Grecia no era la civilización íntegra, como se quería creer, sobre todo por los profesores, sino un matiz de la civilización, no más trascendental que los demás. Encontraba que la cultura y la ciencia de los chinos, de los indios y de los persas era tan considerable como la de los griegos, y en muchos aspectos más profunda.

Para él la filosofía y el arte griegos eran esencialmente limitados y superficiales y suponía que las facultades brillantes del pueblo helénico habían rebotado en la cáscara de las cosas, sin poder henderlas y penetrar en el fondo de su naturaleza.

—Yo tengo que confesar que no encuentro diferencia ninguna —añadía— entre los arios y los semitas del mundo clásico. Tienen los mismos dioses, las mismas costumbres, las mismas ideas. Únicamente los judíos se llegan a distinguir por su cultura especial y por su parasitismo. Los romanos pudieron decir: *Delenda Carthago*, y después: *Delenda Hierosolyma*; pero Cartago y Jerusalén eran hermanas de Roma, y de la misma estirpe, al menos espiritual.

Después de exponer sus teorías, agregaba riendo:

—Es posible que yo sea un bárbaro; no digo que no. No tengo ningún gran entusiasmo por la civilización. Espontáneamente no me gusta nada lo clásico. Aborrezco las estatuas griegas; esas líneas amaneradas del rostro, y sobre todo de la boca; esas posturas de afectación me fastidian y me aburren. ¡Y no digamos ya los imitadores modernos! El Poussin, David, Ingres. ¡Qué cuadros los suyos más acabados para los Liceos! ¡Cómo sabe todo eso a pedagogía de Instituto y de Escuela Normal!

Santa solía ir muchas veces a la terraza de la Batería de las Damas. Cantaba a media voz canciones italianas, llenas de fuego y melancolía. Solía leer y recitar también trozos de la *Jerusalén Libertada*.

Algunas de las estancias del Tasso, como la de los jardines de Armida, Santa las sabía de memoria.

—Qué bien recita su mujer —decía Roberto a Galardi.

O'Neil llevaba libros en griego, en alemán y en inglés, y los leía. Leyó también, traduciéndolos, trozos de Homero, de Shakespeare, de Goethe y de Dickens. A Santa le gustaban mucho.

—El primer disgusto que tuve con mi mujer —dijo una vez Roberto— fue a causa de Dickens.

—¡Por una cuestión literaria! —exclamó Galardi un poco asombrado.

—Sí; de aquí comenzó nuestra primera disputa. A ella le parecía antipático y odioso que el gran novelista inglés pusiera todas sus simpatías en los cocheros, en los traperos, en las muchachas pobres, y no hablara de los poderosos más que para ponerlos en ridículo. Yo le decía que tenía razón, porque, en general, esa gente humilde es la única con gracia y con carácter, y más para un tipo como Dickens, que es, sobre todo, un cristiano. De esto derivó nuestra primera disputa.

Santa, Roberto y Galardi solían discutir muchos puntos de éstos, relativos a sus respectivas aficiones.

O'Neil decía que él espontáneamente no era entusiasta del pleno sol y de la claridad fuerte. Había tenido que acostumbrarse.

Roberto se lamentaba a veces del cansancio que le producían los días de gran sol, sobre todo con la primavera. Él necesitaba la blandura, el abrigo de la niebla sobre las cosas del mundo físico, para que le parecieran menos descarnadas y ásperas.

Santa, en cambio, tenía ojos para sentir y para comprender la belleza de la luz intensa. No le deslumbraba el resplandor del sol.

Para ella el campo y el mar de Roccanera eran los más hermosos que se podían conocer, y quizá tenía razón.

Aquel color intenso del mar, el dorado de los cerros secos, las cumbres cubiertas de nieve, la silueta recortada de los montes, a lo lejos, como una gran ola azul encrespada; al anochecer, las olas de violeta y los esplendores rojos y escarlatas del crepúsculo, le producían una exaltación de entusiasmo y le llenaban de admiración.

En las reuniones de la Batería de las Damas se charlaba de todo. O'Neil era el más complaciente; el faquir tenía celos de los demás, odiaba a Galardi y despreciaba al hermano Bartolomé, considerándolo como un rústico; don Juan no podía soportar al faquir, y Odilia afirmaba que tanto el faquir como el ermitaño eran dos impostores a quien ella hubiera echado de la casa, si fuera suya, a latigazos.

El viejo torrero Pica, cuando iba lo encontraba todo bien y sonreía, probablemente sin enterarse gran cosa de lo que se hablaba.

## 4

### Los monstruos

Cuando Roberto se puso de nuevo bien, decidió quedarse a vivir algún tiempo en la casa del Laberinto.

Propuso a Odilia si quería ser el ama de llaves, y la muchacha aceptó y trajo criados y criadas. Roberto comenzó también sus viajes en el *Argonauta*. Llevaba a Santa, a Odilia y a Galardi, y no le llevaba al faquir porque a todos ellos les disgustaba.

Fueron en julio a Escila a presenciar la pesca del pez espada.

Un día de verano, en la playa, Galardi cogió un pulpo bastante grande en las peñas de la Punta Rosa, e hizo un agujero en la arena y lo dejó allí debajo de una cesta. Roberto, que se iba a bañar, lo sacó del agujero. El pulpo, que quería escaparse, rodaba por la arena rápidamente a buscar el mar, y O'Neil riendo le detenía.

Perdiendo el miedo, le llegó a coger; el pulpo le echaba sus tentáculos, llenos de ventosas, a las piernas o al cuerpo, y él los soltaba; al último, el animal, furioso, se lanzó a él, lo estrechó entre sus brazos y Roberto dio un grito.

Galardi corrió al ver lo sucedido, sacó un cuchillo, se lo clavó al monstruo en la boca, y viendo que ni aun así soltaba la presa, lo desgarró con las manos e hizo que muriera echando espumarajos de sangre.

Galardi era un vasco decidido y valiente.

Cuando el pulpo soltó sus tentáculos, las ventosas le habían hecho a Roberto manchas rojas en los brazos y en el cuello.

—Otra vez no haga usted tonterías así —le dijo don Juan a Roberto de mal humor.

O'Neil se rió.

Cuando se acercaron Odilia y Santa, vieron el pulpo muerto en el suelo.

—¿Para qué lo ha matado usted? —preguntó Odilia a Galardi—. Nos divertíamos con él.

—A estos monstruos feos hay que matarlos —contestó él.

—Ellos no tienen la culpa de ser monstruos —replicó Odilia.

Con este motivo, por la noche hubo una discusión de moral entre O'Neil, Galardi, Odilia y Santa.

¿Había monstruos en la naturaleza o no los había? No se trataba de teratología física; ya se sabía que había fetos con dos cabezas y sin nariz, sino más bien de teratología moral.

¿Había monstruos entre los hombres? Un hombre que odiase a su padre y a su madre y martirizase a su hijo, ¿era un monstruo o era un producto de la naturaleza, como otro cualquiera, como, por ejemplo, un tigre o un cocodrilo?

Odilia, y en parte Roberto, defendían la tesis de que cada uno debía ser como es y afirmarse con energía en lo bueno y en lo malo. Odilia decía que la mujer que no quería a su marido, el hombre que no quería a su mujer, la madre que sentía indiferencia por el hijo, o el hijo por la madre debían obrar conforme a sus sentimientos, sin ocuparse para nada de preceptos.

Roberto se inclinaba a pensar que había que separar siempre lo que es de lo que debe ser, que todo en la naturaleza es natural y necesario.

Santa creía que con amor y con deseo del bien se podía conseguir lo imposible. Respecto a don Juan, él todo lo hubiese querido arreglar con cárceles, policías y fusilamientos.

Para él el mundo debía ser como un barco. ¿Cumple usted? Muy bien. ¿No cumple usted? A la cárcel.

Naturalmente, ninguno de los cuatro se puso de acuerdo; pero a Roberto le sirvió la discusión para comprender mejor el tipo psicológico de Galardi, de Santa y de Odilia.

## 5

### La caza de las sirenas

Se habló mucho entre los contertulios de la Batería de las Damas, de las sirenas que, según la gente del pueblo, existían en la gruta del Maleficio; y O'Neil, para distraerse, pidió a un librero de Heidelberg conocido suyo todo lo que se hubiese escrito sobre sirenas, y al cabo de algún tiempo le enviaron dos grandes cajones de libros en varios idiomas, en los cuales estaban señalados con cintas los parajes en que se ocupaban de estos fantásticos animales.

Entre los libros enviados, estaban los de Plinio, de Aristóteles y Galeno, la *Vida de Apolonio de Tyana*, de Filóstrato; las *Disquisiciones de Magia*, de Martín del Río; *De Natura Animalium*, de Claudio Eliano, traducido del griego; el *Genialum Dieram*, de Alexander ab Alexandro; el *Juris Spiritualis*, de Torreblanca; el *Hortulus Genialis*, de Baricelli; la *Magia Natural*, de Porta; el *Mundus Mirabilis*, y otras muchas obras, de Ambrosio Pareo, Alberto el Magno, Simón el Mago, Metafrasto, Atanasio Kircher, etc.

Las sirenas aparecían en distintos avatares: primero, implumes; luego, plúmeas; después, pisciformes, y, por último, convertidas en rocas.

En un *Diccionario de Antigüedades*, del siglo XVIII, vieron el dibujo de tres sirenas, las tres con alas. Una de ellas, copiada de un vaso griego por Tchisben, con cabeza y pecho de mujer y el cuerpo de pájaro; llevaba en la mano izquierda una pandereta, y en la derecha unas hortalizas que parecían puerros. Las otras dos sirenas eran también con alas; una de ellas tenía una flauta de llaves en cada mano.

—La verdad es que estos alemanes son admirables de conocimiento y de paciencia —dijo Roberto al revisar el envío de aquellas obras.

O'Neil se dedicó a la lectura de los libros, y el faquir hizo lo mismo. Los textos en latín y en español los tradujo Galardi.

Cuando llegaban a algún pasaje cómico, O'Neil sonreía, se frotaba las manos y leía con entusiasmo el relato de algún antiguo geógrafo, en que describía con todas sus señales alguna sirena o algún monstruo marino.

Sakiadasamy tomaba en seguida un aire de superioridad, como diciendo: «De todo esto estoy yo en el secreto».

El faquir aseguraba tener un espejo misterioso, algo como el espejo Almuchesi, de los antiguos alquimistas, en el que veía cosas sobrenaturales.

El vasco se admiraba de oír estas extravagancias, y de ver que O'Neil, al parecer, las tomaba en serio.

—Vamos a dedicarnos durante algún tiempo a la sirenografía —dijo O'Neil—. Vamos a suponer que estos monstruos existen, y veremos qué resultado dan las experiencias.

—¿Qué resultado van a dar? Absolutamente ninguno —replicó Galardi.

Sakiadasamy sonrió despreciativamente.

—Sin embargo, tenemos autores que pasan por serios que han afirmado que existen las sirenas, amigo don Juan —replicó O'Neil—. Se puede hacer una lista formidable: Aristóteles, Alberto el Magno, Cardan, Filóstrato, Galeno y otros más modernos. Dejando a los poetas a un lado, a quien consideramos, indudablemente, con derecho para inventar toda clase de fantasías, tenemos una enormidad de testimonios de que hay sirenas. ¿Hay datos más fidedignos de que ha habido la batalla de Farsalia o la de Carmas?

Galardi quedaba sorprendido con estos especiosos argumentos.

O'Neil y el faquir comenzaron a andar en el bote por entre las rocas del Laberinto en busca de las sirenas.

A O'Neil se le ocurrió poner muy en serio una red a la entrada de la gruta del Tritón. Al día siguiente la encontraron desgarrada.

—Por aquí ha podido escapar la sirena —dijo el faquir con su aire doctoral.

—Es verdad.

O'Neil explicó a Galardi y a Santa que Sakiadasamy y él habían debido tener una sirena entre las redes, que se les escapó.

Galardi pensó si las fiebres habrían trastornado la cabeza de Roberto.

O'Neil, después, inventó la teoría de que la estancia en la gruta del Maleficio producía un sopor y una gran laxitud.

Al entrar en ella se notaba, según Roberto, que el pulso se debilitaba y flaqueaban las piernas. Esto era resultado de la atmósfera de encantamiento que producían las sirenas.

Se hicieron pruebas, y a todos los que les decían de antemano que quizá dentro de la cueva le podían flaquear las piernas, creían sentir este efecto.

Otro día decidieron ir una noche oscura, con un farol, al Laberinto, por si la oscuridad era favorable a la reunión de las sirenas.

O'Neil invitó a Galardi al paseo. La luz del farol sobre el mar, iluminando aquellas rocas, hacía un efecto extraño.

—Me parece que no vemos tampoco a las sirenas —dijo Galardi burlescamente.

—Vamos a suponer —replicó O'Neil— que hay luces que asustan a las sirenas y otras que no.

—Cosa que es muy posible —afirmó Sakiadasamy.

—A ver si encontramos alguna clase de luz que les guste.

Roberto empleó desde entonces faroles de varios colores para visitar el Laberinto. Decía que había que tener mucha malicia para coger a aquellos animales fantásticos; Sakiadasamy refrendaba esta opinión con su gravedad de granuja. Hablaban los dos de la sirena que se les había escapado rompiendo la red como si fuera un hecho

incontrovertible.

Galardi, a veces pensaba si la sirenografía de O'Neil sería una broma que se daba a sí mismo; otras veces suponía si los accesos de fiebre habrían concluido de desequilibrar el espíritu del irlandés.

## 6

### Las trampas de los espíritus

Un día O'Neil dijo:

—He leído que algunos pueblos salvajes de las islas Malayas hacen todavía trampas para cazar a los espíritus malignos o cacodemonios. Este sistema debíamos probar con las sirenas.

—¿Trampas?, ¿para los espíritus? —preguntó Galardi—. ¿Y cómo son?

—Estas trampas son como jaulitas de ramas; o de cañas y de ellas cuelgan varios flecos. Dentro se pone un poco de pan, de torta de maíz o de aguardiente, y cuando se considera que se ha capturado al espíritu maligno, se le lleva dentro de la jaula al templo.

—¿Y cómo se sabe que se ha capturado al espíritu?

—Supongo que se considerará realizada la caza cuando el pan y el maíz o el aguardiente se hayan consumido.

—Poca garantía me parece ésa —dijo en broma Galardi.

—Es que usted es un escéptico.

Roberto se entretuvo en construir las jaulas tal como había visto en el libro de viajes que se construían y en ponerlas en el mar, flotando sobre las rocas del Laberinto. Al principio no se notó que las sirenas tuvieran gran avidez por aquellos manjares.

—Hay que reconocer —dijo Roberto— que la sirenografía no avanza.

Un día el pan y el aguardiente comenzaron a faltar de las jaulas.

—¡Hombre! ¡Hombre! —exclamó Roberto—. Eso ya es un síntoma de que se van acercando.

«¿Será posible que este hombre dé crédito a semejantes necesidades?», pensó Galardi.

Y, sin embargo, el hecho era cierto. El pan, el maíz y el aguardiente desaparecían de las jaulas.

Galardi sospechó alguna mixtificación del faquir y se emboscó dos noches seguidas en una de las peñas del Laberinto. Efectivamente, al amanecer de la segunda, apareció Sakiadasamy, se comió tranquilamente el pan, se bebió el aguardiente y se volvió de nuevo a acostarse.

Cuando se encontraron, antes de comer, en la Batería de las Damas, Galardi, señalando al faquir, le dijo a Roberto:

—Aquí tiene usted a la sirena de dos pies que se come el pan y se bebe el aguardiente. Lo he visto yo esta mañana. Puede usted meterlo en la jaula.

El faquir comenzó a insultar a Galardi, y éste se acercó a él, le dio un puntapié y lo tiró al suelo. Lo hizo con una energía y precisión de máquina.

Roberto tuvo que intervenir, y como Sakiadasamy se insolentaba, le dio dinero para que se marchara donde quisiera. Sakiadasamy pretendió marcharse llevando en la maleta un cuadro pequeño que había oído que valía, pero se impidió que lo hiciera.

Se habló mucho de las mixtificaciones del faquir, y Roberto celebró lo ocurrido con las jaulas para los espíritus en una poesía, titulada «Sirenografía».

La poesía comenzaba así:

«¡Sirenografía! ¡Sirenografía! No eres más que una mixtificación. Como los sacerdotes del dios Dagón preparaban para su dios-pezuña una magnífica cena, y luego se la comían, nuestro huésped Sakiadasamy, el faquir masajista, se merendaba irreverentemente la comida destinada a las sirenas. ¡Sirenografía! ¡Sirenografía! ¡No eres más que una mixtificación!».

Las fantasías de O'Neil, exageradas y amplificadas, llegaron a oídos de la gente de Roccanera. Se dijo que Roberto estaba ya enloquecido por la influencia fatal del Laberinto. Si alguien no lo sacaba de allí, iba, indudablemente, a su perdición o a su muerte.

## 7

# Odilia

Desde que Roberto había propuesto a Odilia el quedarse allí, la muchacha, instalada en la casa, parecía encontrarse muy bien, sin ganas de volverse a su pueblo.

Estaba la montañesa cada vez más arrogante y más guapa. Cuando iba de caza se vestía de hombre.

No quería ir a la montaña; desde que conocía la existencia de la casa del Laberinto y la posibilidad de viajar por tierra y por mar había aborrecido la vida solitaria.

Le seguía gustando correr con su perro *Plutón* por los acantilados y por la playa; el sentarse en los altos, al borde del precipicio; el oír a sus pies el rumor del mar y arriba el canto melancólico de los pinares sombríos; pero de noche quería volver a la casa del Laberinto y charlar allí de sobremesa.

Odilia tenía una inteligencia brillante, mucha memoria y una gran afición por las aventuras. En el pueblo donde vivía le llamaban Odilia la Roja, lo que le molestaba bastante, y Odilia la Zurda, lo que también le desagradaba. Le tenían por una mujer soberbia y orgullosa.

Al principio de conocer a Roberto, pensó que hasta sería su hombre; pero luego vio claramente que no, que Roberto estaba enfermo, decaído, cansado, y que ya no volvería a ser fuerte.

Luego pensó en don Juan. Cierto que no se entendía bien con él, que le parecía un hombre limitado y poco inteligente; pero Galardi tenía prestigio ante ella. Era un hombre fuerte, de aire romántico, que había sido el amante de una mujer hermosa y de la alta sociedad, como la Roccanera, y que había enamorado a Santa, que, como niña bonita, tuvo muchos pretendientes.

Odilia decidió quitarle el marido a Santa. Durante unos días que Santa padeció unas fiebres altas, le velaron a la enferma Odilia y Galardi.

Una noche, ya pasado el peligro de la enfermedad, Odilia y Galardi salieron a la terraza y hablaron.

Quizá fue la turbación de la noche espléndida, quizá la pasión que había reconcentrada en ellos; el caso fue que Galardi le dijo a ella que hacía tiempo que le preocupaba, y Odilia le confesó que estaba enamorada de él.

Toda la ecuanimidad de don Juan desapareció. A pesar de su aparente indiferencia, era, sin duda, el amor su tendón de Aquiles. Se le vio al hombre perder su serenidad y aparecer turbado durante aquellos días.

Don Juan inventó, como explicación para dejar la casa del Laberinto, el que tenía que visitar algunas propiedades de la marquesa en la parte alta de la montaña. Odilia dijo que se marchaba unos días a casa de sus padres. Así pudieron verse siempre que

quisieron.

El escenario de sus amores fueron los bosques de pinos y de encinas, las quebradas del monte, en donde corrían los arroyos. Los lagartos, curiosos, les espiaban entre las piedras, y los milanos pasaban por encima de ellos.

El sitio de cita de Odilia y de don Juan era una ferrería abandonada, con el tejado derruido y lleno de hierbajos y de musgos, y una gran rueda de paletas, que no se movía.

Esta ferrería estaba al lado de un torrente que bajaba por una estrecha cañada, llena de rocas, de troncos de árbol y de enredaderas. Odilia venía desde su pueblo, haciendo más de dos horas de marcha, con su escopeta y su perro saltando de risco en risco, exponiéndose a desaparecer en el fondo de uno de aquellos barrancos. Galardi la esperaba lleno de anhelo. Ella, al verle, se acercaba a él y caía en sus brazos. A veces Odilia dejaba libre su cabellera rubia sobre los hombros y se coronaba de hiedra y de flores silvestres. Entonces parecía una diosa germánica. A Odilia le gustaba tenderse de espaldas en la hierba y ver pasar las nubes en silencio. También le gustaba encender grandes hogueras, para lo que tenía un arte especial, pues hacía arder hasta los hierbajos húmedos...

Cuando ya no podían alegar pretextos para sus reuniones, Galardi volvió a la casa del Laberinto, y poco después, Odilia.

En el Laberinto, para sus citas, inventaron el pretexto de ir a pescar. Entraban en el bote y se alejaban.

Odilia tenía un genio arrebatado, y muchas veces, por motivos nimios, reñía violentamente con don Juan.

# **Tercera parte**

## **A la deriva**

# Libro primero

## El viaje de los hijos de Aitor

### 1

### O'Neil dispone

Roberto O'Neil, que había seguido con inquietud los amores de donjuán con Odilia, dijo de pronto que pensaba hacer un viaje por las costas del Mediterráneo.

—Usted me acompañará —le advirtió a Galardi una noche.

—Yo tengo que hacer —murmuró el marino.

—No, usted me acompañará —replicó O'Neil con una energía en él poco habitual —. Conviene que me acompañe usted.

Galardi comprendió que O'Neil sabía lo que pasaba, y que quería alejarle de Odilia a toda costa, y bajó la cabeza.

—Convendría que la tripulación del *Argonauta* estuviera completa —añadió Roberto.

—Bueno, ya buscaré tres marineros más.

Galardi fue al puerto para encontrar los marineros y un contraamaestre que sirviera para una travesía larga, y los encontró y los contrató.

Pintaron la goleta, limpiaron bien los camarotes, renovaron las velas y las pusieron hules verdes. Galardi examinó las maderas, ganchos, anillos y argollas; inspeccionó los fondos, puso lastre y el *Argonauta* quedó pronto listo para zarpar. O'Neil preguntó por cortesía al antiguo torrero Pica si quería hacer el viaje con ellos, y el torrero le dijo que no se había embarcado nunca y que la idea de embarcarse no le hacía la menor gracia.

O'Neil dijo en broma que iba a escribir un poema dedicado a Galardi; sería el éxodo de algunas colonias caucásicas del Ponto Euxino, del clan del patriarca Aitor, el hijo de la luna, común antepasado de vascos e irlandeses, y quizá de escandinavos. Estas gentes salían del Mar Negro e iban por todo el Mediterráneo, hasta el estrecho de Gibraltar; lo atravesaban, subían luego por las costas de la península ibérica, tocaban en el país vasco y de allí marchaban a Irlanda y a Escandinavia. Esto pasaría en tiempos de Sargón el antiguo, uno de los reyes conquistadores de Asiría.

Galardi escuchaba las explicaciones burlonas de O'Neil como un perro azotado, y Odilia manifestaba su mal humor profundo al ver que no se le invitaba para el viaje.

El día antes de la marcha le sorprendió a Roberto la actitud de Odilia.

—Ya sé que van ustedes a hacer un viaje largo en barco. ¿No me van ustedes a llevar a mí?

—No.

—¿Por qué? ¿Cree usted que tendría miedo?

—No, no; todo lo contrario.

—Es que no quiere usted que vaya.

—No, la verdad.

—Está bien —murmuró Odilia, furiosa—. No necesito saber más. ¿Me quedaré aquí o iré a mi casa?

—Lo que usted quiera.

Odilia se quedó enfurecida y pareció que iba a hacer preparativos de marcha; pero no se fue.

El día de la partida se acercaba.

El equipaje estaba constituido de este modo: Galardi, el patrón, capitán y piloto; Cayetano Malatesta contraemaestre; Marcos el Chipriota, que le sustituiría en el timón, y después cinco hombres: Mateo, Pascual, Tonio, Arrighoni, Basilio, y el grumete Fortunato.

El embarque se verificó todavía de noche, a la luz de un farol. La canoa fue y volvió del embarcadero al *Argonauta*, llevando varios fardos, y al amanecer la goleta estaba en franquía.

El capitán dio sus órdenes, y se hicieron a la vela en dirección a Sicilia. El viento del Noroeste iba ocultando las estrellas y dejando el cielo negro.

—¡Adiós! ¡Adiós, Roccanera! —dijeron los marineros, saludando con la gorra—. ¡Adiós, barrio de La Marina! ¡Adiós, piedras del Laberinto! ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Quién sabe si os volveremos a ver!

## 2

### La tripulación del *Argonauta*

En la goleta había un comedor, un salón y dos camarotes muy cómodos, a popa, y una cámara para los marineros, a proa.

Los primeros días la tripulación estuvo un poco torpe; pero pronto se adaptó a las necesidades del barco, y bajo la dirección de Galardi y del contraemaestre, se hicieron las maniobras con rapidez y orden.

Se comenzaban las faenas a las cinco y media de la mañana; a las ocho se disparaba un cañonazo y se desayunaba; a las once comían los marineros, y a las doce, Galardi y O'Neil. Por la tarde, la tripulación cenaba a las seis, y el capitán y Roberto a las siete.

La vida en el *Argonauta* era una vida regular, conventual, monótona, a toque de campana.

La gente era buena; Galardi, un capitán experto, y el contraemaestre un viejo calabrés, hombre serio y de confianza, que sabía tratar a los hombres. Su único defecto era el ser exageradamente rígido y aficionado al procedimiento del chicote.

Galardi también era partidario del palo, pero en casos extremos. O'Neil, no.

El contraemaestre puso en el cuarto de los marineros un vergajo colgado, con este letrero: OJO AL CATEDRÁTICO.

Al segundo día de navegación, Roberto llamó a Galardi a su camarote.

—¿Ha comprendido usted —le dijo— por qué le he sacado de su casa?

—Sí.

—¿Y no cree usted que he hecho bien?

—Sí, y se lo agradezco.

—Esa walkiria zurda le puede comprometer a usted y hacerle dar un mal paso. Lo sentiría por usted; pero lo sentiría más por Santa, por quien tengo un cariño de hermano.

Galardi quedó confuso y sin saber qué decir.

—Pero, en fin, eso por ahora pasó —agregó Roberto—. Ahora estamos en el mar. Yo tengo por objeto hacer un viaje, y contarlo en mi poema «El viaje de los hijos de Aitor». Demos lo pasado como pasado.

—Muy bien. ¿Adónde nos dirigimos? Déme usted sus órdenes.

—Pasaremos el estrecho de Mesina e iremos por Sicilia a Malta; de Malta tomaremos hacia África, donde nos venga mejor y costaremos hasta Orán; de Orán marcharemos hacia España, y ya veremos cómo volveremos de nuevo aquí.

Durante todo el día el *Argonauta* fue siguiendo el rumbo hacia el sur. Cruzaron por delante del cabo Vaticano, con su faro, desde donde se ve dibujarse el perfil del Strómboli, con su cráter humeante, en el archipiélago de Lípari, y los huertos de

naranjos de la isla Panaria.

El mar estaba perfectamente tranquilo. O'Neil contempló con su antejo el cráter cónico del volcán, del que salía una ligera columna de humo, y las montañas de Sicilia. Se habló de estas islas Eólicas, donde los antiguos ponían la morada de los vientos; de la fábula de hallarse éstos encerrados en un odre, y O'Neil contó que Filóstrato dice que Apolonio de Tyana vio en la India dos toneles de piedra negra, llamados los toneles de la lluvia y el viento, que se abrían o se cerraban según las necesidades del campo.

Se ve que, tanto Apolonio como Filóstrato, eran grandes fabricantes de bolas.

Pasaron la roca de Escila, con sus casas colgadas sobre los precipicios. Arrighoni sabía que allí había un monstruo.

Esta tradición quedaba aún entre los marineros, y Malatesta, el contraamaestre, indicó que él había oído decir que en Escila vivía un monstruo, con los rasgos de una muchacha encantadora, de cuerpo de lobo y cola de delfín.

O'Neil añadió que, según los poetas clásicos, entre esta roca y la de Caribdis, que colocaban enfrente, aunque no lo estaba, se encontraba un torbellino de los más peligrosos, que tragaba las embarcaciones que se aventuraban por allí, lo que se podía comprobar que no era cierto.

Pasaron al anochecer por el abismo de Caribdis, y vieron las arenas negruzcas de la playa y creyeron oír los clamores furibundos de las arpías.

—Este abismo no es otra cosa —dijo O'Neil— que uno de los torbellinos ocasionados por el cambio de corriente, que se forma, con alternativas de Sur a Norte y de Norte a Sur, cada seis horas. Los más violentos de estos torbellinos están en el lugar llamado Garofalo, el clavel, por su forma.

O'Neil añadió a la explicación la historia del pez *Nicolao*, como lo cuenta Schiller en su balada del Buzo.

Fortunato, el grumete, preguntó si era verdad que había rocas de imán que atraen a los barcos y les quitan todos los hierros, con lo que, naturalmente, les hacen naufragar.

Malatesta dijo que él lo había oído contar; pero no sabía la verdad que podía haber en ello.

—Es una fábula antigua —explicó O'Neil— que aparece en las *Mil y una noches*; pero que no tienen ninguna realidad. Es una fantasía.

Como veía en su tripulación gran deseo de instruirse, decidió, en los ratos de calma, leerles algunos libros de viajes, para entretenerlos y para entretenerse él. A veces, las horas le pesaban en el barco; en cambio, los días y las semanas le parecían huir.

A medida que iba conociendo a la gente de la tripulación, les iba encontrando carácter. El contraamaestre, Malatesta, tiraba un poco a la misantropía y a la avaricia;

Marcos el Chipriota era, sobre todo, vanidoso y, mujeriego; los otros marineros, excepto Pascual, que era un poco simple, y Arrighoni, que era un excelente cantor, no se diferenciaban gran cosa. Uno de ellos había llevado a bordo un perro de aguas, muy inteligente, *Neptuno*, y una gata. El grumete era uno de los principales elementos amenos del *Argonauta*.

Marcos el Chipriota y Fortunato, el grumete, se sentían rivales en decir gracias y agudezas. Marcos, hijo de un griego de Chipre, tenía veintiuno o veintidós años, era moreno, de facciones correctas y un poco petulante. Se las echaba de hombre corrido, y tenía un gran amor por las alhajas.

Fortunato Servucci, el grumete, a quien llamaban Fortunatino, se manifestaba como un muchacho fantástico. Fortunato tenía la nariz respingona y algo torcida; el aire, cómico, de *clown* inglés; el pelo, rojo. Este color, entre los pescadores, es, generalmente, mal signo; indicio de hombre malo y atravesado.

Fortunatino parecía un gato, por lo independiente y atrevido. No se sabía de qué casta venía. Su madre era una pescadera muy negra, casada, con un hombre muy moreno. Todo el barrio de La Marina, de Roccanera, pensaba que aquel chico rojo había venido de contrabando.

O'Neil se divertía mucho oyéndole. Fortunato se mostraba muy mentiroso y muy imaginativo. Él había visto brujas, piratas; había sacado una vez un ojo al diablo llevando dos laureles el día del Domingo de Ramos en el ojal de la chaqueta.

Fortunatino hablaba con gran desparpajo de todo, y Marcos el Chipriota le salía al paso, queriendo humillarle; pero el grumete, cuanto más apretado estaba, tenía salidas más extrañas y ocurrentes.

El contraamaestre le dijo un día:

—Oye, Fortunato: te voy a contar un cuento que le oí contar varias veces a mi padre. Antiguamente, los marinos griegos de Atenas solían llevar en sus barcos algunos animales, y con frecuencia monos. Uno de estos barcos naufragó en una gran tempestad. Un delfín, que vio que el mono se ahogaba, creyéndolo un hombre, lo salvó. El delfín le preguntó:

»“¿Tú, quién eres?”.

»“Soy un ciudadano de Atenas”, contestó el mono, “de familia aristocrática”.

»“¿Conoces El Pireo?”, le preguntó el delfín.

»“Ya lo creo. Es muy amigo mío”, contestó el mono.

»El delfín, al oír esto, y viendo que el mono le engañaba, lo cogió y lo tiró al mar, donde se ahogó. Esto quiere decir que engañar a los demás para darse tono es muy peligroso.

—¡Bah! Los delfines no hablan y los monos tampoco —contestó Fortunato.

La gente se echó a reír.

O'Neil se pasaba largas horas en su camarote, leyendo y escribiendo su poema.

La primera parte de esta composición era «La Edad de Piedra», y Roberto describía la vida y las costumbres de los pueblos escitas, de las orillas del mar Negro, y sus guerras con los egipcios, los asirios y los persas.

Después de «La Edad de Piedra», venía «La canción de los hijos de Aitor», que Roberto leyó a Galardi.

### 3

## La canción de los hijos de Aitor

Somos los hijos de Aitor del tótem del Toro. No conocemos la esclavitud, ni la servidumbre. Trabajamos la tierra con nuestros bueyes, y cuando nos atacan, guerreamos. Nuestra única religión es la naturaleza, el sol y la luna, el agua fecundante y el rayo purificador. Vamos buscando por el mundo tierra y libertad.

Somos los hijos de Aitor del tótem del Toro. Hemos salido de la rica Cólquida, el país del Crisomalo, del vellocino de oro, con nuestras barcas, huyendo del dominio semítico, y hemos dejado de ser agricultores para ser navegantes. En nuestro camino, los egipcios, los más viejos en la civilización, nos han invitado a establecernos en sus ciudades ricas, con grandes templos y grandes palacios, con antiguos dioses y faraones. Para otros los palacios, el oro, los reyes dioses y los esclavos; para nosotros, la tierra y la libertad.

Somos los hijos de Aitor del tótem del Toro. Los judíos religionarios y proféticos nos han dicho: «Venid a nuestra nación. Nosotros conocemos al verdadero Dios, que es Jehová, y tenemos el decálogo más sabio de todas las religiones. Tenemos adivinos, sacerdotes y profetas». «¿Quién no cree que su dios es el único Dios?», les hemos contestado nosotros. «Entre los hijos de Japhet hay un decálogo tan viejo como el vuestro. No queremos sacerdotes, adivinos, ni profetas; no queremos más que tierra y libertad».

Somos los hijos de Aitor del tótem del Toro.

Los cananeos nos han hablado de sus ciudades, en donde dominan los sacerdotes de Baal y de Astarté; los de Tiro, de su dios Melkarth; los fenicios, de su terrible y cornudo Molock, sacrificador de niños, y de todos los Baal que pululan en el Mare Mágnun, dioses benéficos para el comercio y para la civilización. «Nosotros no somos comerciantes», les hemos indicado. «No queremos más que tierra y libertad».

Somos los hijos de Aitor del tótem del Toro.

Los chipriotas de Pafos nos han hablado de sus fiestas en honor de Venus Afrodita, que se celebran en primavera; de sus jardines con flores, de sus estancias perfumadas con incienso, de las bellas hetairas, de los juegos del gimnasio. «La voluptuosidad de vuestras fiestas afrodisias nos sabe a esclavitud y a servilismo», les hemos dicho. «Nosotros no queremos más que tierra y libertad».

Somos los hijos de Aitor del tótem del Toro.

Creta, la del Minotauro, y Sicilia, la de los Cíclopes, nos han perfeccionado en el arte de labrar los metales. Al llegar a la lejana España, y al contornearla, el troglodita de la costa cantábrica, que parte el buey salvaje con el hacha de piedra, nos ha mirado desembarcar con asombro. «¿Sois hombres?», nos ha preguntado con sorpresa. «Sí». «¿Qué queréis?» «Queremos tierra y libertad».

Somos los hijos de Aitor del tótem del Toro.

El troglodita nos ha llevado a su cueva, y nos ha mostrado sus instrumentos, sus dibujos y los de sus antepasados. Nos hemos aliado con estos hombres cavernarios y les hemos enseñado a hacer casas y a fundir el cobre. Nuestros jefes, Calma y Milesio, han organizado sus clanes, y cuando sus descendientes han crecido y aumentado, hemos vuelto a nuestros barcos. Los hijos de Milesio y de Escota: Amergin, Eibhear, Ir, Kolpa y Erreamhon, hemos llegado a Escandinavia y a Irlanda. «¿Qué queréis?», nos han preguntado los hombres de los países del Norte. «Queremos tierra y libertad», les hemos contestado.

Somos los hijos de Aitor del tótem del Toro...

\* \* \*

A Galardi le parecía que Roberto ponía demasiada ciencia en sus versos, y que esto no debía ser así; pero «La canción de los hijos de Aitor» le pareció mejor que otras de O'Neil, porque, al menos, no era pesimista y desconsoladora.

## 4

### De Mesina a la pequeña Sirte

Pasaron el estrecho de Mesina un amanecer; vieron la ciudad destacándose sobre un anfiteatro de montañas y entraron en el mar Jónico y comenzaron a navegar a la vista de la costa oriental de Sicilia, dando bordadas porque no había viento favorable. El *Argonauta* marchaba a regañadientes, y sus velas parecían murmurar malhumoradas.

Todos los días, al amanecer y al caer de la tarde, el contraмаestre rezaba con los marineros; el avemaría de la tarde solía tener una extraña solemnidad. Se descubrían todos, y cantaban y recitaban después la letanía.

Galardi rezaba también con fervor.

O'Neil les oía como observando en sí mismo el efecto que le producían los rezos y las canciones.

A veces navegaban cerca de tierra; veían a la gente que marchaba con sus carros y sus borricos por la carretera próxima a la costa, y podían ir a acogerse a los puertos. A veces quedaban en altar mar y dormían en el barco.

Las noches de otoño, magníficas, eran algo frías y húmedas y solían brillar con gran fulgor las estrellas. Marcos el Chipriota las aprovechaba para pescar; echaba la red, y con un farol o con teas encendidas atraía a los peces.

Galardi era un buen capitán, que tenía un cuidado meticoloso de todo. Hacía sus cálculos con precisión; marcaba la posición de la goleta con una cruz y la fecha en el mapa; no descuidaba ningún detalle, y llevaba el cuaderno de bitácora al día, escribiendo con minuciosidad los accidentes del viaje.

Siguieron la costa de Sicilia recta, siempre teniendo delante la mole aislada y gigantesca del Etna. Descansaron en Catania. Era allí el paisaje majestuoso y desolado. Se comprendía que los antiguos pusieran en este mundo siniestro, que es el Etna, cosas horribles y que su imaginación poblara aquella tierra de monstruos de un solo ojo, devoradores de hombres.

—¿Y por qué con un solo ojo? —preguntó Galardi.

—Quizá era un símbolo de los volcanes —respondió O'Neil—. El cráter se podía considerar como un ojo único.

Muchas veces se acercaban a tierra y veían a algún pastor moreno y esbelto, que cuidaba su rebaño y tocaba en el caramillo, mientras las cabras miraban al mar con aire diabólico.

Estuvieron también en Taormina, y luego en Siracusa. En esta última ciudad, O'Neil y Galardi visitaron el templo de Minerva y vieron la fuente de Aretusa, donde las lavanderas siracusanas lavaban camisas y calzoncillos, como en el más vulgar arroyo. De Siracusa enderezaron el rumbo a Malta. En esta travesía, O'Neil se puso a

leer a los marineros, traduciéndoles del griego, trozos de la *Odisea*.

En Marcos el Chipriota y en el grumete producía la lectura un gran entusiasmo. Galardi oía, pero la parte fantástica no le entusiasmaba.

—Nada de eso es verdad —decía él.

—¿Qué le parece a usted Ulises? —le preguntó Roberto una vez.

—Me parece un hombre muy vulgar —dijo Galardi.

—Sí, es verdad; no es un gran hombre, por más que los críticos helenistas nos quieren decir que sí; no realiza nada extraordinario *motu proprio*. Cuando hace alguna cosa notable es porque se la indican los dioses.

Llegaron a Malta y pararon en La Valetta.

Allí hacía calor. Recorrieron la vieja ciudad blanca, con sus calles antiguas, con escaleras, sus miradores y sus azoteas, en donde relampagueaban los ojos negros de las mujeres; vieron a los soldados ingleses, con seis casacas; compraron lo que necesitaban y salieron con rumbo hacia el Sudoeste, por el mar de Las Sirtes, a buscar Susa en la costa de África.

En la travesía les cogió el mal tiempo, y hubo que capear el temporal durante varios días, aguantando el viento duro, sin perder el camino trazado.

El Sudeste luchaba con el Noroeste, a cuál más fiero; el *Argonauta* tenía terribles vaivenes y mojaba las velas en el agua.

La espuma de las olas, llevada por el viento, azotaba la cara.

El mar tenía un color amarillo sucio, con tonos ictéricos y biliosos. En la concavidad de las olas parecía de barro y estaba lleno de burbujas de espuma y de meandros blancos.

El *Argonauta* se portó valientemente y su tripulación también.

Desde el capitán, hasta el grumete, estuvieron todos en su puesto.

Galardi estudiaba las corrientes y la falta de isocronidad que había a veces entre las olas y las ráfagas de aire.

Los delfines le indicaban muchas veces la dirección futura de los vientos.

Hubo un instante en que se rompió una de las velas y entró en el *Argonauta* una gran cantidad de agua. Galardi conjuró el peligro y se siguió navegando como si tal cosa.

Galardi era un vasco decidido y valiente.

O'Neil admiró este oficio del marino, donde la audacia se convierte en costumbre.

Cuando amainó el temporal, después de una noche de lluvia horrorosa, vieron una tierra baja, al parecer, con palmeras.

No se comprendía si era una realidad o un espejismo, una verdad o una apariencia formada por la luz entre las nubes y las espumas.

Al acercarse a la isla, el agua se hundía entre las rocas y bramaba como si hubiera

una jauría furiosa de perros; el viento producía un fragor como si desgarrara algo con violencia. Aquella isla parecía algún escollo fantástico, habitado por algún monstruo antropófago; de esos escollos, envueltos en un mar vertiginoso, adonde van los navíos impulsados por los vientos engañosos a destrozarse en los arrecifes, y en donde los huesos de los naufragos se calcinan al sol, después de haber sido bien mondados por unos dientes puntiagudos y apretados.

Al aproximarse a la isla el mar se fue tranquilizando, hasta que quedó quieto e inmóvil.

Esta isla era la isla de Kerkena, en la pequeña Sirte, en la costa de Túnez.

Galardi ancló y esperó, sin acercarse demasiado por miedo a los escollos. Por la tarde mejoró el tiempo y apareció en el cielo un magnífico arco iris, fantástico.

O'Neil escribió por entonces esta canción.

## La canción del capitán Galardi

El capitán Galardi está sobre el puente contemplando el mar. La aurora comienza a sonreír en el cielo. Los marineros cantan al tirar de las cuerdas y preparan el barco para el viaje.

¡Capitán! ¡Capitán! Ya es tiempo de partir.

El capitán Galardi ha dado la orden de marcha. Se ha elevado el ancla y la vela se ha hinchado suavemente con las ráfagas de aire.

El *Argonauta* va hacia el Sur cantando en voz baja, con alegría, su canción de barco velero; cruza por delante de las islas Eólicas, donde los griegos colocaron la morada de Eolo, dios de los vientos; pasa por la roca de Escila, monstruo extraordinario, de doce pies deformes y seis cabezas; recorre la corriente de Caribdis y se dispone a entrar en el mar Jónico. ¿Nos detendremos aquí?, preguntan los marineros. No, no; el camino es largo.

¡Capitán! ¡Capitán! Ya es tiempo de partir.

El *Argonauta* ha marchado a la vista de la costa de Sicilia, por la tierra de los lestrigones, de los gigantes antropófagos, moradores de misteriosas cavernas; ha seguido por delante del Etna, volcán bicéfalo, coronado de humos, cárcel de rocas del gigante Encéfalo, hijo del Tártaro y de la Tierra; ha visto las llamas de las fraguas de Vulcano y el taller de los cíclopes. La tripulación ha dicho: descansaremos aquí. Veremos de cerca los cráteres del gran Mongibello. No, no; la ruta es larga.

¡Capitán! ¡Capitán! Ya es tiempo de partir.

El *Argonauta* ha dejado atrás foros y anfiteatros, templos como el de Minerva, fuentes como la de Aretusa, ruinas ciclópeas, griegas y romanas, recuerdos de pasadas grandezas; estatuas de dioses y de diosas, jardines y palacios, que adornan la propincua costa.

¿No veremos todas esas maravillas? No, no. Falta mucho todavía.

¡Capitán! ¡Capitán! Ya es tiempo de partir.

Al salir de Malta, donde naufragó San Pablo, el capitán Galardi se ha visto frente a frente con la tempestad. Ha luchado con las olas, con las ráfagas de viento, con los escollos cubiertos de espuma, con la lluvia, con el rayo...

Tener los peligros a derecha e izquierda, comprenderlos, medirlos, sortearlos y seguir adelante hasta dominarlos. Ése es el marino. Galardi ha luchado, ha vencido y ha llegado a la antigua Kerkena, de la pequeña Sirte, con el feliz augurio del arco iris.

El lugar es propicio para el reposo. No, no.

¡Capitán! ¡Capitán! Ya es tiempo de partir.

Marchar siempre adelante, es ésa la vida; tener la ilusión puesta en lo venidero, aunque la experiencia nos demuestre con lo falible y lo ingrato de lo actual lo poco

propicio del porvenir; soñar sobre la marchitez del presente la lozanía de lo futuro; vivir en la esperanza, siempre defraudada y siempre animosa.

¡Capitán! ¡Capitán! Ya es tiempo de partir.

En este viaje por los escollos de nuestra vida, cuando lleguemos, desnudos y miserables, al río del Averno y a las riberas de la laguna Estigia y veamos a Caronte preparando su barca para cruzar la onda negra, diremos al sombrío piloto como ahora:

¡Capitán! ¡Capitán! Ya es tiempo de partir.

\* \* \*

Galardi oyó esta canción de O'Neil, dedicada a él, y le chocó el carácter desesperado de los versos de Roberto.

«¿Por qué esta desesperación?», se preguntaba Galardi. «Él parece contento. No sé si tendrá algún motivo para estar triste».

Galardi no comprendía la queja metafísica y sin causa inmediata.

## 6

### En Kerkena

Kerkenen o Kerkeni, la antigua Cercina, es una isla colocada en el golfo de Gabes, a pocas millas de la Tunicia.

El *Argonauta* había ido a anclar sobre un gran banco de arena, de color rojo, cuya superficie ocupaba una gran extensión; alrededor, el agua estaba inmóvil y blanquecina.

El suelo de la isla era muy bajo, una roca pelada que no tenía más vegetación que palmeras.

En la isla no había ni manantiales, ni ríos; los habitantes bebían agua de lluvia, y ésta era muy escasa.

Uno de los marineros del *Argonauta*, Arrighoni, que sabía el árabe, fue a tierra, y vino poco después con un *sindalo*, que trajo algunos cántaros de agua, peces y gallinas.

—¿Qué hacemos? —preguntó O'Neil a Galardi.

—Podemos ir hacia Sfakes; pero como la tripulación está rendida, creo que lo mejor sería que los moros de esta lancha nos indicaran un sitio bueno donde anclar y pasáramos aquí uno o dos días.

El *sindalo* remolcó al *Argonauta* a una pequeña cala, donde ancló.

Se colocaron dos centinelas de guardia, que se fueron renovando cada cuatro horas, y la tripulación se dedicó a descansar. En los días siguientes se secaron y se compusieron las velas, y como el tiempo había mejorado, cuando estuvo listo, el *Argonauta* se puso en franquía. Momentos antes de salir se acercó una barca. Venían en ella un moro flaco y moreno, con un jaique pardo, y dos mujeres. El moro hizo señas al *Argonauta* que quería hablar.

Subieron a la goleta. El moro sabía algo el italiano y preguntó por el jefe. Se presentó Galardi. Le dijo que hacía dos años que se había casado con una mujer de la Goleta, y que, por los azares de la suerte, había ido a caer en aquella isla miserable. Su mujer se resignaba; pero su cuñada, que tenía catorce años, les amargaba la vida con sus quejas. El moro quería preguntar si podían llevar en el *Argonauta* a la muchacha a la Goleta; él les daría lo que pudiese.

Galardi no era partidario de llevar a la muchacha, pero consideró que debía consultar con O'Neil, y éste dijo que sí, que llevarían a la chica a la Goleta.

El moro y su mujer, satisfechos, se despidieron haciendo zalemas; dejaron a la chica y bajaron a su barca y desaparecieron.

O'Neil interrogó a la muchacha.

Ésta dijo que se llamaba Zahra (Flor) y que había nacido en Cartago. Su hermana, viuda de un jefe árabe, se había escapado con un pescador, un hombre joven, y le

habían llevado a ella a aquella isla; pero la hermana ahora tiene celos.

O'Neil mandó que le arreglaran un pequeño camarote a la cartaginesa.

La cartaginesa era mujer de un perfil clásico, cuerpo ágil y esbelto, los ojos negros, la boca grande y la dentadura hermosa. Tenía la cara tostada por el sol, los brazos flacos y las manos ásperas y curtidas.

El *Argonauta* se dirigió a Sfakes, ciudad rodeada de verdura en medio del desierto; anclaron entre un barco maltés y otro italiano. Galardi encargó al Chipriota que comprara cabras, corderos y provisiones.

Fueron el Chipriota, Mateo y el grumete Fortunato, y luego los tres pidieron permiso al capitán para que les dejara visitar la casa de un comerciante moro que les había invitado. Volvieron muy tarde, de noche.

—Pensábamos si os habrían dado la flor de loto y estaríais ya dormidos —les dijo O'Neil.

Contaron que el moro tenía una hermosa casa, con muchos mármoles y divanes, y que miraba mucho a Fortunato, por lo cual se le gastaron bromas un poco pesadas al grumete.

Al día siguiente se pusieron en rumbo del cabo Bon, por este mar de la Sirte, famoso por sus peligros y sus escollos. El tiempo estaba espléndido. Remontaron el cabo Cadischa. Cruzaron por el golfo de Hammamet, delante de Susa, y se dirigieron con la idea de pasar entre el cabo Bon, el antiguo promontorio de Mercurio y la isla Pantelaria, isla volcánica y estéril, con algunos árboles en las alturas.

En su ruta pasaban por delante de algunas goletas de cabotaje y de lanchas de pescadores de coral.

O'Neil admiraba la proa, atrevida y orgullosa, y las velas, que parecían alas.

Los marineros del *Argonauta* saludaban a los tripulantes de las barcas, y con frecuencia se burlaban de ellos...

O'Neil miraba con curiosidad aquellos islotes, áridos y festoneados por los meandros de espuma.

A veces se deslizaban por cerca de escollos secos, entre el cruzarse de las olas de luz, que se perseguían unas a otras. Al pasar por delante de estos islotes, muchas veces espantaban a las gaviotas y a los cuervos marinos, que levantaban el vuelo.

Aquellas rocas blancas, agujereadas y horadadas, parecían espumas solidificadas; en cambio, las espumas semejaban rocas en liquefacción.

Había algunas calas y abrigaderos seguros, protegidos del viento y de la resaca, donde se podía descansar. En ellos echaban el ancla y se bañaban. El agua soleada estaba caliente como la que queda inmóvil en una concha marina. Los arenales se veían llenos de cardos grises y de juncos, de estrellas de mar, y a veces de ramitos de coral.

Cuando encontraban alguna cala en donde el agua era aplacerada y se veía el

fondo del mar con sus rocas o arena, echaban allí la red, y al sacarla brillaban los peces metidos entre las mallas con un resplandor de plata.

—Por aquí pienso hacerle pasar a nuestro antepasado Aitor —decía O’Neil a Galardi—. Ya veremos qué reflexiones se le ocurren.

O’Neil hablaba de los héroes de las epopeyas antiguas: de Ulises, de Jasón, de Eneas, y empezaba a contar sus aventuras con entusiasmo y acababa poniéndolos en ridículo. Ni Galardi ni los marineros comprendían bien estas salidas de tono.

Roberto leyó a Galardi por entonces esta canción sobre la libertad del mar.

## La canción de la libertad del mar

¡Thalassa! ¡Thalassa! ¡El mar! ¡El mar! Así decían los griegos cuando la expedición de los Diez Mil de Jenofonte al ver las aguas del Ponto Euxino desde el monte sagrado de Theches.

¡El mar! ¡El mar! Todos los caminos, todas las rutas; las cuatro direcciones, como en el signo de Thor y... la libertad.

¡El mar! ¡El mar! ¡Thalassa! ¡Thalassa!

El *Argonauta* navega a la vista de África; del África encendida y ardiente, con sus arenales, sus desiertos, sus pirámides, sus conquistadores, sus negros caníbales, sus inventores de religiones, sus adoradores de Molock, de Yhavé, de Baal y de Alá, capaces de todas las violencias por su fanatismo. El terrible continente nos espía y nos amenaza; pero la ola nos protege.

¡El mar! ¡El mar! ¡Thalassa! ¡Thalassa!

Mientras vamos sobre la cresta de las olas dejando una estela blanca en el agua azul, surgen de entre las espumas las siluetas antiguas de Ulises y de Jasón, de Dido y de Eneas, de Aníbal y de César, de Barbarroja y de Dragut; surgen las viejas ciudades, y los templos, y los palacios de mármol; surge también la guerra, la violencia, la venta de esclavos; todas las torturas de la encadenada humanidad... Pero nosotros somos libres en la cubierta de nuestro barco.

¡El mar! ¡El mar! ¡Thalassa! ¡Thalassa!

Sí; nosotros somos libres, sobre todo. Puede el judío pálido amontonar su tesoro en su tenducho negro, puede el soldado de fortuna emborracharse de orgullo, puede el cortesano llenarse de galones y de distintivos y a la cortesana de joyas; puede el sacerdote embaucar a la multitud con sus genuflexiones. Nosotros somos libres en la cubierta de nuestro *Argonauta*.

¡El mar! ¡El mar! ¡Thalassa! ¡Thalassa!

Dama eterna y siempre joven: esencia misteriosa y divina, adornada con olas y con espumas, en ti pensamos; sentimos la poderosa pulsación de tu sangre; soñamos, con la imaginación dominada por el vértigo, en los tesoros que guardas en tu seno; en los millones de hombres, de riquezas, que se han disuelto en tus abismos, para volver a las moléculas primitivas en la rueda de un constante devenir. Vemos brotar de tu magno laboratorio la vida, siempre fuerte y siempre pura.

¡El mar! ¡El mar! ¡Thalassa! ¡Thalassa!

¡Oh abismos! ¡Oh enseñadas! ¡Oh cavernas! ¡Oh mar, hija del Éter y del Día!  
¡Promontorios lejanos! ¡Peñascos solitarios, festoneados por las olas! ¡Rocas negras, sombrías y ásperas, bañadas de espuma! ¡Frescas auras! ¡Silbidos del viento!  
¡Eternidad de días de sol! ¡Rumores roncós de la tempestad! Todo vida, todo

energía...

¡El mar! ¡El mar! ¡Thalassa! ¡Thalassa!

Por la mañana, cuando el mar de perla, aún bajo la estrella matutina, se disuelve en la gasa de la bruma; al mediodía, al verlo inundado de luz como un metal fundido; al anochecer, cuando el sol hunde sus llamas en las aguas y el cielo se llena de dragones de fuego, y Hespero brilla dulcemente; al aparecer las velas de los barcos, alas mágicas y alucinadas; al oír de noche el diálogo de la ola y del viento, nocturno melancólico, de dos grandezas; al respirar las auras salinas, sentimos nuestra libertad ante las fuerzas de la naturaleza y balbuceamos con reconocimiento mirando la superficie de las olas turbulentas:

¡El mar! ¡El mar! ¡Thalassa! ¡Thalassa!

\* \* \*

—¿Qué tal esta canción de la libertad del mar? ¿Le gusta a usted? —le preguntó O'Neil a Galardi.

—Sí; esta canción me gusta más, porque no hay en ella quejas ni lamentos. O'Neil, como siempre que oía las opiniones de Galardi, se echó a reír.

## El pobre pescador

Siguieron navegando por delante de la costa africana, seca y sin verdura, hasta que les cogió un período de calma. En estos días no se movía en el aire más que alguna ráfaga de viento Sur.

La tierra y el mar estaban silenciosos, inflamados con los rayos de sol. La líneas del horizonte, como un cordón tendido entre el agua y el cielo, no tenía el menor movimiento. Las velas caían flácidas en los palos. En el cielo azul no se veía una nube; el horizonte quedaba rojo al anochecer. En aquella calma de muerte no aparecía una vela en el mar. Nubes de moscas y de mosquitos brillaban en el aire al sol y el agua exhalaba a veces un olor fétido.

En esta calma agobiante, cada hora que pasaba era más lánguida y monótona. Después del día caluroso, tras del anochecer de tonos escarlatas y de los escuadrones rosados de las nubes del crepúsculo, se levantaba una luna amarilla y enorme.

O'Neil, tendido en la hamaca como muerto, se quejaba de su herida. Y veía pasar los días y las noches. Pascual, uno de los marineros, tocaba el acordeón; Arrighoni cantaba; Basilio, otro marinero, cazaba pájaros desde el barco, y cuando el pájaro muerto caía al mar, el perro *Neptuno* se echaba a cogerlo y lo traía.

Marcos preparaba las redes para pescar, con mucho cuidado; Fortunato lijaba los anzuelos para quitarles la roña y arreglaba los botrinos y otros aperos de pesca.

Un día de éstos pasó junto al *Argonauta*, a remo, una barca de pescadores de coral, que tenía en la proa una bola con una imagen de la Virgen.

Se acercaron a ver la lancha los marineros del *Argonauta* y dirigieron algunas bromas a los de la barca, por estar muy sucia.

—¡Eh, eh, zarrapastrosos! —les gritó Marcos—; ¿no tenéis ahí escobas y baldes de agua para limpiar vuestra cáscara de nuez, cochinos? ¿O es que está cara ahí el agua?

Uno de los pescadores de la barca, flaco y denegrido, enseñó el puño furioso, y Marcos se rió.

—¡Eh, eh, viejo pirata! Vuelve a enseñarnos el puño y te regalaré una pastilla de jabón para lavarte la cara.

El pescador dirigió terribles insultos a Marcos en dialecto siciliano, y la tripulación del *Argonauta* celebró la cosa a carcajadas.

O'Neil, al oír tanta risa, apareció en la cubierta y al ver la barca tan miserable, comprendió que aquella gente eran unos desdichados, y les hizo señas de pararse.

—¿Qué os pasa? —les gritó—. ¿Necesitáis algo?

—¿Tendríais, quizá, alguna medicina para las fiebres? —preguntó el patrón de la lancha.

—Sí; ¿tenéis algún enfermo?

—Sí.

—Venid.

Los de la barca la acercaron al costado del *Argonauta* y subió el patrón.

Era un hombre flaco, tostado por el sol, con los ojos claros. Vestía harapiento y tenía un aire de resignación y de tristeza.

—No quiero avanzar más —le dijo a Roberto al ver el *Argonauta* tan limpio.

—¿Quién tiene usted enfermo? —le preguntó O'Neil.

—Mi hijo.

—¿Con tercianas?

—Sí.

—Vamos a verlo. Yo suelo padecer también esas fiebres.

—Mi barca está muy sucia, señor —dijo el patrón.

—No importa.

O'Neil entró en la barca y vio cerca del cabrestante, debajo de una lona, a un muchacho joven, tendido sobre un saco de paja y tiritando.

—No tengas miedo —le dijo O'Neil—; con la quinina se te pasará en seguida.

O'Neil le dio al padre un frasco con cápsulas de quinina y le indicó cómo las debía administrar. Luego notando el abandono que se veía en la barca preguntó:

—¿Y qué les ha pasado a ustedes?

—Pues verá usted, le contaré lo que nos ha pasado —contestó el patrón—. Yo soy de Mazzara, de Sicilia, y he sido pescador hasta hace unos años, que me dieron un empleo de vigilante en un almacén. Vivo muy pobremente, con mi mujer y mis tres hijos, y apenas tengo para cubrir mis necesidades. Este verano mi chico mayor, que es bueno pero impresionable y nervioso, estuvo en Trápani y habló con los pescadores de coral, y a la vuelta, un día, dijo en casa que la noche anterior había soñado que habíamos ido él y yo, y su tío, a pescar, y habíamos encontrado un banco entero de coral. Yo le dije que bien, pero que soñar no significaba nada. Toda mi familia se alborotó. Yo quería convencerles de que un sueño es un sueño, pero fue imposible. Se pusieron cirios a San Vito, que es el patrón del pueblo, para que yo no hiciera resistencia; se consultó con una vieja bruja, porque allá, en Mazzara, tenemos una caverna de la Sibila Cumana, donde dicen que unos herejes, que no querían seguir más que a San Pablo, celebraban su culto, y la gente cree en oráculos. La vieja bruja dijo que no había duda que había coral cerca de nosotros. Al último me dejé convencer; tomamos a préstamo con un usurero trescientas liras, alquilamos una barca, dejé yo mi empleo, y al mar. Ha sucedido lo que yo temía; ninguno de nosotros es entendido en esto, yo no tengo la costumbre ni la habilidad de encontrar ramos de coral, no sabemos manejar bien el aparato y hemos cogido poquísimos. Hemos trabajado como fieras desde que sale el sol hasta que se pone, y no hemos sacado más

que de ochenta a cien kilos de coral, por lo que nos darán cuatrocientas a quinientas liras lo más, lo que nos servirá para pagar al usurero. Estamos rendidos, sin fuerzas, y, por último, el chico se nos ha puesto enfermo, y ahora lo que más siento es que le he estado mortificando todos los días, diciéndole que por su culpa nos vemos así.

El pobre pescador, al decir esto, tenía las lágrimas en los ojos.

—¿Cuánto necesitará usted para nivelar sus gastos? —le preguntó O'Neil.

—Lo menos trescientas liras.

—Yo le voy a dar a usted quinientas.

—No; si quiere usted hacernos esa caridad, déme usted trescientas, más, no. Me bastan. Nos volveremos inmediatamente a Mazzara.

O'Neil le dio las trescientas liras.

—¿Y el nombre de usted?

Roberto se lo dijo.

—Si alguna vez puedo, se las devolveré a usted.

El pescador tomó entre las suyas las manos de O'Neil y las estrechó efusivamente.

Roberto subió al *Argonauta* y la barca de los pescadores de coral comenzó a alejarse.

—¡Adiós, viejo pirata! —le gritó Marcos al remero a quien había interpelado antes—, y menos miedo al jabón.

El marinero, antes tan furioso, sonrió y siguió remando.

## 9

### Después de la calma

Después de la calma y la sofocación comenzaron las brisas, seguidas de algunas ligeras lluvias.

Alternaban los vientos altanos, unas veces del mar a la tierra y otras de la tierra al mar.

Al acercarse al cabo Bon fueron costeando; el viento se les presentaba contrario, un mistral duro, y tenían que ir dando bordadas. Al anoecer se acercaban a anclar a la costa y por la mañana partían, mientras se oía en tierra el canto de los gallos y se sentía el olor fuerte de flores del monte.

Le admiraban a O'Neil los contrastes de aridez y de fecundidad de la tierra africana; después de sitios pedregosos, cenicientos, sin una mata; después de los acantilados blancos, de los arenales rojos y de las moles de rocas desnudas, inclinadas como para mirar al mar, venía algún rincón, por donde pasaba un arroyo, y se veían adelfas, rosales silvestres, madre selvas, tomillos, romeros y lirios, cuando no un pequeño oasis cultivado.

Al anoecer aparecían islas como nubes, recortadas caprichosamente, entre el mar y el cielo.

Aquel verano perpetuo del Mediterráneo; las rocas, blancas como la piedra pómez, en medio del mar de esmeralda, espeso y salino; los acantilados de tierra, de color de rosa y de carmín, con aire de ruinas; los arenales, confusos y vagos; los promontorios, amarillentos y veteados como la piel de un tigre, le dejaban a Roberto maravillado.

A veces veían algún moro, envuelto en su chilaba, que les miraba con atención.

Al trasponer el cabo Bon, entraron de noche en el golfo de Túnez y anclaron en la Goleta, que de lejos parecía una isla. Se veían las luces de los barcos, confundidas con las estrellas. Se acercaron al puerto, en el que se advertía vagamente el castillo, las barracas y varias casas. Tuvieron que detenerse al lado de un barco de peregrinos, que volvía de la Meca, a recibir la visita de sanidad.

Del barco llegaba un vaho de mal olor y un gran rumor de oraciones. Los moros rezaban, sin duda, sus plegarias.

Al amanecer, al comenzar la faena del día Galardi dijo a Zahra, la cartaginesa:

—¡Eh, tú, ya estás aquí, en tu país! Puedes largarte.

—Tengo que ver al amo.

—Bueno; pero despacha en seguida.

Zahra fue a ver a O'Neil, quien le regaló dos monedas de oro. En seguida bajó la escala del *Argonauta* y entró en una barca.

—Ya se nos ha marchado el cardo —dijo Galardi—, porque lo que es de flor no

tiene nada.

—¿Se alegra usted?

—Sí. Empezaba a soliviantar a los marineros; el grumete estaba ya insolentado, fuera de sí. No le he querido decir a usted nada; pero he estado dispuesto a ponerle en el cepo a Fortunato.

—Bueno; ya ha pasado. Dejarlo.

O'Neil tomó una barca; pasó por el canal al lago El Bahira, sobre cuyas aguas pestilentes iban rasando los flamencos, de color de rosa; desembarcó en Túnez y fue a visitar las ruinas de Cartago.

## 10

### La cartaginesa

Al día siguiente, muy de mañana, cuando apuntaba el alba y comenzaban a verse las murallas almenadas de la Goleta, zarpó el *Argonauta* y se presentó Galardi a O'Neil con aire de mal humor.

—¿Qué ocurre?

—La chica, la cartaginesa, otra vez ha vuelto. Sin duda, ha venido de noche; ha entrado y se ha metido en su cuarto. No sé qué vamos a hacer con ella.

—Ya le hablaré yo.

Zahra había ido a Túnez, había comprado perfumes, polvos de arroz, *khol* para pintarse los ojos, un traje de gasa y una pandereta, con el dinero que le había dado O'Neil y allí estaba.

Roberto la llamó:

—Mira, a mí no me importa que te quedes aquí, en el barco; pero no enredes ni distraigas a los marineros; porque ese señor, que es el capitán, te encerrará o te tirará al agua.

—Ese hombre ¿no es tu criado? —preguntó ella.

—No; no es mi criado.

—Pues los marineros dicen que es tu criado; que tú eres el amo y puedes hacer lo que quieras.

—No; aquí, en el barco, el que manda es él, le tienes que obedecer a él.

—Pues no le obedeceré. Tú eres el amo.

—Está bien. Yo lo que te digo es que si vuelves a tener alguna disputa con algún marinero, en el primer sitio donde nos encontremos te abandonaré.

—Entonces, me mataré, y tú tendrás la culpa.

La cartaginesa era como un gato montés; tenía un aire de felino, un instinto de rebeldía y de insubordinación para todo cuanto se le indicaba. Era el instinto ciego y sin domar. A O'Neil, en el fondo, le divertía. Ella lo comprendió, y solía ir a sentarse a sus pies a cantar.

Uno de los marineros tenía una flauta y sabía algunos aires árabes. La cartaginesa bailaba con la pandereta, tenía las manos y los pies muy pequeños y el talle muy flexible. Cantaba también canciones tristes, del desierto, que la transfiguraban; ponía los ojos como alucinados y la boca abierta, con un aire de voluptuosidad y de tristeza.

A Galardi no le hacía mucha gracia el que se la diera estas libertades a la muchacha; pero la cartaginesa parecía tranquila y feliz en el barco, paseando y provocando a los marineros con su ademán.

Con un tiempo hermoso transpusieron el cabo Fariña y pasaron por delante de Bizerta, de Tabarca y de Bona. Iban marchando hacia el ocaso, en la dirección del sol.

Aquellos pueblos de África, con sus pequeñas casas blancas, cúbicas y sin alero; las piedras del Mediodía, que el sol de los siglos amarillea y dora como si fueran frutos del otoño; los muelles viejos de piedra, testigos de tantas despedidas tristes y de tantas alegres llegadas, conmovían a O'Neil; sobre todo cuando los veía al anochecer, cuando el mar se teñía, como un viejo dragón fabuloso, con escamas de oro y de escarlata.

Galardi escribía a su mujer en todos los puertos adonde llegaba, y ella le contestaba cartas llenas de ternura y pasión, con frases nuevas que ella inventaba. Él no sabía, en cambio, escribir más que con las frases hechas que le habían enseñado.

Antes de llegar a Bona, Zahra, la cartaginesa, provocó otro escándalo entre los marineros.

Marcos el Chipriota se había pegado con el grumete por rivalidades y luego, al querer acercarse a ella, ella se había defendido como un gato furioso de sus acometidas y le había dejado la cara llena de arañazos.

Galardi mandó atar a Marcos y al grumete en el puente, y como ella fue a verlos a los dos sonriendo, Galardi quiso también sujetarla; pero ella sacó un puñal y se lo clavó en el brazo y comenzó a salir la sangre abundantemente. A pesar de esto, Galardi la agarró y la ató. Ella mordía, furiosa; pero al último dominó su cólera, y cuando la desataron quedó tan tranquila.

Galardi no quiso decir nada a O'Neil; pero pensó que lo mejor sería dejar a la chica en cualquier parte, porque con ella no se podía hacer carrera.

En Djidjelli pasaron unas horas, y al ir a salir se les presentaron dos oficiales franceses a pedirles si podían llevar a dos muchachas hasta Argel. Galardi dijo que no, que él no podía; pero al mismo tiempo salió O'Neil, y dijo que las llevaría.

A Galardi no le hacía gracia llevarlas, y no las hubiera admitido en el barco; pero O'Neil tenía una benevolencia exagerada para todo el mundo, y las aceptó y las cedió el camarote.

Estas dos francesas eran dos busconas vulgares, que andaban de guarnición en guarnición. Las dos iban muy arregladas y muy pintadas. Una de ellas era de Marsella; la otra, de Perpiñán. Esta última, sobre todo, hablaba a gritos y tenía un aire desvergonzado.

Las dos vieron que ni O'Neil ni Galardi eran abordables, y se lanzaron a la conquista de Marcos el Chipriota.

Al día siguiente, Galardi presenció la discusión entre Marcos y la de Perpiñán. Marcos tenía la debilidad de las joyas y guardaba una sortija con un brillante que había comprado a un judío. La de Perpiñán quería quitársela a toda costa.

Galardi cortó la conversación, obligando a Marcos a ir a proa y a la francesa a popa.

La cartaginesa presenció la orden con asombro.

Llegaron a Argel y desembarcaron las dos francesas. Marcos el Chipriota bajó a tierra detrás de ellas.

—Oye —le dijo Galardi—, a las cinco de la tarde partiremos. Si no estás, no te esperaremos ni un minuto. Ya lo sabes.

La cartaginesa estuvo arreglando sus cosas, yendo de aquí para allí. De pronto se acercó a Galardi y le tomó la mano, se la besó, echó a correr y desapareció por el muelle.

A las cinco de la tarde, ni Marcos ni la cartaginesa aparecieron. El *Argonauta* salió del puerto y se puso en franquía. La noche estaba húmeda y negra; había viento favorable, y se pusieron con rumbo a Orán.

O'Neil hizo «La canción de la cartaginesa», con este estribillo:

«El instinto no yerra nunca; acierte o falle, es lo mismo; cuando acierta, acierta dos veces; cuando falla, también acierta».

# 11

## Vuelta

De Orán fueron a Cartagena; de Cartagena a Alicante, y de Alicante pasando por debajo de las Baleares y de Cerdeña, se acercaron a la Calabria y a Roccanera.

Cuando llegaron, la estrella de la mañana brillaba en el Laberinto por encima de la Batería de las Damas y se iba disolviendo en la claridad cada vez mayor del alba.

## Libro segundo

### El maleficio

#### 1

### Naufragio

El tiempo transcurrido en el viaje durante la excursión del *Argonauta* parecía haberse encargado de arreglar los asuntos sentimentales de la casa del Laberinto. Había llegado el astrónomo Werner a pasar una temporada.

Odilia estaba haciendo compañía a Santa, muy tranquila y muy sumisa.

O'Neil llamó a Odilia y tuvo con ella una larga conferencia. Desde entonces la Roja ya no volvió a tener el aire malhumorado y soberbio de antes.

Galardi y ella apenas se hablaban; Odilia comenzó a aprender el inglés, con O'Neil, y el alemán, con Werner. Tenía el proyecto de ir a California.

Odilia se reveló como una mujer de gran memoria e inteligencia. Lo aprendía todo con verdadera rapidez. Werner estaba entusiasmado con ella. Tenía por la muchacha una admiración que le rebosaba. La miraba embelesado. El entusiasmo del astrónomo se extendía a cuanto se relacionara con Odilia; así, que el doctor se hizo muy amigo del perro *Plutón*.

Odilia se pasaba dos o tres semanas trabajando con sus libros, sin cesar un momento. Luego decía:

—Ahora me pasaría un día entero bailando o corriendo.

—¡Aj! —exclamaba el astrónomo—, ¡qué admirable mujer! ¡Qué elasticidad de carácter! Es una maravilla.

Roberto seguía trabajando en «El viaje de los hijos de Aitor»; pero ya le empezaba a cansar su obra, y estaba proyectando otra cosa.

En el corredor de la casa del Laberinto se reunían Santa, Odilia, O'Neil y Galardi. Muchas veces aparecían el hermano Bartolomé y el ex torrero Pica, que estaba ya siempre en Babia, y el astrónomo Werner.

El comienzo del invierno fue muy lluvioso y frío. En la gran chimenea del comedor se quemaban trozos de cedro y de pinos enormes. Se leían libros de literatura y de viajes. O'Neil tocaba el órgano y Galardi la flauta.

Un día se desencadenó una terrible tempestad.

Por la mañana, el cielo apareció anubarrado, con algunos trozos azules. El mar, amarillento y sucio, de un color aceitoso, batía las rocas con sus olas espumosas. En el parque los árboles se retorcían con el viento.

O'Neil, Galardi, Werner y Odilia fueron a lo alto de la Batería de las Damas. Las olas producían un bramido en los pedregales del acantilado como descargas cerradas.

Por la tarde, el cielo se oscureció con grandes nubes de tinta.

Los árboles se retorcían con frenesí con las ráfagas de viento; las plantas se doblaban hacia tierra, y las hojas se levantaban en espirales, e iban marchando por el monte en trombas.

El cielo era un campo agitado de nubes negras y rotas, llevadas por el vendaval. Entre las nubes de tinta, el sol salía con un aire de sol de eclipse a iluminar un trozo de la costa, con un color de cobre.

El mar, como enfermo de ictericia, tenía tonos malsanos; en la concavidad de las olas parecía de barro, y hacia la playa se cubría de burbujas de espuma y de meandros blancos.

El viento marino luchaba con el de tierra y rivalizaba en violencia.

A veces las ráfagas de viento sonaban como cañonazos.

La tarde pasó pronto; la noche quedó oscura, negra; el viento gemía, relampagueaba a cada paso y resonaba el rumor ronco y lejano de los truenos.

Después de cenar, Santa y Odilia, O'Neil, Galardi y Werner se refugiaron en la biblioteca. Santa fue a acostar a su niña.

El viento bramaba, haciendo retemblar las ventanas; la lluvia azotaba los cristales, los relámpagos iluminaban súbitamente el aire y los truenos retumbaban encima.

De pronto, en medio de un momento de silencio, se oyó un grito a lo lejos; Galardi levantó la cabeza y escuchó.

—¿Qué pasa? —preguntó O'Neil.

—Algún barco pide socorro.

—Vamos.

Los tres hombres y Odilia con ellos salieron de la casa y corrieron, embistiendo las ráfagas de viento, hasta la Batería de las Damas. Se oía ya claro voces pidiendo socorro.

O'Neil estaba dominado por una gran excitación.

La lluvia caía de una manera torrencial; los relámpagos eran constantes, y rayaban el cielo con sus zigzags vertiginosos.

Hasta la terraza llegaban las espumas de las olas, que reventaban al pie del acantilado. Al asomarse a la Batería vieron entre los relámpagos, en un mar fulgurante, un barco que venía con las velas blancas hinchadas. Las aguas hervían luminosas como en un inmenso crisol. Ante aquellos resplandores cárdenos, el barco parecía un fantasma. Un meteoro eléctrico brillaba sobre una de las antenas; la estela que dejaba en el mar era un rastro refulgente como una vía láctea.

Abajo, en los escollos del Laberinto, era un espectáculo de pesadilla que no parecía real. Un caos de olas retorcidas, de cascadas de plata líquida; de espumas como la nieve, que al mismo tiempo hervían; de bramidos, de choques, de relámpagos que se formaban en el interior de las olas.

Más lejos, las grandes olas enormes, que aparecían erizadas de espumas

fosforescentes con la ardencia del mar, llevaban el barco velozmente hacia la costa.

Se veía todo con tantos detalles: el interior de la embarcación, la cubierta, el cordaje, las velas, los tripulantes, que esto mismo daba al cuadro un aire de irrealidad y de cosa imaginada en un sueño de fiebre.

La barca era una sacoleva de tres palos, con sólo velas cangrejas; a una de ellas, rota, las ráfagas de viento la sacudían a latigazos.

Se veía a los tripulantes en la cubierta, en esta atmósfera eléctrica resplandeciente; el patrón llevaba un capote blanco de lana y estaba atado a uno de los palos; el contramaestre se hallaba agarrado a la rueda del timón; dos marineros y un chico, cogidos a la borda, miraban a los escollos de la costa.

—¿Qué se puede hacer? —preguntó O'Neil.

—No hay tiempo de hacer nada —dijo Galardi—. Están perdidos.

Werner recitaba los versos de Mefistófeles, en el Brocken, la noche de Walpurgis. Quizá el astrónomo no comprendía con intensidad que había unas vidas humanas en peligro.

El barco, como un ariete y con una rapidez de flecha, fue a embestir en las rocas de la Punta Rosa; se oyó un grito de desesperación, bastante fuerte para dominar el estruendo del mar; pasaron varias olas por encima, hubo un momento de oscuridad, y cuando volvió a brillar un relámpago no se vieron más que tablas y barricas sobrenadando y una vela blanca que desaparecía como sorbida por el mar.

—Vamos a la playa —dijo O'Neil.

—Es inútil —repuso Galardi—; pero vamos.

Fueron allí. Las olas tenían una fosforescencia tal, que parecían encendidas; el aire, un olor a ozono que mareaba. Las huellas que las cuatro personas iban dejando en la arena quedaban un momento luminosas. Volvieron. Santa, arrodillada, rezó por los náufragos.

Durante toda la noche siguió el vendaval gimiendo y bramando y al amanecer cesó por completo.

Al día siguiente volvieron a la playa Grande. Ya no llovía. El viento barría rápidamente las nubes y dejaba el cielo azul; pero a poco se nublaba de nuevo; el mar, agitado y turbio, con un color bilioso, resplandecía con los rayos de sol y jugaba en los peñascos, rodeándolos de espuma amarillenta.

Del barco no quedaba nada más que argollas y pedazos de madera en la arena.

Fueron a la Cueva del Tritón y vieron sobre las aguas flotando el cuerpo de un marino ahogado. Sin duda, la corriente del mar le había llevado hasta allá. Era siempre aquel lugar de maleficio, donde tenía que quedar el rastro de la desgracia y de la fatalidad.

## 2

### El fantasma del Laberinto

Unos días más tarde, al final del invierno, en una época de tiempos hermosos, se comenzó a hablar entre los criados y criadas de la casa del Laberinto de que por la noche se veía en el parque un fantasma.

Roberto, al enterarse del rumor, preguntó de dónde procedía.

Varios habían creído ver pasar la sombra de una persona desde la ventana de su cuarto. Se dijo que debía ser uno de los marineros muertos del barco griego naufragado, que andaba como alma en pena. Se habló, se comentó, se fantaseó, se hicieron chistes, y se iba terminando el asunto, cuando la hija de la lavandera afirmó que ella había visto el fantasma de cerca y con toda clase de detalles.

Roberto llamó a la muchacha para que le contase lo ocurrido.

Esta chica contó que hacía un par de semanas, su madre y ella habían tendido la ropa en una plazoleta del parque, en la parte de atrás de la casa. Doña Odilia lo tenía prohibido, y les decía que la tendieran en un raso de la granja; pero aquel día tenían prisa, y pensaron que nadie se fijaría.

Al marcharse la madre de la muchacha al pueblo le había dicho:

—Ten cuidado, al anochecer, de recoger la ropa. No sea que pase alguno y lo vea y se lo diga a doña Odilia.

La madre fue al pueblo; la chica, a la granja, y se olvidó completamente de la ropa; pero al irse a acostar, se acordó de pronto, salió a la plazoleta del parque y comenzó a recogerla. Estaba la luna llena y había mucha luz.

Andaba recogiendo la ropa cuando, de repente, se le presentó el aparecido.

—Era un hombre grueso, viejo, de cara pálida y redonda —dijo la muchacha—; iba envuelto en un capote negro y marchaba muy despacio, apoyado en un bastón. Yo me quedé con la sangre de las venas helada. Entonces hice el signo de la cruz y el fantasma desapareció.

—¿Y tú le viste de cerca?

—Y tan de cerca.

—¿Y no le conociste?

—No.

—Sin embargo, ¿era un hombre?

—Lo parecía, al menos.

—¿Metía ruido al andar?

—Sí; es más: me pareció que llevaba zapatillas.

—¿Iba vestido de marino?

—No.

—¿Llevaba alguna túnica blanca?

—Tampoco. Era como un señor.

—Es extraño —murmuró Roberto, y al doctor Werner, que escuchaba la conversación, le preguntó—: ¿Qué le parece a usted?

—¡Fantasía! —contestó el doctor—. Esta muchacha es una histérica.

No lo creía así Roberto.

Pasaron varias semanas sin que volviera a aparecer el paseante fantasma.

Un día Alfio se presentó a ver a Roberto, y le dijo:

—Vengo a decirle a usted una cosa rara.

—¿Qué?

—Que yo también he visto el fantasma.

—¡Hombre! ¿Y en qué sitio?

—En la terraza de la casa que ocupa el astrónomo alemán.

—¿Pero no sería el mismo Werner?

—No, no. Es otro hombre, y tiene las señas que ha dado la chica de la lavandera.

—¿Y cómo le ha visto usted?

—Desde el Belvedere. El otro día estaba sin sueño y me decidí a dar un paseo de noche y subí al Belvedere. Desde allí le vi al hombre del capote, paseando y fumando.

Roberto comprendió que esto no podía ser una alucinación y llamó al doctor y le dijo:

—Dígame usted quién está en su cuarto.

Werner, de mala gana, confesó que tenía un amigo antiguo, a quien debía favores, y que le había exigido que le acogiese y que no dijera nada.

—¿Está perseguido?

—Sí; y, además, es un enfermo, un misántropo.

—Bueno; pues adviértale usted de mi parte que aquí está en seguridad; que puede pasearse por donde quiera, que nadie le molestará, ni intentará hablarle; pero que salga, y que le vean, para tranquilizar a la gente de la casa.

El amigo de Werner comenzó a pasearse por la parte escondida del parque del Laberinto. Era un hombre no muy viejo, pero débil y enfermo. Roberto había dado orden de que no le molestaran.

Un día, O'Neil recibió una carta del enfermo misterioso rogándole que fuera a verle. Estaba postrado en la cama y no podía levantarse. La carta la firmaba Eduardo von Stein.

### 3

## El secreto del doctor Werner

Por la noche, O'Neil subió a la habitación de Werner. El astrónomo estaba a la puerta.

—Pase usted —le dijo con voz sorda—; mi amigo Stein quiere hablar con usted.

Roberto entró en la alcoba y vio un hombre grueso, pálido, sentado en un sillón. Este hombre respiraba con gran dificultad.

—¿Está usted enfermo? ¿Desea usted algo de mí? —le preguntó O'Neil.

—Sí; ¿quiere usted sentarse?

Roberto se sentó.

—Estoy enfermo..., muy grave..., y voy a morir... Antes de morir —añadió con voz temblorosa—, quisiera contarle a usted quién soy yo y quién es su amigo el doctor Hugo Werner.

—Muy bien —exclamó Werner—, yo me iré; así podrás contar tu narración con mayor independencia.

—No; quédate. Si algo digo que no sea cierto, podrás rectificar.

—¿Para qué? No quiero rectificar nada; tengo confianza en tu veracidad.

—Siempre igual... Orgullosa y seco.

—No es hora de cambiar. Ahí fuera aguardo a que termines tu confidencia. Cuando concluyas, volveré.

El doctor Werner salió al cuarto inmediato y cerró la puerta.

El enfermo, incorporándose en el sillón, dijo:

—Le quiero contar a usted rápidamente mi historia y la de Werner, y después hacerle una consulta.

—Hable usted.

—Hace treinta años estudiábamos en la Universidad de Heidelberg, donde creo que también ha estudiado usted, y vivíamos juntos tres amigos: el doctor Werner, Hans Hoffbauer y yo. Vivíamos los tres en la misma casa de Hauptstrasse, y nos entendíamos bien, a pesar de tener caracteres distintos. Hugo Werner era hijo de unos labradores; Hoffbauer, de un profesor y de una cómica, y yo, de un militar retirado.

»Entre nosotros tres, Hugo Werner era el más aplicado; yo, el más vicioso y perdido, y Hoffbauer era sencillamente genial. A medida que pasaba el tiempo, nuestros caracteres se acentuaban; Werner se iba haciendo duro, orgulloso, soberbio, y tenía un gran deseo de distinguirse; Hoffbauer era un niño de genio; yo iba por la pendiente, cada vez peor: empalmando borracheras, desafíos y escándalos.

»Werner estudiaba astronomía; Hoffbauer, ciencias físicas, y yo, al menos oficialmente, estudiaba medicina. Yo recurría con frecuencia a Hoffbauer, que me daba dinero, y pocas veces a Werner, que me insultaba y decía que me debían

ahorcar.

»Hoffbauer estaba enamorado de la hija de un general; ella le acogía con benevolencia y le permitía que le acompañara; pero el general dijo de pronto que aquello no podía seguir, porque Hoffbauer no tenía posición, y, sobre todo, porque era un enteco y un tuberculoso. El general mandó su hija a Carlsruhe, donde se casó al poco tiempo.

»Entonces, nuestro amigo Hoffbauer se desesperó y comenzó a no salir de casa.

»Tenía un comienzo de tuberculosis y una lesión cardíaca. Le recomendaron la vida en el campo, en sitio alto, para curarse; pero él no quería curarse. En casa se dedicó a leer.

Hugo Werner le traía libros de la biblioteca de la universidad, que Hoffbauer devoraba. Yo ya sabía que Hoffbauer era un hombre de gran talento; pero entonces se reveló como un verdadero genio.

»El mismo no comprendía lo extraño y lo anómalo de su capacidad. A veces debía pensar que cuando los demás no podíamos seguirle en el desarrollo de sus concepciones era solamente por pereza, por no hacer caso. A veces su espíritu parecía arder e incendiarse y llevaba entonces la claridad a las cosas más abstrusas y oscuras, y sus ideas parecían relámpagos en medio de las tinieblas.

»Yo le admiraba, pero no le oía. En cambio, Hugo Werner sentía por él una mezcla de ira y de admiración. Debía pensar: “¿Por qué este hombre tiene este cerebro privilegiado y yo no? ¿Por qué ha de ir el genio a ese cuerpo miserable y enteco y no al mío?”.

»Por entonces, Hoffbauer quiso poner en orden sus ideas y hacer un gran libro, con una nueva exposición del sistema del cosmos.

»Había inventado una aplicación de las teorías matemáticas de Lobachetsky y Riemann a la astronomía, de una gran originalidad, que sólo nos había comunicado a Werner y a mí.

»Werner, que pasaba por ser el amigo íntimo de Hoffbauer, fue el encargado por el enfermo de cuidar de la publicación de la obra, y con el pretexto de conservar los manuscritos, comenzó a copiarlos y a retrasar su impresión.

»Por entonces yo ya estaba en la mayor miseria; la familia, los amigos, todos me rechazaban y en este estado desesperado tuve la suerte o la desgracia de hacerme amigo de un joven ruso, y con él me fui hasta la Siberia de preceptor. Allí me pasaron una serie de aventuras largas de contar y que ahora no vienen al caso. Quince años después, cansado, derrotado, habiendo recorrido medio mundo, aparecí en Heidelberg, y vi pasar por la calle a Hugo Werner, que no me conoció o no me quiso conocer.

»Pregunté por él; me dijeron que tenía mucha fama, que había escrito grandes cosas. Fui a la biblioteca, pedí sus libros, y el primero que vi fue la gran obra de

nuestro amigo Hoffbauer a quien Werner, amigo infiel, había desposeído.

»Entonces yo me presenté a Werner y le dije:

»“Veo que has robado la obra a Hoffbauer y que vives sobre su prestigio. Yo viviré sobre ti; tú me alimentas o te denuncio”.

»Werner me hubiera matado; pero, ¿qué remedio le quedaba? Para su enorme soberbia, reconocer que su obra capital la había robado, hubiera sido una terrible humillación. Se acomodó.

»Un día, paseando en el campo, reñimos Werner y yo.

»“Yo sospecho que le envenenaste a Hoffbauer”, le dije.

»“No; no es verdad”.

»“Júralo”.

»“Lo juro. A quien no tendría inconveniente en matarte es a ti”.

»“Ya lo sé”.

»En vista de esto, escribí una declaración y la deposité en casa de un notario, encargándole que la enviara a la Universidad de Heidelberg al recibir la noticia de mi muerte, si yo no escribía dando orden de lo contrario.

»“Si me matas”, le dije a Werner, “tu robo será conocido”.

»Desde entonces he vivido a costa de Werner, y le he seguido hasta aquí. No le he explotado; me he contentado con vivir oscuramente. Ahora, no sé qué resolución tomar. ¿Denunciarle, y hacer que la obra de Hoffbauer aparezca de su legítimo autor, o dejarle? ¿Qué le parece a usted?

—Dejarle —contestó O’Neil—. Es lo que usted también quiere. ¿Quién va a ganar con su denuncia? ¿Qué le importa ya al mundo que esta idea brillante haya nacido aquí o allá, de este hombre o del otro?

—Es verdad; tiene usted razón. Entonces, escribiré hoy mismo encargando al notario que destruya mi declaración. Ahora, si quiere usted, dígame a Werner que pase. El doctor pasó impasible a la alcoba.

—¿Has hecho tu confesión? —preguntó con voz irónica.

—Sí; este señor es tan bueno, que nos ha absuelto a ti y a mí.

—Ya me es igual —murmuró Werner—. Me es igual. La fama, el nombre científico..., la gloria...; todo eso me parece una ilusión...; pero, en fin, tú estás tranquilo; has contado lo que tenías que contar.

—He contado únicamente el caso a este señor; pero no pienso dar publicidad a la noticia.

—Como te digo, me es igual. Ahora, si quieres, nos separaremos, aunque yo no te puedo dar gran cosa para vivir, porque no tengo.

—Tú siempre el mismo... ¿Vas a abandonar a un viejo camarada que se muere?

—No; si quieres, no te abandonaré. Creía que te era odiosa nuestra vida en común.

—No. A pesar de tu orgullo satánico y tu dureza, veo en ti el antiguo compañero. A ti te parecerá sentimentalismo ridículo, pero te tengo afecto.

—Bueno. ¡Basta! —dijo Werner—. Viviremos juntos.

Roberto no hizo la menor alusión al hablar después con el doctor de esta confidencia.

Al terminar el invierno, como no concluía el frío, el enfermo pidió a Roberto que le llevara al sur de Sicilia. Creía que con el calor se podría llegar a restablecer.

O'Neil accedió a llevarle, y en la travesía Stein se murió y lo enterraron en el cementerio de un pueblecillo de la costa.

## 4

### La hostilidad de la Roccanera

Al comienzo del verano se presentó Laura Roccanera y llamó a Galardi, que fue inmediatamente a darle las cuentas de su administración.

La Roccanera le hizo mil preguntas acerca de su mujer y de su niña, y, de paso, de O'Neil y de las gentes del Laberinto. Donjuán estuvo muy prudente, y no dijo más que lo que todo el mundo sabía.

A los tres o cuatro días, la Roccanera volvió a llamar a Galardi.

Se había enterado de lo que se decía en el pueblo, de que Galardi había tenido amores con Odilia, de que era muy querido por su mujer, y esto, sin duda, bastó para hacer de nuevo sugestivo a don Juan. Laura habló irónicamente a Galardi.

—Es usted el hombre orgulloso que quiere ser amado como un Dios, no por una igual a él, menos por una superior a él, sino que quiere ser grande con una pobre muchacha.

—Señora —le dijo don Juan—, no creo que esos asuntos tengan nada que ver con la administración de sus fincas.

—Yo no le he traído a usted aquí como administrador —replicó ella con un cinismo deliberado—, sino como a mi amante; para que viviera usted, porque no tenía usted de qué vivir.

—Ya sé que no soy rico. Nunca lo he intentado parecerlo.

—No es la pobreza lo que yo le reprocho, sino la falta de dignidad.

—¡La falta de dignidad!

—Sí. El ir a vivir a casa de mi marido es una indignidad.

—No sé por qué.

—Yo sí lo sé.

—Yo, no.

—Yo no tengo la culpa de que usted tenga embotado el sentido del honor.

—Me insulta usted miserablemente. Usted misma me indicó que fuera a vivir a la granja.

—Sí; pero no a esa casa.

—No vale la pena de oír tonterías.

—Está bien. No vuelva usted más por aquí.

—Bueno. Entonces, ¿quiere usted que renuncie al cargo de administrador?

—Sí. En casa de O'Neil tiene usted dinero suficiente para no necesitar de mí.

Don Juan, preso de una cólera sorda, saludó a la marquesa.

Al día siguiente envió al palacio de Roccanera los libros de cuentas.

La Roccanera le contestó, acusándole recibo, con una carta desdeñosa y despreciativa. A Laura, una de las cosas que más le molestaba era la admiración que

Galardi tenía por O'Neil. Sentía celos de las amistades y entusiasmos que producía su marido.

Ella comprendía que los dos hombres a quien había querido valían mucho. Roberto era un poeta, un espíritu delicado, culto, generoso, fantástico; don Juan era, si no muy brillante, un hombre caballeresco, serio, capaz de abnegación y de fidelidad. Ella veía que no había elegido mal estos dos hombres; pero no los había sabido retener. Para ella los dos empezaban a ser uno, y tenía por ambos la misma mezcla de simpatía, de antipatía y de rabia. Hubiera querido dominarlos y vengarse de ellos, aunque fríamente comprendía que no tenía motivo.

Pronto se notaron las maniobras de la marquesa Roccanera contra la gente de la casa del Laberinto.

—No hay que hacer caso —dijo O'Neil—. Estamos en una ínsula, y si nos fuera mal, nos marcharíamos todos juntos a América.

Para Santa, la marquesa Roccanera comenzó a ser una mujer infernal.

Odilia era la única que simpatizaba con ella.

La Roccanera tenía talento y simpatía para hacerse querer por sus conocidos y por todos los que la trataban, y aquel año pareció exagerar su amabilidad.

Todo el pueblo admiraba a la Roccanera. ¡Era tan simpática, tan bondadosa, tan amable, tan caritativa! En cambio, el marido era un estúpido, un loco, un perturbado.

El verano aquel Laura pareció empeñada en hacer más amistades, como para demostrar la fuerza de su simpatía. La Roccanera tenía una genialidad teatral, que encantaba a su gente.

Laura se las arregló para encontrarse con Odilia y para hablar con ella; pero la Roja era muy sagaz para contar lo que no le convenía.

La casa del Laberinto, gracias a las disposiciones de O'Neil, parecía un castillo encantado. No se sabía nada dentro de lo que pasaba fuera, ni al revés.

La gente de mala intención aseguraba que Galardi se entendía con Odilia, que O'Neil estaba loco y encerrado y que Santa sufría mucho.

El aislamiento de la casa era tal, que hasta allí no llegaban las murmuraciones.

## 5

### Gestiones diplomáticas

Durante las fiestas del pueblo apareció en Roccanera un aristócrata, de quien se habló mucho, el príncipe Bonafede.

Bonafede era un joven alto, rubio y muy cordial, que hacía la corte a doña Laura.

Por lo que se dijo, había propuesto a la marquesa que se divorciara y se casara con él.

Doña Laura no podía olvidar ni a Roberto ni a Galardi; al parecer, su nuevo galanteador no le hacía olvidar sus resquemores antiguos.

Mientras tanto, el príncipe languidecía de amor por ella.

Laura pensó aprovechar la ocasión que se le presentaba, y quiso tener una conferencia con su marido para tratar del divorcio; pero O'Neil se excusó con vanos pretextos. Dijo que estaba enfermo y que se podían entender por carta.

Laura, entonces, envió a su amiga Rosa Malaspina, como mediadora, a la casa del Laberinto. Rosa le expuso su comisión a Roberto, y cuando éste dijo que no tenía inconveniente en divorciarse, si ella lo deseaba, Rosa no insistió. Charlaron los dos largamente, con mucha efusión, y se despidieron, como siempre, muy amigos.

Laura comprendió que su abogada no había pleiteado su causa con el necesario celo, y envió otro emisario a la casa del Laberinto, el abate Mirabella. El abate Mirabella era un abate elegante, perfumado, muy inteligente y diplomático, que hacía las veces de secretario del obispo.

El abate Mirabella se presentó a O'Neil con la misma embajada que Rosa Malaspina; pero insistió más en su comisión.

Dijo que a doña Laura le aconsejaban que se divorciara para casarse después con el príncipe Bonafede, cosa que había llegado a oídos de monseñor Portulappi, el obispo de la diócesis, amigo antiguo de los Roccanera, y éste le había indicado a él que visitara a Roberto para ver si se podía reconciliar con doña Laura e impedir el divorcio.

Roberto no cedió.

—Mire usted, señor abate —le dijo—, el que yo me reconciliara con mi mujer, y fuéramos a vivir juntos, sería sencillamente un error.

—¿Por qué?

—Estoy convencido de ello.

—¿Es que han reñido ustedes?

—No; eso sería lo de menos. Es que hay una incompatibilidad en nuestros caracteres, en nuestras ideas, en nuestra religión.

—¿Pero usted es católico?

—No; yo he sido educado en la religión protestante.

—Yo creía...

—No, no. Yo he sido tolerante, y por eso se ha supuesto, sin duda, que era católico.

—Y aunque no fuera más que aparentemente, ¿no podían ustedes reconciliarse?

—¿Para qué? Yo no le tengo odio. Es más: la estimo, y reconozco que tiene grandes dotes; pero... no congeniamos. Si ella quiere seguir tal como estamos, que siga; si quiere volver a casarse, que nombre su abogado y yo declararé lo que a ella más le convenga para nuestro divorcio.

El abate Mirabella volvió a la carga; pero O'Neil no quiso discutir más.

La Roccanera, al saberlo, se consideró ofendida, y pensó en no descansar hasta vengarse de O'Neil y de Galardi. Pensaba sembrar la cizaña en la casa del Laberinto, por muy hermética y cerrada que ésta se hallara.

Mientras tanto, el príncipe Bonafede suspiraba; pero doña Laura no hacía gran caso de sus suspiros.

## 6

### El conquistador que no conquista

En la primavera del año siguiente se presentó en la casa de la granja un agrimensor llamado Busoni. Este Busoni era un hombre joven aún, de veintiséis años, nacido en Trápani, con el pelo muy rizado, la tez cetrina, los labios gruesos y los ojos negros. Estaba muy satisfecho de sus ojos y de su dentadura, que tenía el brillo de la porcelana. Busoni andaba con un aire jactancioso, como hombre pagado de sí mismo. Le gustaba vestirse de blanco y acicalarse como una señorita.

Se preciaba de ser un conquistador, y creía poseer un poder misterioso y magnético en la mirada. Según decían, tenía varios libros, donde estudiaba una serie de procedimientos para fascinar.

Los procedimientos eran, sin duda, fantásticos; pero a veces obraban como reales.

Al parecer, Busoni había tenido varias novias, a quienes había abandonado.

El siciliano, además de ser un seductor, era un seductor a plazo fijo, porque avisaba a sus víctimas lo que les iba a pasar. «Serás mía. No te escaparás, aunque quieras». Y, al parecer, estas predicciones aturdían a las muchachas. Sin duda, tales avisos entraban dentro de su técnica fascinadora.

Busoni tenía que hacer trabajos de medición en la granja del Laberinto, y en los contornos, por algún tiempo.

Busoni no encontró entre las muchachas de las casas de labor por donde tuvo que trabajar ninguna lo bastante atrayente para impulsarle a emplear sus misteriosos recursos de seducción; pero al ver a Odilia, tan gallarda, tan alta y tan pomposa, sintió por ella un gran entusiasmo, y pensó que valía la pena de usar con ella todos los medios de la técnica fascinadora.

Ella no le concedió mucha importancia; a pesar de su mirada magnética y de su táctica fascinadora, el agrimensor le parecía poca cosa, y su tipo de berberisco no le hacía mucha gracia. Sin embargo, por entretenerse le dio esperanzas; pero luego se arrepintió y no le hizo caso.

Alfio se enteró de la clase de hombre que era Busoni y se lo dijo a Santa, para que ésta se lo comunicase a su prima Odilia.

Busoni era hombre violento, apasionado, egoísta y sensual; de pasiones ardientes, bilioso y de cóleras frías. Era hombre capaz de esperar años para vengarse; pero cuando llegaba a un arrebató de cólera, no podía contenerse. Llevaba siempre un puñal y una pistola.

Santa rogó a su prima que viera la manera de alejar a aquel hombre peligroso de allí despidiéndolo seriamente o marchándose ella al pueblo.

—¡Bah! No le tengo miedo —decía Odilia—; que se atreva conmigo. Veremos quién es más valiente.

—Pero ¿por qué no le desengañas de una vez?

—Si se lo he dicho, no una vez, sino muchas y no se convence. «Me ha de querer usted», contesta a todas mis observaciones.

Concluyó por entonces sus trabajos el siciliano, y fue a Roccanera, donde pasó un mes en otras fincas, trabajando en medir las tierras, y a principios de julio volvió a la granja del Laberinto a terminar unos trabajos.

## Una representación de fantoches

Un día de julio, a O'Neil se le ocurrió dar una representación de fantoches en la terraza de la Batería de las Damas.

Habían pasado por la casa del Laberinto tres cómicos errabundos, y O'Neil mandó que les dieran de comer y les contrató para una representación de noche. Los tres cómicos eran: un viejo, el señor Benedetto, prestidigitador, equilibrista y mostrador de títeres; una muchacha de dieciséis o diecisiete años, Fiametta, que cantaba y tocaba la mandolina, y un chico, Lelio, que recitaba y hacía ejercicios acrobáticos. Tenían también un perro, *Medoro*.

El señor Benedetto era ya viejo y decrepito; mas conservaba cierta elegancia y esbeltez; Fiametta era una morenita muy perfilada, con unos ojos claros, muy hermosos, y Lelio tenía cierto aire atrevido y genial.

Se veía que los tres cómicos errantes estaban muy unidos y que Lelio no permitía que la gente tomara libertades con la muchachita.

El señor Benedetto, director de la compañía, decidió representar: primero la *Mandrágora*, de Maquiavelo, y luego dos obras de circunstancias, inventadas y arregladas por él, pensando que de allí, además de la contrata, podía sacar una buena colecta.

La primera obra de circunstancias sería *Arlequín, marinero, o Los pescadores de Roccanera*, y la segunda *Las sirenas del Laberinto*, obra llena de alusiones a las personas que vivían en la casa.

Decidieron representar la función en La Batería de las Damas. Construyeron un tablero provisional, lo vistieron con paños, lo pintaron de rojo y de purpurina y pusieron para alumbrarlo varios faroles.

En seguida, el señor Benedetto sacó de una caja larga sus fantoches y les retocó las caras con un pincel. Fiametta remendó los trajes de los títeres que tenían algún desgarrón con aguja e hilo e hizo otros nuevos, todos muy bonitos y de colores brillantes.

Roberto mandó que se sacaran sillas a la terraza para cuarenta o cincuenta personas. Estaban invitadas las personas de la casa, los trabajadores de la granja y de la vecindad. Después de cenar comenzó a entrar la gente en la Batería de las Damas.

La noche estaba tibia y suave. En el cielo había nubes blancas y la luna, en su vuelo rápido, parecía ir las atravesando. El agua del mar tenía una transparencia misteriosa. Las luces de Roccanera brillaban, se reflejaban en la bahía y daban la impresión de una ciudad importante. En la gran curva de la playa se extendía la ola blanca, que saltaba en los peñascos del Laberinto.

Un barco; de vela al paio esperaba, sin duda, a la mañana para la descarga, lejos

del puerto.

Comenzó la representación, encendiéndose las luces del tablado y con una pequeña orquesta, en que Fiametta tocó la mandolina y Lelio el violín, acompañados por la guitarra del señor Benedetto. Lelio cantó las canciones de moda.

Al terminar, se retiraron los tres, y el señor Benedetto volvió un poco más tarde a explicar lo que iba a ser la primera función.

—Señoras y señores —dijo—: nosotros somos pobres artistas errantes, sin medios de fortuna ni conocimientos para poner en escena como es debido algunas de las obras ilustres de la Comedia del Arte. Por esto, antes de comenzar, pedimos benevolencia al auditorio, a las bellas damas y a los amables caballeros, y, sobre todo, al dueño de la casa, quien sabemos que es un noble prócer y un altísimo poeta. Ahora, señoras y señores, después de pedir vuestra venia, vamos a comenzar nuestras representaciones por *La mandrágora*, del gran escritor italiano Maquiavelo. Se levanta el telón. Va a comenzar la fiesta. Os presentaré primero los personajes. Éste que veis aquí es Messer Nicia Calfucci, comerciante florentino, un poco viejo, casado con la bellísima doña Lucrecia, que es la dama rubia que tenéis delante. Éste es el parásito de la casa, Saturio, ilustre lameplatos, y éste, Calímaco, estudiante enamorado de doña Lucrecia. Messer Calfucci cuenta al estudiante Calímaco que está muy triste, porque no tiene hijos, y el estudiante Calímaco le dice que hay un remedio para la infecundidad: el jugo de la mandrágora. Messer Calfucci se entusiasma. Le dará la mandrágora a doña Lucrecia. Pero la mandrágora, dice el estudiante Calímaco, tiene un inconveniente, y es que los primeros abrazos y besos de la mujer que ha bebido este jugo son mortales para su marido. Messer Calfucci, al saber esto, se detiene, carraspea y no quiere oír hablar ya de mandrágoras. Pero, no; hay un recurso, dice el estudiante Calímaco, después de pensarlo bien. ¿Por qué no darle la mandrágora a doña Lucrecia y hacer que entre luego en su cuarto un cualquiera a quien abraza y bese? Messer Calfucci vacila, duda; pero al último se convence. ¿Querrá doña Lucrecia aceptar el procedimiento? El problema ahora es convencer a doña Lucrecia. Su madre y el padre Timoteo, amigo y confesor de la casa, van a verla y vencen su resistencia. Doña Lucrecia se resigna, toma la mandrágora, y poco después pasa un mozo de cuerda muy feo, el estudiante Calímaco disfrazado. Le invitan a entrar. El mozo de cuerda no quiere; pero, al fin, lo meten entre todos en el cuarto de doña Lucrecia y cierran, mientras tanto, el buen Messer Calfucci se frota las manos satisfecho y el padre Timoteo reza el rosario por lo bien que ha resultado la combinación.

El argumento era un poco escandaloso y produjo murmullos en el público. Afortunadamente, había poca luz y no se veían las caras.

El señor Benedetto se retiró y comenzó la representación.

Los fantoches eran muy bonitos y muy bien pintados. Tenían la cabeza de cartón,

el busto y las piernas de madera y el cuello, los pies y las manos de plomo, lo que les permitía moverse muy fácilmente sin perder el centro de gravedad.

El señor Benedetto era un verdadero maestro, hacía hablar y moverse a sus muñecos con verdadera gracia. La gente rió a carcajadas las situaciones de *La mandrágora* y las mujeres dieron gritos de alegría.

Se terminó la función y hubo un momento de descanso. Pasados diez minutos, después de un intermedio musical, comenzó el primer propósito: *Arlequín, marinero*.

Arlequín era aquí un poltrón, mentiroso y cobarde, que llegaba a Roccanera muerto de hambre, y aunque no se había embarcado nunca, decía a los marineros que había hecho maravillas en el mar.

—¿Has viajado? —le preguntaban.

—Por todos los mares del mundo: del Norte, del Sur, del Este y del Oeste.

—¿Has pescado?

—Desde la ballena hasta los boquerones.

—¿Y qué has visto?

Arlequín contaba una de mentiras tremendas de lo que había visto en el mar, y mientras distraía a los marineros de Roccanera, les iba comiendo la comida y bebiéndoles el vino.

Después de las bravatas, llegaba el momento de embarcarse para ir a pescar. Arlequín no se apresuraba a entrar en la lancha.

—¿Para qué? —decía—. Tengo tres céntimos guardados, y con tres céntimos se come, se bebe y se lava la cara.

Esta frase solían emplear los vendedores de macarrones de Nápoles para anunciar burlescamente su mercancía.

En la barca, Arlequín se ensuciaba de miedo, y los pescadores, viéndole tan cobarde, le jugaban la mala pasada de dejarle en un bote en medio del mar. Arlequín comenzaba a remar y soltaba una serie de maldiciones y de frases chistosas, según sus alternativas de cólera y de miedo. Las frases de Arlequín, dichas todas en napolitano, produjeron grandes risotadas en el público.

Después de esta escena, se apagaron las luces del retablo y hubo un descanso; vino Benedetto, vestido de rojo, encendió una pequeña hoguera, con unos palos y unas cañas, en el suelo, y cantó, recitó e improvisó.

Cuando concluyó, pasó la gorra para que le echaran algo.

El señor Benedetto daba la impresión de un bufón medieval, sobre todo cuando pedía con la gorra en la mano, la sonrisa humilde y dolorosa y la voz llorona.

Se volvieron a encender las luces del retablo. Lelio y Fiametta cantaron y bailaron; se descorrieron las cortinas y comenzó la representación del segundo y último propósito, titulado *Las sirenas del Laberinto*.

Había en este propósito tres damas: doña Isabel, doña Sirena y dona Petronia: y tres galanes: don Horacio, don Juan y Tartaglia. Había, además, tres criadas: Olivetta, Franceschina y Zerbinetta; un médico pedante, don Pancraccio Coccozziello, y un criado, Arlequín.

La gente decidió que doña Isabel, que era morena y vestía de blanco, era Santa; que doña Sirena, la rubia, vestida de color de rosa, era Odilia, y alguien supuso que doña Petronia, de negro y de aire muy grave, era la marquesa Roccanera. Respecto a los galanes, Horacio se identificó con Roberto y don Juan con Galardi; Tartaglia, que aparecía gordo, pesado, moreno, no se sabía quién era; pero cuando dijo que tenía la mirada magnética y unos secretos para fascinar a las mujeres y comenzó a perseguir a doña Sirena, la rubia, que, a pesar de la mirada magnética, le trataba con bufidos, todo el mundo recordó a Busoni. Era su caricatura. ¿Estaría por allá el agrimensor? La gente volvió la cabeza para encontrarle.

La farsa no tenía un argumento muy claro. Había un diálogo entre don Pancraccio Coccozziello y Zerbinetta. El doctor don Pancraccio, calvo y con grandes anteojos, quería tomar el pulso a Zerbinetta y con este pretexto abrazarla, porque encontraba que, según los preceptos de Galeno, estaba demasiado gordita; pero, al ir a abrazarla, se interponía Arlequín y le abrazaba a él.

Tras de esto aparecía Tartaglia, de negro, con una flor en el ojal, los pelos rizados y muchas joyas, a decir que, gracias a su mirada magnética y a sus secretos mágicos, tenía conquistada a doña Sirena. Con todas le pasaba lo mismo. Verlas, lanzarlas la mirada magnética y fascinarlas era inmediato. No se le resistía ninguna: ni viudas, ni casadas, ni solteras.

En la casa próxima le esperaba la dama muerta de amor. Tartaglia se acercaba, contoneándose; llamaba. Y, pin... pan..., pin... pan..., le daban cuatro palos en la cabeza.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué bruto! ¡Qué mala bestia! ¡Asesino! —decía Tartaglia, y se tocaba la cabeza con la mano y veía si tenía sangre, hasta que se tranquilizaba y comenzaba de nuevo a tener esperanzas y volvía a hablar de sus talismanes y de su mirada magnética, y se acercaba de nuevo con un contoneo cómico a la puerta, otra vez: pin... pan..., pin... pan...

—¡Animal! ¡Bruto! ¡Bestia! ¡Canalla! ¡*Mascalzone!*

Todo el mundo reía a carcajadas. Galardi se volvió a decir algo a Odilia, y ella se tapó la boca con la mano para no reírse. En este momento sonó un tiro. Busoni, que estaba entre la gente, en la oscuridad, había disparado la pistola contra Odilia; pero, en vez de herirle a ella, le hirió a Roberto en un hombro.

Se produjo un gran alboroto de gritos y de chillidos, y se tardó en asistir a Roberto, que estaba perdiendo mucha sangre. Entre Alfio y don Juan lo cogieron en una silla y lo llevaron a casa.

Se llamó al médico. La noticia corrió en seguida por Roccanera.  
Busoni se había escapado al monte, y durante mucho tiempo no se supo nada de él.

## Se agrava O'Neil

Durante algún tiempo, en Roccanera no se habló de otra cosa. Algunos justificaban a Busoni y echaban toda la culpa a Odilia, que se había querido reír de él; otros aseguraban que doña Laura se había servido de una persona para indicarle a Busoni que don Juan y Odilia se entendían. Mientras tanto, Roberto estaba en la cama, inquieto y febril.

Al día siguiente se presentaron doña Laura y Rosa Malaspina a ver a Roberto.

—No le podrán ustedes hablar —les dijo donjuán—; tiene mucha fiebre. El médico ha dicho que le dejemos tranquilo.

Galardi abrió las cortinas de la alcoba y las dos damas vieron a Roberto en la cama, delirando.

Doña Laura comenzó a llorar. Al salir vio a Santa con su niña.

—¿Es su mujer de usted? —le preguntó a Galardi.

—Sí.

—¿Y su niña?

—Sí.

La Roccanera cogió a la niña en brazos, la besó y volvió a llorar.

El médico encontró que el estado de O'Neil no era nada bueno.

Galardi telegrafió al padre de Roberto. Pasaron los días y O'Neil no mejoraba. La herida y las antiguas fiebres le tenían extenuado.

Roberto, desde el principio, creyó que no salía de aquélla. Les preguntó a Santa y a donjuán si no les gustaría ir a América; pero Santa no quería, y entonces decidió dejarles a los dos la granja del Laberinto.

Él tenía el convencimiento de que se iba a morir, y pidió a don Juan que quemara todos sus papeles y su cadáver en la playa y esparciera sus cenizas en el mar para desaparecer cuanto antes, para fundirse en seguida en el Gran Todo.

Santa y el hermano Bartolomé le suplicaron que no mandara esto último, y Roberto accedió.

—Por ella lo hago —le dijo a Galardi.

Una tarde, al anochecer, Roberto llamó a Galardi.

—Siento que me muero —le dijo—; llame usted a Santa y a la niña.

—¿Quiere usted que venga doña Laura y doña Rosa, que están aquí? —le preguntó Galardi.

—Sí; que vengan.

Roberto estrechó la mano a todos y poco después estaba muerto.

Se le enterró en el pequeño cementerio del parque.

## 9

### Lucha en el acantilado

Una gran tristeza reinó en la casa desde la muerte de Roberto.

Santa y Galardi iban a la iglesia y al cementerio del Desierto de los Cipreses a rezar en la tumba de O'Neil.

Odilia estaba desequilibrada. El doctor Werner quería casarse con ella y llevarla a Alemania, y ella aceptaba la idea, unas veces con gusto, otras sin decir nada y quedando pensativa. Muchas veces, Odilia salió hacia el monte, con su fusil y su perro *Plutón*, y Werner pudo comprobar que cargó el fusil con bala. Werner supuso que iba dispuesta a buscarle a Busoni y, si podía, matarlo.

De Busoni se dijo que andaba con dos o tres granujas rondando las fincas del monte y corriendo de un lado a otro, escondiéndose en los desfiladeros que se encuentran en el gran bosque de la Sila.

Después de pasar algún tiempo en la granja Odilia marchó a su casa, y prometió al astrónomo volver para casarse con él.

Una tarde, al comienzo del otoño, retornaba don Juan de hablar con el hermano Bartolomé en la ermita. Volvía, triste y melancólico, por el camino del borde del acantilado, cuando de pronto por entre unos matorrales apareció un hombre. Era Busoni. Éste, rápidamente, se echó a la cara la escopeta; pero don Juan se abalanzó hacia él y desvió el cañón en el momento en que salía el tiro.

Busoni, al ver que no podía emplear el arma, la abandonó y le agarró de la cintura a Galardi, fiado en sus fuerzas, con la intención de echarlo al mar.

Busoni tenía fuerza; pero don Juan era más ágil y más duro.

Busoni intentó varias veces tumbar a Galardi y llevarlo al borde del acantilado, sin conseguirlo.

—¡Suelta! —decía Galardi.

—No. Tú me has perdido y vas a morir.

—¡Suelta!

—No. Aquí has de acabar.

—¿Sí? Ahora lo veremos.

Galardi hizo un terrible esfuerzo y agarró por el cuello a Busoni con una mano y con la otra del hombro y lo sujetó, y de repente le dio un empujón brusco que le hizo perder el equilibrio.

—¡Dios mío! Estoy perdido —gritó Busoni, cayendo hacia atrás.

Al dar en la tierra, el hombre se agarró con desesperación a unas matas; pero éstas cedieron y el cuerpo rodó, arrastrando piedras, y se fue a estrellarse allá abajo contra las rocas.

Inmediatamente, don Juan marchó al pueblo a presentarse al juez y a contarle lo

ocurrido.

Galardi era un vasco decidido y valiente.

Algún tiempo más tarde apareció Odilia en la casa del Laberinto. La tristeza de Galardi y de Santa la excitaba y la ponía nerviosa.

Una noche dejó de aparecer a la hora de la cena; se supuso si habría vuelto a su aldea del monte sin decir nada. Chocó a los habitantes de la casa que el perro *Plutón* se pasara dos noches ladrando y aullando cerca de las peñas del Laberinto.

Con la sospecha de una nueva desgracia, miraron las rocas, y en la Cueva del Maleficio vieron flotando el cadáver de la muchacha. Ésta se había suicidado, disparándose su escopeta, cargada con bala, en el corazón.

Pocos días después, el doctor Hugo Werner desapareció, llevándose con él al perro de Odilia.

Meses después se supo que en un pueblo de Suiza, del cantón de los Grisones, en el macizo montañoso del Bernina, donde el astrónomo estaba haciendo estudios, se le encontró a él y a su perro, a los dos muertos.

Al parecer, el astrónomo había envenenado a *Plutón* y luego se había envenenado él.

## Epílogo

Desde la muerte de Odilia, la melancolía reinó en aquella casa. Don Juan, Santa y su hija marcharon a vivir a la granja, con Alfio.

El viejo torrero, Juan Bautista, ya no quiso trabajar más; pasaba el tiempo yendo de tertulia a las tiendas de Roccanera y marchando a los alrededores a ver jugar a los bolos.

Don Juan, cada vez más serio y más triste, se sentía inclinado a la Iglesia. Santa estaba enferma y melancólica; muchas veces iba al antiguo cementerio del Desierto a rezar en la tumba de O'Neil.

Unos años después, Santa murió. Don Juan y Roberta, su hija, que entonces tenía quince o dieciséis años, se entregaron a la devoción.

Luego Galardi, instigado por el hermano Bartolomé, comenzó a seguir sus antiguos estudios en el seminario, y se ordenó. A la primera misa que celebró fueron todos sus amigos y conocidos, y entre ellos Laura Roccanera y Rosa Malaspina. Roberta Galardi entró poco después en el convento de franciscanas de Roccanera, y su padre llegó a ser capellán en el convento en donde estaba su hija, y murió, al decir de la gente, con una gran tranquilidad y resignación.

Galardi era un vasco decidido y valiente.

Muchos años después, el marido de Susana O'Neil vendió desde América los muebles, los libros y luego los árboles de la casa del Laberinto.

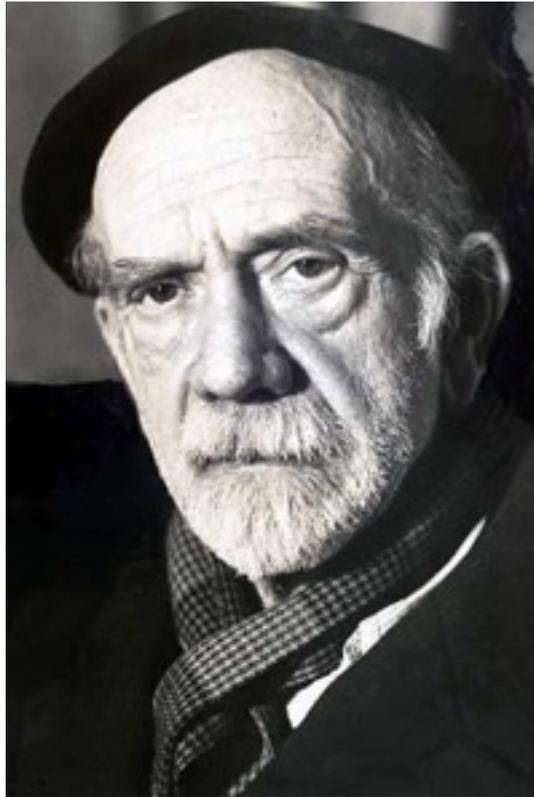
Los campesinos de los alrededores entraron a saco en el parque, hicieron agujeros en las tapias para entrar y poner lazos, y se llevaron lo que pudieron.

Unos años más tarde, en un temblor de tierra, la casa del Inglés se cuarteó y rajó. Las rocas, blancas, negras y rojas, con sus perfiles de monstruos y de quimeras, se hundieron en el mar; la Batería de las Damas se derrumbó, y con el derrumbamiento se cegó con grandes bloques de piedras volcánicas la gruta del Tritón.

El agua carcomió un poco más el esqueleto de la antigua Tirrénida, y al carcomerle, desapareció para siempre el laberinto de las sirenas.

*Rotterdam, septiembre de 1923*





PÍO BAROJA. Nació el 28 de diciembre de 1872 en San Sebastián, considerado por la crítica el novelista español más importante del siglo xx. Estudió Medicina en Madrid, ciudad en la que vivió la mayor parte de su vida. Su primera novela fue *Vidas sombrías* (1900), a la que siguió el mismo año *La casa de Aizgorri*. Esta novela forma parte de la primera de las trilogías de Baroja, *Tierra vasca*, que también incluye *El mayorazgo de Labraz* (1903), una de sus novelas más admiradas, y *Zalacaín el aventurero* (1909). Con *Aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox* (1901), inició la trilogía *La vida fantástica*, expresión de su individualismo anarquista y su filosofía pesimista, integrada además por *Camino de perfección* (1902) y *Paradox Rey* (1906).

La obra por la que se hizo más conocido fuera de España es la trilogía *La lucha por la vida*, una conmovedora descripción de los bajos fondos de Madrid, que forman *La busca* (1904), *La mala hierba* (1904) y *Aurora roja* (1905). Realizó viajes por España, Italia, Francia, Inglaterra, los Países Bajos y Suiza, y en 1911 publicó *El árbol de la ciencia*, posiblemente su novela más perfecta. Entre 1913 y 1935 aparecieron los 22 volúmenes de una novela histórica, *Memorias de un hombre de acción*, basada en el conspirador Eugenio de Avinareta, uno de los antepasados del autor que vivió en el País Vasco en la época de las Guerras carlistas. Ingresó en la Real Academia Española en 1935, y pasó la Guerra Civil española en Francia, de donde regresó en 1940. A su regreso, se instaló en Madrid, donde llevó una vida alejada de cualquier actividad pública, hasta su muerte en 1956. Entre 1944 y 1948

aparecieron sus Memorias, subtituladas *Desde la última vuelta del camino*, de máximo interés para el estudio de su vida y su obra. Baroja publicó en total más de cien libros.

Usando elementos de la tradición de la novela picaresca, Baroja eligió como protagonistas a marginados de la sociedad. Sus novelas están llenas de incidentes y personajes muy bien trazados, y destacan por la fluidez de sus diálogos y las descripciones impresionistas. Maestro del retrato realista, en especial cuando se centra en su País Vasco natal, tiene un estilo abrupto, vívido e impersonal, aunque se ha señalado que la aparente limitación de registros es una consecuencia de su deseo de exactitud y sobriedad. Ha influido mucho en los escritores españoles posteriores a él, como Camilo José Cela o Juan Benet, y en muchos extranjeros entre los que destaca Ernest Hemingway.

# Notas

[\*] Publicada originalmente en Caro Raggio Editor, Madrid, 1972. (*N. del E.*) <<